

SANTA
TERESA:

CASTILLO INTERIOR









R. 81429

CASTILLO * * *

* * * INTERIOR



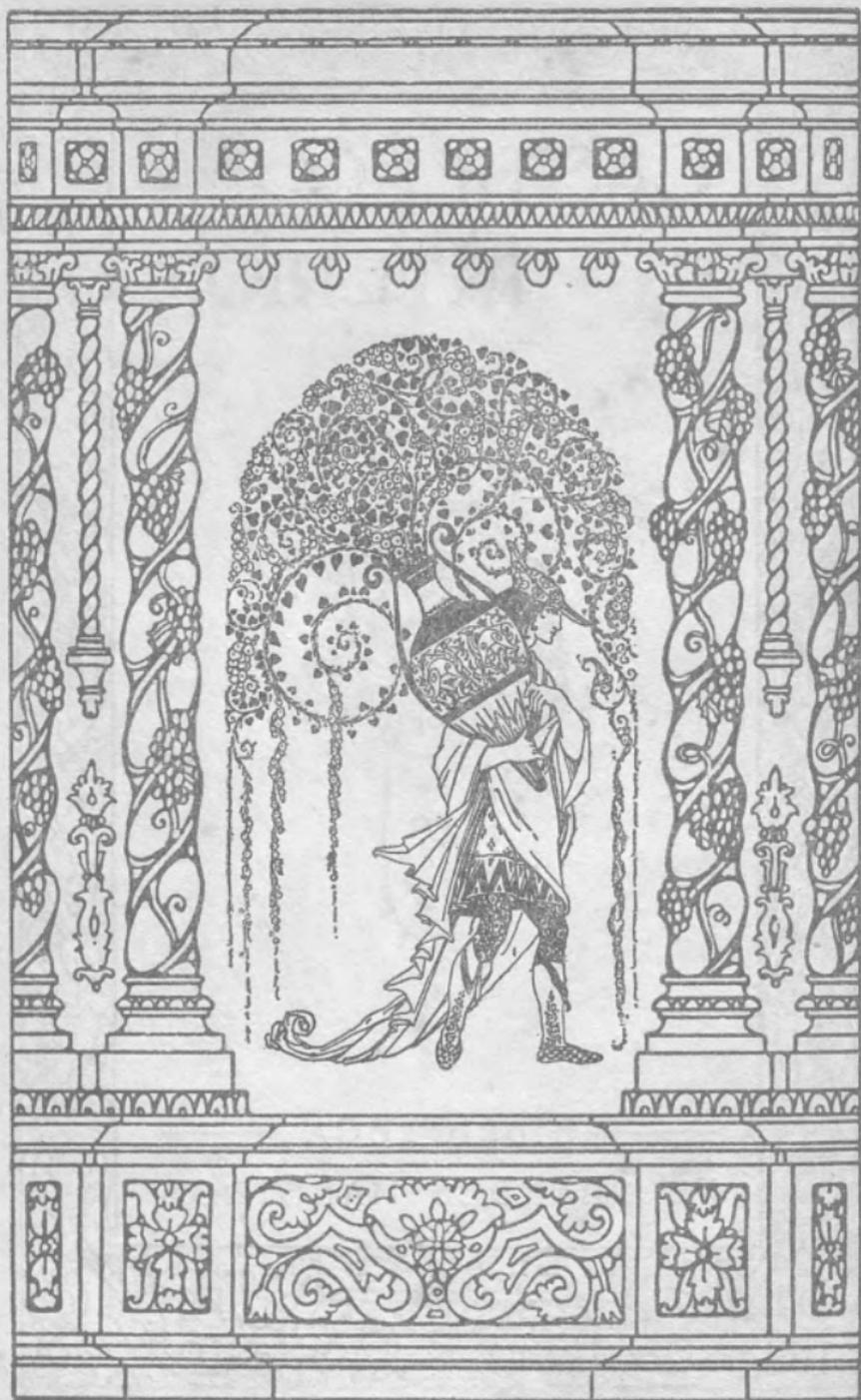
— BIBLIOTECA —
DE GRANDES MAESTROS

C-1128804

10561
LIBRERIA
RIUS Haos.

SORIANO, 1026

MONTEVIDEO





SANTA TERESA
DE JESÚS

CASTILLO
INTERIOR

Edición cotejada con el M. S. original
por

LUIS CARLOS VIADA Y LLUCH

y precedida del elogio de la Santa
por

MIGUEL S. OLIVER



BARCELONA.-MCMXVII
E. DOMENECH, EDITOR
Consejo de Ciento, 321



DIBUJOS Y DIRECCIÓN ARTÍSTICA: JUAN VILA

Nota preliminar

A LA SRA. D.^a CONCEPCIÓN COSTA
VIUDA DE BALAGUER

LAS Religiosas Carmelitas Descalzas del Convento de San José del Carmen, de Sevilla, guardan como tesoro de valor inmenso, encuadernado en tablas de plata adornadas de bellos esmaltes, el precioso e inestimable manuscrito original de este áureo libro teresiano. He preferido, pues, acudir a él para la edición presente, mejor que a la príncipe o matriz, impresa en Salamanca por Guillermo Foquel, con otras obras, en 1588, valiéndome para ello de la edición autografiada que en 1882 publicó mi inolvidable tío el Emmo. y Rmo. Fray Joaquín Lluch, cardenal arzobispo hispalense.

No es de ahora la idea de esta edición. Nació en julio de 1897, cuando hacíais estremecer las selvosidades del Montnegre con la lectura en voz alta de este vuestro libro favorito, y fuéronme acicate para su ya feliz realización las memorables conferencias que con motivo del cuarto centenario del nacimiento de Santa Teresa dieron en diciembre de 1915, por organización y a instancia vuestra, en la ilustre Junta de Damas de Barcelona, escritores tan eximios como Blanca de los Ríos, Francisco Frutos y Miguel S. Oliver, cuyo es el elogio que a esta nota sigue.

No dejarán de ver, ojos tan familiarizados como los vuestros en su lectura, que discrepa esta edición

de las anteriores en varias cosas: en lugar primero, he querido conservarle el título de *Castillo Interior* que manuscibió la Santa; he destruído luego las contracciones *desto, dello*, etc., dejando *de esto, de ello*, etcétera, como ponemos y como puso entonces Ella; he restituído al final del capítulo primero de las Moradas sextas, conforme está en el manuscrito, el párrafo que figura en muchas ediciones como primero de su capítulo segundo; y he concluído el fragantísimo libro con las palabras: "No olvidéis en vuestras oraciones *esta pobre miserable*," como escribió la Santa Madre, y no con las de "No olvidéis en vuestras oraciones *a esta pobre pecadora. Amén*," como irreverentemente dicen algunas ediciones, con grave ofensa e imperdonable insulto a la ejemplarísima Fundadora.

Mas, con ser muy importantes estas diferencias, no lo son tanto como otras que, a través de los años y a copia de ediciones, han alterado y mixtificado el sagrado texto, algunas de las cuales (una tercera parte) transcribo a continuación para que vea su enormidad quien atentamente leyere:

VARIAS EDICIONES:

¿Cómo nos *podremos* dejar de alegrar de que haga Dios estas mercedes a un hermano nuestro?

Que hay muchas almas que están en la ronda del castillo, que es adonde están los que le guardan, y que no se les da nada de entrar dentro, ni saben qué hay en aquel tan precioso lugar, ni aun qué piezas tiene.

Porque ya la costumbre la tiene tal de haber siempre tratado con las sabandijas y bestias que están *dentro* del castillo...

Y considerad cómo un palmito, que para llegar a lo que *habéis* de comer, tien muchas coberturas, que todo lo sabroso cercan; ansí acá en *redondo* desta pieza...

EL MANUSCRITO:

¿Cómo nos *podemos* dejar de *holgar* de que haga Dios, etc.? (Pág. 37 de esta edición.)

Que hay muchas almas que *se* están en la ronda del castillo, que es adonde están los que le guardan, y que no se les da nada de entrar dentro, ni saben qué hay en aquel tan precioso lugar, *ni quiénes están dentro*, ni aun qué piezas tiene. (Pág. 38.)

Porque ya la costumbre la tiene tal de haber siempre tratado con las sabandijas y bestias que están *en el cerco* del castillo... (Pág. 39.)

Y considerad cómo un palmito, que para llegar a lo que *es* de comer, tiene muchas coberturas, que todo lo sabroso cercan; ansí acá en *derredor* de esta pieza... (Página 45.)

Que es cosa que le importa tanto llegar a la morada principal...

Ya os dije otra vez, que es como una lima sorda, que es menester entenderle a los principios.

Mas bien es estemos sobre aviso.

Porque está tan muerta la fe, que *creemos* más lo que vemos lo que ella nos dice.

Cierto pasa *aquí el alma* grandes trabajos.

Sea varón, y no de los que se echaban a beber de *bruces*.

Como hace el que vende la triaca para *ver* si es buena...

Lo pido yo a los que han comenzado a entrar en sí, y a los que han comenzado...

Ni hacer obras en su servicio, porque la fe sin ellas, y sin ir llegadas a los merecimientos de Jesucristo...

Sea por siempre bendito. *Amén*.

Bien he menester lo que he *dicho*, que es encomendarme al Espíritu Santo.

Hágalo su Majestad, si se ha de *conseguir* algún provecho.

Como han de ir por sólo servir a *Jesucristo* crucificado.

Desamparan las cosas exteriores en que *andan* enajenados, y métense en el castillo.

Y *nos* dé fuerzas en el alma, para cavar hasta *llegar* a este tesoro escondido.

Y así diré mil desatinos, por si alguna vez afinase, para que alabemos al Señor.

Que es cosa que le importa tanto *para* llegar a la morada principal... (Pág. 50.)

Ya os dije otra vez, que es como una lima sorda, que *hemos* menester, etc. (Pág. 50.)

Mas bien es *que* estemos sobre aviso. (Pág. 53.)

Porque está tan muerta la fe, que *queremos* más lo que vemos que lo que ella nos dice. (Pág. 60.)

Cierto pasa *el alma aquí* grandes trabajos. (Pág. 61.)

Sea varón, y no de los que se echaban a beber de *buzos*. (Página 61.)

Como hace el que vende la triaca para *probar* si es buena... (Página 64.)

Lo pido yo a los que *no* han comenzado a entrar en sí, y a los que han comenzado... (Página 65.)

Ni hacer obras en su servicio, porque la fe sin ellas, y sin ir llegadas *al valor* de los merecimientos de Jesucristo... (Página 66.)

Sea por siempre bendito. (Página 86.)

Bien he menester lo que he *hecho*, que es encomendarme al Espíritu Santo. (Pág. 89.)

Hágalo su Majestad, si se ha de *seguir* algún provecho. (Página 89.)

Como han de ir por solo servir a *su Cristo* crucificado. (Página 104.)

Desamparan las cosas exteriores en que *estaban* enajenados, y métense en el castillo. (Página 106.)

Y dé fuerzas en el alma, para cavar hasta *hallar* este tesoro escondido. (Pág. 118.)

Y así diré mil desatinos, por si alguna vez afinase, para que alabemos *mucho* al Señor. (Página 119.)

En fin, en fin, de una manera o de otra ha de haber cruz mientras vivimos.

Ansí acá, *presupuesto* que el *concepto* está ya hecho...

Y llegado a los *tormentos* que queda dicho...

Aunque no hubiese otra ganancia, en especial, que siempre hay *muy* muchas.

De manera tan *sensible* e intolerable...

No es cosa que se puede procurar por ninguna vía *u manera*.

La segunda *señal*, una gran quietud.

No las dice el Señor, sino algún ángel.

Y no dejará *que el* demonio la engañe.

Estáis en un aposento de un rey o gran señor...

Ni llega su natural a más de lo que *sobrenaturalmente* ha querido Dios que vea.

Y ansí, viéndonos tan imperfectas, *crezcamos en* suplicarle...

Dejan en el alma, en especial, tres cosas muy en subido grado. *La primera*, conocimiento de la grandeza de Dios, porque mientras más cosas viéremos *della*, más se nos da a entender. *La segunda*, propio conocimiento y humildad...

En lo que toca a *temor* del infierno, ninguno tienen.

La humildad sacratísima.

Adonde para *siempre* la pueda gozar.

Si viésemos un cristiano atadas las manos con una fuerte cadena...

O como si un *arroyo* pequeño entra en la mar.

Una gran luz, que se envía a las potencias o interior de alma.

(1) *En fin fin*, a la manera de los italianos, que dicen *Alla finfine*. No lo registra en su Diccionario la R. A. E.

(2) Más adelante (pág. 240) vuelve a escribir: «Será imposible dar a entender cuán *sensible* cosa es...» *Sensible* escribió asimismo Tirso de Molina. También escapó este vocablo a la diligencia de los académicos.

En fin fin (1), de una manera o de otra ha de haber cruz mientras vivimos. (Pág. 131.)

Ansí acá, *presupuesto* que el *concierto* está ya hecho... (Página 144.)

Y llegado a los *términos* que queda dicho... (Pág. 148.)

Aunque no hubiese otra ganancia, en especial, que siempre hay muchas. (Pág. 157.)

De manera tan *sentible* (2) e intolerable... (Pág. 159.)

No es cosa que se puede procurar por ninguna vía *humana*. (Pág. 165.)

La segunda *razón*, una gran quietud. (Pág. 170.)

No las dice el *mesmo* Señor, sino algún ángel. (Pág. 171.)

Y no dejará *al* demonio *que* la engañe. (Pág. 176.)

Entráis en un aposento de un rey o gran señor... (Pág. 181.)

Ni llega su natural a más de lo que *sobrenatural* ha querido Dios que vea. (Pág. 182.)

Y ansí, viéndonos tan imperfectas, *crezca más el* suplicarle... (Pág. 184.)

Dejan en el alma, en especial, tres cosas muy en subido grado: conocimiento de la grandeza de Dios, porque mientras más cosas viéremos *de ella*, más se nos da a entender; propio conocimiento y humildad.. (Pág. 194.)

En lo que toca a *miedo* del infierno, ninguno tienen. (Pág. 205.)

La Humanidad sacratísima. (Pág. 212.)

Adonde para *sin fin* la pueda gozar. (Pág. 222.)

Si viésemos un cristiano atadas las manos *atrás* con una fuerte cadena. (Pág. 247.)

O como si un *arroyico* pequeño entra en la mar... (Pág. 254.)

Una gran luz, que se envía a las potencias, *de lo* interior del alma. (Pág. 256.)

Y *no está* con aquellos *arrobamientos* y *vuelos* de espíritu.

Esto les hace andar *muy* cuidadosas, y procurar sacar fuerzas de flaqueza.

Que dentro *destos* rincones no faltarán ocasiones en *lo* que podáis hacer.

Y *ésta* *no* con aquellos *arrebatamientos* y *vuelo* de espíritu. (Pág. 265.)

Esto les hace andar *más* cuidadosas, y procurar sacar fuerzas de *su* flaqueza. (Pág. 267.)

Que dentro *de estos* rincones no faltarán *hartas* ocasiones en *que lo* podáis hacer. (Pág. 271.)

En resumen: he querido atenerme a la siguiente advertencia que puso el insigne Maestro Fray Luis de León, de su puño y letra, en la primera página del manuscrito:

“En este libro está muchas veces borrado lo que escribió la Santa Madre, y añadidas otras palabras o puestas glosas a la margen. Y ordinariamente está mal borrado, y estaba mejor primero como se escribió. Y veráse en que a la sentencia viene mejor y la Santa Madre lo viene después a declarar, y lo que se enmienda muchas veces no viene bien con lo que se dice después. Y ansí se pudiera muy bien excusar las enmiendas y las glosas. Y porque lo he leído y mirado todo con algún cuidado, me pareció avisar a quien lo leyere, que lea como escribió la Santa Madre, que lo entendía y decía mejor, y deje todo lo añadido, y lo borrado de la letra de la Santa délo por no borrado, si no fuere cuando estuviese enmendado o borrado de su misma mano, que es pocas veces. Y ruego por caridad a quien leyere este libro, que reverencie las palabras y letras hechas por aquella tan santa mano, y procure entenderlo bien y verá que no hay que enmendar, y aunque no lo entienda, crea que quien lo escribió lo sabía mejor, y que no se pueden corregir bien las palabras si no es llegando a alcanzar enteramente el sentido dellas, porque si no se alcanza, lo que está muy propiamente dicho parecerá impropio, y desta manera se vienen a estragar y echar a perder los libros.”

Conforme en todo con el ilustre Maestro.

L. C. VIADA Y LLUCH

Santa Teresa de Jesús

EL siglo XVI, y Castilla en ese siglo, constituyen uno de los mayores espectáculos de la historia. La herejía protestante en Europa; la sublimación de la creencia en el seno del catolicismo; el renacimiento, que transforma las artes y las letras, que se bifurca en corrientes tales como la humanística y bienhechora, tan fecunda en España con los secuaces de Erasmo, y la francamente pagana y corrompida; un impulso general de purificación y defensa de la fe respondiendo al de destrucción y de libre examen; un pueblo que desde los oprobios y vilezas del reinado de Enrique el Impotente se encumbra con pasmosa rapidez, alcanzando su unidad territorial con la rendición de Granada, su unidad espiritual con la expulsión de los infieles, su ensueño de unidad ibérica con la reunión de los tres reinos peninsulares, su utopía de unidad planetaria con el descubrimiento de las Indias... No por jactancia, sino con toda verdad y razón, pudo López de Gómara escribir en el frontispicio de su "Historia de la Conquista de Méjico" este lema de triunfo: "Hispania Victrix", proclamando que, después de la Creación del mundo y de la Pasión y muerte de Aquel que lo crió, ningún suceso mayor habían presenciado las edades que ese del hallazgo y conquista del Mundo Nuevo. Con no menos verdad y razón pudo cantar Acuña, poniendo como una cúpula de cesárea grandeza, en el tono y en las palabras, al breve momento del imperialismo y la monarquía universal, estos memorables versos:

Ya se acerca, Señor, o ya es llegada
la edad gloriosa en que promete el cielo
una grey y un pastor solo, en el suelo
por suerte a nuestros tiempos reservada.

Ya tan alto principio en tal jornada
os muestra el fin de vuestro santo celo
y anuncia al mundo, para más consuelo,
un monarca, un imperio y una espada.

Y como actores, conductores o sostenes de esa fugaz, pero magnífica y deslumbrante epopeya, una legión

innumerable de caudillos, soldados, aventureros, doctores, místicos, poetas, humanistas, dramaturgos: una verdadera "nación de teólogos armados" y militantes, de gentes que con la espada o con la pluma, en la acción o en la contemplación y el ascetismo, defienden, custodian y ensanchan, material y espiritualmente, las fronteras de ese imperio, nunca conocido. Y en medio de ese estruendo y de ese bullir de unas generaciones todo intrepidez, osadía y virilidad; descollando sobre las murallas vivientes de los famosos tercios, surgiendo entre los hierros afilados de las alabardas y las picas, entre el fulgor de acero de los mosquetes y las corazas, aquellas flores femeninas, aquellas rosas de pasión, blancas y moradas, emblemas de martirio y pureza, todas miel en el cáliz, que a la manera de Santa Teresa de Jesús, su más incluíto ejemplo y representación, comunicaron a la santidad una gracia mujeril imperecedera, templando aquel fragor y aquel acre y violento heroísmo, con un arrullo de tórtolas celestiales.

Acerca de esta mujer extraordinaria voy a discurrir sucintamente. Si pudiera aplicarse un lenguaje puramente secular al estudio de tan insigne figura, despojándola de su indefectible significación religiosa, eso fuera lo que me propondría en primer término, porque, aún limitada a lo humano, aún sustraída a la aureola de la santidad y al honor de los altares, había de descollar como una de las más elevadas y excelsas apariciones de su sexo sobre la tierra y en cualquier siglo o nación en que la encontrásemos.

Se ha dicho, acertadamente, que todos los escritos de Santa Teresa giran alrededor de sí misma. No sólo en sus "Cartas" y en su "Vida", mas también en las "Fundaciones", en el "Camino de perfección", en las "Moradas", en dondequiera, no hallaremos sino historia personal suya, externa, o íntima, de su acción en el mundo y en medio de sus contemporáneos, o de las vicisitudes de su espíritu sediento de Dios y levantándose a las mayores alturas del éxtasis, del vuelo seráfico, de la comunicación con lo Absoluto. Pero, con tratar siempre de sí propia y de sus cuitas, de sus penalidades, de su sequedad y tibiaza o de los favores insólitos con que el cielo acude a rendirla y anonadarla, nada menos empalagoso ni petulante que su producción, la cual, a fuerza de sinceridad y modestia, acaba por parecernos plenamente objetiva. Modestia he dicho, y no es esa la palabra adecuada. Modestia puede suponer conocimiento de la vanidad y santo temor de incurrir en ella, mientras que lo que nos sorprende en tales libros, autobiográficos todos, lo que nos seduce y arrastra a proseguir en su lectura es algo superior a esa virtud y al vicio que se le contrapone, algo anterior a la modestia y la vani-

dad mismas; como que cae más allá de ellas y es tan sólo inocencia o pureza de espíritu magníficamente aliada con la discreción.

Nada ciertamente tan enfadoso en las letras profanas como el achaque de hablar de sí mismos los autores, bien en formas ostensibles y directas, bien bajo el velo de alegorías o personajes adrede introducidos para satisfacer, a un tiempo, hipócritamente, las exigencias del vicio y las de la virtud. Aun entre las mayores categorías del entendimiento, esa exhibición personal y egolátrica acaba por hacerse insoportable. El tino que se requiere para tal suerte de confidencias y limpiarlas de todo resabio de afectación es cosa a muy pocos concedida; y el lector no sabe qué preferir a veces: si la franca ostentación y endiosamiento en unas memorias a la manera de Chateaubriand y los demás románticos, o el esconderse con aires de reserva maligna según las mixtificaciones de los stendhalianos, o las apoteosis bajo seudónimo a estilo de D'Annunzio. De esto que se llamó con razón el "narcisismo" literario, ha surgido en las almas austeras, en los espíritus serios y amigos de la naturalidad, una comprensible ojeriza contra todo género de literatura personal y anecdótica, de la misma suerte que el abuso de la fotografía la está produciendo contra el retrato, ni más ni menos que como una alarma del pudor mental ante esa verdadera liviandad del talento.

Claro que no se trata aquí de aquellas memorias o libros de recuerdos en que la personalidad de quien las escribe se anula y desaparece engolfada en la realidad exterior que toma como asunto, a manera de los antiguos cronistas. No se trata de esos hombres que vivieron una vida o una época interesante y la describieron, no por amor de sí mismos, sino en obsequio de la verdad y para dejar a los venideros el trasunto de las grandes escenas y de los personajes famosos que presenciaron o conocieron, como hizo, verbigracia, el duque de Saint-Simon. Me refiero a esos otros el objeto de cuyos libros es la propia apología o el relato de sus aventuras, sus triunfos, sus pasiones y sus adversidades. Pocas se salvan del escollo de la egolatría o la simulación si no es cayendo en el del cinismo, unas veces trascendental, como en Rousseau, otras inconsciente y sin norma de virtudes o de crímenes, como en Benvenuto Cellini y Casanova, o, para buscar ejemplos nacionales y contemporáneos de Teresa, en un Alonso Contreras o un Miguel de Castro, flor de los aventureros y desalmados de su época.

Pero ante el caudal autobiográfico de la insigne abulense nadie titubeó hasta ahora ni pudo sentir asomos de aquella contrariedad. Un mismo recuerdo y un mismo nombre vinieron instantáneamente, por comparación, a los labios o la pluma de quienquiera que lo comen-

tase; y habréis adivinado, sin duda, que me refiero a San Agustín y a sus imperecederas, inefables "Confesiones". ¿Cómo será que de ellas, lo mismo que de los escritos de nuestra Santa, desaparece toda sospecha de vanagloria aún con no tratarse más que de recuerdos personales? El secreto de esta inmunidad no puede ser más obvio: lo que las hace limpias y exentas de todo prurito de exhibición, de todo afán de renombre, es que tan sólo externamente y en los episodios que les sirven de punto de partida tratan de la criatura y persona del autor. En medio de su aparato subjetivo y de su continua introspección anímica son esencialmente ontológicas y objetivas, como que su asunto y su verdadero personaje se reducen a Dios, y la busca de Dios, y el hallazgo y presencia de Dios en el centro del alma. Lo divino llena, pues, esas páginas, desde la primera a la última, y las redime de toda intención profana de deslumbrar a las gentes con el espectáculo de una existencia gloriosa, o de captar sus simpatías con el relato de patéticos infortunios, o de despertar su envidia impotente con el de grandes éxitos artísticos, amorosos, mundanos. En ellas, por el contrario, el autor se deprime continuamente, no con falsas protestas de pequeñez ni con el estudiado propósito de que resalten sobre esa humildad aparente las regias mercedes que recibe de lo alto, sino con todo el fervor de un alma atribulada que tiembla de no merecerlas y que quisiera borrar de su existencia y extirpar de su carne, con fuego y cuchilla, todo rastro de los años perdidos en la incredulidad, en el pecado y en la tibieza.

Mas al comparar a Santa Teresa con San Agustín por lo que tuvieron ambos de historiadores de sí mismos y por la peregrina hermosura de sus confidencias, no llevemos esta semejanza más allá de lo debido. Santa Teresa gustó de llamarse "pecadora" y de tratar una y otra vez de su "conversión", como si hubiera vivido algún tiempo fuera de la ley de Dios, en paganismo y licencia, como vivió realmente el gran obispo de Hipona, antes de su maravillosa consagración a la doctrina del Crucificado. Sin presumirlo, por sencillez e ingenuidad, ofreció armas al racionalismo inducto y a la literatura basta y de combate para alterar y calumniar monstruosamente, soezmente, su noble figura. A fuerza de hablar de pecados, de culpas y de desvaríos, vinieron muchos a identificar su caso con el de las grandes extraviadas que, en el primer momento del Cristianismo, pasaron del culto de la sensualidad al de la maceración y la pureza. Sus decantadas prevaricaciones, sus grandes pecados reducíanse a vivir vida secular, pero muy santa, en el seno de una familia honorable, a no haber oído todavía la vocación del claustro y a tener la fortuna o la desdicha de agradar a las gentes y de que los mozuelos la requiebraran y bendijeran. Digámoslo

sin rodeos: los famosos pecados de la Santa no son más que escrúpulos infantiles, o son tan sólo pecadillos veniales que la perfección de sus últimos tiempos se complacía en abultar de una manera hiperbólica. Su pretendida época de extravíos o profanidades vitandas no duró, según ella misma confiesa, más que algunos meses y cuando aún no había cumplido los catorce años. Entonces, en esos tres o cuatro meses “comencé—dice—a traer galas y a desear contentar en parecer bien, con mucho cuidado de manos, cabello y olores, y todas las vanidades que en esto podía tener que eran hartas, por ser muy curiosa”. Apelo ahora a mis gentiles lectoras para que juzguen si es cosa tan grave y materia de tanta abominación y menosprecio de sí misma todo eso de las galas y del cuidado de manos, cabello y olores...

Acuérdome a este propósito de una verdadera maravilla poética de nuestro Verdaguer: es la historia de aquel tierno niño, a quien embelesaba tarde y noche en su “masía” el canto de un ruiseñor, escondido entre los árboles del arroyo. Cierta día, sin saber lo que se hace, coge una piedra, la tira y mata al pequeño cantor. La tribulación y el desconsuelo de aquella pobre criatura, su angustia, sus sollozos y su hipo de lágrimas, yo no recuerdo nada tan tierno ni dulce en poeta alguno de la tierra. La madre no sabe cómo disipar la inmensa congoja del muchacho, que se duerme al fin sobresaltado y convulso; y he aquí que a la mañana siguiente, al despuntar el alba, la una envuelta en su capucha y el otro en su tapabocas y su barretina, como dos figurillas de Nacimiento, emprenden el camino de la iglesia, donde el terrible y angelical facineroso cae a los pies del confesor, y entre llantos y sacudidas confiesa su crimen e implora la absolución sacramental. Confortado y regenerado con ella vuelve por el mismo camino a la casa de labranza, mas con una gravedad y noble melancolía en los ojos, que ya no hubieron de desampararle nunca.

Pues bien: ¿esos espantos de Santa Teresa por su vida pasada y por sus pecados y apartamiento del verdadero camino y la verdadera luz, no son del mismo género, de la misma familia, de la misma pureza, que esos otros de la pobre criaturita que “había matado un ruiseñor?” Todo lo confirma en esa existencia de mujer tan deliciosa, tan castellana, tan del siglo XVI, como que en ella se compendian los rasgos más característicos de su nación y su tiempo. Teresa de Cepeda y Ahumada, nacida, como sabéis, en 1515, de familia hidalga y en buen acomodo, aunque no de la primera fortuna; con otras tres hermanas y nueve hermanos, se ofrece como un ejemplo de precocidad y desenvoltura infantil, de agrado, de simpatía y don de gentes, desde sus años más tiernos. Placía a todo el mundo y sentía el con-

tento de ese agrado. A través de su "Vida", de sus cartas y sus recuerdos, nos parece verla en el viejo caserón avilés o en el de sus parientes, donde pasaba temporadas cortas, llenando esas viviendas castellanas de su propia animación y alegría. Es ella la que dispone el estrado, la que bruñe el velón, la que registra la alacena. Es ella la que recibe con agasajo a los parientes, y por ella preguntan a la puerta los mendigos, los menesterosos, los gañanes que vuelven de la labor. Es hacendosa y contemplativa, resuelta y prudente, ensoñada y trabajadora. Ya desde estos días infantiles siente dentro de sí la fusión de Marta y María, que será la fórmula de su misticismo, peculiar y "sui generis." Allá en la huerta de su casa—una huerta castellana y todavía medieval, como la de Melibea, con unos arriates de flores, unos rosales, unos cipreses—juega con el hermanito predilecto a juego de ermitas y monasterios que construyen con piedrezuelas, sobre montículos y terrones, en disposición de "ex-voto" infantil y primitivo.

Se han familiarizado con las vidas de los santos mártires explicadas en el sermón, en la doctrina, en las veladas junto al fuego. No viven ni reposan pensando en aquellos varones excelsos, en aquellas vírgenes de cabellos de oro, cuyos suplicios compadecen y admiran en estampas y retablos. Urden una escapatoria para abandonar la casa de sus padres y, con divina ignorancia del mundo y aún de la propia topografía nacional y de su comarca, proyectan huir a tierras de infieles, creyendo que a dos pasos se han de hallar en Berbería, en Damasco, o donde unos sayones malcarados y provistos de corvos y afilados alfanjes sieguen sus tiernas cabecitas. En el fondo de sus almas creyentes palpita también el espíritu de aventuras. La madre de Teresa es en extremo aficionada a los libros de caballerías; devóralos día y noche, de claro en claro y de turbio en turbio, como poco después el famoso hidalgo manchego imaginado por Cervantes a la vista de aquella fiebre general. Cuando su labor no le permite leer por sí misma o sus ojos se han fatigado recorriendo capítulos y más capítulos del "Amadís de Gaula" o de las "Sergas de Esplandián", encarga a su hija de proseguir la lectura en alta voz. Y tanto puede el contagio, que la niña se atreve a ensayar la composición de una novela de aventuras, muy antes de presumir que Dios había de hacer de ella, aunque por vías diferentes, una escritora insigne.

¿No es verdad que toda esa parte de la biografía teresiana trasciende todavía a Edad Media y parece enlazarse con los ejemplarios y leyendas del siglo anterior harto más que con las realidades de su tiempo? También en la modalidad de los espíritus y en los textos literarios se advierte, tanto como en la arquitectura,

el momento de la transición, y es posible distinguir los elementos arcaicos o góticos de los nuevos y renacentistas, formando la deliciosa amalgama de lo plateresco. En esta criatura predestinada, como sedimento de la edad anterior y como sello de estirpe, perdura el espíritu aventurero de la caballería, casi extinguida ya como institución histórica. Caballeros andantes del pensamiento fueron, y paladines del Señor, los primeros místicos y ascetas de esta centuria; de "aventuras a lo divino" viéronse calificadas sus empresas; en las fundaciones y cuerpos que crearon se les vió adoptar insensiblemente nomenclatura y formas de milicia, a la manera de San Ignacio de Loyola, y hasta cuando ya no se escribían libros de caballerías propiamente tales, se redujo a disposición y argumento de novela de aventuras, de estas llamadas a "lo divino", la vida de nuestro Redentor, el paladín por excelencia.

Este primer fondo o reminiscencia de la niñez, que tanto avivó sus predisposiciones imaginativas, no debía desamparar nunca del todo a Teresa de Cepeda. Breve, muy breve, como hemos visto ya, fué el período en que la graciosa adolescente pudo tener resabios de lo que ahora llamamos una "romanesque;" pero esa inquietud ideal que implicaba la caballería militante, ese desbordamiento y consagración de la vida a una obra constante, interna y externa, de perfección propia y de perfección social, que significaba lo caballeresco en su esencia, eso no le desamparó nunca y fué como secreto resorte de su prodigiosa actividad, con la fortuna inaudita de haber permanecido siempre mujer. Mujer antes que todo y por encima de todo: mujer, y mujer castellana, cuando emprende la reforma del Carmen, cuando la realiza triunfando de todas las dificultades, obstáculos y persecuciones; cuando por obediencia compone sus libros y nos relata y describe los más inefables coloquios que persona mortal haya mantenido con su Creador y el de todas las cosas; mujer escribiendo, mujer actuando, mujer realizando una de aquellas grandes transformaciones y empresas que se dirían reservadas únicamente a la capacidad varonil de un estadista.

Veámoslo brevemente. La escritora... Cualquiera creería, a juzgar por su celebridad verdaderamente universal, por el número inaudito de sus lectores, por el hecho de estar sus obras traducidas a todos los idiomas del mundo, que se trata de un literato de formación sistemática, producto de academias y universidades, flor de sabiduría. Y sin embargo, Santa Teresa no fué un gran escritor femenino: fué únicamente una mujer que resultó grandísimo escritor, sin proponérselo y a pesar de no tener preparación de escuelas, ni de lecturas, ni de estudios, ni de método alguno. Podiéramos decir que lo fué a causa de esto mismo. En cuanto a lecturas profanas ya hemos visto cuáles fueron las su-

yas: unos cuantos libros de caballerías. Por documentos e inventarios de familia, que se han publicado no hace mucho, sabemos además que su padre tenía, como la mayor parte de los caballeros españoles de su tiempo y condición, una pequeña biblioteca, mejor diríamos, un estante de libros. Reducíanse, uno más uno menos, al "Retablo de la vida de Cristo," por Juan de Padilla; a las poesías sagradas de Fernán Pérez de Guzmán; a los "Oficios" de Marco Tulio, seguramente en la traducción de Alonso de Cartagena; a la "Consolación de filosofía," por Boecio, en su versión sobre el texto catalán de Sapllana; a un Virgilio; a la "Gran Conquista de Ultramar," novela de aventuras del ciclo carlovingio; a los dos poemas de Juan de Mena, "Las trescientas" y la "Coronación;" a un "Lunario..." Tal es el reducido acopio familiar de que pudo echar mano Teresa. Pero de todas esas fuentes apenas queda rastro, mejor dicho, no queda ninguno en sus escritos, y es, por lo tanto, muy dudoso que las aprovechara.

En cuanto a las otras, esto es, a las de carácter religioso, un eminente hispanista extranjero, Morel-Fatio, las puntualizó hace algunos años en un estudio irreprochable. He aquí, en resumen, las lecturas de que se hallan vestigios o referencias en los escritos de la santa. En primer lugar las Escrituras, y aún éstas no conocidas directamente, sino por divulgaciones y extractos, en los libros de rezo, en los sermones o en manuales como el de "Evangelios y Epístolas," de Montesinos, porque la Biblia en vulgar fué mirada siempre de reojo y finalmente prohibida desde el Índice de 1551. Observamos de pasada que entre todos los episodios del Nuevo Testamento la cautivaron especialmente, y volvió sobre ellos infinidad de veces, la conversión de Magdalena, el conmovedor dualismo de Marta y María y el encuentro con la Samaritana. Después de las Escrituras, las vidas de Santos, cuya primera y honda impresión en la niñez ya se ha manifestado; y, a continuación de los textos hagiográficos, las "Confesiones" de San Agustín. El efecto que produjeron en su alma fué extraordinario: cuando llegó el instante de la conversión, en la escena del huerto, creyó que verdaderamente el Señor también le había hablado a ella. Y era peculiarmente aficionada a San Agustín, porque el convento donde Teresa estuvo de seglar era de su Orden y además — son sus palabras — porque "fué pecador," y ella se creía también del oficio: una gran pecadora. Alguna de las ideas matrices y casi la idea central del misticismo agustiniano aparecen repetidamente en la producción de Santa Teresa: siempre que hallaba a Dios en su espíritu, después de haberlo buscado en vano por calles y plazas, si bien la fórmula del Obispo de Hipona no se halla en las "Confesiones," sino en los "Soliloquios."

Y después de San Agustín, San Gregorio el Magno,

cuyas "Morales" leyó Teresa durante la terrible enfermedad que padeciera en la Encarnación de Valladolid y que, como se sabe, la obligó a salir de la santa casa. Y después de San Ambrosio, Ludolfo de Sajonia el "Cartujano;" y luego el Kempis o tratado de la "Imitación de Cristo;" y en seguida el "Arte para servir a Dios," de Alonso de Madrid, y el "Abecedario espiritual," de Francisco de Osuna, que le enseña la oración de recogimiento, ya explicada por algunos de los místicos alemanes y flamencos; y la "Subida del Monte de Sión," del lego minorita Bernardo de Laredo, y el "Reloj de Príncipes," y el "Oratorio de religiosos," de Antonio de Guevara, obispo de Mondoñedo, de tan inmensa popularidad en sus días; y el "Tratado de la Oración," de San Pedro de Alcántara, y, por último, los libros ascéticos del Padre maestro Luis de Granada, especialmente la "Guía de pecadores," de cuyo hechizo y deleite no se cansaba nunca la ilustre carmelita, como que se mantiene vivo y eficaz aun a estas horas, no obstante su edad... Cuando el abate Marchena, después de una vida de apostasías y locuras revolucionarias, volvió a España con el rey José, traía en sus bolsillos un ejemplar mugriento de esa "Guía", inefablemente consoladora. Era el único recuerdo español que no le había abandonado un instante en veinticinco años de peregrinación, acompañándole, inseparable y secreto, en los clubs de Marat, en la trágica huida de los Girondinos y en los calabozos del Terror, mientras esperaba la hora del cadalso.

Perdonad esta digresión y lo pesado del recuento. Y digamos que tales son las influencias, las lecturas que expresa y virtualmente han podido ser identificadas y comprobadas en la producción de Santa Teresa, tales los elementos de su formación doctrinal. Importa añadir un breve comentario explicativo: todo eso que leyó o conoció fué sin intención ni finalidad alguna literaria. Nada más lejos de su ánimo que convertirse en una mujer sabia ni cultivar sus facultades con una preparación intelectual. Esos libros devotos eran los que leían todas las personas de su condición, mirando sólo a la vida eterna y al cuidado de su alma. Ni se tome al pie de la letra el título de Doctora con que por antonomasia se la decoró después, en méritos de su doctrina revelada, mas no aprendida en bibliotecas ni en abstrusas investigaciones. Mucho se engañaría quien por tal designación la emparejase con los prodigios femeninos que deslumbraron a sus contemporáneos: con una Beatriz Galindo, con una Oliva Sabuco, si realmente fueron de su pluma los trabajos que corren bajo tal nombre. La santa avileña nació dotada de un gran ingenio, pero siempre fué el suyo un ingenio lego y jamás ocultó su aversión hacia todo linaje de suficiencia extemporánea o superpuesta, como así lo declaran en las informaciones de beatificación cuantos la conocieron y trataron.

La Madre María de San Francisco recalca esa carencia de lectura, como no fuera de libros devotos y al alcance del común de las gentes. El P. Diego de Yepes, uno de sus confesores y su primer biógrafo, dice "que jamás tuvo curiosidad de aprender una palabra de latín como lo hacen tantas monjas que se precian de bachilleras y entendidas." En sus cartas confirma la propia Santa que nunca llegó a descifrar una línea de la Vulgata. Alguna vez trató con visible despego a tal o cual novicia que alardeaba de traer y donar al convento una Biblia latina. Y recuerdo en este momento el párrafo que dedicó en su respuesta a una carta de la priora de Sevilla: "Muy buena venía—dice—si no trajera aquel latín. Dios libre a mis hijas de presumir de latinas. Nunca más le acaezca, ni lo consienta. Haré lo más quiero que presuman de parecer simples, que es muy de santas, que no tan retóricas..."

De aquí, precisamente, el alto valor literario de Santa Teresa, cifrado en producir los mayores efectos y expresar las cosas más profundas, delicadas o inasequibles con la menor cantidad que pueda darse de ingredientes de cultura y técnica artística. Era un caudal que se ignoraba a sí mismo y que fluía limpio, sosegado y con olvido de toda preocupación de autor. Nunca se han expresado misterios tan recónditos del corazón, ni raptos de la mente tan audaces, ni fenómenos y operaciones del alma tan maravillosos y sublimes, como que implican el contacto de lo natural con lo sobrenatural y divino; nunca se ha expresado ese orden de relaciones inmateriales, diríamos, y de "acto puro", con palabras más llanas, más sencillas, más humildes, más frescas de cuantas atesoraba entonces el lenguaje popular, en los campos y en las ciudades vetustas de Castilla. No hay pasaje de las "Moradas" o de la "Vida" y el "Camino de perfección" donde no debamos recordar aquel prodigio de la "palabra viva" que, en contraposición a la artificiosa y calculada, constituyó el programa estético del inolvidable Maragall. Las imágenes de la peregrina abulense, sus comparaciones y su vocabulario son los de la ricahembra castellana, hacendosa y de cabeza firme, criada en el señorío, pero entre labriegos y en medio del trajín de las labores del campo o de los quehaceres domésticos, en uno de los interiores cuyo tipo immortalizó Cervantes, al describir la casa de don Diego de Miranda, el Caballero del Verde Gabán.

Reinan en ellos la abundancia, la sencillez, la cortesía, la limpieza y aquel silencio que con frase suprema llamó "maravilloso." En ese noble silencio, en ese ambiente, hubo de crecer la joven todo despejo y simpatía, todo agasajo y efusión zalamera. Su sistema de metáforas y locuciones movidas y vivaces está tomado por completo de la vida familiar y la vida del campo, observadas directamente, no a través de los libros y las

tradiciones retóricas. Háblanos de la rueca y del lino, del horno y de la colada, de la huerta y de sus pajarillos. Un vaho salubre, como de lagar y de granero, corre por sus páginas. Las hormigas, las abejas, las cigarras, las mariposas, aparecen en sus símiles, una y otra vez, formando graciosa teoría ornamental, y hay en su prosa una fragancia de santidad evocada por otra de limpieza: de blanca mantelería guardada en el arca entre manzanas y membrillos olorosos. Todo es allí fresco, viviente, casto como el agua; todo es inmediato y directo, traído de la vista a la pluma sin prejuicio alguno, ni deseo de admirar, ni reminiscencia literaria que tuerza la frase o el concepto en sentido de una imitación preconcebida. La idea de escritura desaparece en absoluto, como si se tratase tan sólo de estenografías con que un fiel discípulo de Santa Teresa hubiese reproducido el vuelo de su palabra y de sus confidencias vertidas de viva voz.

¿Cómo no había de enojarse Fray Luis de León, en quien se hermanaban el humanista doctísimo y el hombre de mejor gusto que ha surgido de Castilla, contra los primeros editores de Santa Teresa, empeñados en pulir y rizar, con ricillos retóricos, ese prodigio de prosa hablada? Porque, y así lo asegura el maestro, "en la forma del decir, en la pureza y facilidad del estilo, y en la gracia y buena compostura de las palabras, y en una elegancia desafetada que deleita en extremo, dudo yo que haya en nuestra lengua escritura que con ellos iguale." Y añade, en otro lugar, caracterizando todavía con más agudeza y precisión esa forma, a ninguna otra referible: "que hacer mudanza en las cosas que escribió un pecho en quien Dios vivía y que se presume le movía a escribirlas, fué atrevimiento grandísimo, y error muy feo querer enmendar las palabras, porque si entendieran bien castellano, vieran que el de la madre es la misma elegancia. Que aunque en algunas partes de lo que escribe, antes que acabe la razón que comienza la mezcla con otras razones, y rompe el hilo comenzado muchas veces con cosas que ingiere, mas ingiérelas tan diestramente, y hace tan buena gracia la mezcla, que ese mismo vicio le acarrea hermosura y es como el lunar del refrán, que en vez de afeár, favorece infinito..." "Así que yo las he restituído a su primera pureza",—concluye Fray Luis de León.

Gracias a esa restitución no ha prevalecido el amaño con que se trató de mixtificarlas y podemos saborear en toda su pureza un texto del cual la fememilidad de la autora no se ausenta nunca. Portento de escritor, de gran escritor, con la menor liga posible de literato, esto es, de lo que ahora diríamos "métier" o cuquería profesional, nada más lejos de Santa Teresa que las cultiparlantes de Tirso en la centuria siguiente, que las preciosas ridículas, o que las "bas bleus" de nuestro

tiempo. Su gran distintivo, en las palabras y en las actitudes, es la carencia de toda afectación. Escribe ignorando los secretos y astucias del arte, mejor aún, del artificio, porque arte magnífico es el de hablar escribiendo, y obra también de la misma manera que escribe. De aquí su desenvoltura, su libertad cristiana de respuestas y actitudes: ese algo que desconcierta a los timoratos y a los que no han ahondado todavía en el carácter de la Fundadora. Un sereno y como divino regocijo parece flotar sobre sus facciones y sobre sus páginas. No hay en su porte ni en su lenguaje el más leve resabio de tristeza quejumbrosa ni de esa gazmofiería, huraña o pizpireta, que es algo así como la coquetería de la religión. La pureza, lo mismo que la nieve, es blanca: color de alegría. Nada que recuerde la solemnidad trascendental del pietismo jansenista, por ejemplo, ni otro género de "bigoterie," ortodoxa o heterodoxa, de cuantas tuvieron su momento de auge. Donosamente se burla ella de los falsos arrobamientos que, a fin de cuentas, resultan ser tan sólo "abobamientos," como dice. Disgústale las novicias ensimismadas y tristes, y en alguna carta se queja de las que no salen del tema de sus desgracias, calificándolas de "lloraduelos," invitándolas a no marearla en adelante con naderías y ridiculeces.

Y así como en ella la gran escritora es todo lo contrario de una literata, así su índole religiosa es todo lo contrario de la mojigatería, como que no consiste en remilgos, ni en dengues, ni en posturas melindrosas, ni en forma alguna aparente y estudiada, sino en efervescencia y tumulto de la fe, indeficiente en sí misma y en las obras. Obsérvese la llaneza y desenfado con que pasa por el mundo, y a todos aborda, y de todos solicita, y a casi todos rinde y avasalla: clérigos y seglares, varones y hembras, poderosos y humildes. Sabe salvar con una agudeza las situaciones más difíciles; sus salidas — de las cuales se forma después una larga adherencia apócrifa — desarman a menudo la prevención o la incredulidad, y esparce en torno suyo una alegría primitiva y simple como de villancico de Nochebuena, resonancia de albuges y zampoñas pastoriles que a toda hora festejaron en su espíritu el nacimiento del Mesías y la gloria del Señor.

Pero esa mujer, tan mujer, y tan castellana, y tan ajena a toda suerte de orgullo mundanal, vivió una de las existencias más agitadas y fecundas que se hayan conocido, demostrando aptitudes asombrosas en su sexo y no menos asombrosas en el otro. Nos maravilla este caso de "surmenage," no menos que la contemplación y la acción, cada una de por sí, se dieran en grado tan eminente y sublimado en la misma persona, fundiendo el dualismo evangélico de Marta y María. No sé qué deleite, no ya simplemente histórico, sino estético y

novelesco, produce la lectura de "Las Cartas" o de las "Fundaciones," — las Cartas sobre todo. Nos es dado seguir en ellas día por día las fases y facetas de esta actividad múltiple en lo temporal y en lo eterno de la "fémina andariega y entrometida," — como el Nuncio Segá, mal informado, la llamó, rectificando después;— de esa mujer que durante veinte años corre sin descanso de ciudad en ciudad, y de pueblo en pueblo, y de convento en convento, y de posada en posada, y de mesón en mesón, por Castilla y Andalucía, desde Avila a Valladolid, a Salamanca, a Toledo, a Madrid, a Sevilla, con sus etapas y estaciones intermedias, tanto como el más aventurero de sus contemporáneos, como Cervantes, como el mismo "Don Quijote."

Sobre la marcha y en los altos del camino contesta y recibe su correspondencia con un verdadero don de ubicuidad y una lucidez de discurso que sorprenden. Lleva de frente la reforma de una regla que poco a poco se convierte en fundación de una orden, empujando la constitución de innumerables conventos de mujeres y casi otros tantos de hombres, atendiendo a la substancia y a los accidentes complejísimos de esta labor, dominiándolo todo. Escribe a sus hijas de religión, a sus parientes según la carne, a sus directores espirituales, a sus colaboradores y adeptos. Cartéase también con prelados, magnates, príncipes, nuncios; con el Rey en persona. No descuida a las prioras de sus casas y las entera y se entera de sus dolencias, les dicta los términos de un contrato, y cómo se han de manejar para la redención de un censo, y cómo se ha de conducir tal negocio, y cómo se han de hacer tales reparaciones en el edificio, y dónde se ha de abrir la ventana, y dónde el pozo. Todo lo dispone, todo lo pregunta y todo lo cela andando de una parte para otra, llena de santo fervor y de resistencia increíble, a pesar de sus achaques. Y cuando ha acabado en una de esas cartas, sabrosas como el pan de trigo, sus puntos de reflexión espiritual, o sus consejos a una novicia, o sus instrucciones para tomar una "freila," o sus mandatos para enfrenar la liberalidad con personas extrañas, mientras las monjas pasan días enteros sin comer; después de un mariposeo semejante, sóbrale atención para dar las gracias o pedir oraciones, para ponderar los regalillos de la última remesa, para recomendar un jarabe o una untura.

Sería difícil hallar, aún en aquella época de insignes trabajadores y "papelistas," empezando por Felipe II, una existencia más complicada y que reuniera bajo su mano una red tal de asuntos, expedientes, pleitos, escrituras, deudas, intrigas y dificultades, a que proveer inmediatamente y sin dejarlo para otro día. Sólo pensando en presidentes de Castilla como Covarrubias, en Inquisidores generales como el cardenal Quiroga, en Secretarios como Mateo Vázquez o Antonio Pérez, po-

dríamos encontrar ejemplos de una correspondencia y despacho de asuntos exigiendo tal variedad y sucesión de resoluciones, aunque nunca lo hallaríamos de epistolario escrito con más gracioso descuido, ni más movido y cambiante de matices, saltos, brincos y revoloteos airosos, en los cuales nada omite de interés, antes bien lo puntualiza y recoge todo maravillosamente, como quien juega.

Aquí es donde resplandece y triunfa su naturaleza esencialmente femenina. Es una mujer que rige un estado, el de su orden; que levanta de raíz una porción de "casas", que atraviesa períodos de extrema dificultad, que escribe libros, que se ve denunciada a la Inquisición, que sufre persecuciones, que gestiona negocios tan graves como la autonomía de los carmelitas descalzos hasta formar provincia aparte con ellos, que arrostra con entereza las veleidades y caprichos de la princesa de Eboli, que llega a situaciones para desalentar al hombre más esforzado...

Pues bien: apenada la vemos alguna vez, pero descompuesta o enfurecida nunca, ni nunca perdiendo la serenidad que, por el contrario, cuida de infundir en todas sus súbditas, apartándolas de criterios de violencia contra sus enemigos o delatores, como en el caso de Sevilla, y aún persuadiéndolas de la necesidad de conservar y atraerse a las hermanas díscolas o desleales. Y con todo eso, le queda espacio y memoria para agradecer el agua de azahar o la mermelada, para decir lo a punto que llegaron los últimos confites o el "agnus-déi," para recomendar que los corporales que pidió se hagan de cadeneta con aljófár y canutillos. Hablará a un jurista de la hipoteca y el juro, pero mandándole de paso la más hermosa trucha del Tormes con que acaban de obsequiarla, o trazará a sus hijas de Sevilla planes de conducta con que defenderse de la desafortada persecución, sin olvidarse de transcribir las últimas gracias y dichos infantiles de su sobrina Teresica, o de participarles que supieron a gloria los brinquillos y las confituras, o de ponderarles el trastorno que ella, la fundadora, la mujer fuerte de los "Proverbios," sufrió durante el último viaje por habérsele metido una salamanquesa, una lagartija, entre la manga y el brazo...

¡Oh gracia suprema de hacerlo y conducirlo todo de frente, con ligereza, candor y suavidad, pareciendo que no se hace cosa alguna! Sólo ese gobierno concertado y solícito de una vasta república religiosa, combatida por tantas rivalidades o celos intempestivos en una época de ardor teológico y de universal y arrebatada polémica; sólo esa obra estupenda de iniciativa y de régimen, bastaría en lo humano a acreditarla de portentosa capacidad y a colocarla entre los grandes talentos organizadores, que dan forma y estructura a una sociedad, a una nación, a un siglo. Pero con esa capacidad objetiva y esa formidable potencia de trabajo, desconcertante en una mujer, coincidía lo otro, el "por-

tento místico," la riqueza maravillosa de su vida interior, la más calificada y excelsa, sin duda, de cuantas descolaron entre los quinientistas españoles.

Qué cosa fué el misticismo y, sobre todo, ese misticismo castellano, no necesita el lector seguramente que se lo explique, ni me atreviera a hacerlo con palabras mías. Basta recordar las de aquel varón irremplazable, maestro de maestros, a cuya panoplia es preciso acudir, incluso para buscar armas con que combatir sus doctrinas o defenderse de su arrolladora influencia. "Para llegar a la inspiración mística — dice Menéndez — no basta ser cristiano, ni devoto, ni gran teólogo, ni santo, sino que se requiere un estado psicológico especial, una efervescencia de la voluntad y del pensamiento, una contemplación ahincada y honda de las cosas divinas, y una metafísica o filosofía primera, que va por camino diverso, pero no contrario, de la teología dogmática. El místico, si es ortodoxo, acepta esta teología, la da como supuesto y base de todas sus especulaciones, pero llega más adelante: aspira "a la posesión de Dios por unión de amor," y procede como si Dios y el alma estuvieran solos en el mundo. Este es el misticismo como estado del alma, y su virtud es tan poderosa y fecunda, que de él nace una teología mística y una ontología mística, en que el espíritu, iluminado por la llama del amor, columbra perfecciones y atributos del Ser, a que el seco razonamiento no llega, y una psicología mística, que descubre y persigue hasta las últimas raíces del amor propio y de los afectos humanos."

El misticismo — ha podido añadir un insigne paisano mío, don Juan Maura y Gelabert, obispo que fué de Orihuela, — el misticismo no es una ciencia en la rigurosa acepción de la palabra: es mucho menos y mucho más. Y, en efecto, no sigue los procedimientos privativos de la ciencia, pero logra mayores resultados; no va a Dios por las vías del discurso, pero llega a El por el sentimiento. Porque el místico es al común de los creyentes lo que el genio al común de los mortales. La aridez del razonamiento agosta al hombre genial, la dialéctica lo paraliza; es todo intuición y anticipo, todo vuelo y arrebató de la mente transportada a la visión de las cosas en sí. Y aún pudiera decirse que siempre el genio tiene algo de místico, y viceversa, puesto que sus interpretaciones del mundo y de la existencia son eminentemente cordiales y muy a menudo indeliberadas, pareciendo como una revelación o manifestación de lo divino a través del alma humana por vías de misterio y subconciencia. "Deus in nobis," decían, aún los paganos, del estado de agitación del vate, de la energía inspiratriz; de suerte que en su más alto sentido la poesía es un fenómeno de mística y operación de la divinidad en el alma humana, que así se convierte en oráculo de lo eterno y traduce con palabras tempo-

rales y a los idiomas históricos esas inefables insinuaciones de la suma Belleza y del sumo Bien.

Y, ¿cómo no pensarlo a la vista de prodigios tales como este de Santa Teresa y de todos los ascéticos y contemplativos de su tiempo, que, por unos años, hicieron de la lengua castellana, tan sonora y cuadrangular, tan asentada y maciza, algo ingrátido y transparente como una gema luminosa? ¡Qué momento aquel para un idioma terreno: Santa Teresa, San Juan de la Cruz, Fray Luis de León! Es realmente el castellano un instrumento duro para la poesía en sus manifestaciones aladas y vagarosas, en fuerza de esa misma regularidad arquitectural, sin ligereza ni contracción posible, que constituye en cambio su magnificencia oratoria. Yo lo he creído así, y lo creo todavía; mas por una especie de magia que no ha vuelto a repetirse, ese idioma grandilocuente, de palabras y oraciones íntegras y rotundas, en manos de aquellos artistas celestiales se hace translúcido y como inmaterial, a la manera de un éter, y llega a propagar con eficacia las ondas más sutiles del piélago de lo infinito, los arrullos más imperceptibles de aquel silencio en que "siente el alma la respiración de Dios" y todo el pasmo y deslumbramiento del espíritu por donde ha pasado Dios "sin dejar rastro visible, como la saeta que no lo deja en el aire"...

Cuando leo estas maravillas en Santa Teresa o en cualquiera de sus contemporáneos y discípulos; cuando la misma abulense nos declara el misterio de la unión estática con graciosas comparaciones de las dos velas que juntan su luz o del agua del cielo que viene a henchir el cauce de un arroyo; cuando San Juan de la Cruz vierte su embriaguez amorosa en versos de tan penetrante, de tan profunda turbación como estos:

Quedéme y olvidéme,
el rostro recliné sobre el Amado;
cesó todo y dejéme
dejando mi cuidado
entre las azucenas olvidado;

y cuando del "Cántico espiritual" o de la "Noche oscura" del carmelita paso a la "Noche serena," a la oda "a Salinas," a cualquiera de las estrofas y pasajes de Luis de León donde se llega a estas claridades pasmosas que parecen alegoría de los seres de la estirpe de Santa Teresa:

Alma divina, en velo
de femeniles miembros encerrada...

.....
Por todo el delicado
cuerpo como por vidrio transparente
resplandor admirado,
gracia resplandeciente,
divina, se descubre abiertamente...

entonces vacilo en mi convicción antedicha y pienso que en castellano se han podido expresar las cosas más

etéreas y suprasensibles que haya expresado lengua alguna, hasta invadir el reino de la música que es el de la emoción en sí, no ligada a términos, ni a días, ni a lugares, ni a figura determinada. ¿Por qué se desvió después de esa dirección y cayó en las hinchazones del énfasis, en la pesadumbre de la expresión material, recortada y concreta? Culpa fué del espíritu, que huyó de las generaciones siguientes y dejó de animar la poesía y hacer de ella una transverberación. Ni el amor de la patria ni el amor sexual han encontrado después acentos de mayor intimidad, dulzura y eficacia.

No; no pudieron ser alucinados ni impostores esos seres que, efectivamente, albergaron a Dios en su alma y comunicaron a la palabra mortal el temblor o pasmo de esa presencia inenarrable. Fuera el artificio todavía más extraordinario que el portentoso, y más difícil de creer; ni hay tampoco superchería que, por bien urdida y combinada que sea, alcance sobre tiempos y generaciones el señorío que acompaña a Teresa de Jesús, a sus libros, a su memoria. Pero, antes de terminar, permitid que señale una contradicción, una de tantas contradicciones del espíritu moderno, el cual sólo para la mística ortodoxa guarda los rigores de su racionalismo o de su escepticismo, mientras pone sobre su cabeza y erige en golosinas y refinamientos de "snob," los místicos alejandrinos, o los germanos y flamencos, o aún esas formas de misticismo gnóstico diluídas en la literatura y la filosofía contemporáneas, desde Mæterlinck a Williams James y Bergson. Oro de ley y oráculo indiscutido es cuanto escribe un Plotino o un Tauler, un Proclo o un Ruysbroeck, y todo sabe a maravilla y prodigio en las "Eneadas," en los "Desposorios espirituales," en el "Tesoro de los humildes." Sólo cuando se llega a nuestros místicos, entran en funciones la crítica y el positivismo, y hasta se atreven alguna vez con ellos el psiquiatra y el tratadista de patología mental.

Toda la vida de Santa Teresa depone de su cordura. Nunca ha habido otra más llena en la acción; no la ha habido más fecunda en las obras, que para ella fueron también, y muy principalmente, "unión con Dios"; no ha habido quien aprovechara el tiempo con mayor espíritu de continuidad ni con enlace de propósitos y actos tan sostenidos, puesto que realizó cuanto anhelaba y un poco más de añadidura. Y, ¿vendríamos a parar en que todas esas sublimidades de la obra y del alma, de la acción y del pensamiento, de la vida externa y de la vida interior no eran más que un poco de neurastenia, o una forma de histerismo a gusto de mediquillos de suburbio anticlerical adulterados por libros de quiosco? Algo más grande hubo allí: talento humano portentoso y santidad o perfección extraordinaria. Un ser que alcanzó las máximas alturas del ascenso hacia Dios; una de aquellas figuras femeniles que ya en este

bajo mundo dejan un sendero de claridad cuando pasan y un rastro como de violetas celestiales; una de aquellas almas, en fin, que se convierten en vivos tabernáculos de la divinidad y derraman sobre su siglo y su nación un resplandor de la luz increada, de la "llama de amor viva" en que se consumen. Esa fué la mujer, la Santa española por excelencia: aquella pecadora inconsolable, como el muchacho de nuestro poeta, por... "haber matado un ruiñeñor." La cual, corporalmente y según el retrato literario que nos legó el P. Francisco de Rivera, fué, además, "de muy buena estatura, y en "su mocedad, hermosa, y aun después de vieja parecía "harto bien: el cuerpo abultado y muy blanco, el rostro "redondo y lleno, de muy buen tamaño y proporción, "la color blanca y encarnada, y cuando estaba en oración "se le encendía, y se ponía hermosísima... Los ojos ne-" "gros redondos y un poco papujados (que así los llaman "y no sé cómo mejor declararme), no grandes, pero "muy bien puestos, vivos y graciosos que en riyéndose "se refan todos y mostraban alegría... Los dientes muy "buenos, la barba bien hecha, las orejas ni chicas ni "grandes... En la cara tenía tres lunares pequeños, al "lado izquierdo, que le daban mucha gracia..."

MIGUEL S. OLIVER





COPIA DEL VERDADERO RETRATO DE SANTA TERESA DE JESÚS, A LOS 61 AÑOS, ORIGINAL DEL V. FR. JUAN DE LA MISERIA, QUE SE CUSTODIA EN EL CONVENTO DE RELIGIOSAS CARMELITAS DESCALZAS, DENOMINADO DE SAN JOSÉ DEL CARMEN, DE LA CIUDAD DE SEVILLA, REPRODUCIDA DEL GRABADO AL AGUA FUERTE HECHO

POR A. A. MORGADO

Este tratado llamado do
jacobillo y tenor
escribio teresa de jesus
mojor de maestra
senora del carme
de sus hermanas y las
las monjas carmelitas
de calcos

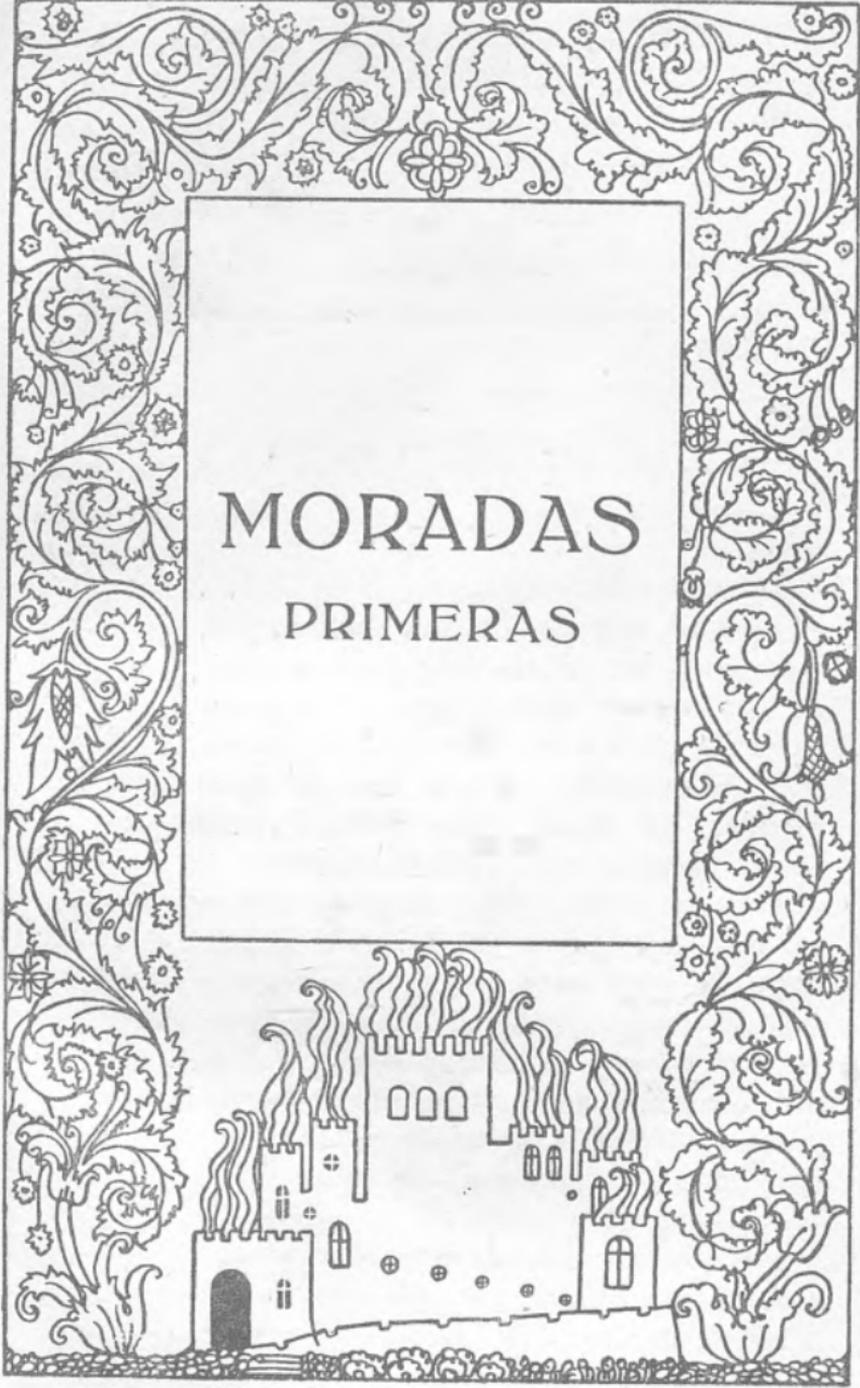
*P*OCAS cosas que me ha mandado la obediencia se me han hecho tan dificultosas como escribir ahora cosas de oración: lo uno, porque no me parece me da el Señor espíritu para hacerlo, ni deseo: lo otro, por tener la cabeza tres meses ha con un ruido y flaqueza tan grande, que aun los negocios forzosos escribo con pena; mas entendiendo que la fuerza de la obediencia suele allanar cosas que parecen imposibles, la voluntad se determina a hacerlo muy de buena gana, aunque el natural parece que se aflige mucho; porque no me ha dado el Señor tanta virtud, que el pelear con la enfermedad continua, y con ocupaciones de muchas maneras, se pueda hacer sin gran contradicción suya. Hágalo el que ha hecho otras cosas más dificultosas, por hacerme merced, en cuya misericordia confío. Bien creo he de saber decir poco más que lo que he dicho en otras cosas que me han mandado escribir; antes temo que han de ser casi todas las mismas, porque así como los pájaros,

que enseñan a hablar, no saben más de lo que les muestran u oyen, y esto repiten muchas veces, soy yo al pie de la letra. Si el Señor quisiere diga algo nuevo, su Majestad lo dará, o será servido traerme a la memoria lo que otras veces he dicho, que aun con esto me contentaría, por tenerla tan mala, que me holgaría de atinar a algunas cosas que decían estaban bien dichas, por si se hubieren perdido. Si tampoco me diere el Señor esto, con cansarme y acrecentar el mal de cabeza, por obediencia, quedaré con ganancia, aunque de lo que dijere no se saque ningún provecho. Y ansí comienzo a cumplirla hoy día de la Santísima Trinidad, año de 1577, en este monasterio de San Josef del Carmen en Toledo, a donde al presente estoy: sujetándome en todo lo que dijere al parecer de quien me lo manda escribir, que son personas de grandes letras. Si alguna cosa dijere que no vaya conforme a lo que tiene la santa Iglesia Católica Romana, será por ignorancia, y no por malicia. Esto se puede tener por cierto, y que siempre estoy y estaré sujeta por la bondad de Dios, y lo he estado, a ella. Sea por siempre bendito, amén, y glorificado.

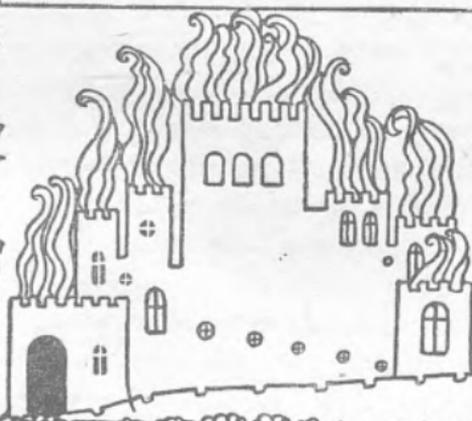
Díjome quien me mandó escribir, que como estas monjas de estos monasterios de Nuestra Señora del Carmen tienen necesidad de quien algunas dudas de oración las declare, y que le parecía que mejor se entienden el lenguaje unas mujeres de otras, y con el amor que me tienen,

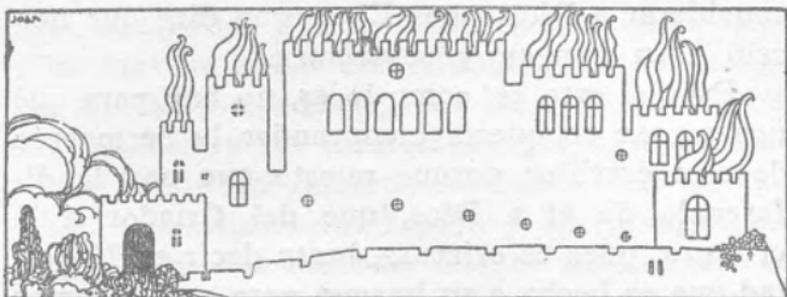
les haría más al caso lo que yo les dijese; tiene entendido por esta causa será de alguna importancia, si se acierta a decir alguna cosa, y por esto iré hablando con ellas en lo que escribiré; y porque parece desatino pensar que puede hacer al caso a otras personas: harta merced me hará nuestro Señor, si alguna de ellas se aprovechara para alabarle algún poquito. Mas bien sabe su Majestad que yo no pretendo otra cosa: y está muy claro, que cuando algo se atinare a decir, entenderán no es mío; pues no hay causa para ello, si no fuere tener tan poco entendimiento como yo habilidad para cosas semejantes, si el Señor por su misericordia no la da.





MORADAS
PRIMERAS





CAPÍTULO PRIMERO



ESTANDO hoy suplicando a nuestro Señor hablase por mí, porque yo no atinaba a cosa que decir, ni cómo comenzar a cumplir esta obediencia, se me ofreció lo que ahora diré, para comenzar con algún fundamento, que es considerar nuestra alma como un castillo todo de un diamante, o muy claro cristal, adonde hay muchos aposentos, así como en el cielo hay muchas moradas. Que si bien lo consideramos, hermanas, no es otra cosa el alma del justo sino un paraíso adonde dice El tiene sus deleites. ¿Pues qué tal os parece que será el aposento adonde un Rey tan poderoso, tan sabio, tan limpio, tan lleno de todos los bienes, se deleita? No halló yo cosa con que comparar la gran hermosura de un alma, y la gran capacidad. Y verdaderamente apenas deben llegar nuestros entendimientos, por agudos que fuesen, a comprenderla; así como no pueden llegar a

considerar a Dios, pues El mismo dice que nos crió a su imagen y semejanza.

Pues si esto es, como lo es, no hay para qué nos cansar en querer comprender la hermosura de este castillo; porque puesto que hay la diferencia de él a Dios, que del Criador a la criatura, pues es criatura, basta decir su Majestad que es hecha a su imagen para que podamos entender la gran dignidad y hermosura del ánima. No es pequeña lástima, y confusión, que por nuestra culpa no entendamos a nosotros mismos, ni sepamos quién somos. ¿No sería gran ignorancia, hijas mías, que preguntasen a uno quién es, y no se conociese, ni supiese quién fué su padre, ni su madre, ni de qué tierra? Pues si esto sería gran bestialidad, sin comparación es mayor la que hay en nosotras cuando no procuramos saber qué cosa somos, sino que nos detenemos en estos cuerpos, y así a bulto, porque lo hemos oído, y porque nos lo dice la fe, sabemos que tenemos almas; mas qué bienes puede haber en esta alma, o quién está dentro en esta alma, o el gran valor de ella, pocas veces lo consideramos: y así se tiene en tan poco procurar con todo cuidado conservar su hermosura. Todo se nos va en la grosería del engaste, o cerca de este castillo, que son estos cuerpos.

Pues consideremos que este castillo tiene, como he dicho, muchas moradas; unas en lo alto, otras en bajo, otras a los lados, y en el centro y mitad de todas estas tiene la más principal, que es adonde pasan las cosas de mucho secreto entre Dios y el alma. Es menester que

vais advertidas a esta comparación, quizá será Dios servido pueda por ella daros algo a entender de las mercedes que es Dios servido hacer a las almas, y las diferencias que hay en ellas hasta donde yo hubiere entendido que es posible, que todas será imposible entenderlas nadie, según son muchas, cuanto más quien es tan ruin como yo. Porque os será gran consuelo cuando el Señor os las hiciere saber, que es posible; y a quien no, para alabar su gran bondad: que ansí como no nos hace daño considerar las cosas que hay en el cielo, y lo que gozan los bienaventurados, antes nos alegramos y procuramos alcanzar lo que ellos gozan; tan poco nos hará ver que es posible en este destierro comunicarse un tan gran Dios con unos gusanos tan llenos de mal olor, y amar una bondad tan buena, y una misericordia tan sin tasa.

Tengo por cierto, que a quien hiciere daño entender que es posible hacer Dios esta merced en este destierro, que estará muy falta de humildad, y del amor del prójimo; porque si esto no es, ¿cómo nos podemos dejar de holgar de que haga Dios estas mercedes a un hermano nuestro, pues no impide para hacérnoslas a nosotras? ¿Y de que su Majestad dé a entender sus grandezas, sea en quien fuere? Que algunas veces será sólo por mostrarlas, como dijo del ciego que dió vista, cuando le preguntaron los Apóstoles si era por sus pecados o de sus padres. Y ansí acaece, no las hacer por ser más santos a quien las hace, que a los quien no, sino porque se conozca su grandeza, como vemos en san Pablo y la Mag-

dalena, y para que nosotros le alabemos en sus criaturas.

Podráse decir que parecen cosas imposibles, y que es bien no escandalizar los flacos. Menos se pierde en que ellos no lo crean, que no en que se dejen de aprovechar a los que Dios las hace; y se regalarán y despertarán a más amar a quien hace tantas misericordias siendo tan grande su poder y majestad. Cuanto más, que sé que hablo con quien no habrá este peligro, porque saben y creen que hace Dios aún muy mayores muestras de amor. Yo sé que quien esto no creyere no lo verá por experiencia, porque es muy amigo de que no pongan tasa a sus obras: y ansí, hermanas, jamás os acaezca, a las que el Señor no llevaré por este camino.

Pues tornando a nuestro hermoso y deleitoso castillo, hemos de ver cómo podremos entrar en él. Parece que digo algún disbarate; porque si este castillo es el ánima, claro está que no hay para qué entrar, pues sé es el mismo, como parecería desatino decir a uno que entrase en una pieza, estando ya dentro. Mas habéis de entender que va mucho de estar a estar; que hay muchas almas que se están en la ronda del castillo, que es adonde están los que le guardan, y que no se les da nada de entrar dentro, ni saber qué hay en aquel tan precioso lugar, ni quiénes están dentro, ni aun qué piezas tiene. Ya habréis oído en algunos libros de oración aconsejar al alma que entre dentro de sí; pues esto mismo es.

Decíame poco ha un gran letrado, que son las almas que no tienen oración como un cuerpo con perlesía, o tullido, que aunque tiene pies y ma-

nos, no los puede mandar: que así son, que hay almas tan enfermas, y mostradas a estarse en cosas exteriores, que no hay remedio, ni parece que pueden entrar dentro de sí; porque ya la costumbre la tiene tal de haber siempre tratado con las sabandijas y bestias que están en el cerco del castillo, que ya casi está hecha como ellas: y con ser de natural tan rica, y poder tener su conversación no menos que con Dios, no hay remedio. Y si estas almas no procuran entender y remediar su gran miseria, quedarse han hechas estatuas de sal, por no volver la cabeza hacia sí, así como lo quedó la mujer de Loth por volverla. Porque, a cuanto yo puedo entender, la puerta para entrar en este castillo es la oración y consideración: no digo más mental que vocal, que como sea oración, ha de ser con consideración; porque la que no advierte con quién habla, y lo que pide, y quién es quien pide, y a quién, no la llamo yo oración, aunque mucho menee los labios; porque aunque algunas veces sí será, aunque no lleve este cuidado, mas es habiéndole llevado otras: mas quien tuviese de costumbre hablar con la majestad de Dios como hablaría con su esclavo, que ni mira si dice mal, sino lo que se le viene a la boca, y tiene deprendido por hacerlo otras veces, no la tengo yo por oración, ni plega a Dios que ningún cristiano la tenga de esta suerte, que entre vosotras, hermanas, espero en su Majestad no la habrá, por la costumbre que hay de tratar de cosas interiores, que es harto bueno para no caer en semejante bestialidad.

Pues no hablemos con estas almas tullidas,

que si no viene el mesmo Señor a mandarlas se levanten, como al que había treinta años que estaba en la piscina, tienen harta mala ventura y gran peligro. Sino con otras almas, que en fin entran en el castillo, porque aunque están muy metidas en el mundo, tienen buenos deseos, y alguna vez, aunque de tarde en tarde, se encomiendan a nuestro Señor, y consideran quién son, aunque no muy de espacio; alguna vez en un mes rezan llenos de mil negocios el pensamiento, casi lo ordinario es esto, porque están tan asidos a ellos, que como adonde está su tesoro, se va allá el corazón, ponen por sí algunas veces de desocuparse, y es gran cosa el propio conocimiento, y ver que no van bien para atinar a la puerta. En fin, entran en las primeras piezas de las bajas, mas entran con ellos tantas sabandijas, que ni les dejan ver la hermosura del castillo, ni sosegar: harto hacen en haber entrado.

Pareceros ha, hijas, que es esto impertinente, pues por la bondad del Señor no sois de éstas. Habéis de tener paciencia, porque no sabré dar a entender, como yo tengo entendido, algunas cosas interiores de oración, sino es ansí, y aun plega al Señor que atine a decir algo, porque es bien dificultoso lo que querría daros a entender, si no hay experiencia; si la hay, veréis que no se puede hacer menos de tocar, en lo que plega al Señor no nos toque por su misericordia.

CAPÍTULO II



ANTES que pase adelante, os quiero decir que consideréis qué será ver este castillo tan resplandeciente y hermoso, esta perla oriental, este árbol de vida que está plantado en las mismas aguas vivas de la vida, que es Dios; cuando cae en un pecado mortal, no hay tinieblas más tenebrosas, ni cosa tan oscura y negra, que no lo esté mucho mas. No queráis más saber, de que con estarse el mismo sol, que le daba tanto resplandor y hermosura, todavía en el centro de su alma, es como si allí no estuviese para participar de él, con ser tan capaz para gozar de su Majestad, como el cristal para resplandecer en él el sol. Ninguna cosa le aprovecha; y de aquí viene, que todas las buenas obras que hiciere, estando así en pecado mortal, son de ningún fruto para alcanzar gloria, porque no procediendo de aquel principio, que es Dios, de donde nuestra virtud es virtud, y apartándonos de él, no puede ser agradable a sus ojos: pues en fin, el intento de quien hace un pecado mortal no es contentarle, sino hacer placer al demonio, que como es las

mesmas tinieblas, así la pobre alma queda hecha una misma tiniebla.

Yo sé de una persona a quien quiso nuestro Señor mostrar cómo quedaba un alma cuando pecaba mortalmente. Dice aquella persona que le parece, si lo entendiesen, no sería posible ninguno pecar, aunque se pusiese a mayores trabajos que se pueden pensar, por huir de las ocasiones (1). Y así le dió mucha gana que todos lo entendieran; y así os la dé a vosotras, hijas, de rogar mucho a Dios por los que están en este estado, todos hechos una escuridad, y así son sus obras; porque así como de una fuente muy clara lo son todos los arroyicos que salen de ella, como es un alma que está en gracia, que de aquí le viene ser sus obras tan agradables a los ojos de Dios y de los hombres, porque proceden de esta fuente de vida, adonde el alma está como un árbol plantado en ella, que la frescura y fruto no tuviera, si no le procediere de allí, que esto le sustenta, y hace no secarse, y que dé buen fruto; así el alma, que por su culpa se aparta de esta fuente y se planta en otra de muy negrísima agua y de muy mal olor, todo lo que corre de ella es la misma desventura y suciedad.

Es de considerar aquí que la fuente, y aquel Sol resplandeciente, que está en el centro del alma, no pierde su resplandor y hermosura, que

(1) «Esta imposibilidad de pecar, que pone aquí la Santa, se debe entender del mismo modo que explican los santos Padres: la misma imposibilidad de pecar que pone san Juan en su Epístola I, capítulo III, v. 9, de que trata Cornelio a Lápide sobre este texto, y pone seis modos de entenderla: el uno es que no puede pecar, esto es, no puede pecar fácilmente, si no es con mayor dificultad que otros.» *(Nota de la edición de las obras de la Santa, impresas en Madrid el año de 1752.)*

siempre está dentro de ella, y cosa no puede quitar su hermosura; mas si sobre un cristal que está a el sol se pusiese un paño muy negro, claro está que aunque el sol dé en él, no hará su claridad operación en el cristal.

¡Oh almas redimidas por la sangre de Jesucristo, entendeos, y habed lástima de vosotras! ¿Cómo es posible que entendiendo esto no procuráis quitar esta pez de este cristal? Mirad que si se os acaba la vida, jamás tornaréis a gozar de esta luz. ¡Oh Jesús! ¡Qué es ver a un alma apartada de ella! ¡Cuáles quedan los pobres aposentos del castillo! ¡Qué turbados andan los sentidos, que es la gente que vive en ellos! Y las potencias, que son los alcaides, y mayordomos, y maestresalas, ¡con qué ceguedad, con qué mal gobierno! En fin, como adonde está plantado el árbol, que es el demonio, ¿qué fruto puede dar? Oí una vez a un hombre espiritual, que no se espantaba de cosas que hiciese uno que está en pecado mortal, sino de lo que no hacía. Dios por su misericordia nos libre de tan gran mal, que no hay cosa mientras vivimos que merezca este nombre de mal, sino esta, pues acarrea males eternos para sin fin. Esto es, hijas, de lo que hemos de andar temerosas, y lo que hemos de pedir a Dios en nuestras oraciones; porque si El no guarda la ciudad, en vano trabajaremos, pues somos la misma vanidad.

Decía aquella persona, que había sacado dos cosas de la merced que Dios le hizo. La una, un temor grandísimo de ofenderle; y así siempre le andaba suplicando no la dejase caer, viendo tan terribles daños. La segunda, un espejo para

la humildad, mirando cómo cosa buena que hagamos, no viene su principio de nosotros, sino de esta fuente, adonde está plantado este árbol de nuestras almas, y de este Sol que da calor a nuestras obras. Dice que se representó esto tan claro, que en haciendo alguna cosa buena, o viéndola hacer, acudía a su principio, y entendía cómo sin esta ayuda no podíamos nada; y de aquí le procedía ir luego a alabar a Dios, y lo más ordinario no se acordar de sí en cosa buena que hiciese.

No sería tiempo perdido, hermanas, el que gastáseis en leer esto, ni yo en escribirlo, si quedásemos con estas dos cosas, que los letrados y entendidos muy bien las saben, mas nuestra torpeza de las mujeres todo lo ha menester; y así por ventura quiere el Señor que vengan a nuestra noticia semejantes comparaciones, plega a su bondad nos dé gracia para ello.

Son tan oscuras de entender estas cosas interiores, que quien tan poco sabe como yo, forzado habrá de decir muchas cosas superfluas, y aun desatinadas, para decir alguna que acierte. Es menester tenga paciencia quien lo leyere, pues yo la tengo para escribir lo que no sé; que cierto algunas veces tomo el papel, como una cosa boba, que ni sé qué decir, ni cómo comenzar.

Bien entiendo que es cosa importante para vosotras declarar algunas interiores como pudiese, porque siempre oímos cuán buena es la oración, y tenemos de Constitución tenerla tantas horas; y no se nos declara más de lo que podemos nosotras, y de cosas que obra el Señor

en un alma, declárase poco, digo sobrenatural, diciéndose y dándose a entender de muchas maneras; sernos ha mucho consuelo considerar este artificio celestial interior, tan poco entendido de los mortales, aunque vayan muchos por él. Y aunque en otras cosas que he escrito ha dado el Señor algo a entender, entiendo que algunas no las había entendido como después acá, en especial de las más dificultosas. El trabajo es que para llegar a ellas, como he dicho, se habrán de decir muchas muy sabidas, porque no puede ser menos para mi rudo ingenio.

Pues tornemos ahora a nuestro castillo de muchas moradas. No habéis de entender estas moradas una en pos de otra, como cosa enhilada, sino poned los ojos en el centro, que es la pieza o palacio adonde está el Rey, y considerad como un palmito, que para llegar a lo que es de comer, tiene muchas coberturas, que todo lo sabroso cercan; así acá en derredor de esta pieza están muchas, y encima lo mismo, porque las cosas del alma siempre se han de considerar con plenitud, y anchura, y grandeza, pues no le levantan nada, que capaz es de mucho más que podremos considerar, y a todas partes de ella se comunica este Sol, que está en este palacio.

Esto importa mucho a cualquier alma que tenga oración, poca o mucha, que no la arrinconen, ni apriete; déjela andar por estas moradas, arriba y abajo, y a los lados, pues Dios la dió tan gran dignidad; no se estruje en estar mucho tiempo en una pieza sola, o que si es en el propio conocimiento, que con cuán necesario

es esto, miren que me entiendan, aun a las que las tiene el Señor en la misma morada que El está, que jamás, por encumbrada que esté, le cumple otra cosa, ni podrá aunque quiera: que la humildad siempre labra, como la abeja, en la colmena de la miel, que sin esto todo va perdido. Mas consideremos que la abeja no deja de salir a volar para traer flores; así el alma en el propio conocimiento, créame, y vuela algunas veces a considerar la grandeza y majestad de su Dios: aquí hallará su bajeza mejor que en sí misma, y más libre de las sabandijas adonde entran en las primeras piezas, que es el propio conocimiento, que aunque, como digo, es harta misericordia de Dios que se ejercite en esto, tanto es lo demás, como lo de menos, suelen decir. Y créanme, que con la virtud de Dios obraremos muy mejor virtud, que muy atadas a nuestra tierra.

No sé si queda dado bien a entender, porque es cosa tan importante este conocernos, que no querría en ella hubiese jamás relajación, por subidas que estéis en los cielos, pues mientras estamos en esta tierra, no hay cosa que más nos importe que la humildad. Y así torno a decir, que es muy bueno y muy rebueno tratar de entrar primero en el aposento adonde se trata de esto, que volar a los demás, porque este es el camino; y si podemos ir por lo seguro y llano, ¿para qué hemos de querer alas para volar? Mas busque como aprovechar más en esto, y a mi parecer jamás nos acabamos de conocer, si no procuramos conocer a Dios: mirando su grandeza, acudamos a nuestra bajeza; y mirando su limpieza, veremos nuestra suciedad; consideran-

do su humildad, veremos cuán lejos estamos de ser humildes.

Hay dos ganancias de esto. La primera está claro que parece una cosa blanca, muy más blanca cabe la negra; y al contrario, la negra cabe la blanca. La segunda es porque nuestro entendimiento y voluntad se hace más noble y más aparejado para todo bien tratando a vueltas de sí con Dios; y si nunca salimos de nuestro cieno de miseria, es mucho inconveniente. Ansí como decíamos de los que están en pecado mortal, cuán negras y de mal olor son sus corrientes; ansí acá, aunque no son como aquéllas (Dios nos libre, que esto es comparación), metidos siempre en la miseria de nuestra tierra, nunca el corriente saldrá de cieno de temores, de pusilanimidad y cobardía, de mirar si me miran, no me miran; si yendo por este camino me sucederá mal, si osaré comenzar aquella obra, si será soberbia, si es bien que una persona tan miserable trate de cosa tan alta como la oración, si me ternán por mejor, si no voy por el camino de todos, que no son buenos los extremos, aunque sea en virtud, que como soy tan pecadora, será caer de más alto, quizá no iré delante y haré daño a los buenos, que una como yo no ha menester particularidades.

¡Oh, váleme Dios, hijas, qué de almas debe el demonio de haber hecho perder mucho por aquí! Que todo esto les parece humildad, y otras muchas cosas que pudiera decir; y viene de no acabar de entendernos, tuerce el propio conocimiento, y si nunca salimos de nosotros mismos, no me espanto, que esto y más se puede

temer. Por eso digo, hijas, que pongamos los ojos en Cristo nuestro bien, y allí deprenderemos la verdadera humildad, y en sus Santos, y ennoblecerse ha el entendimiento, como he dicho, y no hará el propio conocimiento ratero y cobarde: que aunque esta es la primera morada, es muy rica y de tan gran precio, que si se descabulle de las sabandijas de ella, no se quedará sin pasar adelante. Terribles son los ardides y mañas del demonio para que las almas no se conozcan, ni entiendan sus caminos.

De estas moradas primeras podré yo dar muy buenas señas de experiencia; por eso digo, que no consideren pocas piezas, sino un millón, porque de muchas maneras entran almas aquí, unas y otras con buena intención; mas como el demonio siempre la tiene tan mala, debe tener en cada una muchas legiones de demonios, para combatir que no pasen de unas a otras, y como la pobre alma no lo entiende, por mil maneras nos hace trampantojos. Lo que no puede tanto a las que están más cerca de donde está el Rey; que aquí, como aún se están embebidas en el mundo, y engolfadas en sus contentos, y desvanecidas en sus honras y pretensiones, no tienen la fuerza los vasallos del alma, que son los sentidos y potencias que Dios les dió de su natural, y fácilmente estas almas son vencidas, aunque anden con deseos de no ofender a Dios, y hagan buenas obras. Las que se vieren en este estado han menester acudir a menudo, como pudiesen, a su Majestad, tomar a su bendita Madre por intercesora, y a sus Santos, para que ellos peleen por ellas, que sus criados pocas fuerzas

tienen para se defender. A la verdad en todos estados es menester que nos venga de Dios. Su Majestad nos la dé por su misericordia. Amén.

¡Qué miserable es la vida en que vivimos! Porque en otra parte dije mucho del daño que nos hace, hijas, no entender bien esto de la humildad y propio conocimiento, no os digo más aquí, aunque es lo que más nos importa; y aun plega al Señor haya dicho algo que os aproveche.

Habéis de notar que en estas moradas primeras aún no llega casi nada la luz que sale del palacio donde está el Rey, porque aunque no están escurecidas y negras, como cuando el alma está en pecado, está escurecida en alguna manera para que no la pueda ver el que está en ella, digo, y no por culpa de la pieza, que no sé darme a entender, sino porque con tantas cosas malas de culebras, víboras y cosas emponzoñosas, que entraron con él, no le dejan advertir a la luz. Como si uno entrase en una parte adonde entra mucho sol, y llevase tierra en los ojos, que casi no los pudiese abrir. Clara está la pieza, mas él no la goza por el impedimento, o cosas de estas fieras y bestias que le hacen cerrar los ojos, para no ver sino a ellas. Así me parece debe ser un alma, que aunque no está en mal estado, está tan metida en cosas del mundo, y tan empapada en la hacienda, u honra, o negocios, como tengo dicho, que aunque en hecho de verdad se querría ver, y gozar de su hermosura, no le dejan, ni parece que pueda descabullirse de tantos impedimentos. Y conviene mucho para haber de entrar a las segundas moradas, que pro-

cure dar de mano a las cosas y negocios no necesarios, cada uno conforme a su estado. Que es cosa que le importa tanto para llegar a la morada principal, que si no comienza a hacer esto, lo tengo por imposible, y aun estar sin mucho peligro en la que está, aunque haya entrado en el castillo, porque entre cosas tan ponzoñosas, una vez u otra es imposible dejarle de morder.

Pues ¿qué sería, hijas, si a las que ya están libres de estos tropiezos, como nosotras, y hemos ya entrado muy más dentro a otras moradas secretas del castillo, si por nuestra culpa tornásemos a salir a estas baraúndas, como por nuestros pecados debe haber muchas personas que las ha hecho Dios mercedes, y por su culpa las echan a esta miseria? Acá libres estamos en lo exterior, en lo interior plega al Señor que lo estemos, y nos libre. Guardaos, hijas mías, de cuidados ajenos. Mirad que en pocas moradas de este castillo dejan de combatir los demonios. Verdad es que en algunas tienen fuerza las guardas para pelear, como creo he dicho, que son las potencias; mas es mucho menester no nos descuidar para entender sus ardidés, y que no nos engañe hecho ángel de luz, que hay una multitud de cosas con que nos pueda hacer daño, entrando poco a poco, y hasta haberle hecho no le entendemos.

Ya os dije otra vez, que es como una lima sorda, que hemos menester entenderle a los principios. Quiero decir alguna cosa para dároslo mejor a entender. Pone en una hermana unos ímpetus de penitencia, que le parece no tiene



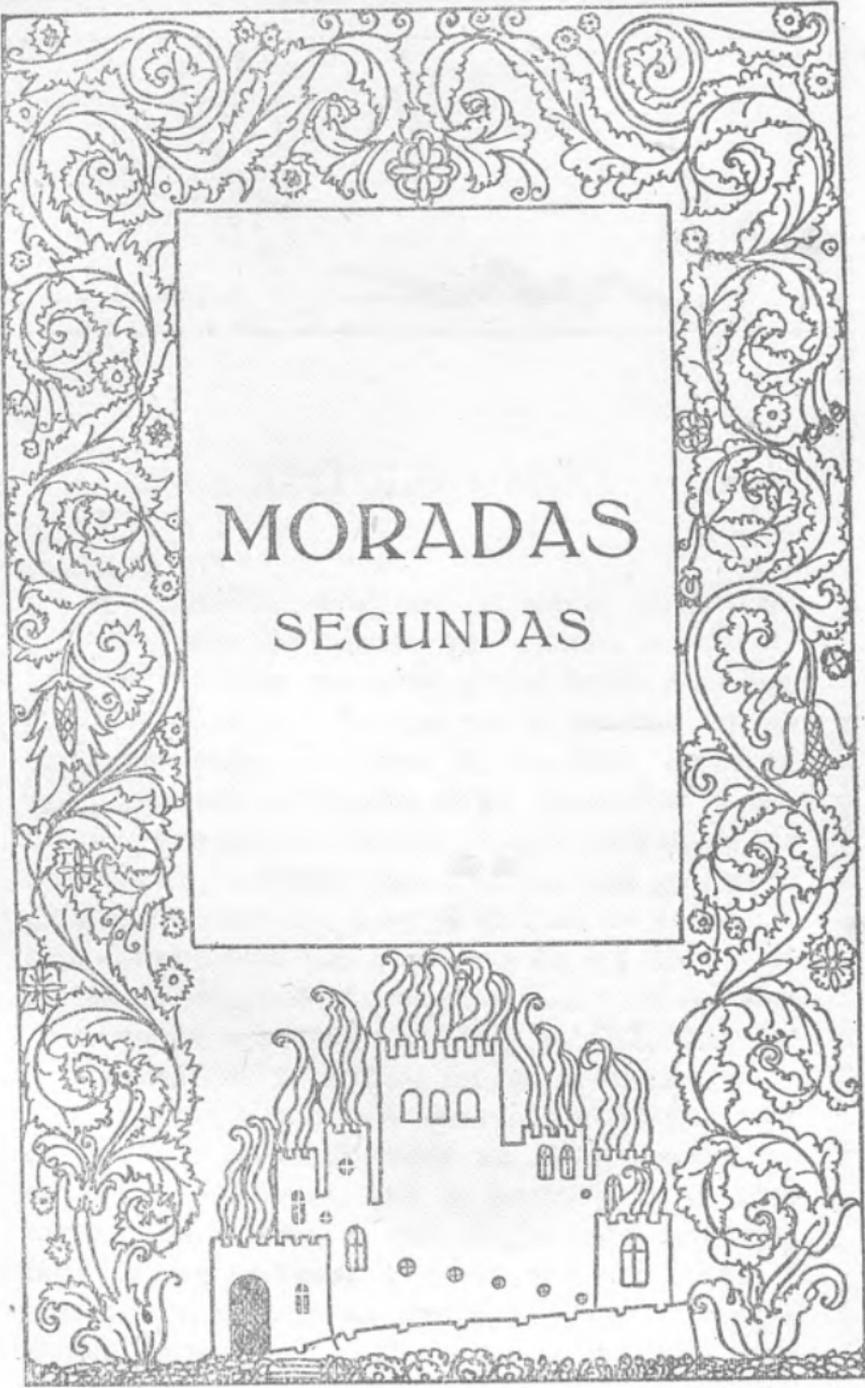
descanso sino cuando se está atormentando. Este principio bueno es; mas si la priora ha mandado que no hagan penitencia sin licencia, y le hace parecer que en cosa tan buena bien se puede atrever, y escondidamente se da tal vida, que viene a perder la salud, y no hacer lo que manda su Regla, ya veis en qué paró este bien. Pone a otra un celo de la perfección muy grande; esto muy bueno es; mas podría venir de aquí, que cualquier faltita de las hermanas le pareciese una gran quiebra, y un cuidado de mirar si las hacen, y acudir a la priora; y aun a las veces podría ser no ver las suyas, por el gran celo que tiene de la religión, como las otras no entienden lo interior, y ven el cuidado, podría ser no lo tomar tan bien.

Lo que aquí pretende el demonio no es poco, que es enfriar la caridad y el amor de unas con otras, que sería gran daño. Entendamos, hijas mías, que la perfección verdadera es amor de Dios y del prójimo, y mientras con más perfección guardáremos estos dos mandamientos, seremos más perfectas. Toda nuestra Regla y Constituciones no sirven de otra cosa, sino de medios para guardar esto con más perfección. Dejémonos de celos indiscretos, que nos pueden hacer mucho daño; cada una se mire a sí. Porque en otra parte os he dicho harto sobre esto, no me alargaré. Importa tanto este amor de unas con otras, que nunca querría que se os olvidase; porque de andar mirando en las otras unas naderías, que a las veces no será imperfección, sino como sabemos poco, quizá lo echaremos a la peor parte, puede el alma perder la paz, y aun

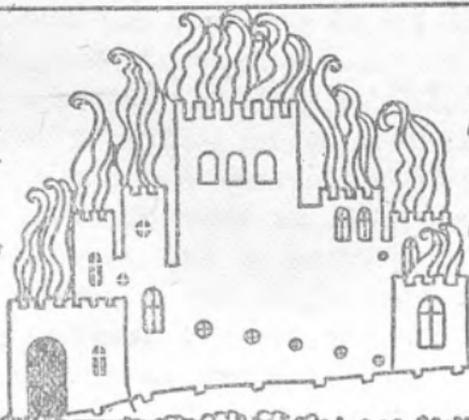
inquietar la de las otras: mirad si costaría caro la perfección. También podría el demonio poner esta tentación con la priora, y sería más peligroso.

Para esto es menester mucha discreción; porque si fuesen cosas que van contra la Regla y Constitución, es menester que no todas veces se eche a buena parte, sino avisarla; y si no se enmendare, al perlado: esto es caridad. Y también con las hermanas, si fuese alguna cosa grave, y dejarlo todo por miedo, si es tentación, sería la misma tentación. Mas hase de advertir mucho, porque no nos engañe el demonio, no lo tratar una con otra, que de aquí puede sacar el demonio gran ganancia, y comenzar costumbre de murmuración, sino con quien ha de aprovechar, como tengo dicho. Aquí, gloria a Dios, no hay tanto lugar como se guarda tan contino silencio, mas bien es que estemos sobre aviso.



A detailed black and white decorative border with intricate floral and scrollwork patterns surrounds the central text and illustration. The border features large, stylized flowers and swirling vines.

MORADAS
SEGUNDAS





CAPÍTULO ÚNICO



AHORA vengamos a hablar cuáles serán las almas que entran a las segundas moradas, y qué hacen en ellas. Querría deciros poco, porque lo he dicho en otras partes bien largo, y será imposible dejar de tornar a decir otra vez mucho de ello, porque cosa no se me acuerda de lo dicho, que si se pudiera guisar de diferentes maneras, bien sé que no os enfadárais, como nunca nos cansamos de los libros que tratan de esto, con ser muchos. Es de los que han ya comenzado a tener oración, y entendido lo que les importa no se quedar en las primeras moradas; mas no tienen aún determinación para dejar muchas veces de estar en ellas, porque no dejan las ocasiones, que es harto peligro. Mas harta misericordia es que algún rato procuren huir de las culebras y cosas emponzoñosas, y entiendo que es bien dejarlas. Estos en parte tienen harto más trabajo que los primeros, aun-

que no tanto peligro; porque ya parece los entienden, y hay gran esperanza de que entrarán más adentro.

Digo que tienen más trabajo; porque los primeros son como mudos, que no oyen, y así pasan mejor su trabajo de no hablar, lo que no pasarían, sino muy mayor, los que oyesen y no pudiesen hablar; mas no por eso se desea más lo de los que no oyen, que en fin es gran cosa entender lo que nos dicen. Así éstos entienden los llamamientos que les hace el Señor; porque como van entrando más cerca de donde está su Majestad, es muy buen vecino, y tanta su misericordia y bondad, que aun estándonos en nuestros pasatiempos, y negocios, y contentos, y baraterías del mundo, y aun cayendo y levantando en pecados, porque estas bestias son tan ponzoñosas, y peligrosa su compañía, y bulliciosas, que por maravilla dejarán de tropezar en ellas para caer; con todo esto tiene en tanto este Señor nuestro que le queramos, y procuremos su compañía, que una vez u otra no nos deja de llamar, para que nos acerquemos a El; y es esta voz tan dulce, que se deshace la pobre alma en no hacer luego lo que le manda; y así como digo, es más trabajo que no lo oír.

No digo que son estas voces y llamamientos, como otras que diré después, sino con palabras que oyen a gente buena, o sermones, o con lo que leen en buenos libros, y cosas muchas que habéis oído por donde llama Dios, o enfermedades o trabajos; y también con una verdad, que enseña en aquellos ratos que estamos en la oración, sean cuán flojamente quisiéredes, tiénelos

Dios en mucho. Y vosotras, hermanas, no tengáis en poco esta primer merced, ni os desconsoléis, aunque no respondáis luego al Señor, que bien sabe su Majestad aguardar muchos días y años, en especial cuando ve perseverancia y buenos deseos. Esta es lo más necesario aquí, porque con ella jamás se deja de ganar mucho.

Mas es terrible la batería que aquí dan los demonios de mil maneras, y con más pena del alma que aun en la pasada; porque acullá estaba muda y sorda, al menos oía muy poco, y resistía menos, como quien tiene en parte perdida la esperanza de vencer. Aquí está el entendimiento más vivo, y las potencias más hábiles; andan los golpes y la artillería de manera, que no lo puede el alma dejar de oír. Porque aquí es el representar los demonios estas culebras de las cosas del mundo, y el hacer los contentos de él casi eternos: la estima en que está tenido en él: los amigos y parientes: la salud en las cosas de penitencia, que siempre comienza el alma que entra en esta morada a desear hacer alguna, y otras mil maneras de impedimentos.

¡Oh Jesús, qué es la baraúnda que aquí ponen los demonios, y las aficciones de la pobre alma que no sabe si pasar adelante, o tornar a la primera pieza! Porque la razón por otra parte le representa el engaño, que es pensar que todo esto vale nada en comparación de lo que pretende. La fe la enseña cuál es lo que le cumple. La memoria le representa en lo que paran todas estas cosas, trayéndole presente la muerte de los que mucho gozaron estas cosas que ha visto, como algunas ha visto súptas, cuán presto son ol-

vidados de todos, como ha visto a algunos que conoció en gran prosperidad pisar debajo de la tierra, y aun pasado por la sepultura él muchas veces, y mirar que están en aquel cuerpo hirviendo muchos gusanos, y otras hartas cosas que le puede poner delante. La voluntad se inclina a amar adonde tan innumerables cosas y muestras ha visto de amor, y querría pagar alguna; en especial se le pone delante, como nunca se quita de con él este verdadero amador, acompañándole, dándole vida y ser. Luego el entendimiento acude con darle a entender que no puede cobrar mejor amigo, aunque viva muchos años: que todo el mundo está lleno de falsedad, y estos contentos que le pone el demonio de trabajos, y cuidados, y contradicciones; y le dice que esté cierto que fuera de este castillo no hallará seguridad, ni paz; que se deje de andar por casas ajenas, pues la suya es tan llena de bienes, si la quiere gozar, que quién hay que halle todo lo que ha menester como en su casa, en especial teniendo tal huésped, que le haría señor de todos los bienes, si él quiere no andar perdido, como el hijo pródigo, comiendo manjar de puercos. Razones son estas para vencer los demonios.

Mas, ¡oh Señor y Dios mío, que la costumbre en las cosas de vanidad, y el ver que todo el mundo trata de esto, lo estraga todo! Porque está tan muerta la fe, que queremos más lo que vemos que lo que ella nos dice. Y a la verdad no vemos sino harta mala ventura en los que se van tras estas cosas visibles; mas eso han hecho estas cosas emponzoñosas que tratamos, que co-

mo si a uno muerde una víbora, se emponzoña todo, y se hincha, así es acá, no nos guardamos. Claro está que es menester muchas curas para sanar, y harta merced nos hace Dios si no morimos de ello. Cierto pasa el alma aquí grandes trabajos, en especial si entiende el demonio que tiene aparejo en su condición y costumbres para ir muy adelante, todo el infierno juntará para hacerle tornar a salir fuera.

¡Ah, Señor mío! Aquí es menester vuestra ayuda, que sin ella no se puede hacer nada; por vuestra misericordia no consintáis que esta alma sea engañada para dejar lo comenzado; dadle luz para que vea como está en esto todo su bien, y para que se aparte de malas compañías; qué grandísima cosa es tratar con los que tratan de esto, allegarse no sólo a los que viere en estos aposentos que él está, sino a los que entendiere que han entrado a los de más cerca, porque les será gran ayuda, y tanto los puede conversar, que le metan consigo. Siempre esté con aviso de no se dejar vencer; porque si el demonio le ve con una gran determinación, de que antes perderá la vida, y el descanso, y todo lo que le ofrece, que tornar a la pieza primera, muy más presto le dejará.

Sea varón, y no de los que se echaban a beber de buzos, cuando iban a la batalla, no me acuerdo con quién, sino que se determine que va a pelear con todos los demonios, y que no hay mejores armas que las de la cruz; aunque otras veces he dicho esto, importa tanto, que lo torno a decir aquí. Es que no se acuerde que hay regalos en esto que comienza, porque es

muy baja manera de comenzar a labrar un tan precioso y grande edificio; y si comienzan sobre arena, darán con todo en el suelo: nunca acabarán de andar disgustados y tentados, porque no son estas las moradas adonde se llueve la maná, están más adelante, adonde todo sabe a lo que quiere un alma, porque no quiere sino lo que quiere Dios.

Es cosa donosa que aun nos estamos con mil embarazos e imperfecciones, y las virtudes, que aún no saben andar, sino que ha poco que comenzaron a nacer, y aun plega a Dios estén comenzadas, ¿y no habemos vergüenza de querer gustos en la oración, y quejarnos de sequedades? Nunca os acaezca, hermanas; abrazaos con la cruz que vuestro Esposo llevó sobre sí, y entended que esta ha de ser vuestra empresa: la que más pudiere padecer, que padezca más por El, y será la mejor librada; lo demás, como cosa accesoría, si os lo diere el Señor, dadle muchas gracias.

Pareceros ha que para los trabajos exteriores bien determinadas estáis, con que os regale Dios en lo interior. Su Majestad sabe mejor lo que nos conviene: no hay para qué le aconsejar lo que nos ha de dar, que nos puede con razón decir que no sabemos lo que pedimos. Toda la pretensión de quien comienza oración, y no se os olvide esto, que importa mucho, ha de ser trabajar, y determinarse, y disponerse con cuantas diligencias pueda a hacer en su voluntad conformar con la de Dios; y, como diré después, estad muy ciertas que en esto consiste toda la mayor perfección que se puede alcanzar en el



camino espiritual. Quien más perfectamente tuviere esto, más recibirá del Señor, y más adelante está en este camino: no penséis que hay aquí más algarabías, ni cosas no sabidas y entendidas, que en esto consiste todo nuestro bien.

Pues si erramos en el principio, queriendo luego que el Señor haga la nuestra, y que nos lleve como imaginamos, ¿qué firmeza puede llevar este edificio? Procuremos hacer lo que es en nosotras, y guardarnos de estas sabandijas ponzoñosas, que muchas veces quiere el Señor que nos persigan malos pensamientos, y nos aflijan, sin poderlos echar de nosotros, y sequedades; y aun algunas veces permite que nos muerdan, para que nos sepamos mejor guardar después, y para probar si nos pesa mucho de haberle ofendido. Por eso no os desaniméis, si alguna vez cayéredes, para dejar de procurar ir adelante, que aun de esa caída sacará Dios bien, como hace el que vende la triaca para probar si es buena, que bebe la ponzoña primero.

Cuando no viésemos en otra cosa nuestra miseria, y el gran daño que nos hace andar derramados, si no en esta batería que se pasa para tornarnos a recoger, bastaba. ¿Puede ser mayor mal, que no nos hallemos en nuestra misma casa? ¿Qué esperanza podemos tener de hallar sosiego en otras cosas, pues en las propias no podemos sosegar? Sino que tan grandes y verdaderos amigos, y parientes, y con quien siempre, aunque no queramos, hemos de vivir, como son las potencias, éstas parece nos hacen la guerra, como sentidas de la que a ellas les han hecho nuestros vicios. Paz, paz, hermanas mías, dijo

el Señor, y amonestó a sus Apóstoles tantas veces. Pues creedme, que si no la tenemos, y procuramos, en nuestra casa, que no la hallaremos en los extraños.

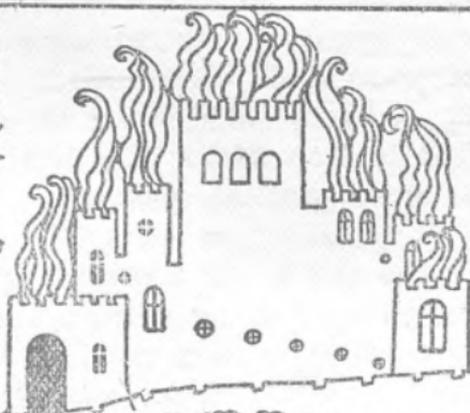
Acábase ya esta guerra: por la sangre que derramó por nosotros, lo pido yo a los que no han comenzado a entrar en sí, y a los que han comenzado, que no baste para hacerlos tornar atrás. Miren que es peor la recaída que la caída: ya ven su pérdida, confíen en la misericordia de Dios, y no nada en sí, y verán como su Majestad le lleva de unas moradas a otras, y le mete en la tierra adonde estas fieras ni le puedan tocar ni cansar, sino que él las sujete a todas, y burle de ellas, y goce de muchos más bienes que podría desear, aun en esta vida, digo. Porque, como dije al principio, os tengo escrito cómo os habéis de haber en estas turbaciones que aquí pone el demonio, y cómo no ha de ir a fuerza de brazos el comenzarse a recoger, sino con suavidad, para que podáis estar más continuamente, no lo diré aquí; mas de que mi parecer hace mucho al caso tratar con personas experimentadas; porque en cosas que son necesario hacer, pensaréis que hay gran quiebra: como no sea el dejarlo, todo lo guiará el Señor a nuestro provecho, aunque no hallemos quien nos enseñe, que para este mal no hay remedio, si no se torna a comenzar, sino ir perdiendo poco a poco cada día más el alma, y aun plega a Dios que lo entienda.

Podría alguna pensar, que si tanto mal es tornar atrás, que mejor será nunca comenzar, sino estarse fuera del castillo. Ya os dije al

principio, y el mismo Señor lo dice, que quien anda en el peligro en él perece, y que la puerta para entrar en este castillo es la oración. Pues pensar que hemos de entrar en el cielo, y no entrar en nosotros, conociéndonos, y considerando nuestra miseria, y lo que debemos a Dios, y pidiéndole muchas veces misericordia, es desatino. El mismo Señor dice: "Ninguno subirá a mi Padre sino por Mí (no sé si dice así, creo que sí), y quien me ve a Mí, ve a mi Padre." Pues si nunca le miramos, ni consideramos lo que le debemos, y la muerte que pasó por nosotros, no sé cómo le podemos conocer, ni hacer obras en su servicio, porque la fe sin ellas, y sin ir llegadas al valor de los merecimientos de Jesucristo bien nuestro, ¿qué valor pueden tener? Ni ¿quién nos despertará a amar a este Señor? Plega a su Majestad nos dé a entender lo mucho que le costamos, y cómo no es más el siervo que el Señor; y qué hemos menester obrar para gozar su gloria, y que para esto nos es necesario orar, para no andar siempre en tentación.

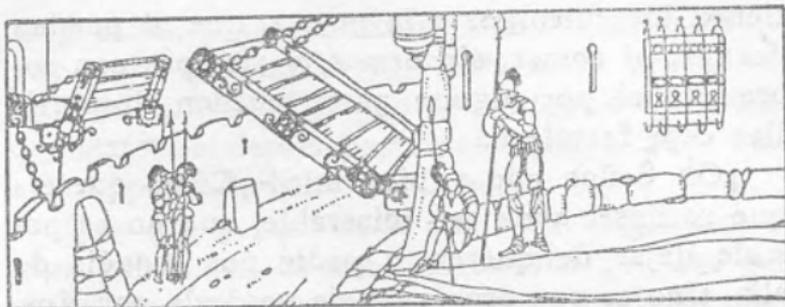


TERCERAS
MORADAS



LIBRARY
MORNING





CAPÍTULO PRIMERO



los que por la misericordia de Dios han vencido estos combates, y con la perseverancia entrado a las terceras moradas, ¿qué les diremos sino bienaventurado el varón que teme al Señor? No ha sido poco hacer su Majestad que entienda yo ahora qué quiere decir al romance de este verso a este tiempo, según soy torpe en este caso. Por cierto con razón le llamaremos bienaventurado, pues si no torna atrás, a lo que podemos entender, lleva camino seguro de su salvación. Aquí veréis, hermanas, lo que importa vencer las batallas pasadas; porque tengo por cierto que nunca deja el Señor de ponerle en seguridad de conciencia, que no es poco bien. Digo en seguridad, y dije mal, que no la hay en esta vida; y por eso siempre entendí que digo si no torna a dejar el camino comenzado. Harto gran miseria es vivir en vida, que siempre hemos de andar como los que

tienen los enemigos a la puerta, que ni pueden dormir, ni comer, sin armas, y siempre con sobresalto si por alguna parte pueden desportillar esta fortaleza.

¡Oh Señor mío y bien mío! ¡Cómo queréis que se desee vida tan miserable, que no es posible dejar de querer, y pedir nos saquéis de ella, sino es con esperanza de perderla por Vos, o gastarla muy de veras en vuestro servicio, y sobre todo entender que es vuestra voluntad! Sí lo es, Dios mío; muramos con Vos, como dijo santo Tomás, que no es otra cosa sino morir muchas veces, vivir sin Vos, y con estos temores de que puede ser posible perderos para siempre. Por eso digo, hijas, que la bienaventuranza que hemos de pedir es estar ya en seguridad con los bienaventurados, que con estos temores, ¿qué contento puede tener quien todo su contento es contentar a Dios? Y considerad que este y muy mayor tenían algunos Santos, que cayeron en graves pecados; y no tenemos seguro que nos dará Dios la mano para salir de ellos, y hacer la penitencia que ellos. (Entiéndese del auxilio particular.)

Por cierto, hijas mías, que estoy con tanto temor escribiendo esto, que no sé cómo lo escribo, ni cómo vivo, cuando se me acuerda, que es muy muchas veces. Pedidle, hijas mías, que viva su Majestad en mí siempre, porque si no es así, ¿qué seguridad puede tener una vida tan mal gastada como la mía? Y no os pese de entender que esto es así, como algunas veces lo he visto en vosotras, cuando os lo digo, y procede de que quisiérades que hubiera sido

muy santa, y tenéis razón: también lo quisiera yo; ¿mas qué tengo de hacer si lo perdí por sola mi culpa? Que no me quejaré de Dios, que dejó de darme bastantes ayudas, para que se cumplieran vuestros deseos.

Que no puedo decir esto sin lágrimas, y gran confusión de ver que escriba yo cosa para las que me pueden enseñar a mí. Recia obediencia ha sido. Plega al Señor, que pues se hace por El, sea para que os aprovechéis de algo, porque le pidáis perdone a esta miserable atrevida. Mas bien sabe su Majestad que sólo puedo presumir de su misericordia, y ya que no puedo dejar de ser la que he sido, no tengo otro remedio sino llegarme a ella, y confiar en los méritos de su Hijo, y de la Virgen Madre suya, cuyo hábito indignamente traigo, y traéis vosotras. Alabadle, hijas mías, que lo sois de esta Señora verdaderamente; y así no tenéis para qué os afrentar de que sea yo ruín, pues tenéis tan buena Madre; imitadla, y considerad qué tal debe ser la grandeza de esta Señora, y el bien de tenerla por Patrona, pues no han bastado mis pecados, y ser la que soy, para deslustrar en nada esta sagrada orden. Mas una cosa os aviso, que no por ser tal, y tener tal Madre, estéis seguras, que muy santo era David, y ya veis lo que fué Salomón; ni hagáis caso del encerramiento y penitencia en que vivís, ni os asegure el tratar siempre de Dios, y ejercitaros en la oración tan contino, y estar tan retiradas de las cosas del mundo, y tenerlas a vuestro parecer aborrecidas. Bueno es todo esto, mas no basta, como he dicho,

para que dejemos de temer; y así acontinúad este verso, y traedle en la memoria muchas veces: *Beatus vir, qui timet Dominum.*

Ya no sé lo que decía, que me he divertido mucho, y en acordándome de mí, se me quiebran las alas para decir cosa buena; y así lo quiero dejar por ahora.

Tornando a lo que os comencé a decir de las almas que han entrado a las terceras moradas, que no las ha hecho el Señor pequeña merced en que hayan pasado las primeras dificultades, sino muy grande. De estas, por la bondad del Señor, creo hay muchas en el mundo: son muy deseosas de no ofender a su Majestad, aun de los pecados veniales se guardan, y de hacer penitencia amigas, sus horas de recogimiento; gastan bien el tiempo; ejercítanse en obras de caridad con los prójimos; muy concertadas en su hablar, y vestir, y gobierno de casa, los que las tienen. Ciertó, estado para desear, y que al parecer no hay por qué se les niegue la entrada hasta la postrera morada, ni se la negará el Señor, si ellos quieren, que linda disposición es para que les haga toda merced.

¡Oh Jesús!, ¿y quién dirá que no quiere un tan gran bien, habiendo ya en especial pasado por lo más trabajoso? No, ninguna. Todas decimos que lo queremos; mas como aún es menester más para que del todo posea el Señor el alma, no basta decirlo, como no bastó al mancebo cuando le dijo el Señor que si quería ser perfecto. Desde que comencé a hablar en estas moradas, le traigo delante, porque somos así

al pie de la letra; y lo más ordinario vienen de aquí las grandes sequedades en la oración, aunque también hay otras causas: y de jo unos trabajos interiores, que tienen muchas almas buenas, intolerables, y muy sin culpa suya, de los cuales siempre las saca el Señor con mucha ganancia, y de las que tienen melancolía y otras enfermedades. En fin, en todas las cosas hemos de dejar aparte los juicios de Dios. De lo que yo tengo para mí, que es lo más ordinario, es lo que he dicho; porque como estas almas se ven, que por ninguna cosa harían un pecado, y muchas, que aun venial de advertencia no le harían, y que gastan bien su vida y su hacienda, no pueden poner a paciencia, que se les cierre la puerta para entrar adonde está nuestro Rey, por cuyos vasallos se tienen, y lo son: mas aunque acá tenga muchos el Rey de la tierra, no entran todos hasta su cámara.

Entrad, entrad, hijas mías, en lo interior, pasad adelante de vuestras obrillas, que por ser cristianas debéis todo eso, y mucho más; y os basta que seáis vasallas de Dios: no queráis tanto, que os quedéis sin nada. Mirad los Santos que entraron a la cámara de este Rey, y veréis la diferencia que hay de ellos a nosotros. No pidáis lo que no tenéis merecido, ni había de llegar a nuestro pensamiento, que por mucho que sirvamos, lo hemos de merecer los que hemos ofendido a Dios.

¡Oh humildad, humildad! No sé qué tentación me tengo en este caso, que no puedo acabar de creer a quien tanto caso hace de estas sequedades, sino que es un poco de falta de

ella. Digo que dejo los trabajos grandes interiores, que he dicho, que aquellos son mucho más que falta de devoción. Probemos a nosotras mismas, hermanas mías, o pruébenos el Señor, que lo sabe bien hacer, aunque muchas veces no queremos entenderlo, y vengamos a estas almas tan concertadas; veamos qué hacen por Dios, y luego veremos como no tenemos razón de quejarnos de su Majestad: porque si le volvemos las espaldas, y nos vamos tristes (como el mancebo del Evangelio) cuando nos dice lo que hemos de hacer para ser perfectos, ¿qué queréis que haga su Majestad, que ha de dar el premio conforme al amor que le tenemos? Y este amor, hijas, no ha de ser fabricado en nuestra imaginación, sino probado por obras: y no penséis que ha menester nuestras obras, sino la determinación de nuestra voluntad. Parecernos ha que las que tenemos hábito de religión, y le tomamos de nuestra voluntad, y dejamos todas las cosas del mundo, y lo que teníamos por él, aunque sean las redes de san Pedro, que harto le parece que da quien da lo que tiene, que ya está todo hecho. Harto buena disposición es si persevera en aquello, y no se torna a meter en las sabandijas de las primeras piezas, aunque sea con el deseo, que no hay duda, sino que si persevera en esta desnudez y dejamiento de todo, que alcanzará lo que pretende. Mas ha de ser con condición, y mirad que os aviso de esto, que se tenga por siervo sin provecho, como dice san Pablo, o Cristo, y crea que no ha obligado a nuestro Señor, para que le haga semejantes mercedes; antes, como quien más ha

recibido, queda más adeudado. ¿Qué podemos hacer por un Dios tan generoso, que murió por nosotros, y nos crió y da ser, que no nos tengamos por venturosos en que se vaya desquitando algo de lo que le debemos, por lo que nos ha servido? De mala gana dije esta palabra, mas ello es así, que no hizo otra cosa todo lo que vivió en el mundo, sin que le pidamos mercedes de nuevo, y regalos.

Mirad mucho, hijas, algunas cosas que aquí van apuntadas, aunque arrebuñadas, que no lo sé más declarar: el Señor os lo dará a entender, para que saquéis de las sequedades humildad, y no inquietud, que es lo que pretende el demonio; y creed que adonde la hay de veras, que aunque nunca dé Dios regalos, dará una paz y conformidad con que anden más contentas que otros con regalos, que muchas veces, como habéis leído, los da la divina Majestad a los más flacos, aunque creo de ellos que no los trocarían por las fortalezas de los que andan con sequedad. Somos amigos de contentos más que de cruz. Pruébanos tú, Señor, que sabes las verdades, para que nos conozcamos.

CAPÍTULO II



O he conocido algunas almas, y aun creo puedo decir hartas, de las que han llegado a este estado, y estado y vivido muchos años en esta recititud y concierto alma y cuerpo, a lo que se puede entender, y después de ellos, que ya parece habían de estar señores del mundo, al menos bien desengañados de él, probarlos su Majestad en cosas no muy grandes, y andar con tanta inquietud y apretamiento de corazón, que a mí me traían tonta, y aun temerosa harto. Pues darles consejo, no hay remedio, porque como ha tanto que tratan de virtud, paréceles que pueden enseñar a otros, y que les sobra razón en sentir aquellas cosas. En fin, que yo no he hallado remedio, ni le hallo, para consolar a semejantes personas, sino es mostrar grande sentimiento de su pena: y a la verdad se tiene de verlos sujetos a tanta miseria, y no contradecir su razón, porque todas las conciertan en su pensamiento, que por Dios las sienten, y así no acaban de entender que es imperfección: que es otro engaño para gente tan aprovechada, que de lo que sientan, no hay que espantar, aunque a mi parecer había de pasar presto el sentimiento de

cosas semejantes. Porque muchas veces quiere Dios que sus escogidos sientan su miseria, y aparta un poco su favor; que no es menester más, que a usadas que nos conozcamos bien presto. Y luego se entiende esta manera de probarlos, porque entienden ellos su falta muy claramente, y a las veces les da más pena ésta, de ver que sin poder más sienten cosas de la tierra, y no muy pesadas, que lo mesmo de que tienen pena. Esto téngolo yo por gran misericordia de Dios; y aunque es falta, muy gananciosa para la humildad. En las personas que digo no es así, sino que canonizan, como he dicho, en sus pensamientos estas cosas, y así querrían que otros las canonizasen. Quiero decir algunas de ellas, porque nos entendamos, y probemos a nosotras mismas, antes que nos pruebe el Señor, que sería muy gran cosa estar apercebidas, y habernos entendido primero.

Viene a una persona rica, sin hijos, ni para quien querer la hacienda, una falta de ella; mas no es de manera que en lo que le queda le puede faltar lo necesario para sí y para su casa, y sobrado: si éste anduviese con tanto desasosiego e inquietud, como si no le quedara un pan que comer, ¿cómo ha de pedirle nuestro Señor que lo deje todo por El? Aquí entra el que lo siente, porque lo quiere para los pobres. Yo creo que quiere Dios más que yo me conforme con lo que su Majestad hace, y aunque lo procure tenga quieta mi alma, que no esta caridad. Y ya que no lo hace, porque no ha llegado el Señor a tanto, enhorabuena; mas entienda que le falta esta libertad de espíritu, y

con esto se disporná para que el Señor se la dé, porque se la pedirá. Tiene una persona bien de comer, y aun sobrado; ofrécesele poder adquirir más hacienda; tomarlo si se lo dan, enhorabuena, pase; mas procurarlo, y después de tenerlo procurar más y más, tenga cuan buena intención quisiere, que sí debe tener; porque, como he dicho, son estas personas de oración, y virtuosas, que no hayan miedo que suban a las moradas más juntas al Rey. De esta manera es, si se les ofrece algo de que los desprecien, o quiten un poco de honra, que aunque les hace Dios merced de que lo sufran bien muchas veces, porque es muy amigo de favorecer la virtud en público, porque no padezca la misma virtud en que están tenidos, y aun será porque le han servido, que es muy bueno este Bien nuestro: allá les queda una inquietud, que no se pueden valer, ni acaba de acabarse tan presto.

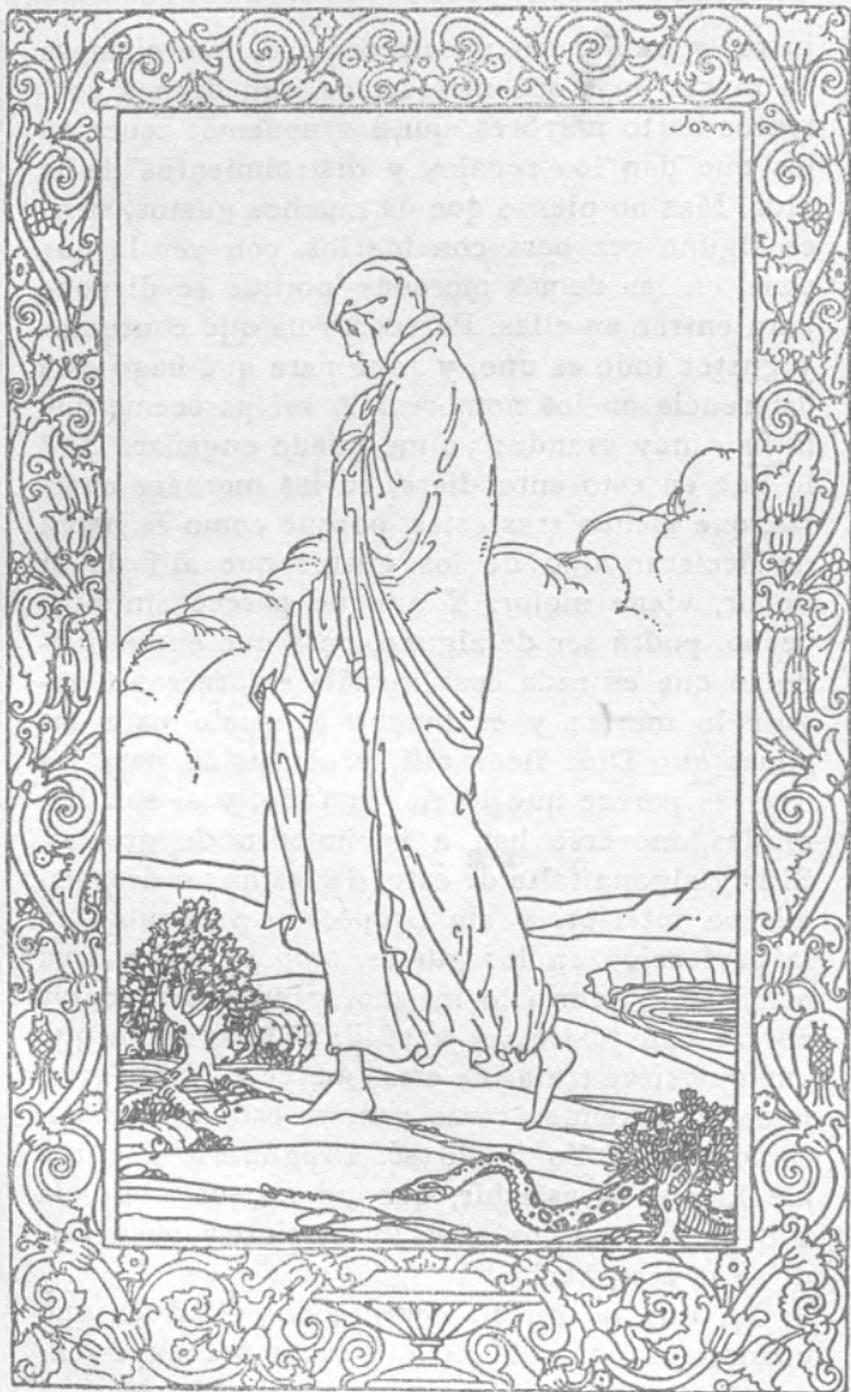
¡Válame Dios! ¿No son estos los que ha tanto que consideran como padeció el Señor, y cuán bueno es padecer, y aun lo desean? Querrían a todos tan concertados como ellos traen sus vidas, y plega a Dios, que no piensen que la pena que tienen es de la culpa ajena, y la hagan en su pensamiento meritoria. Pareceros ha, hermanas, que hablo fuera de propósito, y no con vosotras, porque estas cosas no las hay acá, que ni tenemos hacienda, ni la queremos, ni procuramos, ni tampoco nos injuria nadie: por eso las comparaciones no es lo que pasa, mas sácanse de ellas otras muchas cosas que pueden pasar, que ni sería bien señalarlas, ni hay para qué: por éstas entenderéis si estáis bien des-

nudas de lo que dejasteis; porque cosillas se ofrecen, aunque no de esta suerte, en que os podéis muy bien probar, y entender si estáis señoras de vuestras pasiones. Y creedme, que no está el negocio en tener hábito de religión, o no, sino en procurar ejercitar las virtudes, y rendir nuestra voluntad a la de Dios en todo, y que el concierto de nuestra vida sea lo que su Majestad ordenare de ella, y no queramos nosotras que se haga nuestra voluntad, sino la suya. Ya que no hayamos llegado aquí, como he dicho, humildad, que es el unguento de nuestras heridas; porque si la hay de veras, aunque tarde algún tiempo, verná el cirujano, que es Dios, a sanarnos.

Las penitencias que hacen estas almas son tan concertadas como su vida: quiérenla mucho, para servir a nuestro Señor con ella, que todo esto no es malo, y así tienen gran discreción en hacerlas, porque no dañen a la salud. No hayáis miedo que se maten, porque su razón está muy en sí. No está aún el amor para sacar de razón; mas querría yo que la tuviésemos, para no nos contentar con esta manera de servir a Dios siempre a un paso, paso que nunca acabaremos de andar este camino. Y como a nuestro parecer siempre andamos, y nos cansamos, porque creed que es un camino brumador, harto bien sería que no nos perdamos. ¿Mas paréceos, hijas, si yendo a una tierra desde otra pudiésemos llegar en ocho días, que sería bueno andarlo en un año por ventas, y nieves, y aguas y malos caminos? ¿No valdría más pasarlo de una vez, porque todo esto hay, y peligros de serpientes?

¡Oh qué buenas señas podré yo dar de esto! Y plega a Dios que haya pasado de aquí, que hartas veces me parece que no. Como vamos con tanto seso, todo nos ofende, porque todo lo tememos; y así no osamos pasar adelante, como si pudiésemos nosotras llegar a estas moradas, y que otros anduviesen el camino. Pues no es esto posible, esforcémonos, hermanas mías, por amor del Señor; dejemos nuestra razón y temores en sus manos; olvidemos esta flaqueza natural, que nos puede ocupar mucho. El cuidado de estos cuerpos ténganle los perlados, allá se avengan; nosotras, de solo caminar apriesa para ver este Señor, que aunque el regalo que tenéis es poco, o ninguno, el cuidado de la salud nos podría engañar. Cuanto más, que no se terná más por esto, yo lo sé, y también sé que no está el negocio en lo que toca al cuerpo, que esto es lo menos, que el caminar que digo es con una grande humildad: que, si habéis entendido, aquí creo está el daño de las que no van adelante, sino que nos parezca que hemos andado pocos pasos, y lo creamos así, y los que andan nuestras hermanas nos parezcan muy presurosos, y no sólo deseemos, sino que procuremos nos tengán por la más ruin de todas. Y con esto este estado es excelentísimo, y si no, toda nuestra vida nos estaremos en él, y con mil penas y miserias; porque como no hemos dejado a nosotras mismas, es muy trabajoso y pesado, porque vamos muy cargadas de esta tierra de nuestra miseria, lo que no van los que suben a los aposentos que faltan.

En éstos no deja el Señor de pagar como



justo, y aun como misericordioso, que siempre da mucho más que merecemos, con darnos contentos harto mayores, que los podemos tener en los que dan los regalos y distraimientos de la vida. Mas no pienso que da muchos gustos, si no es alguna vez para convidarlos, con ver lo que pasa, en las demás moradas, porque se dispone para entrar en ellas. Pareceros ha que contentos y gustos todo es uno, y ¿que para qué hago esta diferencia en los nombres? A mí paréceme que la hay muy grande; yo me puedo engañar. Diré lo que en esto entendiere, en las moradas cuartas, que vienen tras éstas, porque como se habrá de declarar algo de los gustos que allí da el Señor, viene mejor. Y aunque parece sin provecho, podrá ser de alguno, para que entendiendo lo que es cada cosa, podáis esforzaros a seguir lo mejor; y es mucho consuelo para las almas que Dios llega allí, y confusión para las que les parece que lo tienen todo, y si son humildes, moverse han a hacimiento de gracias. Si hay alguna falta de esto, darles ha un desabrimiento interior, y sin propósito, pues no está la perfección en los gustos, sino en quien ama más, y el premio lo mesmo, y en quien mejor obrare con justicia y verdad. Pareceros ha que ¿de qué sirve tratar de estas mercedes interiores, y dar a entender cómo son, si esto es verdad, como lo es? Yo no lo sé. Pregúntese a quien me lo manda escribir, que yo no soy obligada a disputar con los superiores, sino a obedecer, ni sería bien hecho.

Lo que os puedo decir con verdad es que cuando yo no tenía ni aun sabía por experien-

cia, ni pensaba saberlo en mi vida, y con razón, que harto contento fuera para mí saber, o por conjeturas entender, que agradaba a Dios en algo, cuando leía en los libros de estas mercedes y consuelos que hace el Señor a las almas que le sirven, me la daba grandísimo, y era motivo para que mi alma diese grandes alabanzas a Dios. Pues si la mía, con ser tan ruín, hacía esto, las que son buenas y humildes le alabarán mucho más; y por sola una que le alabe una vez, es muy bien que se diga, a mi parecer, y que entendamos el contento y deleites que perdemos por nuestra culpa. Cuanto más, que si son de Dios, vienen cargados de amor y fortaleza, con que se puede caminar más sin trabajo, y ir creciendo en las obras y virtudes. No penséis que importa poco que no quede por nosotros, que cuando no es nuestra la falta, justo es el Señor, y su Majestad os dará por otros caminos lo que os quita por este, por lo que su Majestad sabe, que son muy ocultos sus secretos; al menos será lo que más nos conviene, sin duda ninguna.

Lo que me parece nos haría mucho provecho, a las que por la bondad del Señor están en este estado, que, como he dicho, no les hace poca misericordia, porque están muy cerca de subir a más, es estudiar mucho en la prontitud de la obediencia; y aunque no sean religiosos, sería gran cosa, como lo hacen muchas personas, tener a quien acudir, para no hacer en nada su voluntad, que es lo ordinario en que nos dañamos; y no buscar otro de su humor, como dicen, que vaya con tanto tiento en todo, sino procurar quién esté con mucho desengaño de las cosas del

mundo: que en gran manera aprovecha tratar con quien ya le conoce para conocernos. Y porque algunas cosas que nos parecen imposibles, viéndolas en otros tan posibles, y con la suavidad que las llevan, animan mucho, y parece que con su vuelo nos atrevemos a volar, como hacen los hijos de las aves cuando se enseñan, que aunque no es de presto dar un gran vuelo, poco a poco imitan a sus padres; en gran manera aprovecha esto, yo lo sé. Acertarán, por determinadas que estén en no ofender al Señor personas semejantes, no se meter en ocasiones de ofenderle; porque como están cerca de las primeras moradas, con facilidad se podrán tornar a ellas, porque su fortaleza no está fundada en tierra firme, como los que están ya ejercitados en padecer, que conocen las tempestades del mundo, cuán poco hay que temerlas ni que desear sus contentos, y sería posible con una persecución grande volverse a ellos, que sabe bien urdir las el demonio para hacernos mal, y que yendo con buen celo queriendo quitar pecados ajenos, no pudiese resistir lo que sobre esto podría suceder.

Miremos nuestras faltas, y dejemos las ajenas, que es mucho de personas tan concertadas espantarse de todo; y por ventura de quien nos espantamos podríamos bien deprender en lo principal, y en la compostura exterior, y en su manera de trato le hacemos ventajas; y no es esto lo de más importancia, aunque es bueno, ni hay para qué querer luego que todos vayan por nuestro camino, ni ponerse a enseñar el del espíritu, quien por ventura no sabe qué cosa es,

que con estos deseos que nos da Dios, hermanas, del bien de las almas, podemos hacer muchos yerros; y así es mejor llegarnos a lo que dice nuestra Regla, en silencio y esperanza procurar vivir siempre, que el Señor terná cuidado de sus almas, como no nos descuidemos nosotros en suplicarlo a su Majestad, haremos harto provecho con su favor. Sea por siempre bendito.

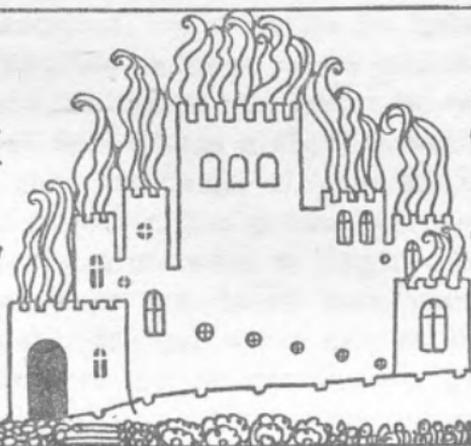


que son estas cosas que nos da Dios, pero
no, del lado de las almas, y como si fueran un-
das de viento, y así en mejor lenguaje a lo que
nos muestra Jesús, en silencio y caparazón de
estas cosas, que es el ser humano, que
de sus almas, como no nos desolamos, no
de sus almas, como no nos desolamos, no
de sus almas, como no nos desolamos, no



que son estas cosas que nos da Dios, pero
no, del lado de las almas, y como si fueran un-
das de viento, y así en mejor lenguaje a lo que
nos muestra Jesús, en silencio y caparazón de
estas cosas, que es el ser humano, que
de sus almas, como no nos desolamos, no
de sus almas, como no nos desolamos, no
de sus almas, como no nos desolamos, no

CUARTAS
MORADAS



MORADAS
CARTAS





CAPÍTULO PRIMERO



PARA comenzar a hablar de las cuartas moradas, bien he menester lo que he hecho, que es encomendarme al Espíritu Santo, y suplicarle de aquí adelante hable por mí, para decir algo de las que quedan, de manera que lo entendáis, porque comienzan a ser cosas sobrenaturales, y es dificultosísimo de dar a entender, si su Majestad no lo hace, como en otra parte que se escribió, hasta donde yo había entendido, catorce años ha, poco más o menos; aunque un poco más luz me parece tengo de estas mercedes que el Señor hace a algunas almas, es diferente el saberlas decir. Hágalo su Majestad, si se ha de seguir algún provecho, y si no, no.

Como ya estas moradas se llegan más adonde está el Rey, y es grande su hermosura, y hay cosas tan delicadas que ver y que entender, que el entendimiento no es capaz para poder dar traza, como se diga siquiera algo, que venga tan

al justo, que no quede bien oscuro para los que no tienen experiencia, que quien la tiene, muy bien lo entenderá, en especial si es mucha.

Parecerá que para llegar a estas moradas se ha de haber vivido en las otras mucho tiempo; y aunque lo ordinario es que se ha de haber estado en la que acabamos de decir, no es regla cierta, como ya habréis oído muchas veces, porque da el Señor cuando quiere, y como quiere, y a quien quiere, como bienes suyos, que no hace agravio a nadie. En estas moradas pocas veces entran las cosas ponzoñosas, y si entran no hacen daño, antes dejan con ganancia: y tengo por muy mejor cuando entran, y dan guerra en este estado de oración, porque podría el demonio engañar a vueltas de los gustos que da Dios, si no hubiese tentaciones, y hacer mucho más daño que cuando las hay, y no ganar tanto el alma, por lo menos apartando todas las cosas que la han de hacer merecer, y dejarla en un embebecimiento ordinario. Que cuando lo es en un ser, no le tengo por seguro, ni me parece posible estar en un ser el espíritu del Señor en este destierro.

Pues hablando de lo que dije que diría aquí de la diferencia que hay entre contentos en la oración o gustos; los contentos me parece a mí se pueden llamar los que nosotros adquirimos con nuestra meditación y peticiones a nuestro Señor, que procede de nuestro natural, aunque en fin ayuda para ello Dios, que hase de entender en cuanto dijere, que no podemos nada sin El, mas nacen de la misma obra virtuosa que hacemos; y parece a nuestro trabajo lo hemos

ganado, y con razón nos da contento habernos empleado en cosas semejantes. Mas si lo consideramos, los mismos contentos ternemos en muchas cosas que nos pueden suceder en la tierra: así en una gran hacienda que de presto se provee a alguno; como de ver una persona que mucho amamos de presto; como de haber acertado en un negocio importante y cosa grande, de que todos dicen bien; como si a alguna le han dicho que es muerto su marido, o hermano, o hijo, y le ve venir vivo. Yo he visto derramar lágrimas de un gran contento, y aun me ha acaecido alguna vez. Paréceme a mí, que así como estos contentos son naturales, así en los que nos dan las cosas de Dios, sino que son de linaje más noble, aunque estotros no eran tampoco malos; en fin, comienzan de nuestro natural mismo, y acaban en Dios. Los gustos comienzan de Dios, y siéntelos el natural, y goza tanto de ellos como gozan los que tengo dichos, y mucho más.

¡Oh Jesús, y qué deseo tengo de saber declararme en esto! Porque entiendo a mi parecer muy conocida diferencia, y no alcanza mi saber a darme a entender; hágalo el Señor. Ahora me acuerdo en un verso que decimos a Prima, al fin del postrer salmo, que al cabo del verso dice: *Cum dilatasti cor meum*. A quien tuviere mucha experiencia, esto le basta para ver la diferencia que hay de lo uno a lo otro; a quien no, es menester más. Los contentos que están dichos, no ensanchan el corazón, antes lo más ordinariamente parece aprietan un poco, aunque con contento todo de ver que se hace

por Dios; mas vienen unas lágrimas congojosas, que en alguna manera parece las mueve la pasión. Yo sé poco de estas pasiones del alma, que quizá me diera a entender, y lo que procede de la sensualidad y de nuestro natural, porque soy muy torpe; que yo me supiera declarar, si como he pasado por ello lo entendiera: gran cosa es el saber y las letras para todo.

Lo que tengo de experiencia de este estado, digo de estos regalos y contentos en la meditación, es que si comenzaba a llorar por la Pasión, no sabía acabar, hasta que se me quebraba la cabeza; si por mis pecados, lo mismo: harta merced me hacía nuestro Señor, que no quiero yo ahora examinar cuál es mejor, lo uno o lo otro, sino la diferencia que hay de lo uno a lo otro querría saber decir. Para estas cosas algunas veces van estas lágrimas y estos deseos ayudados del natural, y como está la disposición; mas en fin, como he dicho, vienen a parar en Dios, aunque sea esto. Y es de tener en mucho, si hay humildad, para entender que no son mejores por eso; porque no se puede entender si son todos efectos del amor, y cuando sea, es dado de Dios.

Por la mayor parte tienen estas devociones las almas de las moradas pasadas, porque van casi contino con obra de entendimiento, empleadas en discurrir con el entendimiento y en meditación; y van bien, porque no se les ha dado más, aunque acertarían en ocuparse un rato en hacer actos, y en alabanza de Dios, y holgarse de su bondad, y que sea el que es, y en desear su honra y gloria, esto como pudieren, porque

despierta mucho la voluntad, y estén con gran aviso, cuando el Señor les diere estotro, no lo dejar, por acabar la meditación que se tiene de costumbre. Porque me he alargado mucho en decir esto en otras partes, no lo diré aquí; sólo quiero que estéis advertidas, que para aprovechar mucho en este camino, y subir a las moradas que deseamos, no está la cosa en pensar mucho, sino en amar mucho, y ansí lo que más os despertare a amar, eso haced. Quizá no sabemos qué es amar, y no me espantaré mucho; porque no está en el mayor gusto, sino en la mayor determinación de desear contentar en todo a Dios, y procurar en cuanto pudiéremos no le ofender, y rogarle que vaya siempre delante la honra y gloria de su Hijo, y el aumento de la Iglesia católica. Estas son las señales del amor, y no penséis que está la cosa en no pensar otra cosa, y que si os divertís un poco, va todo perdido.

Yo he andado en esto de esta baraúnda del pensamiento bien apretada algunas veces, y habrá poco más de cuatro años, que vine a entender por experiencia, que el pensamiento (o imaginación, porque mejor se entienda) no es el entendimiento, y preguntélo a un letrado, y díjome que era ansí, que no fué para mí poco contento; porque como el entendimiento es una de las potencias del alma, hacíaseme recia cosa estar tan tortolito a veces, y lo ordinario vuela el pensamiento de presto, que sólo Dios puede atarle, cuando nos ata ansí, de manera que parece estamos en alguna manera desatados de este cuerpo. Yo veía a mi parecer las potencias del

alma empleadas en Dios, y estar recogidas con El, y por otra parte el pensamiento alborotado traíame tonta.

¡Oh Señor, tomad en cuenta lo mucho que pasamos en este camino por falta de saber! Y es el mal, que como no pensamos que hay que saber más de pensar en Vos, aún no sabemos preguntar a los que saben, ni entendemos qué hay que preguntar, y pásanse terribles trabajos porque no nos entendemos; y lo que no es malo, sino bueno, pensamos que es mucha culpa. De aquí proceden las aflicciones de mucha gente que trata de oración, y el quejarse de trabajos interiores, a lo menos mucha parte, en gente que no tiene letras, y vienen las melancolías, y a perder la salud, y aun a dejarlo del todo, porque no consideran que hay un mundo interior acá dentro. Y así como no podemos tener en el movimiento del cielo, sino que anda aprieta con toda velocidad, tan poco podemos tener nuestro pensamiento, y luego metemos todas las potencias del alma con él, y nos parece que estamos perdidas, y gastado mal el tiempo que estamos delante de Dios: y estáse el alma por ventura toda junta con El en las moradas muy cercanas, y el pensamiento en el arrabal del castillo, padeciendo con mil bestias fieras y ponzoñosas, y mereciendo con este padecer. Y así, ni nos ha de turbar, ni lo hemos de dejar, que es lo que pretende el demonio; y por la mayor parte todas las inquietudes y trabajos vienen de este no nos entender.

Escribiendo esto, estoy considerando lo que pasa en mi cabeza del gran ruido de ella, que

dije al principio, por donde se me hizo casi imposible poder hacer lo que me mandaban de escribir. No parece sino que están en ella muchos ríos caudalosos, y, por otra parte, que estas aguas se despeñan; muchos pajarillos y silbos, y no en los oídos, sino en lo superior de la cabeza, adonde dicen que está lo superior del alma. Y yo estuve en esto harto tiempo, por parecer que el movimiento grande del espíritu hacia arriba subía con velocidad. Plega a Dios que se me acuerde en las moradas de adelante decir la causa de esto; que aquí no viene bien, y no será mucho que haya querido el Señor darme este mal de cabeza, para entenderlo mejor; porque con toda esta baraúnda de ella, no me estorba a la oración, ni a lo que estoy diciendo, sino que el alma se está muy entera en su quietud, y amor, y deseos, y claro conocimiento.

Pues si en lo superior de la cabeza está lo superior del alma, ¿cómo no la turba? Eso no lo sé yo, mas sé que es verdad lo que digo. Pena da cuando no es la oración con suspensión, que entonces hasta que se pasa no se siente ningún mal, mas harto mal fuera si por este impedimento lo dejara yo todo: y así no es bien que por los pensamientos nos turbemos, ni se nos dé nada, que si los pone el demonio, cesará con esto; y si es, como lo es, de la miseria que nos quedó del pecado de Adán, con otras muchas, tengamos paciencia, y sufrámoslo por amor de Dios. Pues estamos también sujetas a comer y dormir, sin poderlo excusar, que es harto trabajo, conozcamos nuestra miseria, y deseemos ir adonde nadie nos menosprecia. Que algunas ve-

ces me acuerdo haber oído esto que dice la Esposa en los Cantares, y verdaderamente que no hallo en toda la vida cosa adonde con más razón se pueda decir, porque todos los menosprecios y trabajos que puede haber en la vida, no me parece que llegan a estas batallas interiores. Cualquier desasosiego y guerra se puede sufrir por hallar paz adonde vivimos, como ya he dicho, mas que queremos venir a descansar de mil trabajos que hay en el mundo, y que quiere el Señor aparejarnos el descanso, y que en nosotras mismas esté el estorbo, no puede dejar de ser muy penoso, y casi insufridero.

Por eso llévanos, Señor, adonde no nos menosprecien estas miserias, que parecen algunas veces que están haciendo burla del alma. Aun en esta vida la libra el Señor de esto, cuando ha llegado a la postrera morada, como diremos, si Dios fuere servido. Y no darán a todos tanta pena estas miserias, ni las acometerán, como a mí hicieron muchos años por ser ruín, que parece que yo mesma me quería vengar de mí. Y como cosa tan penosa para mí, pienso que quizá será para vosotras ansí, y no hago sino decirlo en un cabo y en otro, para si acertare alguna vez a daros a entender como es cosa forzosa, y no os traiga inquietas y afligidas, sino que dejemos andar esta tarabilla de molino, y molamos nuestra harina, no dejando de obrar la voluntad y entendimiento.

Hay más y menos en este estorbo, conforme a la salud y a los tiempos. Padezca la pobre alma, aunque no tenga en esto culpa, que otras haremos por donde es razón que tengamos pa-

ciencia. Y porque no basta lo que leemos y nos aconsejan, que es que no hagamos caso de estos pensamientos, para las que poco sabemos, no me parece tiempo perdido todo lo que gasto en declararlo más, y consolaros en este caso; mas hasta que el Señor nos quiere dar luz, poco aprovecha. Mas es menester, y quiere su Majestad, que tomemos medios y nos entendamos, y lo que hace la flaca imaginación, y el natural, y demonio, no pongamos la culpa al alma.

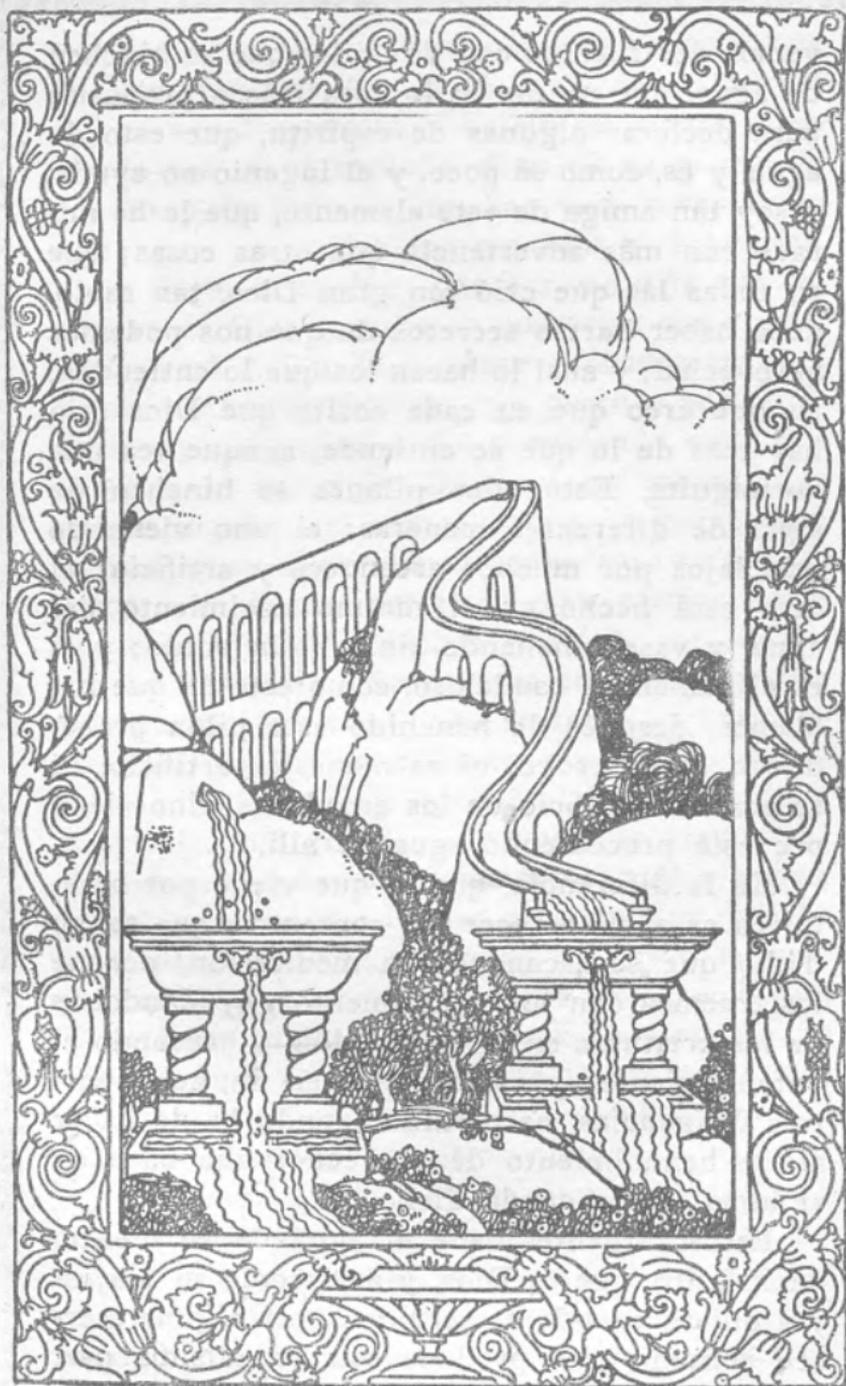
CAPÍTULO II



VÁLAME Dios en lo que me he metido! Ya tenía olvidado lo que trataba, porque los negocios y salud me hacen dejarlo al mejor tiempo, y como tengo poca memoria irá todo desconcertado, por no poder tornarlo a leer. Y aun quizás sé es todo desconcierto cuanto digo, al menos es lo que siento. Paréceme queda dicho de los consuelos espirituales, como algunas veces van envueltos con nuestras pasiones. Traen consigo unos alborotos de sollozos, y aun a personas he oído, que se les aprieta el pecho, y aun vienen a movimientos exteriores, que no se pueden ir a la mano, y es la fuerza de manera, que les hace salir sangre de narices, y cosas así penosas.

De esto no sé decir nada, porque no he pasado por ello, mas debe quedar consuelo, porque, como digo, todo va a parar en desear contentar a Dios, y gozar de su Majestad. Los que yo llamo gustos de Dios, que en otra parte lo he nombrado oración de quietud, es muy de otra manera, como entenderéis las que lo habéis probado, por la misericordia de Dios.

Hagamos cuenta, para entenderlo mejor, que



vemos dos fuentes con dos pilas que se hinchen de agua, que no me hallo cosa más a propósito para declarar algunas de espíritu, que esto de agua, y es, como sé poco, y el ingenio no ayuda, y soy tan amiga de este elemento, que le he mirado con más advertencia que otras cosas; que en todas las que crió tan gran Dios, tan sabio, debe haber hartos secretos de que nos podemos aprovechar, y así lo hacen los que lo entienden, aunque creo que en cada cosita que Dios crió hay más de lo que se entiende, aunque sea una hormiguita. Estos dos pilones se hinchen de agua de diferentes maneras: el uno viene de más lejos por muchos arcaduces y artificio; el otro está hecho en el mismo nacimiento del agua, y vase hinchendo sin ningún ruido; y si es el manantial caudaloso, como este de que hablamos, después de henchido este pilón procede un gran arroyo, ni es menester artificio, ni se acaba el edificio de los arcaduces, sino siempre está procediendo agua de allí.

Es la diferencia, que la que viene por arcaduces es a mi parecer los contentos, que tengo dicho que se sacan con la meditación, porque los traemos con los pensamientos, ayudándonos de las criaturas en la meditación, y cansando el entendimiento; y como viene, en fin, con nuestras diligencias, hace ruido cuando ha de haber algún henchimiento de provechos que hace en el alma, como queda dicho.

Estotra fuente viene el agua de su mismo nacimiento, que es Dios, y así como su Majestad quiere cuando es servido hacer alguna merced sobrenatural, produce con grandísima paz,

y quietud, y suavidad, de lo muy interior de nosotros mismos. Yo no sé hacia dónde, ni cómo, ni aquel contento y deleite se siente como los de acá en el corazón, digo en su principio, que después todo lo hinche; vase revertiendo este agua por todas las moradas y potencias, hasta llegar al cuerpo: que por eso dije que comienza de Dios y acaba en nosotros: que cierto, como verá quien lo hubiere probado, todo el hombre exterior goza de este gusto y suavidad. Estaba yo ahora mirando, escribiendo esto, que en el verso que dije: *Dilatasti cor meum*, dice que se ensanchó el corazón, y no me parece que es cosa, como digo, que su nacimiento es del corazón, sino de otra parte aún más interior, como una cosa profunda: pienso que debe ser el centro del alma, como después he entendido, y diré a la postre, que cierto veo secretos en nosotros mismos, que me traen espantada muchas veces, ¿y cuántos más debe haber? ¡Oh Señor mío y Dios mío, qué grandes son vuestras grandezas! Y andamos acá como unos pastorcillos bobos, que nos parece alcanzamos algo de Vos, y debe ser tanto como nonada, pues en nosotros mismos están grandes secretos que no entendemos. Digo tanto como nonada, para lo muy mucho que hay en Vos, que no porque no son muy grandes las grandezas que vemos, aun de lo que podemos alcanzar de vuestras obras.

Tornando al verso, en lo que me puede aprovechar a mi parecer, para aquí, es en aquel ensanchamiento, que así parece, que como comienza a producir aquella agua celestial de este manantial que digo, de lo profundo de nosotros,

parece que se va dilatando y ensanchando todo nuestro interior, y produciendo unos bienes que no se pueden decir, ni aun el alma sabe entender qué es lo que se le da allí. Entiende una fragancia, digamos ahora, como si en aquel hondón interior estuviese un brasero adonde se echasen olorosos perfumes, ni se ve la lumbre, ni donde está, mas el calor y humo oloroso penetra toda el alma, y aun hartas veces, como he dicho, participa el cuerpo. Mirad, entendedme, que ni se siente calor, ni se huele olor, que más delicada cosa es que estas cosas, sino para dároslo a entender. Y entiendan las personas que no han pasado por esto, que es verdad que pasa así, y que se entiende, y lo entiende el alma más claro que yo lo digo ahora; que no es esto cosa que se puede antojar, porque por diligencias que hagamos, no lo podemos adquirir, y en ello mesmo se ve no ser de nuestro metal, sino de aquel purísimo oro de la sabiduría divina. Aquí no están las potencias unidas, a mi parecer, sino embebidas, y mirando como espantadas qué es aquello.

Podrá ser que en estas cosas interiores me contradiga algo de lo que tengo dicho en otras partes; no es maravilla, porque en casi quince años que ha que lo escribí, quizá me ha dado el Señor más claridad en estas cosas, de lo que entonces entendía, y ahora y entonces puedo errar en todo, mas no mentir; que por la misericordia de Dios antes pasaría mil muertes: digo lo que entiendo. La voluntad bien me parece que debe estar unida en alguna manera con la de Dios. Mas en los efectos y obras de después se conocen estas verdades de oración, que no hay mejor

crisol para probarse. Harto gran merced es de nuestro Señor, si la conoce quien la recibe, y muy grande, si no torna atrás.

Luego queréis, mis hijas, procurar tener esta oración, y tenéis razón, que, como he dicho, no acaba de entender el alma las que allí le hace el Señor, y con el amor que la va acercando más a sí; que cierto está desear saber cómo alcanzaremos esta merced. Yo os diré lo que en esto he entendido: dejemos cuando el Señor es servido de hacerla, porque su Majestad quiere, y no por más: El sabe el por qué, no nos hemos de meter en eso.

Después de hacer lo que los de las moradas pasadas, humildad, humildad; por ésta se deja vencer el Señor a cuanto de El queremos: y lo primero en que veréis si la tenéis, es en no pensar que merecéis estas mercedes y gustos del Señor, ni los habéis de tener en vuestra vida. Diréisme que de esta manera, que ¿cómo se han de alcanzar no los procurando? A esto respondo que no hay otra mejor de la que os he dicho, y no los procurar, por estas razones. La primera, porque lo primero que para esto es menester, es amar a Dios sin interés. La segunda, porque es un poco de poca humildad pensar que por nuestros servicios miserables se ha de alcanzar cosa tan grande. La tercera, porque el verdadero aparejo para esto es deseo de padecer y de imitar al Señor, y no gustos, los que en fin le hemos ofendido. La cuarta, porque no está obligado su Majestad a dárnoslos, como a darnos la gloria, si guardamos sus mandamientos, que sin esto nos podremos salvar, y sabe mejor que

nosotros lo que nos conviene, y quien le ama de verdad: y así es cosa cierta, yo lo sé, y conozco personas que van por el camino del amor, como han de ir por sólo servir a su Cristo crucificado, que no sólo no le piden gustos, ni los desean, mas le suplican no se los dé en esta vida: esto es verdad. La quinta es porque trabajaremos en balde, que como no se ha de traer esta agua por arcaduces, como la pasada, si el manantial no la quiere producir, poco aprovecha que nos cansemos. Quiero decir, que aunque más meditación tengamos y aunque más nos estrujemos y tengamos lágrimas, no viene este agua por aquí, sólo se da a quien Dios quiere, y cuando más descuidada está muchas veces el alma. Suyas somos, hermanas, haga lo que quisiere de nosotras; llévenos por donde fuere servido: bien creo que quien de verdad se humillare y desasiere, digo de verdad, porque no ha de ser por nuestros pensamientos, que muchas veces nos engañan, sino que estemos desasidas del todo, que no dejará el Señor de hacernos esta merced, y otras muchas que no sabremos desear. Sea por siempre alabado y bendito. Amén.

CAPÍTULO III



LOS efectos de esta oración son muchos: algunos diré, y primero, otra manera de oración, que comienza casi siempre primero que esta, y por haberla dicho en otras partes, diré poco. Un recogimiento que también me parece sobrenatural; porque no es estar en oscuro, ni cerrar los ojos, ni consiste en cosa exterior, puesto que sin quererlo se hace esto de cerrar los ojos y desear soledad; y sin artificio parece que se va labrando el edificio para la oración que queda dicha, porque estos sentidos y cosas exteriores parece que van perdiendo de su derecho, porque el alma vaya cobrando el suyo, que tenía perdido. Dicen que el alma se entra dentro de sí, y otras veces que sube sobre sí: por este lenguaje no sabré yo aclarar nada, que esto tengo malo, que por el que yo lo sé decir, pienso que me habéis de entender, y quizá será sólo para mí. Hagamos cuenta que estos sentidos y potencias que ya he dicho, que son la gente de este castillo, que es lo que he tomado para saber decir algo, que se han ido fuera, y andan con gente extraña, enemiga del bien de este castillo, días y años; y que ya

se han ido, viendo su perdición, acercando a él, aunque no acaban de estar dentro; porque esta costumbre es recia cosa, si no no son ya traidores y andan al rededor.

Visto ya el gran Rey, que está en la morada de este castillo, su buena voluntad, por su gran misericordia quiérellos tornar a él, y como buen pastor, con un silbo tan suave que aun casi ellos mismos no le entienden, hace que conozcan su voz, y que no anden tan perdidos, sino que se tornen a su morada: y tiene tanta fuerza este silbo del pastor, que desamparan las cosas exteriores en que estaban enajenados, y métense en el castillo.

Paréceme que nunca lo he dado a entender como ahora, porque para buscar a Dios en lo interior, que se halla mejor y más a nuestro provecho, que en las criaturas, como dice san Agustín, que le halló después de haberle buscado en muchas partes, es gran ayuda cuando Dios hace esta merced. Y no penséis que es por el entendimiento adquirido, procurando pensar dentro de sí a Dios, ni por la imaginación, imaginándole en sí: bueno es esto, y excelente manera de meditación; porque se funda sobre verdad, que lo es estar Dios dentro de nosotros mismos: mas no es esto, que esto cada uno lo puede hacer con el favor del Señor, se entiende todo, mas lo que digo es en diferente manera, y que algunas veces antes que se comience a pensar en Dios, ya esta gente está en el castillo, que no sé por dónde ni cómo oyó el silbo de su pastor, que no fué por los oídos, que no se oye nada; mas siéntese notablemente un encogimiento suave a lo

interior, como verá quien pasa por ello, que yo no lo sé aclarar mejor.

Paréceme que he leído que como un erizo o tortuga, cuando se retira hacia sí, y debíalo de entender bien quien lo escribió: mas éstos ellos se entran cuando quieren; acá no está en nuestro querer, sino cuando Dios nos quiere hacer esta merced. Tengo para mí, que cuando su Majestad la hace, es a personas que van ya dando de mano a las cosas del mundo, no digo que sea por obra los que tienen estado, que no pueden sino por el deseo, pues los llama particularmente para que estén atentos a las interiores, y así creo que si queremos dar lugar a su Majestad, que no dará sólo esto a quien comienza a llamar para más. Alábele mucho quien esto entendiere en sí: porque es muy mucha razón que conozca la merced, y es el hacimiento de gracias, por ella hará que se disponga para otras mayores. Y es disposición para poder escuchar, como se aconseja en algunos libros, que procuran no discurrir, sino estarse atentos a ver qué obra el Señor en el alma. Que si su Majestad no ha comenzado a embebernos, no puedo acabar de entender cómo se pueda detener el pensamiento, de manera que no haga más daño que provecho: aunque ha sido contienda bien platicada entre algunas personas espirituales: y de mí confieso mi poca humildad, que nunca me han dado razón para que yo me rinda a lo que dicen.

Uno me alegó con cierto libro del santo Fray Pedro de Alcántara, que yo creo lo es, a quien yo me rindiera, porque sé que lo sabía, y leímoslo, y dice lo mesmo que yo, aunque no por estas

palabras, mas entiéndese en lo que dice que ha de estar ya despierto el amor. Ya puede ser que yo me engañe, mas voy por estas razones. La primera, que en esta obra de espíritu, quien menos piensa y quiere hacer, hace más. Lo que habemos de hacer es pedir como pobres necesitados delante de un grande y rico emperador, y luego bajar los ojos, y esperar con humildad. Cuando por sus secretos caminos parece que entendemos que nos oye, entonces es bien callar, pues nos ha dejado estar cerca dél, y no será malo procurar no obrar con el entendimiento, si podemos digo; mas si este Rey aun no entendemos que nos ha oído, ni nos ve, no nos hemos de estar bobos, que lo queda harto el alma cuando ha procurado esto, y queda mucho más seca, y por ventura más inquieta la imaginación, con la fuerza que se ha hecho a no pensar nada, sino que quiere el Señor que le pidamos y consideremos estar en su presencia, que El sabe lo que nos cumple.

Yo no puedo persuadirme a industrias humanas en cosas que parece puso su Majestad límite, y las quiso dejar para sí; lo que no dejó otras muchas que podemos con su ayuda, así de penitencias, como de obras, como de oración, hasta donde puede nuestra miseria. La segunda razón es que estas obras interiores son todas suaves y pacíficas; y hacer cosa penosa, antes daña que aprovecha; llamo penosa cualquier fuerza que nos queramos hacer, como sería pena detener el huelgo, sino dejarse el alma en las manos de Dios, haga lo que quisiere de ella, con el mayor descuido de su provecho que pudiere,

y mayor resignación a la voluntad de Dios. La tercera es que el mismo cuidado que se pone en no pensar nada, quizá despertará el pensamiento a pensar mucho. La cuarta es que lo más sustancial y agradable a Dios es que nos acordemos de su honra y gloria, y nos olvidemos de nosotros mismos, y de nuestro provecho, y regalo, y gusto. Pues como está olvidado de sí, el que con mucho cuidado está, que no se osa bullir, ni aun deja a su entendimiento y deseos que se bullan, a desear la mayor gloria de Dios, ni que se huelgue de la que tiene, cuando su Majestad quiere que el entendimiento cese, ocúpale por otra manera; y da una luz en el conocimiento tan sobre la que podremos alcanzar, que le hace quedar absorto, y entonces, sin saber cómo, queda muy mejor enseñado que no con todas nuestras diligencias para echarle más a perder. Que pues Dios nos dió las potencias para que con ellas trabajásemos, y se tiene todo su premio, no hay para qué las encantar, sino dejarlas hacer su oficio, hasta que Dios las ponga en otro mayor.

Lo que entiendo que más conviene que ha de hacer el alma que ha querido el Señor meter a esta morada, es lo dicho, y que sin ninguna fuerza ni ruido procure atajar el discurrir del entendimiento, mas no el suspenderle, ni el pensamiento, sino que es bien que se acuerde que está delante de Dios, y quién es este Dios. Si lo mesmo que siente en sí le embebiere, enhorabuena; mas no procure entender lo que es, porque es dado a la voluntad: déjela gozar sin ninguna industria, mas de algunas palabras amorosas, que aunque no procuremos aquí estar sin

pensar nada, se está muchas veces, aunque muy breve tiempo. Mas, como dije en otra parte, la causa por que en esta manera de oración, digo en la que comencé esta morada que he metido la de recogimiento con esta que había de decir primero, y es muy menos que la de los gustos que he dicho de Dios, sino que es principio para venir a ella: que en la del recogimiento no se ha de dejar la meditación, ni la obra del entendimiento en esta fuente manantial, que no viene por arcaduces, él se comide, o le hace comedir, ver que no entiende lo que quiere, y así anda de un cabo a otro como tonto, que en nada hace asiento. La voluntad le tiene tan grande en su Dios, que la da gran pesadumbre su bullicio: y así no ha menester hacer caso de él, que la hará perder mucho de lo que goza, sino dejarle, y dejarse así en los brazos del amor, que su Majestad la enseñará lo que ha de hacer en aquel punto, que casi todo es hallarse indigna de tanto bien, y emplearse en hacimiento de gracias.

Por tratar de la oración de recogimiento dejé los efectos o señales que tienen las almas a quien Dios nuestro Señor da esta oración. Así como se entiende claro un dilatamiento o ensanchamiento en el alma, a manera de como si el agua que mana de una fuente no tuviese corriente, sino que la misma fuente estuviese labrada de una cosa, que mientras más agua manase, más grande se hiciese el edificio: así parece en esta oración, y otras muchas maravillas que hace Dios en el alma, que la habilita y va disponiendo para que quepa todo en ella. Así esta suavidad y ensanchamiento interior se ve

en el que le queda, para no estar tan atada como antes en las cosas del servicio de Dios, sino con mucha más anchura. Así en no se apretar con el temor del infierno, porque aunque le queda mayor de no ofender a Dios, el servil piérdese aquí, queda con gran confianza que le ha de gozar. El que solía temer para hacer penitencia de perder la salud, ya le parece que todo lo podrá en Dios: tiene más deseos de hacerla que hasta allí. El temor que solía tener a los trabajos, ya va más templado, porque está más viva la fe; y entiende que si los pasa por Dios, su Majestad le dará gracia para que los sufra con paciencia; y aun algunas veces lo desea, porque queda también una gran voluntad de hacer algo por Dios. Como va más conociendo su grandeza, tiénese ya por más miserable; como ha probado ya los gustos de Dios, ve que es una basura los del mundo: vase poco a poco apartando de ellos, y es más señora de sí para hacerlo. En fin, en todas las virtudes queda mejorada, y no dejará de ir creciendo, si no torna atrás y a hacer ofensas de Dios, porque entonces todo se pierde, por subida que esté un alma en la cumbre.

Tampoco se entiende que de una vez o dos que haga Dios esta merced a un alma, quedan todas estas hechas, si no va perseverando en recibirlas, que en esta perseverancia está todo nuestro bien.

De una cosa aviso mucho a quien se viere en este estado, que se guarde muy mucho de ponerse en ocasiones de ofender a Dios, porque aquí no está aún el alma criada, sino como un niño que comienza a mamar, que si se aparta de

los pechos de su madre, ¿qué se puede esperar de él sino la muerte? Yo he mucho temor que a quien Dios hubiere hecho esta merced, y se apartare de la oración, que será así, si no es con grandísima ocasión, o si no torna presto a ella, porque irá de mal en peor.

Yo sé que hay mucho que temer en este caso, y conozco algunas personas que me tienen harto lastimada, y he visto lo que digo, por haberse apartado de quien con tanto amor se le quería dar por amigo, y mostrárselo por obras. Aviso tanto que no se pongan en ocasiones, porque pone mucho el demonio más por una alma de estas, que por muy muchas a quien el Señor no haga estas mercedes: porque le pueden hacer gran daño con llevar otras consigo, y hacer gran provecho, podría ser en la Iglesia de Dios. Y aunque no haya otra cosa, sino ver el que su Majestad las muestra amor particular, basta para que él se deshaga porque se pierdan: y así son muy combatidas, y aun mucho más perdidas que otras, si se pierden.

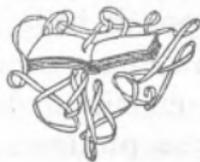
Vosotras, hermanas, libres estáis de estos peligros, a lo que podemos entender; de soberbia y vanagloria os libre Dios: y de que el demonio quiera contrahacer estas mercedes, conocerse ha en que no hará estos efectos, sino todo al revés. De un peligro os quiero avisar, aunque os lo he dicho en otra parte, en que he visto caer a personas de oración, en especial mujeres, que como somos más flacas, ha más lugar para lo que voy a decir, y es que algunas, de la mucha penitencia, y oración, y vigiliias, y aun sin esto, sonse flacas de complexión: en teniendo algún regalo,

sujétales el natural, y como sienten contento alguno interior, y caimiento en lo exterior, y una flaqueza, cuando hay un sueño que llaman espiritual, que es un poco más de lo que queda dicho, paréceles que es lo uno como lo otro, y déjense embebecer: y mientras más se dejan, se embebecen más, porque se enflaquece más el natural, y en su seso les parece arrobamiento: y llámole yo abobamiento, que no es otra cosa más de estar perdiendo tiempo allí, y gastando su salud.

A una persona le acaecía estar ocho horas, que ni están sin sentido, ni sienten cosa de Dios: con dormir y comer, y no hacer tanta penitencia, se le quitó a esta persona, porque hubo quien la entendiese, que a su confesor traía engañado, y a otras personas, y a sí misma, que ella no quería engañar: bien creo que haría el demonio alguna diligencia para sacar alguna ganancia, y no comenzaba a sacar poca. Hase de entender que cuando es cosa verdaderamente de Dios, que aunque hay caimiento interior y exterior, que no le hay en el alma, que tiene grandes sentimientos de verse tan cerca de Dios, ni tampoco dura tanto, sino muy poco espacio. Bien que se torna a embebecer, y en esta oración, si no es flaqueza, como he dicho, no llega a tanto que derrueque el cuerpo, ni haga ningún sentimiento exterior en él. Por eso tengan aviso, que cuando sintieren esto en sí, lo digan a la Perlada, y diviértanse lo que pudieren, y hágalas no tener horas tantas de oración, sino muy poco, y procure que duerman bien, y coman, hasta que se les vaya tornando la fuerza natural, si se

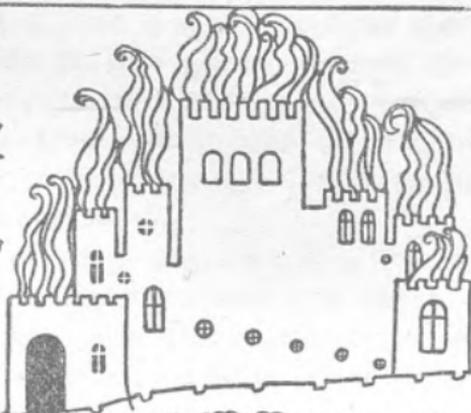
perdió por aquí. Si es de tan flaco natural, que no le baste esto, créanme que no la quiere Dios sino para la vida activa, que de todo ha de haber en los monasterios: ocúpela en oficios, y siempre se tenga cuenta que no tenga mucha soledad, porque verná a perder del todo la salud. Harta mortificación será para ella: aquí quiere probar el Señor el amor que le tiene, en cómo lleva esta ausencia, y será servido de tornarle la fuerza después de algún tiempo, y si no, con oración vocal ganará, y con obedecer, y merecerá lo que había de merecer por aquí, y por ventura más.

También podría haber algunas de tan flaca cabeza e imaginación, como yo las he conocido, que todo lo que piensan les parece que lo ven; es harto peligroso, porque quizá se tratará de ello adelante, no más aquí; que me he alargado mucho en esta morada, porque es en la que más almas creo entran. Y como es también natural junto con lo sobrenatural, puede el demonio hacer más daño, que en las que están por decir no le da el Señor tanto lugar. Sea por siempre alabado. Amén.





MORADAS
QUINTAS





CAPÍTULO PRIMERO



O H hermanas, ¿cómo os podría yo decir la riqueza, y tesoros, y deleites que hay en las quintas moradas? Creo fuera mejor no decir nada de las que faltan, pues no se ha de saber decir, ni el entendimiento lo sabe entender, ni las comparaciones pueden servir de declararlo, porque son muy bajas las cosas de la tierra para este fin. Enviad, Señor mío, del cielo luz, para que yo pueda dar alguna a estas vuestras siervas: pues sois servido de que gocen algunas de ellas tan ordinariamente de estos goces, porque no sean engañadas, transfigurándose el demonio en ángel de luz, pues todos sus deseos se emplean en desear contentaros.

Y aunque dije algunas, bien pocas hay que no entren en esta morada que ahora diré. Hay más y menos, y a esta causa digo que son las más las que entran en ellas. En algunas cosas de las que aquí diré que hay en este aposento, bien

creo que son pocas; mas aunque no sea sino llegar a la puerta, es harta misericordia la que los hace Dios; porque puesto que son muchos los llamados, pocos son los escogidos. Ansí digo ahora, que aunque todas las que traemos este hábito sagrado del Carmen somos llamadas a la oración y contemplación, porque este fué nuestro principio, de esta casta venimos, de aquellos santos Padres nuestros del Monte Carmelo, que en tan gran soledad y con tanto desprecio del mundo buscaban este tesoro, esta preciosa margarita de que hablamos pocas nos disponemos para que nos la descubra el Señor. Porque cuanto a lo exterior vamos bien para llegar a lo que es menester en las virtudes; para llegar aquí, hemos menester mucho, mucho, y no nos descuidar poco ni mucho: por eso, hermanas mías, alto a pedir al Señor, que pues en alguna manera podemos gozar del cielo en la tierra, que nos dé su favor, para que no quede por nuestra culpa, y nos muestre el camino, y dé fuerzas en el alma, para cavar hasta hallar este tesoro escondido; pues es verdad que le hay en nosotras mismas: que esto querría yo dar a entender, si el Señor es servido que sepa. Dije fuerzas en el alma, porque entendáis que no hacen falta las del cuerpo, a quien Dios nuestro Señor no las da; no imposibilita a ninguno para comprar sus riquezas: conque dé cada uno lo que tuviere, se contenta. ¡Bendito sea tan gran Dios!

Mas mirad, hijas, que para esto que tratamos no quiere que os quedéis con nada; poco o mucho, todo lo quiere para sí, y conforme a lo que entendiéredes de vos que habéis dado, se

os harán mayores o menores mercedes. No hay mejor prueba para entender si llega a unión, o si no, nuestra oración. No penséis que es cosa soñada como la pasada: digo soñada, porque así parece está el alma como adormecida, que ni bien parece está dormida, ni se siente despierta. Aquí con estar todas dormidas, y bien dormidas, a las cosas del mundo, y a nosotras mismas; porque en hecho de verdad, se queda como sin sentido aquello poco que dura, que ni hay poder pensar aunque quieran. Aquí no es menester con artificio suspender el pensamiento hasta el amar; si lo hace, no entiende cómo, ni qué es lo que ama, ni qué querría. En fin, como quien de todo punto ha muerto al mundo, para vivir más en Dios, que así es una muerte sabrosa; un arrancamiento del alma de todas las operaciones que puede tener, estando en el cuerpo: deleitosa, porque aunque de verdad parece se aparta el alma de él, para mejor estar en Dios: de manera, que aun no sé yo si le queda vida para resollar.

Ahora lo estaba pensando, y paréceme que no: al menos, si lo hace, no se entiende si lo hace: todo su entendimiento se querría emplear en entender algo de lo que siente; y como no llegan sus fuerzas a esto, quédase espantado de manera, que si no se pierde del todo, no meneña pie ni mano: como acá decimos de una persona, que está tan desmayada, que nos parece está muerta.

¡Oh secretos de Dios! Que no me hartaría de procurar dar a entenderlos, si pensase acertar en algo, y así diré mil desatinos, por si

alguna vez atinase, para que alabemos mucho al Señor. Dije que no era cosa soñada, porque en la morada que queda dicha, hasta que la experiencia es mucha, queda el alma dudosa de qué fué aquello, si se le antojó, si estaba dormida, si fué dado de Dios, si se transfiguró el demonio en ángel de luz. Queda con mil sospechas, y es bien que las tenga; porque, como dije, aun el mismo natural nos puede engañar allí alguna vez: porque aunque no hay tanto lugar para entrar las cosas emponzoñosas, unas lagartijillas sí, que como son agudas, por doquiera se meten: y aunque no hacen daño, en especial si no hacen caso de ellas, como dije, porque son pensamentillos que proceden de la imaginación, y de lo que queda dicho, importunan muchas veces. Aquí, por agudas que son las lagartijas, no pueden entrar en esta morada; porque ni hay imaginación, ni memoria, ni entendimiento que pueda impedir este bien.

Y osaré afirmar que si verdaderamente es unión de Dios, que no puede entrar el demonio, ni hacer ningún daño; porque está su Majestad tan junto y unido con la esencia del alma, que no osará llegar, ni aun debe de entender este secreto. Y está claro, pues dicen que no entienden de nuestro pensamiento; menos entenderá cosa tan secreta, que aun no las fía Dios de nuestro pensamiento. ¡Oh gran bien, estado adonde este maldito no nos hace mal! Así queda el alma con tan grandes ganancias, por obrar Dios en ella, sin que nadie le estorbe, ni nosotros mismos. ¿Qué no dará quien es tan amigo de dar, y puede dar todo lo que quiere? Parece que os

dejo confusas en decir si es unión de Dios, y que hay otras uniones. ¡Y cómo si las hay! Aunque sean en cosas vanas, cuando se aman mucho, también las transportará el demonio, mas no con la manera que Dios, ni con el deleite y satisfacción del alma, y paz, y gozo. Es sobre todos los gozos de la tierra, y sobre todos los deleites, y sobre todos los contentos; y más que no tiene que ver adonde se engendran estos contentos, o los de la tierra, que es muy diferente su sentir, como lo ternéis experimentado.

Dije yo una vez, que es como si fuesen en esta grosería del cuerpo, o en los tuétanos, y atiné bien: que no sé cómo lo decir mejor. Páreceme que aún no os veo satisfechas, porque os parecerá que os podéis engañar, que esto interior es cosa recia de examinar; y aunque para quien ha pasado por ello basta lo dicho, porque es grande la diferencia, quiéroos decir una señal clara, por donde no os podréis engañar, ni dudar si fué de Dios, que su Majestad me la ha traído hoy a la memoria, y a mi parecer es la cierta. Siempre en cosas dificultosas, aunque me parece que lo entiendo y que digo verdad, voy con este lenguaje *de que me parece*, porque si me engañare, estoy muy aparejada a creer lo que dijeren los que tienen letras muchas. Porque aunque no hayan pasado por estas cosas, tienen un no sé qué grandes letrados, que como Dios los tiene para luz de su Iglesia, cuando es una verdad, dásela para que se admita, y si no son derramados, sino siervos de Dios, nunca se espantan de sus grandezas, que tienen bien entendido que pueden mucho más y más.

Y en fin, aunque algunas cosas no tan declaradas, otras deben hallar escritas, por donde ven que pueden pasar éstas. De esto tengo grandísima experiencia, y también la tengo de unos medio letrados espantadizos, porque me cuestan muy caro: al menos creo que quien no creyere que puede Dios mucho más, y que ha tenido por bien, y tiene algunas veces, comunicarlo a sus criaturas, que tiene bien cerrada la puerta para recibirlas. Por eso, hermanas, nunca os acaezca, sino creed de Dios mucho más y más, y no pongáis los ojos en si son ruines o buenos a quien las hace, que su Majestad lo sabe, como os lo he dicho; no hay para qué nos meter en esto, sino con simpleza de corazón y humildad servir a su Majestad, y alabarle por sus obras y maravillas.

Pues tornando a la señal que digo, es la verdadera: ya veis esta alma que la ha hecho Dios boba del todo para imprimir mejor en ella la verdadera sabiduría, que ni ve, ni oye, ni entiende en el tiempo que está así, que siempre es breve, y aun harto más breve le parece a ella de lo que debe ser. Fija Dios a sí mismo en lo interior de aquel alma, de manera, que cuando torna en sí, en ninguna manera pueda dudar que estuvo en Dios, y Dios en ella: con tanta firmeza le queda esta verdad, que aunque pase años sin tornarle Dios a hacer aquella merced, ni se le olvida, ni puede dudar que estuvo; aun dejemos por los efectos con que queda, que éstos diré después: esto es lo que hace mucho al caso.

Pues diréisme, ¿cómo lo vió o cómo lo en-

tendió, si no ve ni entiende? No digo que lo vió entonces, sino que lo ve después claro: y no porque es visión, sino una certidumbre que queda en el alma, que sólo Dios la puede poner. Yo sé de una persona que no había llegado a su noticia que estaba Dios en todas las cosas por presencia, y potencia, y esencia, y de una merced que le hizo Dios de esta suerte, le vino a creer de manera, que aunque un medio letrado de los que tengo dicho, a quien preguntó: ¿cómo estaba Dios en nosotros?—él lo sabía tan poco como ella antes que Dios se lo diese a entender,—le dijo que no estaba más de por gracia; ella tenía ya tan fija la verdad, que no le creyó, y preguntólo a otros que le dijeron la verdad, con que se consoló mucho. No os habéis de engañar, pareciéndoos que esta certidumbre queda en forma corporal, como el cuerpo de nuestro Señor Jesucristo está en el santísimo Sacramento, aunque no le vemos, porque acá no queda así, sino de sola la Divinidad. ¿Pues cómo lo que no vimos se nos queda con esta certidumbre? Eso no lo sé yo, son obras tuyas, mas sé que digo verdad; y quien no quedare con esta certidumbre, no diría yo que es unión de toda el alma con Dios, sino de alguna potencia y otras muchas maneras de mercedes que hace Dios al alma. Hemos de dejar en todas estas cosas de buscar razones, para ver cómo fué; pues no llega nuestro entendimiento a entenderlo, ¿para qué nos queremos desvanecer? Basta ver que es Todopoderoso el que lo hace: y pues no somos ninguna parte, por diligencias que hagamos para alcanzarlo, sino que es

Dios el que lo hace, no lo queramos ser para entenderlo.

Ahora me acuerdo sobre esto que digo, *de que no somos parte*, de lo que habéis oído, que dice la Esposa en los Cantares: “Llévome el Rey a la bodega del vino, o metiόμε,” creo que dice. Y no dice que ella se fué. Y dice también que andaba buscando a su amado por una parte y por otra. Esta entiendo yo es la bodega donde nos quiere meter el Señor cuando quiere y como quiere, mas por diligencias que nosotros hagamos no podemos entrar; su Majestad nos ha de meter y entrar en el centro de nuestra alma, y para mostrar sus maravillas mejor, no quiere que tengamos en esta más parte de la voluntad, que del todo se le ha rendido, ni que se le abra la puerta de las potencias y sentidos, que todos están dormidos, sino entrar en el centro del alma sin ninguna, como entró a sus discípulos, cuando dijo: *Pax vobis*, y salió del sepulcro sin levantar la piedra. Adelante veréis como su Majestad quiere que le goce el alma en su mismo centro, aun más que aquí mucho, en la postrera morada. ¡Oh hijas, que mucho veremos, si no queremos ver más de nuestra bajeza y miseria, y entender que no somos dignas de ser siervas de un Señor tan grande, que no podemos alcanzar sus maravillas! Sea por siempre alabado. Amén.



CAPÍTULO II

PARECEROS ha que ya está todo dicho lo que hay que ver en esta morada, y falta mucho, porque, como dije, hay más y menos. Cuanto a lo que es unión, no creo saber decir más. Mas cuando el alma a quien Dios hace estas mercedes se dispone, hay muchas cosas que decir de lo que el Señor obra en ellas: algunas diré, y de la manera que queda. Para darlo mejor a entender, me quiero aprovechar de una comparación que es buena para este fin: y también para que veamos cómo, aunque en esta obra que hace el Señor no podemos hacer nada; mas para que su Majestad nos haga esta merced, podemos hacer mucho disponiéndonos. Ya habréis oído sus maravillas en cómo se cría la seda, que sólo El pudo hacer semejante invención, y cómo de una simiente que es a manera de granos de pimienta pequeños, que yo nunca la he visto, sino oído; y así, si algo fuere torcido, no es mía la culpa. Con el calor, en comenzando a haber hoja en los morales, comienza esta simiente a vivir, que hasta que hay este mantenimiento de que se sustenta, se está muerta, y con hojas de moral se

crían, hasta que después de grandes les ponen unas ramillas, y allí con las boquillas van de sí mismos hilando la seda, y hacen unos capuchillos muy apretados, adonde se encierran, y acaba este gusano, que es grande y feo, y sale del mismo capucho una mariposica blanca muy graciosa.

Mas si esto no se viese, sino que nos lo contaran de otros tiempos, ¿quién lo pudiera creer? ¿Ni con qué razones pudiéramos sacar que una cosa tan sin razón como es un gusano, y una abeja, sean tan diligentes en trabajar para nuestro provecho, y con tanta industria, y el pobre gusanillo pierda la vida en la demanda? Para un rato de meditación basta esto, hermanas, aunque no os diga más, que en ello podéis considerar las maravillas y sabiduría de nuestro Dios. ¿Pues qué será si supiésemos la propiedad de todas las cosas? De gran provecho es ocuparnos en pensar estas grandezas, y regalarnos en ser esposas de Rey tan sabio y poderoso.

Tornemos a lo que decía. Entonces comienza a tener vida este gusano, cuando con la calor del Espíritu Santo se comienza a aprovechar del auxilio general que a todos nos da Dios, y cuando comienza a aprovecharse de los remedios que dejó en su Iglesia; así dé a continuar las confesiones, como con buenas liciones y sermones, que es el remedio que un alma que está muerta en su descuido y pecados, y metida en ocasiones, puede tener. Entonces comienza a vivir, y vase sustentando en esto y en buenas meditaciones, hasta que está crecida, que es lo que a mí me hace al caso, que estotro poco importa. Pues

crecido este gusano, que es lo que en los principios queda dicho de esto que he escrito, comienza a labrar la seda, y edificar la casa adonde ha de morir. Esta casa querría dar a entender aquí que es Cristo. En una parte me parece he leído, u oído, que nuestra vida está escondida en Cristo, u en Dios, que todo es uno: o que nuestra vida es Cristo. En que esto sea, o no, poco va para mi propósito.

Pues veis aquí, hijas, lo que podemos con el favor de Dios hacer, que su Majestad misma sea nuestra morada, como lo es en esta oración de unión, labrándola nosotras. Parece que quiero decir, que podemos quitar y poner en Dios, pues digo que El es la morada, y la podemos nosotras fabricar para meternos en ella. ¡Y cómo si podemos no quitar de Dios, ni poner, sino quitar de nosotros, y poner como hacen estos gusanitos! Que no habremos acabado de hacer en esto todo lo que podemos, cuando este trabajillo, que no es nada, junte Dios con su grandeza, y le dé tan gran valor, que el mismo Señor sea el premio de esta obra. Y así como ha sido el que ha puesto la mayor costa, así quiere juntar nuestros trabajillos con los grandes que padeció su Majestad, y que todo sea una cosa.

Pues sea, hijas mías, priesa hacer esta labor, y tejer este capuchillo, quitando nuestro amor propio y nuestra voluntad, el estar asidas a ninguna cosa de la tierra, poniendo obras de penitencia, oración, mortificación, obediencia, todo lo demás que sabéis: que así obrásemos como sabemos, y somos enseñadas, de lo que hemos de hacer. Muera, muera este gusano, como lo hace

en acabando de hacer para lo que fué criado, y veréis como vemos a Dios, y nos vemos tan medidas en su grandeza, como lo está este gusanillo en este capucho. Mirad que digo ver a Dios, como dejo dicho, que se da a sentir en esta manera de unión.

Pues veamos qué se hace este gusano, que es para lo que he dicho todo lo demás, que cuando está en esta oración, bien muerto está al mundo, sale una mariposita blanca. ¡Oh grandeza de Dios, y cuál sale una alma de aquí, de haber estado un poquito metida en la grandeza de Dios, y tan junta con El, que a mi parecer nunca llega a media hora! Yo os digo de verdad, que la misma alma no se conoce a sí; porque mirad la diferencia que hay de un gusano feo a una mariposita blanca, que la misma hay acá. No sabe de dónde pudo merecer tanto bien, de dónde le pudo venir, quise decir, que bien sabe que no le merece: vese con un deseo de alabar al Señor, que se querría deshacer, y de morir por El mil muertes. Luego le comienza a tener de padecer grandes trabajos, sin poder hacer otra cosa. Los deseos de penitencia grandísimos, el de soledad, el de que todos conociesen a Dios; y de aquí le viene una pena grande de ver que es ofendido. Y aunque en la morada que viene se tratará más de estas cosas en particular, porque aunque casi lo que hay en esta morada, y en la que viene después, es todo uno, es muy diferente la fuerza de los efectos; porque, como he dicho, si después que Dios llega a una alma aquí, se esfuerza a ir adelante, verá grandes cosas. ¡Oh!, pues ver el desasosiego de esta mariposita, con no

haber estado más quieta y sosegada en su vida, es cosa para alabar a Dios, y es que no sabe adónde posar y hacer su asiento, que como le ha tenido tal, todo lo que ve en la tierra le descontenta, en especial cuando son muchas las veces que la da Dios de este vino, casi de cada una queda con nuevas ganancias.

Ya no tiene en nada las obras que hacía siendo gusano, que era poco a poco tejer el capucho: hanle nacido alas. ¿Cómo se ha de contentar, pudiendo volar, de andar paso a paso? Todo se le hace poco cuanto puede hacer por Dios, según son sus deseos. No tiene en mucho lo que pasaron los Santos, entendiendo ya por experiencia cómo ayuda el Señor, y transforma un alma, que no parece ella, ni su figura; porque la flaqueza que antes le parecía tener para hacer penitencia, ya la halla fuerte: el atamamiento con deudos o amigos, o hacienda, que ni le bastaban actos, ni determinaciones, ni quererse apartar, que entonces le parecía se hallaba más junta; ya se ve de manera, que le pesa estar obligada, a lo que para no ir contra Dios es menester hacer. Todo le cansa, porque ha probado que el verdadero descanso no le pueden dar las criaturas.

Parece que me alargo, y mucho más podría decir, y a quien Dios hubiere hecho esta merced verá que quedo corta, y así no hay que espantar que esta mariposilla busque asiento de nuevo, así como se halla nueva de las cosas de la tierra. ¿Pues adónde irá la pobrecica? Que tornar adonde salió no puede, que como está dicho, no es en nuestra mano, aunque más hagamos, hasta

que es Dios servido de tornarnos a hacer esta merced. ¡Oh Señor, y qué nuevos trabajos comienzan a esta alma! ¿Quién dijera tal, después de merced tan subida? En fin fin, de una manera o de otra ha de haber cruz mientras vivimos. Y quien dijere que después que llegó aquí, siempre está con descanso y regalo, diría yo que nunca llegó, sino que por ventura fué algún gusto, si entró en la morada pasada, y ayudado de flaqueza natural, y aun por ventura del demonio, que le da paz para hacerle después mucha mayor guerra. No quiero decir que no tienen paz los que llegan aquí, que sí tienen, y muy grande, porque los mismos trabajos son de tanto valor y de tan buena raíz, que con serlo muy grandes, de ellos mismos sale la paz y el contento.

Del mismo descontento que dan las cosas del mundo nace un deseo de salir de él, tan penoso, que si algún alivio tiene, es pensar que quiere Dios viva en este destierro, y aun no basta, porque aun el alma con todas estas ganancias no está tan rendida en la voluntad de Dios, como se verá adelante, aunque no deja de conformarse, mas es con un gran sentimiento, que no puede más, porque no le han dado más, y con muchas lágrimas, cada vez que tiene oración es esta su pena en alguna manera. Quizá procede de la muy grande que le da de ver que es ofendido Dios, y poco estimado en este mundo, y de las muchas almas que se pierden, ansí de herejes como de moros; aunque las que más la lastiman son las de los cristianos: que aunque ve es grande la misericordia de Dios, que por mal que vivan se

pueden enmendar y salvarse, teme que se condenan muchos.

¡Oh grandeza de Dios, qué pocos años antes estaba esta alma, y aun quizá días, que no se acordaba sino de sí! ¿Quién la ha metido en tan penosos cuidados? Que aunque queramos tener muchos años de meditación, tan penosamente como ahora esta alma lo siente, no lo podremos sentir.

Pues váleme Dios, si muchos días y años yo me procuro ejercitar en el gran mal, que es ser Dios ofendido, y pensar que estos que se condenan son hijos suyos y hermanos míos, y los peligros en que vivimos, ¿cuán bien nos está salir de esta miserable vida, no bastará? Que no, hijas, no es la pena que se siente aquí como las de acá, que eso bien podríamos, con el favor del Señor, tenerla, pensando mucho esto, mas no llega a lo íntimo de las entrañas, como aquí, que parece desmenuza un alma, y la muele, sin procurarlo ella, y aun a veces sin quererlo. ¿Pues qué es esto? ¿De dónde procede? Yo os lo diré. ¿No habéis oído que ya aquí lo he dicho otra vez, aunque no a este propósito, de la Esposa, que la metió Dios a la bodega del vino, y ordenó en ella la caridad? Pues esto es, que como aquel alma ya se entrega en sus manos, y el gran amor la tiene tan rendida, que no sabe ni quiere más de que haga Dios lo que quisiere de ella. Que jamás hará Dios, a lo que yo pienso, esta merced, sino a alma que ya toma muy por suya: quiere que sin que ella entienda cómo, salga de allí sellada con su sello; porque verdaderamente el alma allí no hace más que la cera cuando

imprime otro el sello, que la cera no se le imprime a sí, sólo está dispuesta, digo blanda, y aun para esta disposición tampoco se ablanda ella, sino que se está queda y lo consiente.

¡Oh bondad de Dios, que todo ha de ser a vuestra costa! Sólo queréis nuestra voluntad y que no haya impedimento en la cera. Pues veis aquí, hermanas, lo que nuestro Dios hace aquí, para que esta alma ya se conozca por suya (1): da de lo que tiene, que es lo que tuvo su Hijo en esta vida: no nos puede hacer mayor merced. ¿Quién más debía querer salir de esta vida? Y así lo dijo su Majestad en la cena: “Con deseo he deseado.” ¿Pues cómo, Señor, no se os puso delante la trabajosa muerte que habíades de morir, tan penosa y espantosa? No, porque el grande amor que tengo, y deseo de que se salven las almas, sobrepuja sin comparación a esas penas, y las muy grandísimas que he padecido y padezco después que estoy en el mundo, son bastantes para no tener éstas en nada en su comparación.

Es así que muchas veces he considerado en esto, y sabiendo yo el tormento que pasa y ha pasado, cierta alma que conozco, de ver ofender a nuestro Señor, tan insufriero, que se quisiera mucho más morir que sufrirla: y pensando si un alma con tan poquísima caridad, comparada a la de Cristo, que se puede decir casi ninguna en esta comparación, sentía este tormento tan insufriero, ¿qué sería el sentimiento de nues-

(1) «Cuando la santa Madre dice aquí que las almas de este grado se conocen ser de Dios por este deseo que Dios pone en ellas de salir desta vida pa a verle y gozarle, habl de un conocimiento, no del todo infalible, sino muy cierto moralmente y muy probable.» (Nota de la edición de las obras de la Santa, impresas en Madrid en 1752).

tro Señor Jesucristo, y qué vida debía pasar, pues todas las cosas le eran presentes, y estaba siempre viendo las grandes ofensas que se hacían a su Padre? Sin duda creo yo que fueron muy mayores que las de su sacratísima Pasión, porque entonces ya veía el fin de estos trabajos, y con esto, y con el contento de ver nuestro remedio con su muerte, y demostrar el amor que tenía a su Padre en padecer tanto por El, moderaría los dolores, como acaece acá a los que con fuerza de amor hacen grandes penitencias, que no las sienten casi, antes querrían hacer más y más, y todo se les hace poco. ¿Pues qué sería a su Majestad, viéndose en tan gran ocasión, para mostrar a su Padre cuán cumplidamente cumplía el obedecerle, y con el amor del prójimo? ¡Oh gran deleite, padecer en hacer la voluntad de Dios! Mas en ver tan continuo tantas ofensas a su Majestad hechas, e ir tantas almas al infierno, téngolo por cosa tan recia, que creo, si no fuera más de hombre, un día de aquella pena bastaba para acabar muchas vidas, cuanto más una.

CAPÍTULO III

PUES tornemos a nuestra palomica, y veamos algo de lo que Dios da en este estado; siempre se entiende que ha de procurar ir adelante en el servicio de nuestro Señor y en el conocimiento propio: que si no hace más de recibir esta merced, y como cosa ya segura descuidarse en su vida, y torcer el camino del cielo, que son los mandamientos, acaecerle ha lo que a la que sale del gusano, que echa la simiente, para que produzcan otras, y ella queda muerta para siempre. Digo que echa la simiente; porque tengo para mí, que quiere Dios que no sea dada en balde una merced tan grande, sino que ya que no se aproveche de ella para sí, aproveche a otros. Porque como queda con estos deseos y virtudes dichas, el tiempo que dura en el bien siempre hace provecho a otras almas, y de su calor les pega calor: y aun cuando le tienen ya perdido, acaece quedar con esa gana de que se aprovechen otros, y gusta de dar a entender las mercedes que Dios hace a quien le ama y sirve.

Yo he conocido persona que le acaecía así, que estando muy perdida gustaba de que se

aprovechasen otras con las mercedes que Dios le había hecho, y mostrarles el camino de oración a las que no lo entendían, y hizo harto provecho, harto. Después la tornó el Señor a dar luz. Verdad es que aún no tenía los efectos que quedan dichos. ¿Mas cuántos debe haber que los llama el Señor a el apostolado, como a Judas, comunicando con ellos; y los llama para hacer reyes, como a Saúl, y después por su culpa se pierden? De donde sacaremos, hermanas, que para ir mereciendo más y más, y no perdiéndonos como éstos; la seguridad que podemos tener es la obediencia, y no torcer la ley de Dios; digo, a quien hiciere semejantes mercedes, y aun a todos.

Paréceme que queda algo oscura, con cuanto he dicho, esta morada: pues hay tanta ganancia de entrar en ella, bien será que no parezca que quedan sin esperanza a los que el Señor no da cosas tan sobrenaturales; pues la verdadera unión se puede muy bien alcanzar, con el favor de nuestro Señor, si nosotros nos esforzamos a procurarla con no tener voluntad, sino atada con lo que fuere la voluntad de Dios.

¡Oh, qué de ellos habrá que digamos esto, y nos parezca que no queremos otra cosa, y moriríamos por esta verdad, como creo ya he dicho! Pues yo os digo, y lo diré muchas veces, que cuando lo fuere, que habéis alcanzado esta merced del Señor, y ninguna cosa se os dé de estotra unión regalada que queda dicha, que lo que hay de mayor precio en ella es por proceder de esta que ahora digo, y por no poder llegar a lo que queda dicho, si no es muy cierta la unión de estar resignada nuestra voluntad en la de Dios.

¡Oh, qué unión esta para desear! Venturosa el alma que la ha alcanzado, que vivirá en esta vida con descanso, y en la otra también; porque ninguna cosa de los sucesos de la tierra la afligirá, si no fuere si se ve en algún peligro de perder a Dios, o ver si es ofendido, ni enfermedad, ni pobreza, ni muertes, si no fuere de quien ha de hacer falta en la Iglesia de Dios, que ve bien esta alma que El sabe mejor lo que hace que ella lo que desea.

Habéis de notar que hay penas y penas; porque algunas penas hay producidas de presto de la naturaleza; y contentos lo mesmo, y aun de caridad de apiadarse de los prójimos, como hizo nuestro Señor cuando resucitó a Lázaro; y no quitan éstas el estar unidos con la voluntad de Dios, ni tampoco turban el ánimo con una pasión inquieta, desasosegada, que dura mucho. Estas penas pasan de presto: que, como dije de los gozos en la oración, parece que no llegan a lo hondo del alma, sino a estos sentidos y potencias. Andan por estas moradas pasadas, mas no entran en la que está por decir postrera. Pues para esto es menester lo que queda dicho de suspensión de potencias, que poderoso es el Señor de enriquecer las almas por muchos caminos, y llevarlas a estas moradas, y no por el atajo que queda dicho. Mas advertid mucho, hijas, que es necesario que muera el gusano, y más a vuestra costa: porque acullá ayuda mucho para morir el verse en vida tan nueva; acá es menester que, viviendo en ésta, le matemos nosotras. Yo os confieso que será a mucho más trabajo, más su precio se tiene; y así será mayor el galardón si

salís con victoria: mas de ser posible no hay que dudar, como lo sea la unión verdaderamente con la voluntad de Dios.

Esta es la unión que toda mi vida he deseado: esta es la que pido siempre a nuestro Señor, y la que está más clara y segura. ¡Mas ay de nosotros, que pocos debemos de llegar a ella! Aunque a quien se guarda de ofender al Señor, y ha entrado en religión, le parezca que todo lo tiene hecho. ¡Oh!, que quedan unos gusanos que no se dan a entender, hasta que, como el que royó la hiedra a Jonás, nos han roído las virtudes con un amor propio, una propia estimación, un juzgar los prójimos, aunque sea en pocas cosas, una falta de caridad con ellos, no los queriendo como a nosotros mismos. Que aunque arrastrando cumplimos con la obligación para no ser pecado, no llegamos con mucho a lo que ha de ser para estar del todo unidas con la voluntad de Dios.

¿Qué pensáis, hijas, que es su voluntad? Que seamos del todo perfectas, para ser unos con él y con el Padre, como su Majestad lo pidió. Mirad qué nos falta para llegar a esto. Yo os digo que lo estoy escribiendo con harta pena de verme tan lejos, y todo por mi culpa, que no ha menester el Señor hacernos grandes regalos para esto, basta lo que nos ha dado en darnos a su Hijo, que nos enseñase el camino. No penséis que está la cosa en si se muere mi padre, o hermano, conformarme tanto con la voluntad de Dios, que no lo sienta; y si hay trabajos y enfermedades, sufrirlos con contento. Bueno es, y a las veces consiste en discreción, porque no

podemos más, y hacemos de la necesidad virtud; cuántas cosas de éstas hacían los filósofos, o, aunque no sean de éstas, de otras, de tener mucho saber. Acá solas estas dos que nos pide el Señor, amor de su Majestad y del prójimo, es en lo que hemos de trabajar: guardándolas con perfección hacemos su voluntad, y así estaremos unidos con El. Mas ¡qué lejos estamos de hacer, como debemos, a tan gran Dios estas dos cosas, como tengo dicho! Plegue a su Majestad nos dé gracia para que merezcamos llegar a este estado, que en nuestra mano está si queremos.

La más cierta señal que, a mi parecer, hay de si guardamos estas dos cosas, es guardando bien la del amor del prójimo; porque si amamos a Dios, no se puede saber, aunque hay indicios grandes para entender que le amamos; mas el amor del prójimo sí. Y estad ciertas que mientras más en éste os vierdes aprovechadas, más lo estáis en el amor de Dios; porque es tan grande el que su Majestad nos tiene, que en pago del que tenemos al prójimo, hará que crezca el que tenemos a su Majestad por mil maneras; en esto yo no puedo dudar. Impórtanos mucho andar con gran advertencia, como andamos en esto, que si es con mucha perfección, todo lo tenemos hecho; porque creo yo que, según es malo nuestro natural, que si no es naciendo de raíz del amor de Dios, que no llegaremos a tener con perfección el del prójimo.

Pues tanto nos importa, hermanas, procuremos irnos entendiendo en cosas aun menudas, y no haciendo caso de unas muy grandes, que

ansí por junto vienen en la oración, de parecer qué haremos y aconteceremos por los prójimos, y por sola una alma que se salve; porque si no vienen después conformes las obras, no hay para qué creer que lo haremos. Ansí digo de la humildad también y de todas las virtudes. Son grandes los ardidés del demonio, que por hacernos entender que tenemos una, no la teniendo, dará mil vueltas al infierno. Y tienen razón, porque es muy dañoso, que nunca estas virtudes fingidas vienen sin alguna vanagloria, como son de tal raíz: ansí como las que da Dios están libres de ella, ni de soberbia.

Yo gusto algunas veces de ver unas almas, que cuando están en oración les parece que-rrían ser abatidas y públicamente afrontadas por Dios, y después una falta pequeña encubrirían si pudiesen; o que si no la han hecho y se la cargan, Dios nos libre. Pues mírese mucho quien esto no sufre, para no hacer caso de lo que a solas determinó a su parecer, que en hecho de verdad no fué determinación de la voluntad, que cuando ésta hay verdadera, es otra cosa, sino alguna imaginación, que en ésta hace el demonio sus saltos, y engaños, y a mujeres, o gente sin letras, podrá hacer muchos; porque no sabemos entender las diferencias de potencias e imaginación, y otras mil cosas que hay interiores. ¡Oh hermanas, cómo se ve claro adonde está de veras el amor del prójimo, en algunas de vosotras, y en las que no está con esta perfección! Si entendiédes lo que nos importa esta virtud, no traeríades otro estudio.

Cuando yo veo almas muy diligentes a entender la oración que tienen, y muy encapottadas cuando están en ella, que parece no se osan bullir, ni menear el pensamiento, porque no se les vaya un poquito de gusto y devoción que han tenido, háceme ver cuán poco entienden del camino por donde se alcanza la unión, y piensan que allí está todo el negocio. Que no, hermanas, no, obras quiere el Señor; que si ves una enferma a quien puedes dar un alivio, no se te dé nada de perder esa devoción, y te compadezcas de ella, y si tiene algún dolor, te duela a ti, y si fuere menester lo ayunes, porque ella lo coma, no tanto por ella, como porque sabes que tu Señor quiere aquello. Esta es la verdadera unión con su voluntad, y que si vieres loar mucho a una persona, te alegres más mucho que si te loasen a ti: esto, a la verdad, fácil es, que si hay humildad, antes terná pena de verse loar. Mas esta alegría de que se entiendan las virtudes de las hermanas es gran cosa, y cuando viéremos alguna falta en alguna, sentirla como si fuera en nosotras, y encubirla.

Mucho he dicho en otras partes de esto, porque veo, hermanas, que si hubiese en ello quiebra, vamos perdidas; plega al Señor nunca la haya, que como esto sea, yo os digo que no dejéis de alcanzar de su Majestad la unión que queda dicha. Cuando os vierdes faltas en esto, aunque tengáis devoción y regalos, que os parezca habéis llegado ahí, y alguna suspensioncilla en la oración de quietud, que a algunas luego les parecerá que está todo hecho, creed-

me, que no habéis llegado a unión, y pedid a nuestro Señor que os dé con perfección este amor del prójimo, y dejad hacer a su Majestad, que El os dará más que sepáis desear, como vosotras os esforcéis, y procuréis en todo lo que pudiéredes esto, y forzar vuestra voluntad, para que se haga en todo la de las hermanas, aunque perdáis de vuestro derecho, y olvidar vuestro bien por el suyo, aunque más contradicción os haga el natural, y procurar tomar trabajo, por quitarle al prójimo, cuando se ofreciere. No penséis que no ha de costar algo, y que os lo habéis de hallar hecho. Mirad lo que costó a nuestro Esposo el amor que nos tuvo, que por librarnos de la muerte, la murió tan penosa, como muerte de cruz.

CAPÍTULO IV



PARÉCEME que estáis con deseo de ver qué se hace esta palomica, y adonde asienta, pues queda entendido que no es en gustos espirituales, ni en contentos de la tierra; más alto es su vuelo, y no os puedo satisfacer de este deseo hasta la postrera morada. Y aun plega a Dios se me acuerde, o tenga lugar de escribirlo, porque han pasado casi cinco meses desde que lo comencé hasta ahora, y como la cabeza no está para tornarlo a leer, todo debe ir desbaratado, y por ventura dicho algunas cosas dos veces. Como es para mis hermanas, poco va en ello. Todavía quiero más declararos lo que me parece que es esta oración de unión: conforme a mi ingenio pome una comparación. Después diremos más de esta mariposica, que no para, aunque siempre fructifica haciendo bien a sí y a otras almas, porque no halla su verdadero reposo. Ya ternéis oído muchas veces que se desposa Dios con las almas espiritualmente, ¡bendita sea su misericordia, que tanto se quiere humillar!, y aunque sea grosera comparación, yo no hallo otra que más pueda dar a entender lo que pretendo, que el sacramento del matri-

monio. Porque, aunque de diferente manera, porque en esto que tratamos jamás hay cosa que no sea espiritual, esto corpóreo va muy lejos, y los contentos espirituales que da el Señor, y los gustos al que deben tener los que se desposan, van mil leguas lo uno de lo otro, porque todo es amor con amor, y sus operaciones son limpiísimas, y tan delicadísimas y suaves, que no hay cómo se decir, mas sabe el Señor darlas muy bien a sentir.

Paréceme a mí que la unión aún no llega a desposorio espiritual, sino como por acá cuando se han de desposar dos, se trata si son conformes, y que el uno y el otro quieran, y aún que se vean, para que más se satisfagan el uno del otro. Así acá, prosupuesto que el concierto está ya hecho, y que esta alma está muy bien informada, cuán bien le está, y determinada a hacer en todo la voluntad de su Esposo, de todas cuantas maneras ella viere que le ha de dar contento, y su Majestad, como quien bien entenderá si es así, lo está de ella, y así hace esta misericordia, que quiere que le entienda más, y que, como dicen, vengan a vistas, y juntarla consigo. Podemos decir que es así esto, porque pasa en brevísimo tiempo. Allí no hay más dar y tomar, sino un ver el alma, por una manera secreta, quién es este Esposo que ha de tomar; porque por los sentidos y potencias, en ninguna manera podrá entender en mil años lo que aquí entiende en brevísimo tiempo: mas como es tal el Esposo, de sola aquella vista la deja más digna de que se vengan a dar las manos, como dicen; porque queda el alma tan

enamorada, que hace de su parte lo que puede, para que no se desconcierte este divino desposorio. Mas si esta alma se descuida a poner su afición en cosa que no sea de El, piérdelo todo, y es tan grandísima pérdida, como lo son las mercedes que va haciendo, y mucho mayor que se puede encarecer.

Por eso, almas cristianas, a las que el Señor ha llegado a estos términos, por El os pido que no os descuidéis, sino que os apartéis de las ocasiones, que aun en este estado no está el alma tan fuerte que se pueda meter en ellas, como lo está después de hecho el desposorio, que es en la morada que diremos tras éstas, porque la comunicación no fué más de una vista, como dicen, y el demonio andará con gran cuidado a combatirla, y a desviar este desposorio, que después, como ya la ve del todo rendida al Esposo, no osa tanto porque la ha miedo; y tiene experiencia, que si alguna vez lo hace, queda con gran pérdida, y ella con más ganancia.

Yo os digo, hijas, que he conocido personas muy encumbradas, y llegar a este estado, y con la gran sutileza y ardid del demonio, tornarlas a ganar para sí, porque debe de juntarse todo el infierno para ello; porque, como muchas veces digo, no pierden un alma sola, sino gran multitud. Ya él tiene experiencia en este caso; porque si miramos la multitud de almas que por medio de una trae Dios a sí, es para alabarle mucho los millares que convertían los mártires. ¡Una doncella como santa Ursula! Pues las que habrá perdido el demonio por santo Do-

mingo, y san Francisco, y otros fundadores de órdenes, y pierde ahora por el padre Ignacio, el que fundó la Compañía, que todos está claro, como lo leemos, recibían mercedes semejantes de Dios. ¿Qué fué esto, sino que se esforzaron a no perder por su culpa tan divino desposorio? ¡Oh hijas mías, que tan aparejado está este Señor a haceros merced ahora como entonces, y aun en parte más necesitado de que la queramos recibir, porque hay pocos que miren por su honra, como entonces había! Querémonos mucho: hay muy mucha cordura para no perder de nuestro derecho. ¡Oh, qué engaño tan grande! El Señor nos dé luz para no caer en semejantes tinieblas por su misericordia.

Podréisme preguntar, o estar con duda de dos cosas: la primera, que si está el alma tan puesta con la voluntad de Dios, como queda dicho, que cómo se puede engañar, pues ella en todo no quiere hacer la suya. La segunda, por qué vías puede entrar el demonio tan peligrosamente, que se pierda vuestra alma, estando tan apartadas del mundo, y tan llegadas a los Sacramentos, y en compañía, podemos decir, de Angeles; pues por la bondad del Señor todas no traen otros deseos sino de servirle y agradecerle en todo: que ya los que están metidos en las ocasiones del mundo, no es mucho. Yo digo que en esto tenéis razón, que harta misericordia nos ha hecho Dios: mas cuando veo, como he dicho, que estaba Judas en compañía de los Apóstoles, y tratando siempre con el mismo Dios, y oyendo sus palabras, entiendo que no hay seguridad en esto.

Respondiendo a lo primero, digo que si esta alma se estuviese siempre asida a la voluntad de Dios, que está claro que no se perdería: mas viene el demonio con unas sutilezas grandes, y debajo de color de bien, vala desquiciando en poquitas cosas de ella, y metiendo en algunas que él le hace entender que no son malas, y poco a poco escureciendo el entendimiento, y entibiando la voluntad, y haciendo crecer en ella el amor propio, hasta que de uno en otro la va apartando de la voluntad de Dios, y llegando a la suya.

De aquí queda respondido a lo segundo, porque no hay encerramiento tan encerrado adonde él no pueda entrar, ni desierto tan apartado adonde deje de ir. Y aún otra cosa os digo, que quizá lo permite el Señor para ver cómo se ha aquella alma, a quien quiere poner por luz de otras, que más vale que en los principios, si ha de ser ruín, lo sea, que no cuando dañe a muchas. La diligencia que a mí se me ofrece más cierta (después de pedir siempre a Dios en la oración que nos tenga de su mano, y pensar muy contino, como si El nos deja, seremos luego en el profundo, como es verdad, y jamás estar confiadas en nosotras, pues será desatino estarlo) es andar con particular cuidado y aviso, mirando cómo vamos en las virtudes: si vamos mejorando, o disminuyendo en algo, en especial en el amor unas con otras, y en el deseo de ser tenida por la menor, y en cosas ordinarias: que si miramos en ello, y pedimos al Señor que nos dé luz, luego veremos la ganancia o la pérdida. Que no penséis que alma

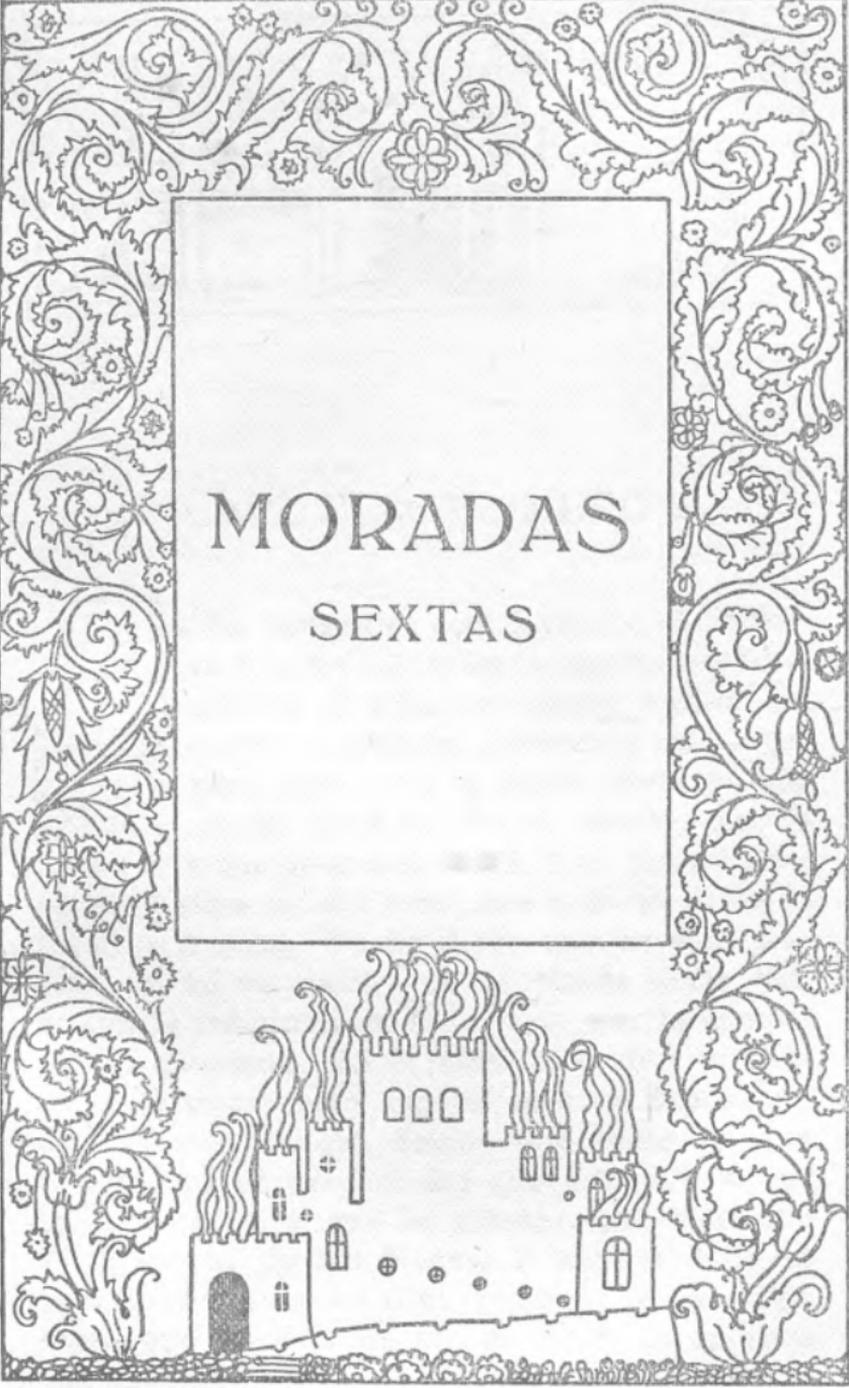
que llega Dios a tanto, la deja tan apriesa de su mano que no tenga bien el demonio que trabajar, y siente su Majestad tanto en que se le pierda, que le da mil avisos interiores de muchas maneras: así que no se le podrá esconder el daño.

En fin, sea la conclusión en esto, que procuremos siempre ir adelante, y si esto no hay, andemos con gran temor, porque sin duda algún salto nos quiere hacer el demonio, pues no es posible que habiendo llegado a tanto, deje ir creciendo, que el amor jamás está ocioso: y así será harto mala señal. Porque alma que ha pretendido ser esposa del mismo Dios, y tratándose ya con su Majestad, y llegado a los términos que queda dicho, no se ha de echar a dormir.

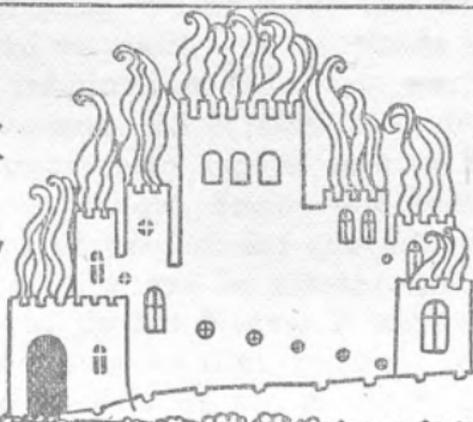
Y para que veáis, hijas, lo que hace con las que ya tiene por esposas, comencemos a tratar de las sextas moradas, y veréis como es poco todo lo que pudiéremos servir, y padecer, y hacer, para disponernos a tan grandes mercedes: que podrá ser haber ordenado nuestro Señor que me lo mandasen escribir para que puestos los ojos en el premio, y viendo cuán sin tasa es su misericordia, pues con unos gusanos quiere así comunicarse y mostrarse, olvidemos nuestros contentillos de tierra, y puestos los ojos en su grandeza, corramos encendidas en su amor. Plega a El que acierte yo a declarar algo de cosas tan dificultosas, que si su Majestad y el Espíritu Santo no menea la pluma, bien sé que será imposible, y si no ha de ser para vuestro provecho, le suplico no

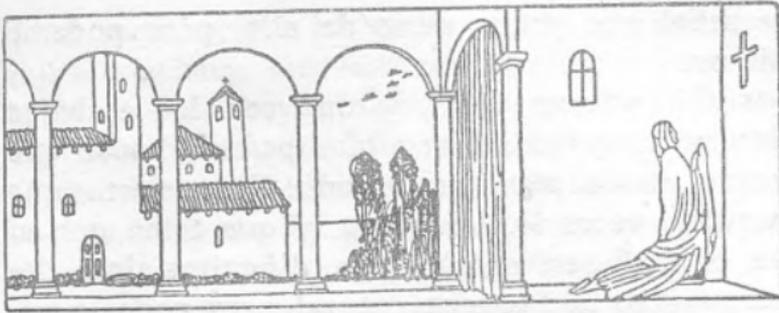
acierta a decir nada, pues sabe su Majestad que no es otro mi deseo, a cuanto puedo entender de mí, sino que sea alabado su nombre, y que nos esforcemos a servir a un Señor que así paga aun acá en la tierra, por donde podemos entender algo de lo que nos ha de dar en el cielo, sin los intervalos, y trabajos, y peligros, que hay en este mar de tempestades, porque a no le haber de perderle y ofenderle, descanso sería que no se acabase la vida hasta la fin del mundo, por trabajar por tan gran Dios, y Señor, y Esposo. Plega a su Majestad merezcamos hacerle algún servicio, sin tantas faltas como siempre tenemos aun en las obras buenas. Amén.





MORADAS
SEXTAS





CAPÍTULO PRIMERO



PUES vengamos con el favor del Espíritu Santo a hablar en las sextas moradas, adonde el alma ya queda herida del amor del Esposo, y procura más lugar para estar sola, y quitar todo lo que puede, conforme a su estado, que la puede estorbar de esta soledad. Está tan esculpida en el alma aquella vista, que todo su deseo es tornarla a gozar. Ya he dicho que en esta oración no se ve nada, que se pueda decir ver, ni con la imaginación, digo vista, por la comparación que puse. Ya el alma bien determinada queda a tomar otro esposo, mas el Esposo no mira a los grandes deseos que tiene de que se haga ya el desposorio: que aún quiere que lo desee más, y que le cueste algo, bien que es el mayor de los bienes. Y aunque todo es poco para tan grandísima ganancia, yo os digo, hijas, que no deja de ser menester la muestra

y señal que ya se tiene de ella, para poderse llevar.

¡Oh, váleme Dios, y qué son los trabajos interiores y exteriores que padece hasta que entra en la séptima morada! Por cierto que algunas veces lo considero, y que temo que si se entendiesen antes, sería dificultosísimo determinarse la flaqueza natural para poderlo sufrir, ni determinarse a pasarlo, por bienes que se le representasen, salvo si no hubiese llegado a la séptima morada, que ya allí nada no se teme, de arte que no se arroja muy de raíz el alma a pasarlo por Dios. Y es la causa que está casi siempre tan junta a su Majestad, que de allí le viene la fortaleza.

Creo será bien contaros algunos de los que yo sé que se pasan con certidumbre. Quizá no serán todas las almas llevadas por este camino, aunque dudo mucho que vivan libres de trabajos de la tierra, de una manera o de otra, las almas que a tiempos gozan tan de veras de cosas del cielo. Aunque no tenía por mí de tratar de esto, he pensado que algún alma que se vea en ello le será gran consuelo saber qué pasa en las que Dios hace semejantes mercedes, porque verdaderamente parece entonces está todo perdido.

No llevaré por cierto como suceden, sino como se me ofrecieren a la memoria; y quiero comenzar de los más pequeños, que es una grita de las personas con quien se trata, y aun con las que no trata, sino que en su vida le pareció se podían acordar de ella, que se hace santa, que hace extremos para engañar al mun-

do, y para hacer a los otros ruines, que son mejores cristianos sin esas ceremonias: y hase de notar que no hay ninguna, sin procurar guardar bien su estado. Los que tenía por amigos se apartan de ella, y son los que le dan mejor bocado, y es de los que mucho se sienten: que va perdida aquel alma, y notablemente engañada: que son cosas del demonio, que ha de ser como aquella, y la otra persona que se perdió, y ocasión de que caiga la virtud, que trae engañados los confesores, y ir a ellos, y decirselo, poniéndoles ejemplos de lo que acaeció a algunos que se perdieron por aquí: mil maneras de mofas, y de dichos de estos. Yo sé de una persona que tuvo harto miedo no había de haber quien la confesase, según andaban las cosas, que por ser muchas, no hay para qué me detener: y es lo peor, que no pasan de presto, sino que es toda la vida, y el avisarse unos a otros que se guarden de tratar personas semejantes. Diréisme que también hay quien diga bien.

¡Oh hijas, y qué pocos hay que crean ese bien, en comparación de los muchos que abominan! Cuanto más, que ese es otro trabajo mayor que los dichos, porque como el alma ve claro, que si tiene algún bien, es dado de Dios, y en ninguna manera no suyo, porque poco antes se vió muy pobre, y metida en grandes pecados, esle un tormento intolerable, al menos a los principios, que después no tanto, por algunas razones. La primera, porque la experiencia le hace claro ver que tan presto dice bien como mal, y ansí no hace más caso de lo

uno que de lo otro. La segunda, porque le ha dado el Señor mayor luz, de que ninguna cosa buena es suya, sino dada de su Majestad, y como si la viese en tercera persona olvidada, que quien tiene allí ninguna parte, se vuelve a alabar a Dios. La tercera, si ha visto algunas almas aprovechadas de ver las mercedes que Dios la hace, piensa que tomó su Majestad este medio de que la tuviesen por buena, no lo siendo, para que a ellas les viniese bien. La cuarta, porque como tiene más delante la honra y gloria de Dios, que la suya, quítase una tentación que da a los principios, de que esas alabanzas han de ser para destruirla, como ha visto algunas, y dásele poco de ser deshonrada, a trueco de que siquiera una vez sea Dios alabado por su medio: después venga lo que viniere.

Estas razones y otras aplacan la mucha pena que dan estas alabanzas, aunque casi siempre se siente alguna, si no es cuando poco ni mucho se advierte, mas sin comparación es mayor trabajo verse así, en público tener por buena sin razón, que no los dichos: y cuando ya viene a no le tener mucho de esto, muy mucho menos le tiene de esotro, antes se huelga, y le es como una música muy suave: esto es gran verdad, y antes fortalece el alma que la acobarda; porque ya la experiencia la tiene enseñada la gran ganancia que le viene por este camino, y parecele que no ofenden a Dios los que las persiguen, antes que lo permite su Majestad para gran ganancia suya: y como la siente claramente, tómales un amor particular muy tierno,

que le parece aquellos son más amigos, y que la dan más a ganar que los que dicen bien.

También suele dar el Señor enfermedades grandísimas. Este es muy mayor trabajo, en especial cuando son dolores agudos, que en parte, si ellos son recios, me parece el mayor que hay en la tierra, digo exterior, aunque entren cuantos quisieren, si es de los muy recios dolores; digo, porque descompone lo interior y exterior de manera que aprieta un alma que no sabe qué hacer de sí: y de muy buena gana tomaría cualquier martirio de presto, que estos dolores, aunque en grandísimo extremo, no duran tanto, que en fin no da Dios más de lo que se puede sufrir, y da su Majestad primero la paciencia, más de otros grandes en lo ordinario, y enfermedades de muchas maneras. Yo conozco una persona que desde que comenzó el Señor a hacerla esta merced que queda dicha, que ha cuarenta años no puede decir con verdad que ha estado día sin tener dolores y otras maneras de padecer, de falta de salud corporal digo, sin otros grandes trabajos. Verdad es que había sido muy ruín, y para el infierno que merecía, todo se le hace poco: otras que no hayan ofendido tanto a nuestro Señor, las llevará por otro camino: mas yo siempre escogería el de padecer, siquiera por imitar a nuestro Señor Jesucristo, aunque no hubiese otra ganancia, en especial, que siempre hay muchas. O pues, si tratamos de los interiores, estotros parecerían pequeños, si éstos se acertasen a decir, sino que es imposible darse a entender de la manera que pasan.

Comencemos por el tormento que da topar con un confesor tan cuerdo y poco experimentado, que no hay cosa que tenga por segura, todo lo teme, en todo pone duda, como ve cosas no ordinarias: en especial si en el alma que las tiene ve alguna imperfección, que les parece han de ser Angeles a quien Dios hiciere estas mercedes, y es imposible mientras estuvieren en este cuerpo; luego es todo condenado a demonio, o melancolía. Y de ésta está el mundo tan lleno, que no me espanto que haya tanta ahora en el mundo, y hace el demonio tantos males por este camino, que tienen muy mucha razón de temerlo y mirarlo muy bien los confesores. Mas la pobre alma que anda con el mismo temor, y va al confesor como juez, y ése la condena, no puede dejar de recibir tan gran tormento y turbación, que sólo entenderá cuán gran trabajo es, quien hubiese pasado por ello. Porque este es otro de los grandes trabajos que estas almas padecen, en especial si han sido ruines: pensar que por sus pecados ha Dios de permitir que sean engañadas.

Y aunque cuando su Majestad les hace la merced, están seguras, y no pueden creer ser otro espíritu, sino de Dios, como es cosa que pasa de presto, y el acuerdo de los pecados se está siempre, y ve en sí faltas, que éstas nunca faltan, luego viene este tormento. Cuando el confesor la asegura, aplácase, aunque torna: mas cuando él ayuda con más temor, es cosa casi insufrible, en especial cuando tras estos vienen unas sequedades, que no parece que jamás se ha acordado de Dios, ni se ha de acordar, y que

como una persona de quien oyó decir desde lejos, es cuando oye hablar de su Majestad.

Todo no es nada, sino es que sobre esto venga el parecer, que no sabe informar a los confesores y que los trae engañados, y aunque más piensa, y ve que no hay primer movimiento que no los diga, no aprovecha; que está el entendimiento tan oscuro, que no es capaz de ver la verdad, sino creer lo que la imaginación le representa; que entonces ella es la señora, y los desatinos que el demonio la quiere representar, a quien debe nuestro Señor de dar licencia para que la pruebe, y aun para que la haga entender que está reprobada de Dios, porque son muchas las cosas que la combaten con un apretamiento interior; de manera tan sensible, e intolerable, que yo no sé a qué se pueda comparar, sino a los que padecen en el infierno; porque ningún consuelo se admite en esta tempestad. Si le quieren tomar con el confesor, parece han acudido los demonios a él para que la atormente más: y así tratando uno con un alma que estaba en este tormento, después de pasado, que parece apretamiento peligroso, por ser de tantas cosas juntas, la decía le avisase cuando estuviese así, y siempre era tan peor, que vino él a entender que no era más en su mano. Pues si se quiere tomar un libro de romance, persona que le sabía bien leer, le acaecía no entender más de él, que si no supiera letra, porque no estaba el entendimiento capaz. En fin, que ningún remedio hay en esta tempestad, sino aguardar a la misericordia de Dios, que a deshora con una palabra sola suya, o una

ocasión, que acaso sucedió, lo quita todo tan de presto, que parece no hubo nublado en aquel alma, según queda llena de sol, y de mucho más consuelo. Y como quien se ha escapado de una batalla peligrosa con haber ganado la victoria, queda alabando a nuestro Señor, que fué el que peleó para el vencimiento; porque conoce muy claro que ella no peleó, que todas las armas con que se podía defender le parece que las ve en manos de su contrario, y ansí conoce claramente su miseria, y lo poquísimo que podemos de nosotros si nos desamparase el Señor.

Parece que ya no ha menester consideración para entender esto, porque la experiencia de pasar por ello, habiéndose visto del todo inhabilitada, le hacía entender nuestra nonada, y cuán miserable cosa somos; porque la gracia, aunque no debe de estar sin ella, pues con toda esta tormenta no ofende a Dios, ni le ofendería por cosa de la tierra, está tan escondida, que ni aun una centella muy pequeña le parece no ve de que tiene amor de Dios, ni que le tuvo jamás; porque si ha hecho algún bien, o su Majestad le ha hecho alguna merced, todo le parece cosa soñada, y que fué antojo: los pecados ve cierto que los hizo.

¡Oh Jesús! ¡Y qué es ver un alma desamparada de esta suerte, y como he dicho, cuán poco le aprovecha ningún consuelo de la tierra! Por eso no penséis, hermanas, si alguna vez os vierdes ansí, que los ricos, y los que están con libertad, ternán para estos tiempos más remedio. No, no, que me parece a mí es como si a los condenados les pusiesen cuantos deleites hay

en el mundo delante, no bastarían para darles alivio, antes les acrecentaría el tormento, así acá viene de arriba, y no valen aquí nada cosas de la tierra. Quiere este gran Dios que conozcamos Rey, y nuestra miseria, e importa mucho para lo de adelante.

¿Pues qué hará esta pobre alma, cuando muchos días le durare así? Porque si reza, es como si no rezase: para su consuelo digo, que no se admite en lo interior, ni aun se entiende lo que reza ella misma a sí, aunque sea vocal, que para mental no es este tiempo en ninguna manera, porque no están las potencias para ello. Antes hace mayor daño la soledad, con que es otro tormento por sí, estar con nadie, ni que la hablen; y así por muy mucho que se esfuerce, anda con un desabrimiento y mala condición en lo exterior, que se le echa mucho de ver. ¿Es verdad que sabrá decir lo que ha? Es indecible, porque son apretamientos y penas espirituales, que no se saben poner nombre. El mejor remedio, no digo para que se quite, que yo no le hallo, sino para que se pueda sufrir, es entender en obras de caridad exteriores, y esperar en la misericordia de Dios, que nunca falta a los que en él esperan. Sea por siempre bendito. Amén.

Otros trabajos que dan los demonios, exteriores, no deben ser tan ordinarios, y así no hay para qué hablar en ellos, ni son tan penosos con gran parte; porque por mucho que hagan, no llegan a inhabilitar así las potencias, a mi parecer, ni a turbar el alma de esta manera, que en fin, queda razón para pensar que

no pueden hacer más de lo que el Señor les diere licencia, y cuando ésta no está perdida, todo es poco, en comparación de lo que queda dicho. Otras penas interiores iremos diciendo en estas moradas tratando diferencias de oración, y mercedes del Señor: que aunque algunas son aún más recio que lo dicho en el padecer, como se verá por cuál dejan el cuerpo, no merecen nombre de trabajos, ni es razón que se le pongamos, por ser tan grandes mercedes del Señor: y que en medio de ellos entiende el alma que lo son, y muy fuera de sus merecimientos. Viene ya esta pena grande, para entrar en la séptima morada, con otros hartos, que algunos diré, porque todos será imposible, ni aun declarar como son; porque vienen de otro linaje que los dichos, muy más alto: y si en ellos, con ser de más baja casta, no he podido declarar más de lo dicho, menos podré en estotro. El Señor dé para todo su favor, por los méritos de su Hijo. Amén.

CAPÍTULO II



PARECE que hemos dejado mucho la palomica, y no hemos; porque estos trabajos son los que la hacen tener más alto vuelo. Pues comencemos ahora a tratar de la manera que se ha con ella el Esposo; y como antes que del todo lo sea, se lo hace bien desear, por unos medios tan delicados, que el alma mesma no los entiende, ni yo creo acertaré a decir para que lo entienda, si no fueren las que han pasado por ello; porque son unos impulsos tan delicados y sutiles, que proceden de lo muy interior del alma, que no sé comparación que poner que cuadre. Va bien diferente de todo lo que acá podemos procurar, y aun de los gustos que quedan dichos, que muchas veces, estando la mesma persona descuidada, y sin tener la memoria en Dios, su Majestad la despierta, a manera de un cometa, que pasa de presto, o un trueno, aunque no se oye ruido; mas entiende muy bien el alma, que fué llamada de Dios, y tan entendido, que algunas veces, en especial a los principios, la hace estremecer, y aun quejar, sin ser cosa que le duele. Siente ser herida sabro-

sísimamente, mas no atina cómo ni quién la hirió: mas bien conoce ser cosa preciosa, y jamás querría ser sana de aquella herida: quéjase con palabras de amor, aun exteriores, sin poder hacer otra cosa a su Esposo, porque entiende que está presente, mas no se quiere manifestar de manera que deje gozarse, y es harta pena, aunque sabrosa y dulce; y aunque quiera no tenerla, no puede: mas esto no querría jamás: mucho más le satisface que el embebecimiento sabroso, que carece de pena, de la oración de quietud.

Deshaciéndome estoy, hermanas, por daros a entender esta operación de amor, y no sé cómo, porque parece cosa contraria dar a entender el Amado claramente que está con el alma, y parece que la llama con una seña tan cierta, que no se puede dudar, y un silbo tan penetrativo para entenderle el alma, que no le puede dejar de oír; porque no parece sino que en hablando el Esposo, que está en la séptima morada, por esta manera, que no es habla formada, y toda la gente que está en las otras no se osan bullir, ni sentidos, ni imaginación, ni potencias.

¡Oh mi poderoso Dios, qué grandes son vuestros secretos, y qué diferentes las cosas del espíritu a cuanto por acá se puede ver, ni entender, pues con ninguna cosa se puede declarar esta tan pequeña, para las muy grandes que obráis con las almas! Hace en ella tan gran operación, que se está deshaciendo de deseo, y no sabe qué pedir, porque claramente le parece que está con ella su Dios. Diréisme, pues, si esto entiende, ¿qué desea? ¿o qué la da pena? ¿Qué mayor

bien quiere? No lo sé; sé que parece le llega a las entrañas esta pena, y que, cuando de ellas saca la saeta el que la hiere, verdaderamente parece que se las lleva tras sí, según el sentimiento de amor siente.

Estaba pensando ahora, si sería que de este fuego del brasero encendido, que es mi Dios, saltaba alguna centella, y daba en el alma, de manera que se dejaba sentir aquel encendido fuego, y como no era aún bastante para quemarla, y él es tan deleitoso, queda con aquella pena, y al tocar hace aquella operación; y paréceme es la mejor comparación que he acertado a decir; porque este dolor sabroso, y no es dolor, no está en un ser, aunque a veces dura gran rato, otras de presto se acaba, como quiere comunicarle el Señor, que no es cosa que se puede procurar por ninguna vía humana; mas aunque está algunas veces rato, quítase y torna: en fin, nunca está estante, y por eso no acaba de abrasar el alma, sino ya que se va a encender, muérese la centella, y queda con deseo de tornar a padecer aquel dolor amoroso que le causa.

Aquí no hay que pensar si es cosa movida del mismo natural, ni causada de melancolía, ni tampoco engaño del demonio, ni si es antojo; porque es cosa que se deja muy bien entender ser este movimiento de adonde está el Señor, que es inmutable; y las operaciones no son como de otras devociones, que el mucho embebecimiento del gusto nos puede hacer dudar. Aquí están todos los sentidos y potencias sin ningún embebecimiento, mirando qué podrá

ser, sin estorbar nada, ni poder acrecentar aquella pena deleitosa, ni quitarla, a mi parecer. A quien nuestro Señor hiciere esta merced, que si se la ha hecho, en leyendo esto lo entenderá, déle muy muchas gracias, que no tiene que temer si es engaño: tema mucho si ha de ser ingrato a tan gran merced, y procure esforzarse a servir y a mejorar en todo su vida, y verá en lo que para, y cómo recibe más y más. Aunque a una persona que esto tuvo, pasó algunos años con ello y con aquella merced estaba bien satisfecha, que si multitud de años sirviera al Señor con grandes trabajos, quedaba con ella muy bien pagada. Sea bendito por siempre jamás. Amén.

Podrá ser que reparéis en cómo más en esto que en otras cosas hay seguridad, a mi parecer por estas razones. La primera, porque jamás el demonio debe dar pena sabrosa como esta: podrá él dar el sabor y deleite que parezca espiritual: mas juntar pena, y tanta, con quietud y gusto del alma, no es de su facultad: que todos sus poderes están por las adefueras; y sus penas, cuando él las da, no son a mi parecer jamás sabrosas, ni con paz, sino inquietas y con guerra. La segunda, porque esta tempestad sabrosa viene de otra región de las que él puede señorear. La tercera, por los grandes provechos que quedan en el alma, que es lo más ordinario determinarse a padecer por Dios, y desear tener muchos trabajos, y quedar muy más determinada a apartarse de los contentos y conversaciones de la tierra, y otras cosas semejantes.

El no ser antojo está muy claro; porque aunque otras veces lo procure, no podrá con-

trahacer aquello; y es cosa tan notoria, que en ninguna manera se puede antojar, digo parecer que es, no siendo, ni dudar de que es, y si alguna quedare, sepan que no son estos verdaderos ímpetus: digo si dudare en si le tuvo, o si no; porque así se da a sentir como a los oídos una gran voz. Pues ser melancolía no lleva camino ninguno, porque la melancolía no hace y fabrica sus antojos sino en la imaginación: estotro procede de lo interior del alma. Y aun puede ser que yo me engañe, mas hasta oír otras razones a quien lo entienda, siempre estaré en esta opinión: y así sé de una persona harto llena de temor de estos engaños, que de esta oración jamás le pudo tener.

También suele nuestro Señor tener otras maneras de despertar el alma: que a deshora, estando rezando vocalmente y con descuido de cosa interior, parece viene una inflamación deleitosa, como si de presto viniese un olor tan grande, que se comunicase por todos los sentidos. No digo que es olor, sino pongo esta comparación, o cosa de esta manera, sólo para dar a sentir que está allí el Esposo; mueve un deseo sabroso de gozar el alma de El, y con esto queda dispuesta para hacer grandes actos y alabanzas a nuestro Señor. Su nacimiento de esta merced es de donde lo que queda dicho, mas aquí no hay cosa que dé pena, ni los deseos mismos de gozar a Dios son penosos; esto es más ordinario sentirlo el alma. Tampoco me parece que hay aquí que temer, por algunas razones de las dichas, sino procurar admitir esta merced, con hacimiento de gracias.

CAPÍTULO III

QUÉ manera tiene Dios de despertar al alma; y aunque en alguna manera parece mayor merced que las dichas, podrá ser más peligrosa, y por eso me deterné algo en ella, que son unas hablas con el alma de muchas maneras: unas parece vienen de fuera, otras de lo muy interior del alma, otras de lo superior de ella, otras tan en lo exterior que se oyen con los oídos, porque parece es voz formada. Algunas veces, y muchas, puede ser antojo, en especial en personas de flaca imaginación o melancólicas, digo de melancolía notable; de estas dos maneras de personas no hay que hacer caso, a mi parecer, aunque digan que ven, y oyen, y entienden; ni inquietarlas con decir que es demonio, sino oírlas como a personas enfermas, diciendo a la priora o confesor, a quien lo dijere, que no haga caso de ello, que es la sustancia para servir a Dios; y que a muchos ha engañado el demonio por allí, aunque no será quizá así a ella, por no la afligir, mas que trae con su humor. Porque si le dicen que es melancolía, nunca acabará, que jurará que lo ve y lo oye, porque le parece así.

Verdad es, que es menester traer cuenta con quitarle la oración y lo más que se pudiere, que no haga caso de ello; porque suele el demonio aprovecharse de estas almas así enfermas, aunque no sea para su daño, para el de otros; y a enfermas y sanas siempre de estas cosas hay que temer, hasta ir entendiendo el espíritu. Y digo que siempre es lo mejor a los principios deshacersele; porque si es de Dios, es más ayuda para ir adelante, y antes crece cuando es probado. Esto es así, mas no sea apretando mucho el alma e inquietándola; porque verdaderamente ella no puede más.

Pues tornando a lo que decía de las hablas con el ánima, de todas las maneras que he dicho pueden ser de Dios, y también del demonio y de la propia imaginación. Diré, si acertare, con el favor del Señor, las señales que hay de en estas diferencias, y cuándo serán estas hablas peligrosas; porque hay muchas almas que las entienden entre gente de oración, y querría, hermanas, que no penséis hacéis mal en no las dar crédito, ni tampoco en dársele, cuando son solamente para vosotras mismas de regalo, o aviso de faltas vuestras, dígalas quien las dijere, o sean antojo, que poco va en ello. De una cosa os aviso, que no penséis, aunque sean de Dios, seréis por eso mejores, que harto habló a los fariseos, y todo el bien está como se aprovechan de estas palabras: y ninguna que no vaya muy conforme a la Escritura, hagáis más caso de ellas, que si las oyédes al mismo demonio: porque aunque sean de vuestra flaca imaginación, es menester tomarse como una tentación

de cosas de la fe, y ansí resistir siempre, para que se vayan quitando; y sí quitarán, porque llevan poca fuerza consigo.

Pues tornando a lo primero, que venga de lo interior, que de lo superior, que de lo exterior, no importa para dejar de ser Dios. Las más ciertas señales que se pueden tener, a mi parecer, son estas. La primera y más verdadera es hablando y obrando. Declárome más. Está un alma en toda la tribulación y alboroto interior que queda dicho, y escuridad del entendimiento y sequedad: con una palabra de estas que diga solamente: “no tengas pena”, queda sosegada, y sin ninguna, y con gran luz, quitada toda aquella pena, con que le parecía que todo el mundo y letrados que se juntaran a darle razones para que no la tuviese, no la pudieran, con cuanto trabajaran, quitar de aquella aflicción.

Está afligida por haberle dicho su confesor y otros, que es espíritu del demonio el que tiene, y toda llena de temor; y con una palabra que se le diga sólo: “Yo soy, no hayas miedo”, se le quita del todo, y queda consoladísima, y pareciéndole que ninguno bastará a hacerla creer otra cosa. Está con mucha pena de algunos negocios graves, que no sabe cómo han de suceder, entiende que se sosiegue, que todo sucederá bien: queda con certidumbre y sin pena, y de esta manera otras muchas cosas.

La segunda razón, una gran quietud que queda en el alma, y recogimiento devoto y pacífico, y dispuesta para alabanzas de Dios. ¡Oh

Señor! Si una palabra enviada a decir con un paje vuestro, que a lo que dicen, al menos éstas en esta morada, no las dice el mismo Señor, sino algún Angel, tienen tanta fuerza, ¿qué tal las dejaréis en el alma que está atada por amor con Vos, y Vos con ella?

La tercera señal es no pasarse estas palabras de la memoria en muy mucho tiempo, y algunas jamás, como se pasan las que por acá entendemos, digo, que oímos de los hombres; que aunque sean muy graves y letrados, no las tenemos tan esculpidas en la memoria, ni tampoco, si son en cosas por venir, las creemos como a éstas, que queda una certidumbre grandísima, de manera que, aunque algunas veces en cosas muy imposibles, al parecer, no deja de venirle duda si será o no será, y anda con algunas vacilaciones el entendimiento, en la misma alma está una seguridad, que no se puede rendir; aunque le parezca que vaya todo al contrario de lo que entendió, y pasan años, no se le quita aquel pensar, que Dios buscará otros medios, que los hombres no entienden, mas que en fin se ha de hacer, y ansí es que se hace.

Aunque, como digo, no se deja de padecer cuando ve muchos desvíos, porque, como ha tiempo que lo entendió, y las operaciones y certidumbre, que al presente quedan, de ser Dios, es ya pasado, han lugar estas dudas, pensando si fué demonio, si fué de la imaginación; ninguna de estas le queda al presente, sino que moriría por aquella verdad. Mas como digo, con todas estas imaginaciones, que debe poner el demonio para dar pena y acobardar el alma,

en especial si es en negocio que en el hacerse lo que se entendió ha de haber muchos bienes de almas, y es obras para gran honra y servicio de Dios, y en ellas hay gran dificultad, ¿qué no hará? Al menos enflaquece la fe, que es harto daño no creer que Dios es poderoso para hacer obras que no entienden nuestros entendimientos.

Con todos estos combates, aunque haya quien diga a la misma persona que son disbarates, digo los confesores con quien se tratan estas cosas, y con cuantos malos sucesos hubiere para dar a entender que no se pueden cumplir, queda una centella, no sé dónde, tan viva de que será, aunque todas las demás esperanzas estén muertas, que no podría, aunque quisiese, dejar de estar viva aquella centella de seguridad. Y en fin, como he dicho, se cumple la palabra del Señor, y queda el alma tan contenta y alegre, que no querría sino alabar siempre a su Majestad, y mucho más por ver cumplido lo que se le había dicho, que por la misma obra, aunque le vaya muy mucho en ella.

No sé en qué va esto, que tiene en tanto el alma que salgan estas palabras verdaderas, que si a la misma persona la tomasen en algunas mentiras, no creo sentiría tanto como si ella en esto pudiese más, que no dice sino lo que la dicen. Infinitas veces se acordaba cierta persona de Jonás, profeta, sobre esto, cuando temía no había de perderse Nínive. En fin, como es espíritu de Dios, es razón se le tenga esta fidelidad en desear no le tengan por falso, pues es la suma verdad. Y ansí es grande la alegría, cuando después de mil rodeos, y en cosas di-

ficulosísimas, lo ve cumplido; aunque a la misma persona se le hayan de seguir grandes trabajos de ello, los quiere más pasar, que no que deje de cumplirse lo que tiene por cierto le dijo el Señor. Quizá no todas personas ternán esta flaqueza, si lo es, que no lo puedo condenar por malo.

Si son de la imaginación, ninguna de estas señales hay, ni certidumbre, ni paz y gusto interior. Salvo que podría acaecer, y aun yo sé de algunas personas a quien ha acaecido estando muy embebidas en oración de quietud y sueño espiritual, que algunas son tan flacas de complexión o imaginación, o no sé la causa, que verdaderamente en este gran recogimiento están tan fuera de sí, que no se siente en lo exterior, y están tan adormecidos todos los sentidos, que como una persona que duerme, y aún quizá es ansí, que están adormizadas, como manera de sueño les parece que las hablan, y aunque ven cosas, y piensan que es de Dios, y deja los efectos, en fin, como de sueño. Y también podrá ser, pidiendo una cosa a nuestro Señor afectuosamente, parecerles que le dicen lo que quieren, y esto acaece algunas veces. Mas a quien tuviere mucha experiencia de las hablas de Dios, no se podrá engañar en esto, a mi parecer, de la imaginación.

Del demonio hay más que temer, mas si hay las señales que quedan dichas, mucho se puede asegurar ser de Dios, aunque no de manera que si es cosa grave lo que se le dice, y que se ha de poner por obra de sí o de negocios de terceras personas, jamás haga nada, ni

le pase por pensamiento, sin parecer de confesor, letrado, y avisado y siervo de Dios, aunque más y más entienda y le parezca claro ser de Dios. Porque esto quiere su Majestad, y no es dejar de hacer lo que El manda, pues nos tiene dicho tengamos al confesor en su lugar, adonde no se puede dudar ser palabras suyas; y estas ayudan a dar ánimo si es negocio dificultoso, y nuestro Señor le porná al confesor, y le hará crea es espíritu suyo cuando El lo quisiere; y si no, no están más obligados. Y hacer otra cosa sino lo dicho, y seguirse nadie por su parecer en esto, tégolo por cosa muy peligrosa; y ansí, hermanas, os amonesto de parte de nuestro Señor, que jamás os acaezca.

Otra manera hay, cómo habla el Señor al alma, que yo tengo para mí ser muy cierto de su parte, con alguna visión intelectual, que adelante diré cómo es. Es tan en lo íntimo del alma, y parécele tan claro oír aquellas palabras con los oídos del alma al mismo Señor, y tan en secreto, que la misma manera del entenderlas, con las operaciones que hace la misma visión, asegura y da certidumbre no poder el demonio tener parte allí. Deja grandes efectos para creer esto, al menos hay seguridad de que no procede de la imaginación, y también si hay advertencia, la puede siempre tener de esto, por estas razones.

La primera, porque debe ser diferente en la claridad de la habla, que lo es tan clara, que una sílaba que falte de lo que entendió, se acuerda; y si se dijo por un estilo o por otro, aunque sea todo una sentencia, y en lo que se an-

toja por la imaginación, será habla no tan clara, ni palabras tan distintas, sino como cosa medio soñada. La segunda, porque acá no se pensaba muchas veces en lo que se entendió, digo que es a deshora, y aun algunas estando en conversación, aunque hartas se responde a lo que pasa de presto por el pensamiento, o a lo que antes se ha pensado, mas muchas es en cosas que jamás tuvo acuerdo de que habían de ser ni serían, y así no las podía haber fabricado la imaginación, para que el alma se engañase en antojársele lo que no había deseado, ni querido, ni venido a su noticia. La tercera, porque lo uno es como quien oye, y lo de la imaginación es como quien va componiendo lo que él mismo quiere que le digan poco a poco. La cuarta, porque las palabras son muy diferentes, y con una se comprende mucho lo que nuestro entendimiento no podía comprender tan de presto. La quinta, porque junto con las palabras muchas veces, por un modo que yo no sabré decir, se da a entender mucho más de lo que ellas suenan sin palabras. En este modo de entender, hablaré en otra parte más, que es cosa muy delicada y para alabar a nuestro Señor; porque en esta manera y diferencias ha habido personas muy dudosas, en especial alguna por quien ha pasado, y así habrá otras que no acababan de entenderse: y así sé que lo ha mirado con mucha advertencia, porque han sido muy muchas veces las que el Señor le hace esta merced, y la mayor duda que tenía era en esto, si se le antojaba a los principios; que el ser demonio, más presto se puede entender: aunque

son tantas sus sutilezas, que sabe bien contrahacer el espíritu de luz, mas será, a mi parecer, en las palabras, decirlas muy claras, que tampoco queda duda si se entendieron como en el espíritu de verdad: mas no podrá contrahacer los efectos que quedan dichos, ni dejar esa paz en el alma, ni luz, antes inquietud y alboroto: mas puede hacer poco daño o ninguno, si el alma es humilde, y hace lo que he dicho, de no se mover a hacer nada, por cosa que entienda. Si son favores y regalos del Señor, mire con atención si por ellos se tiene por mejor, y si mientras mayor palabra de regalo no quedare más confundida, crea que no es espíritu de Dios, porque es cosa muy cierta, que cuando lo es, mientras mayor merced le hace, muy más en menos se tiene la misma alma y más acuerdo trae de sus pecados, y más olvidada de su ganancia, y más empleada su voluntad y memoria en querer sólo la honra de Dios, ni acordarse de su propio provecho, y con más temor anda de torcer en ninguna cosa su voluntad, y con mayor certidumbre de que nunca mereció aquellas mercedes, sino el infierno.

Como hagan estos efectos todas las cosas y mercedes que tuviere en la oración, no ande el alma espantada, sino confiada en la misericordia del Señor, que es fiel, y no dejará al demonio que la engañe, aunque siempre es bien se ande con temor.

Podrá ser que a las que no lleva el Señor por este camino, les parezca que podrían estas almas no escuchar estas palabras que les dicen, y si son interiores, distraerse de manera que

no se admitan, y con esto andarán sin estos peligros. A esto respondo que es imposible: no hablo de las que se les antoja, que con no estar tanto apeteciendo alguna cosa, ni queriendo hacer caso de las imaginaciones, tienen remedio. Acá ninguno, porque de tal manera el mismo espíritu que habla hace parar todos los otros pensamientos, y advertir a lo que se dice, que en alguna manera me parece, y creo es así, que sería más posible no entender a una persona que hablase muy a voces otra que oyese muy bien, porque podría no advertir, y poner el pensamiento y entendimiento en otra cosa. Mas en lo que tratamos no se puede hacer, no hay oídos que se atapar, ni poder para pensar sino en lo que se le dice, en ninguna manera; porque el que pudo hacer parar el sol, por petición de Josué, creo era, puede hacer parar las potencias y todo el interior, de manera que ve bien el alma que otro mayor Señor gobierna aquel castillo que ella, y hácela harta devoción y humildad; así que en excusarlo no hay remedio ninguno. Dénsle la divina Majestad, para que sólo pongamos los ojos en contentarle, y nos olvidemos de nosotros mismos, como he dicho, amén. Plega a El que haya acertado a dar a entender lo que en esto he pretendido, y que sea de algún aviso para quien lo tuviere.

CAPÍTULO IV



ON estas cosas dichas de trabajos, y las demás, ¿qué sosiego puede traer la pobre mariposica? Todo es para más desear gozar al Esposo; y su Majestad, como quien conoce nuestra flaqueza, vala habilitando con estas cosas y otras muchas, para que tenga ánimo de juntarse con tan gran Señor, y tomarle por Esposo. Reiros heis de que digo esto, y pareceros ha desatino; porque cualquiera de vosotras os parecerá que no es menester, y que no habrá ninguna mujer tan baja, que no le tenga para desposarse con el Rey. Ansí lo creo yo con el de la tierra, mas con el del cielo yo os digo que es menester más de lo que pensáis; porque nuestro natural es muy tímido y bajo para tan gran cosa, y tengo por cierto que si no le diese Dios, con cuanto veis que nos está bien, sería imposible. Y ansí veréis lo que hace su Majestad para concluir este desposorio, que entiendo yo debe ser cuando da arrobamientos, que la saca de sus sentidos; porque si estando en ellos se viese tan cerca de esta gran Majestad, no era posible por ventura quedar con vida. Entiéndese arroba-

mientos que lo sean, y no flaquezas de mujeres; como por acá tenemos, que todo nos parece arrobamiento y éxtasi. Y, como creo dejo dicho, hay complexiones tan flacas, que con una oración de quietud se mueren.

Quiero poner aquí algunas maneras que yo he entendido, como he tratado con tantas personas espirituales, que hay de arrobamientos, aunque no sé si acertaré, como en otra parte que lo escribí. Esto y algunas cosas de las que van aquí, que por algunas razones ha parecido no va nada tornarlos a decir aunque no sea sino porque vayan las moradas por junto aquí.

Una manera hay, que estando el alma, aunque no sea en oración, tocada con alguna palabra que se acordó, u oyó de Dios, parece que su Majestad, desde lo interior del alma, hace crecer la centella que dijimos ya, movido de piedad de haberla visto padecer tanto tiempo por su deseo, que abrasada toda ella como un ave fénix, queda renovada, y piadosamente se puede creer perdonadas sus culpas. Hase de entender con la disposición y medios que esta alma habría tenido, como la Iglesia lo enseña. Y así límpiala junta consigo, sin entender aquí nadie sino ellos dos, ni aun la misma alma entiende de manera que lo pueda después decir, aunque no está sin sentido interior; porque no es como a quien toma un desmayo o parasismo, que ninguna cosa interior ni exterior entiende. Lo que yo entiendo en este caso es que el alma nunca estuvo tan despierta para las cosas de Dios, ni con tan gran luz y conocimiento de su Majestad. Parecerá imposible, porque si las po-

tencias están tan absortas, que podemos decir que están muertas, y los sentidos lo mismo, ¿cómo se puede entender que entiende ese secreto? Yo no lo sé, ni quizá ninguna criatura, sino el mismo Criador, y otras cosas muchas que pasan en este estado, digo en estas dos moradas, que esta y la postrera se pudieran juntar bien, porque de la una a la otra no hay puerta cerrada; porque hay cosas en la postrera, que no se han manifestado a los que no han llegado a ella, me pareció dividir las.

Cuando, estando el alma en esta suspensión, el Señor tiene por bien de mostrarle algunos secretos, como de cosas del cielo y visiones imaginarias, esto sábelo después decir, y de tal manera queda imprimido en la memoria, que nunca jamás se olvida: mas cuando son visiones intelectuales, tampoco las sabe decir; porque debe haber algunas en estos tiempos tan subidas, que no las conviene entender las que viven en la tierra para poderlas decir, aunque estando en su sentido, por acá se pueden decir muchas de estas visiones intelectuales. Podrá ser que no entendáis algunas qué cosa es visión, en especial las intelectuales. Yo lo diré a su tiempo, porque me lo ha mandado quien puede; y aunque parezca cosa impertinente, quizá para algunas almas será de provecho.

Pues diréisme, si después no ha de haber acuerdo de esas mercedes tan subidas, que ahí hace el Señor al alma, ¿qué provecho le traen? ¡Oh hijas! Que es tan grande, que no se puede encarecer; porque aunque no las saben decir, en lo muy interior del alma quedan bien escri-

tas, y jamás se olvidan. Pues si no tienen imagen, ni las entienden las potencias, ¿cómo se pueden acordar? Tampoco entiendo eso: mas entiendo que quedan unas verdades en esta alma tan fijas de la grandeza de Dios, que cuando no tuviera fe, que le dice quién es, y que está obligada a creerle por Dios, le adorara desde aquel punto por tal, como hizo Jacob, cuando vió la escala, que con ella debía de entender otros secretos, que no los supo decir, que por sólo ver una escala que bajaban y subían Angeles, si no hubiera más luz interior, no entendería tan grandes misterios. No sé si atino en lo que digo, porque aunque lo he oído, no sé si se me acuerda bien. Ni tampoco Moisés supo decir todo lo que vió en la zarza, sino lo que quiso Dios que dijese: mas si no mostrara Dios a su alma secretos con certidumbre, para que viese y creyese que era Dios, no se pusiera en tantos y tan grandes trabajos; mas debía entender tan grandes cosas dentro de los espinos de aquella zarza, que le dieron ánimo para hacer lo que hizo por el pueblo de Israel. Así que, hermanas, las cosas ocultas de Dios no hemos de buscar razones para entenderlas, sino que, como creemos que es poderoso, está claro que hemos de creer que un gusano de tan limitado poder como nosotros, que no ha de entender sus grandezas. Alabémosle mucho, porque es servido que entendamos algunas.

Deseando estoy acertar a poner una comparación, para si pudiese dar a entender algo de esto que voy diciendo, y creo no la hay que cuadre, mas digamos esta. Entráis en un aposen-

to de un rey o gran señor, o creo camarín los llaman, adonde tienen infinitos géneros de vidrios y barros, y muchas cosas puestas por tal orden, que casi todas se ven en entrando. Una vez me llevaron a una pieza de estas en casa de la duquesa de Alba, adonde, viniendo de camino, me mandó la obediencia estar, por haberlos importunado esta señora, que me quedé espantada en entrando, y consideraba de qué podía aprovechar aquella baraúnda de cosas, y veía que se podía alabar al Señor de ver tantas diferencias de cosas, y ahora me cae en gracia, como me han aprovechado para aquí. Y aunque estuve allí un rato, era tanto lo que había que ver, que luego se me olvidó todo, de manera que de ninguna de aquellas piezas me quedó más memoria que si nunca las hubiera visto, ni sabría decir de qué hechura eran: mas por junto acuérase que lo vió. Ansí acá, estando el alma tan hecha una cosa con Dios, metida en este aposento del cielo empíreo, que debemos tener en lo interior de nuestras almas, porque claro está, que pues Dios está en ellas, que tiene alguna de estas moradas, y aunque cuando está ansí el alma en éxtasi, no debe siempre el Señor querer que vea estos secretos, porque está tan embebida en gozarle, que le basta tan gran bien: algunas veces gusta que se desembeba, y de presto vea lo que está en aquel aposento, y ansí queda después que torna en sí, con aquel representársele las grandezas que vió: mas no puede decir ninguna, ni llega su natural a más de lo que sobrenatural ha querido Dios que vea. ¿Luego ya confieso qué fue ver, y es visión

imaginaria? No quiero decir tal, que no es esto de que trato, sino visión intelectual, que como no tengo letras, mi torpeza no sabe decir nada, que lo que he dicho hasta aquí en esta oración, entiendo claro, que si va bien, que no soy yo la que lo he dicho.

Yo tengo para mí, que si algunas veces no entiende de estos secretos en los arrobamientos el alma a quien los ha dado Dios, que no son arrobamientos, sino alguna flaqueza natural, que puede ser a personas de flaca complexión, como somos las mujeres, con alguna fuerza de espíritu, sobrepujar al natural y quedarse así embebidas, como creo dije en la oración de quietud. Aquellos no tienen que ver con arrobamientos; porque el que lo es, creo que roba Dios toda el alma para sí, y que como a cosa suya propia, y ya esposa suya, la va mostrando alguna partecita del reino que ha ganado, por serlo: que por poca que sea, es todo mucho lo que hay en este gran Dios, y no quiere estorbo de nadie, ni de potencias ni sentidos; sino de presto manda cerrar las puertas de estas moradas todas, y sólo en la que El está, queda abierta para entrarnos. Bendita sea tanta misericordia, y con razón serán malditos los que no quisieren aprovecharse de ella, y perdieren a este Señor.

¡Oh hermanas mías! Que no es nada lo que dejamos, ni es nada cuanto hacemos, ni cuanto pudiéremos hacer, por un Dios que así se quiere comunicar a un gusano. Y si tenemos esperanza de aún en esta vida gozar de este bien, ¿qué hacemos? ¿En qué nos detenemos? ¿Qué es bastante para que un momento dejemos de

buscar a este Señor, como lo hacía la Esposa por barrios y plazas? ¡Oh, que es burlería todo lo del mundo, si no nos llega y ayuda a esto, aunque duraran para siempre sus deleites, y riquezas, y gozos, cuantos se pudieran imaginar! ¡Que es todo asco y basura, comparados a estos tesoros que se han de gozar sin fin! Ni aun éstos no son nada en comparación de tener por nuestro al Señor de todos los tesoros y del cielo y de la tierra.

¡Oh ceguedad humana! ¡Hasta cuándo, hasta cuándo se quitará esta tierra de nuestros ojos? Que aunque entre nosotras no parece es tanta, que nos ciegue del todo, veo unas motillas, unas chinillas, que si las dejamos crecer, bastarán a hacernos gran daño: sino que por amor de Dios, hermanas, nos aprovechemos de estas faltas, para conocer nuestra miseria, y ellas nos den mayor vista, como la dió el lodo del ciego que sanó nuestro Esposo: y ansí, viéndonos tan imperfectas, crezca más el suplicarle saque bien de nuestras miserias, para en todo contentar a su Majestad.

Mucho me he divertido sin entenderlo: perdonadme, hermanas, y creed que llegada a estas grandezas de Dios, digo a hablar en ellas, no puede dejar de lastimarme mucho ver lo que perdemos por nuestra culpa. Porque, aunque es verdad que son cosas que las da el Señor a quien quiere, si quisiésemos a su Majestad como El nos quiere, a todas las daría: no está deseando otra cosa sino tener a quien dar, que no por eso se disminuyen sus riquezas. Pues tornando a lo que decía, manda el Esposo cerrar

las puertas de las moradas, y aun las del castillo y cerca: que en queriendo arrebatarse esta alma, se le quita el huelgo de manera, que aunque duren un poquito más algunas veces los otros sentidos, en ninguna manera puede hablar, aunque otras veces todo se quita de presto, y se enfrían las manos y el cuerpo, de manera que no parece tiene alma, ni se entiende algunas veces si echa el huelgo. Esto dura poco espacio, digo para estar en un ser, porque quitándose esta gran suspensión un poco, parece que el cuerpo torna algo en sí, y alienta para tornarse a morir, y dar mayor vida al alma, y con todo no dura mucho este tan gran éxtasis.

Mas acaece, aunque se quita, quedarse la voluntad tan embebida, y el entendimiento tan enajenado, y durar así día, y aun días, que parece no es capaz para entender en cosa que no sea para despertar la voluntad a amar, y ella se está harto despierta para esto, y dormida para arrostrar a asirse a ninguna criatura. ¡Oh, cuando el alma torna ya del todo en sí, qué es la confusión que le queda, y los deseos tan grandísimos de emplearse en Dios de todas cuantas maneras se quiere servir de ella! Si de las oraciones pasadas quedan tales efectos, como quedan dichos, ¿qué será de una merced tan grande como esta? Querría tener mil vidas para emplearlas todas en Dios, y que todas cuantas cosas hay en la tierra fuesen lenguas para alabarle por ella. Los deseos de hacer penitencia grandísimos; y no hace mucho en hacerla; porque con la fuerza del amor siente poco cuanto hace, y ve claro, que no hacían mucho los már-

tires en los tormentos que padecían, porque con esta ayuda de parte de nuestro Señor es fácil; y así se quejan estas almas a su Majestad, cuando no se les ofrece en qué padecer. Cuando esta merced les hace en secreto, tiénela por muy grande; porque cuando es delante de algunas personas, es tan grande el corrimiento y afrenta que les queda, que en alguna manera desembebe el alma de lo que gozó, con la pena y cuidado que le da pensar qué pensarán los que lo han visto, porque conoce la malicia del mundo, y entiende que no lo echarán por ventura a lo que es, sino que por lo que habían de alabar al Señor, por ventura les será ocasión para echar juicios. En alguna manera me parece esta pena y corrimiento falta de humildad: mas ello no es más en su mano; porque si esta persona desea ser vituperada, ¿qué se le da? Como entendió una que estaba en esta aflicción de parte de nuestro Señor: “No tengas pena, que, o ellos han de alabarme a Mí, o murmurar de ti, y en cualquiera cosa de éstas ganas tú”. Supe después que esta persona se había mucho animado con estas palabras y consolado; y porque si alguna se viere en esta aflicción, os las pongo aquí. Parece que quiere nuestro Señor que todos entiendan que aquel alma es ya suya, que no ha de tocar nadie en ella: en el cuerpo, en la honra, en la hacienda, enhorabuena, que de todo se sacará honra para su Majestad: mas en el alma, eso no, que si ella con muy culpable atrevimiento no se aparta de su Esposo, El la amparará de todo el mundo, y aun de todo el infierno.

No sé si queda dado algo a entender de qué cosa es arrobamiento, que todo es imposible, como he dicho, y creo no se ha perdido nada en decirlo, para que se entienda lo que lo es, porque hay efectos muy diferentes en los fingidos arrobamientos: no digo fingidos, porque quien los tiene no quiere engañar, sino porque ella lo está, y como las señales y efectos no conforman con tan gran merced, queda infamada de manera que con razón no se cree después a quien el Señor la hiciere. Sea por siempre bendito y alabado. Amén. Amén.

CAPÍTULO V



TRA manera de arrobamientos hay, o vuelo del espíritu le llamo yo, que aunque todo es uno en la sustancia, en el interior se siente muy diferente, porque muy de presto algunas veces se siente un movimiento tan acelerado del alma, que parece es arrebatado el espíritu con una velocidad que pone harto temor, en especial a los principios: que por eso os decía que es menester ánimo grande, para quien Dios ha de hacer estas mercedes, y aun fe, y confianza, y resignación grande de que haga nuestro Señor del alma lo que quisiere. ¿Pensáis que es poca turbación estar una persona muy en su sentido, y verse arrebatado el alma? Y aun algunos hemos leído, que el cuerpo con ella, sin saber adonde va, o quién la lleva, o cómo; que al principio de este momentáneo movimiento no hay tanta certidumbre de que es Dios. ¿Pues hay algún remedio de poder resistir? En ninguna manera: antes es peor, que yo lo sé de alguna persona, que parece quiere Dios dar a entender al alma, que pues tantas veces con tan grandes veras se ha puesto en sus manos, y con tan entera volun-

tad se le ha ofrecido toda, que entienda que ya no tiene parte en sí, y notablemente con más impetuoso movimiento es arrebatada; y tomada ya por sí, no hacer más que hace una paja cuando la levanta el ámbar, si lo habéis mirado, y dejarse en las manos de quien tan poderoso es, que ve es lo más acertado hacer de la necesidad virtud. Y porque dije de la paja, es cierto así que con la facilidad que un gran jayán puede arrebatar una paja, este nuestro gran gigante y poderoso arrebató el espíritu.

No parece sino que aquel pilar de agua que dijimos, creo era en la cuarta morada, que no me acuerdo bien, que con tanta suavidad y mansedumbre, digo sin ningún movimiento, se henchía; aquí desató este gran Dios, que detiene los manantiales de las aguas, y no deja salir la mar de sus términos, los manantiales por donde venía a este pilar del agua; y con un ímpetu grande se levanta una ola tan poderosa, que sube a lo alto esta navecica de nuestra alma. Y así como no puede una nave, ni es poderoso el piloto, ni todos los que la gobiernan, para que las olas, si vienen con furia, la dejen estar adonde quieren; muy menos puede lo interior del alma detenerse en donde quiere, ni hacer que sus sentidos ni potencias hagan más de lo que les tienen mandado, que lo exterior no se hace aquí caso de ello.

Es cierto, hermanas, que de sólo irlo escribiendo, me voy espantando, de cómo se muestra aquí el gran poder de este gran Rey y Emperador: ¿qué hará quien pasa por ello? Tengo para mí, que si los que andan muy perdidos por

el mundo, se les descubriese su Majestad, como hace a estas almas, que aunque no fuese por amor, por miedo no le osarían ofender. Pues ¡oh, cuán obligadas estarán las que han sido avisadas por camino tan subido a procurar con todas sus fuerzas no enojar este Señor! Por El os suplico, hermanas, a las que hubiere hecho su Majestad estas mercedes u otras semejantes, que no os descuidéis con no hacer más que recibir: mirad que quien mucho debe, mucho ha de pagar. Para esto también es menester gran ánimo, que es una cosa que acobarda en gran manera; y si nuestro Señor no se le diese, andaría siempre con gran aflicción; porque mirando lo que su Majestad hace con ella, y tornándose a mirar a sí, cuán poco sirve para lo que está obligada, y eso poquillo que hace, lleno de faltas, y quiebras, y flojedad, que por no se acordar de cuán imperfectamente hace alguna obra, si la hace, tiene por mejor procurar que se le olvide, y traer delante sus pecados, y meterse en la misericordia de Dios; que pues no tiene con qué pagar, supla la piedad y misericordia que siempre tuvo con los pecadores. Quizá le responderá lo que a una persona que estaba muy afligida delante de un Crucifijo en este punto, considerando que nunca había tenido qué dar a Dios, ni qué dejar por El: díjole el mismo Crucificado, consolándola, que El le daba todos los dolores y trabajos que había pasado en su Pasión, que los tuviese por propios para ofrecer a su Padre. Quedó aquel alma tan consolada, y tan rica, según de ella he entendido, que no se puede olvidar, antes

cada vez que se ve tan miserable, acordándosele, queda animada y consolada. Algunas cosas de estas podría decir aquí, que como he tratado tantas personas santas y de oración, sé muchas, porque no penséis que soy yo, me voy a la mano. Esta paréceme de gran provecho para que entendáis lo que se contenta nuestro Señor de que nos conozcamos, y procuremos siempre mirar y remirar nuestra pobreza y miseria, y que no tenemos nada que no lo recibamos.

Ansí que, hermanas mías, para esto y otras muchas cosas que se ofrece a un alma, que ya el Señor la tiene en este punto, es menester ánimo; y a mi parecer, para esto postrero más que para nada, si hay humildad: dénosla el Señor, por quien es.

Pues tornando a este apresurado arrebatarse el espíritu, es de tal manera, que verdaderamente parece sale del cuerpo, y por otra parte claro está que no queda esta persona muerta; al menos ella no puede decir si está en el cuerpo, o si no, por algunos instantes. Parécele que toda junta ha estado en otra región muy diferente de en esta que vivimos, adonde se le muestra otra luz tan diferente de la de acá, que si toda su vida ella la estuviera fabricando junto con otras cosas, fuera imposible alcanzarlas; y acaece que en un instante le enseñan tantas cosas juntas, que en muchos años que trabajara en ordenarlas con su imaginación y pensamiento, no pudiera de mil partes la una. Esto no es visión intelectual, sino imaginaria, que se ve con los ojos del alma, muy mejor que acá vemos con los del cuerpo, y sin palabras se le da a en-

tender algunas cosas, digo, como si ve algunos Santos, los conoce como si los hubiera mucho tratado.

Otras veces, junto con las cosas que ve con los ojos del alma por visión intelectual, se le representan otras, en especial multitud de Angeles, con el Señor de ellos, y sin ver nada con los ojos del cuerpo, por un conocimiento admirable, que yo no sabré decir, se le representa lo que digo, y otras muchas cosas que no son para decir. Quien pasare por ellas, que tenga más habilidad que yo, las sabrá quizá dar a entender, aunque me parece bien dificultoso. Si esto todo pasa estando en el cuerpo, o no, yo no lo sabré decir; al menos, ni juraría que está en el cuerpo, ni tampoco que está el cuerpo sin el alma. Muchas veces he pensado, si como el sol estándose en el cielo, que sus rayos tienen tanta fuerza, que no mudándose él de allí, de presto llegan acá; si el alma y el espíritu, que son una misma cosa, como lo es el sol y sus rayos, puede, quedándose ella en su puesto, con la fuerza del calor que le viene del verdadero Sol de justicia, alguna parte superior salir sobre sí misma.

En fin, yo no sé lo que digo; lo que es verdad es que con la presteza que sale la pelota de un arcabuz, cuando le ponen el fuego, se levanta en lo interior un vuelo, que yo no sé otro nombre que le poner, que aunque no hace ruido, hace movimiento tan claro, que no puede ser antojo en ninguna manera; y muy fuera de sí misma a todo lo que puede entender, se le muestran grandes cosas; y cuando torna a sentirse

en sí, es con tan grandes ganancias, y teniendo en tan poco todas las cosas de la tierra, para en comparación de las que ha visto, que le parecen basura; y desde ahí adelante vive en ella con harta pena, y no ve cosa de las que le solían parecer bien, que no le haga dársele nada de ella. Parece que le ha querido el Señor mostrar algo de la tierra adonde ha de ir, como llevaron señas los que enviaron a la tierra de promisión los del pueblo de Israel, para que pase los trabajos de este camino tan trabajoso, sabiendo adonde ha de ir a descansar. Aunque cosa que pasa tan de presto no os parecerá de mucho provecho, son tan grandes los que deja en el alma, que si no es por quien pasa, no se sabrá entender su valor. Por donde se ve bien no ser cosa del demonio, que de la propia imaginación es imposible, ni el demonio podría representar cosas, que tanta operación, y paz, y sosiego, y aprovechamiento, deja en el alma, en especial tres cosas muy en subido grado: conocimiento de la grandeza de Dios, porque mientras más cosas viéremos de ella, más se nos da a entender; propio conocimiento y humildad de ver cómo cosa tan baja, en comparación del Criador de tantas grandezas, le ha osado ofender, ni osa mirarle; la tercera, tener en muy poco todas las cosas de la tierra, si no fueren las que puede aplicar para servicio de tan gran Dios. Estas son las joyas que comienza el Esposo a dar a su esposa, y son de tanto valor, que no las porná a mal recaudo, que así quedan esculpidas en la memoria estas vistas, que creo es imposible olvidárlas hasta que las goce para

siempre, si no fuese para grandísimo mal suyo: mas el Esposo que se las da es poderoso para darle gracia que no las pierda.

Pues tornando al ánimo que es menester, ¿pareceos que es tan liviana cosa? Que verdaderamente parece que el alma se aparta del cuerpo, porque se ve perder los sentidos, y no entiende para qué. Menester es que le dé el que da todo lo demás. Diréis que bien pagado va este temor. Así lo digo yo; sea para siempre alabado el que tanto puede dar. Plega a su Majestad, que nos dé para que merezcamos servirle. Amén.

CAPÍTULO VI



DE estas mercedes tan grandes queda el alma tan deseosa de gozar del todo al que se las hace, que vive con harto tormento, aunque sabroso, unas ansias grandísimas de morirse; y ansí con lágrimas muy ordinarias pide a Dios la saque de este destierro. Todo la cansa cuanto ve en él: en viéndose a solas tiene algún alivio, y luego acude esta pena, y en estando sin ella no se hace. En fin, no acaba esta mariposica de hallar asiento que dure; antes como anda el alma tan tierna del amor, cualquiera ocasión que sea para encender más este fuego, la hace volar, y ansí en esta morada son muy continos los arrobamientos, sin haber remedio de excusarlos, aunque sea en público, y luego las persecuciones y murmuraciones, que aunque ella quiera estar sin temores, no la dejan, porque son muchas las personas que se los ponen, en especial los confesores. Y aunque en lo interior del alma parece tiene gran seguridad por una parte, en especial cuando está a solas con Dios, por otra anda muy afligida porque teme si la ha de engañar el demonio, de manera que ofenda a quien

tanto ama, que de las murmuraciones tiene poca pena, si no es cuando el mismo confesor la aprieta, como si ella pudiese más. No hace sino pedir a todos oraciones, y suplicar a su Majestad la lleve por otro camino porque le dicen que lo haga, porque este es muy peligroso: mas como ella ha hallado por él tan gran aprovechamiento, que no puede dejar de ver que le lleva, como lee, y oye, y sabe por los mandamientos de Dios el que va al cielo, no lo acaba de desear aunque quiere, sino dejarse en sus manos. Y aun este no lo poder desear le da pena, por parecerle que no obedece al confesor, que en obedecer y no ofender a nuestro Señor le parece que está todo su remedio para no ser engañada: y ansí no haría un pecado venial de advertencia, porque la hiciesen pedazos, a su parecer, y aflígese en gran manera de ver que no se puede excusar de hacer muchos sin entenderse.

Da Dios a estas almas un deseo tan grandísimo de no le descontentar en cosa ninguna, por poquito que sea, ni hacer una imperfección, si pudiese, que por solo esto, aunque no fuese por más, querría huir de las gentes; y ha gran envidia a los que viven y han vivido en los desiertos: por otra parte se querría meter en mitad del mundo, por ver si pudiese ser parte para que un alma alabase más a Dios: y si es mujer, se aflige del atamiento que le hace su natural, porque no puede hacer esto, y ha gran envidia a los que tienen libertad para dar voces publicando quién es este gran Dios de las caballerías.

¡Oh pobre mariposilla, atada con tantas ca-

denas, que no te dejan volar lo que querías! Habed lástima, mi Dios; ordenad ya de manera que ella pueda cumplir en algo sus deseos para vuestra honra y gloria. No os acordéis de lo poco que lo merece, y de su bajo natural: poderoso sois Vos, Señor, para que la gran mar se retire, y el gran Jordán, y dejen pasar los hijos de Israel: no la hayáis lástima, que con vuestra fortaleza ayudada, puede pasar muchos trabajos. Ella está determinada a ello, y los desea padecer: alargad, Señor, vuestro poderoso brazo, no se le pase la vida en cosas tan bajas. Parézcase vuestra grandeza en cosa tan fe-menil y baja, para que entendiendo el mundo que no es nada de ella, os alaben a Vos, cuéstele lo que le costare, que eso quiere, y dar mil vidas, porque un alma os alabe un poquito más a su causa, si tantas tuviera; y las da por muy bien empleadas, y entiende con toda verdad que no merece padecer por Vos un muy pequeño trabajo, cuanto más morir.

No sé a qué propósito he dicho esto, hermanas, ni para qué, que no me he entendido. Entendamos que son estos los efectos que quedan de estas suspensiones o éxtasi, sin duda ninguna, porque no son deseos que se pasan, sino que están en un ser, y cuando se ofrece algo en que mostrarlo, se ve que no era fingido. ¿Por qué digo estar en un ser? Algunas veces se siente el alma cobarde, y en las cosas más bajas, y atemorizada, y con tan poco ánimo, que no le parece posible tenerle para cosa. Entiendo yo que la deja el Señor entonces en su natural, para mucho más bien suyo; porque ve entonces,

que si para algo le ha tenido, ha sido dado de su Majestad con una claridad que la deja aniquilada a sí, y con mayor conocimiento de la misericordia de Dios y de su grandeza, que en cosa tan baja la ha querido mostrar: mas lo más ordinario está como antes hemos dicho.

Una cosa advertid, hermanas, en estos grandes deseos de ver a nuestro Señor, que aprietan algunas veces tanto, que es menester no ayudar a ellos, sino divertiros; si podéis, digo, porque en otros que diré adelante, en ninguna manera se puede, como veréis. En estos primeros alguna vez sí podrán; porque hay razón entera para conformarse con la voluntad de Dios, y decir lo que decía san Martín; y podráse volver la consideración, si mucho aprietan: porque como es, al parecer, deseo que ya parece de personas muy aprovechadas, ya podría el demonio moverle, porque pensásemos que lo estamos, que siempre es bien andar con temor. Mas tengo para mí que no podrá poner la quietud y paz que esta pena da en el alma, sino que será moviendo con él alguna pasión, como se tiene cuando por cosas del siglo tenemos alguna pena; mas a quien no tuviere experiencia de lo uno y de lo otro, no lo entenderá, y pensando es una gran cosa, ayudará cuanto pudiere, y haríale mucho daño a la salud; porque es continua esta pena, o al menos muy ordinaria.

También advertid que suele causar la complexión flaca cosas de estas penas, en especial si es en unas personas tiernas, que por cada cosita lloran mil veces, las hará entender que lloran por Dios, aunque no sea así. Y aun pue-

de acaecer ser, cuando viene una multitud de lágrimas, digo por un tiempo, que a cada palabrita que oiga o piense de Dios, no se puede resistir de ellas haberse allegado algún humor al corazón, que ayuda más que el amor que se tiene a Dios, que no parece han de acabar de llorar: y como ya tienen entendido que las lágrimas son buenas, no se van a la mano, ni querrían hacer otra cosa, y ayudan cuanto pueden a ellas. Pretende el demonio aquí que se enflaquezcan de manera que después ni puedan tener oración, ni guardar su Regla.

Paréceme que os estoy mirando como decís que ¿qué habéis de hacer, si en todo pongo peligro? Pues en una cosa tan buena como las lágrimas, me parece puede haber engaño, que yo soy la engañada, y ya puede ser; mas creed que no hablo sin haber visto que le puede haber en algunas personas, aunque no en mí, porque no soy nada tierna, antes tengo un corazón tan recio, que algunas veces me da pena, aunque cuando el fuego de adentro es grande, por recio que sea el corazón, destila, como hace una alquitara; y bien entenderéis cuando vienen las lágrimas de aquí, que son más confortadoras, y pacifican, que no alborotadoras, y pocas veces hacen mal. El bien es en este engaño, cuando lo fuere, que será daño del cuerpo, digo si hay humildad, y no del alma, y cuando no le hay, no será malo tener esta sospecha. No pensemos que está todo hecho en llorando mucho, sino que echemos mano del obrar mucho, y de las virtudes, que son las que nos han de hacer al caso, y las lágrimas vénganse cuando Dios las enviare, no haciendo

nosotras diligencias para traerlas. Estas dejarán esta tierra seca regada, y son gran ayuda para dar fruto: mientras menos caso hiciéremos de ellas, más; porque es agua que cae del cielo: la que sacamos cansándonos en cavar para sacarla, no tiene que ver con esta, que muchas veces cavaremos y quedaremos molidas, y no hallaremos ni un charco de agua, cuanto más pozo manantial. Por eso, hermanas, tengo por mejor que nos pongamos delante del Señor, y miremos su misericordia y grandeza, y nuestra bajeza, y dénos El lo que quisiere, siquiera haya agua, siquiera sequedad. El sabe mejor lo que nos conviene; y con esto andaremos descansadas, y el demonio no terná tanto lugar de hacernos trampantojos.

Entre estas cosas penosas y sabrosas juntamente, da nuestro Señor al alma algunas veces unos júbilos y oración extraña, que no sabe entender qué es. Porque si os hiciere esta merced, le alabéis mucho, y sepáis que es cosa que pasa, la pongo aquí. Es, a mi parecer, una unión grande de las potencias, sino que las deja nuestro Señor con libertad, para que gocen de este gozo, y a los sentidos lo mesmo, sin entender qué es lo que gozan y cómo lo gozan. Parece esto algarabía, y cierto pasa así, que es gozo tan excesivo del alma, que no querría gozarle a solas, sino decirlo a todos, para que la ayudasen a alabar a nuestro Señor, que aquí va todo su movimiento. ¡Oh, qué de fiestas haría, y qué de muestras, si pudiese, para que todos entendiesen su gozo! Parece que se ha hallado a sí, y que, como el padre del hijo pródigo, que-

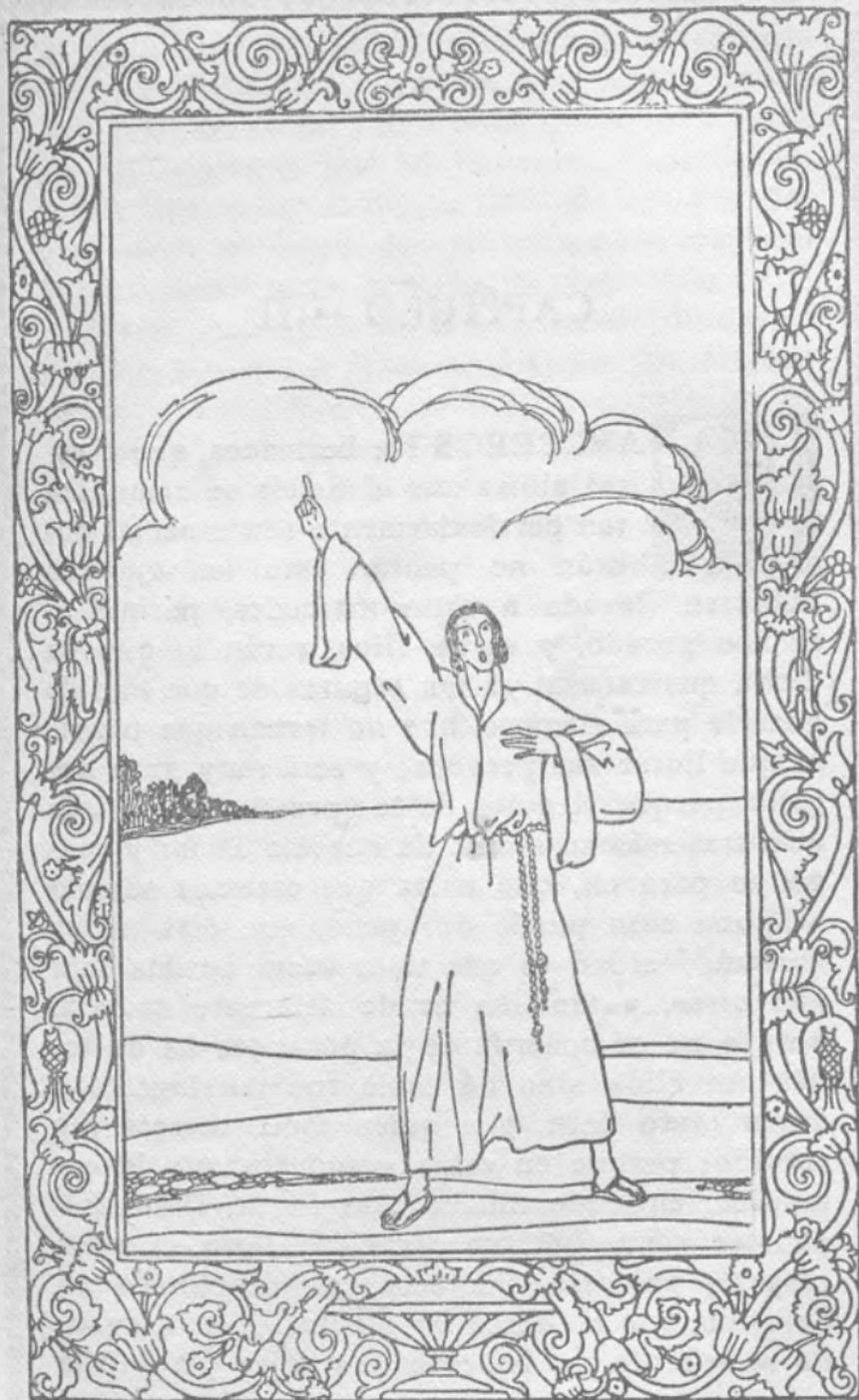
rría convidar a todos, y hacer grandes fiestas por ver su alma en puesto que no puede dudar que está en seguridad, al menos por entonces (1). Y tengo para mí que es con razón, porque tanto gozo interior de lo muy íntimo del alma, y con tanta paz, y que todo su contento provoca a alabanzas de Dios, no es posible darle el demonio. Es harto, estando con este gran ímpetu de alegría, que calle y pueda disimular, y no poco penoso.

Esto debía sentir san Francisco cuando le toparon los ladrones, que andaba por el campo dando voces, y les dijo que eraregonero del gran Rey; y otros Santos, que se van a los desiertos por poder apregonar lo que san Francisco, estas alabanzas de su Dios. Yo conocí uno llamado Fray Pedro de Alcántara, que creo lo es, según fué su vida, que hacía esto mismo, y le tenían por loco los que alguna vez le oyeron. ¡Oh qué buena locura, hermanas, si nos la diese Dios a todas! Y qué mercedes os ha hecho de teneros en parte, que aunque el Señor os haga esta, y deis muestras de ella, antes será para ayudaros que no para murmuración, como fuera si estuviéredes en el mundo, que se usa tan poco este pregón, que no es mucho que le murmuren.

¡Oh desventurados tiempos, y miserable vida en la que ahora vivimos, y dichosas a las

(1) «Lo que dice, que el alma en este júbilo no siente duda de que está en seguridad por entonces, entiéndelo de la seguridad que tiene de que no es ilusión del demonio lo que siente, sino obra y merced de Dios. Y que lo entienda así está claro, por lo que luego añade y dice.»
(Nota de la edición de las Obras de la Santa, impresas en Madrid en 1752.)

que les ha cabido tan buena suerte, que estén fuera de él! Algunas veces me es particular gozo, cuando estando juntas, las veo a estas hermanas tenerle tan grande interior, que la que más puede, más alabanzas da a nuestro Señor de verse en el monasterio; porque se les ve muy claramente que salen aquellas alabanzas de lo interior del alma. Muchas veces querría, hermanas, hiciédeses esto, que una que comienza, despierta a las demás. ¿En qué mejor se puede emplear vuestra lengua, cuando estéis juntas, que en alabanzas de Dios, pues tenemos tanto porque se las dar? Plega a su Majestad que muchas veces nos dé esta oración, pues es tan segura y gananciosa, que adquirirla no podremos, porque es cosa muy sobrenatural: y acaece durar un día, y anda el alma como uno que ha bebido mucho, mas no tanto que esté enajenado de los sentidos; o un melancólico, que del todo no ha perdido el seso, mas no sale de una cosa que se le puso en la imaginación, ni hay quien le saque de ella. Harto groseras comparaciones son estas para tan preciosa causa, mas no alcanza otras mi ingenio, porque ello es ansí, que este gozo la tiene tan olvidada de sí y de todas las cosas, que no advierte ni acierta a hablar sino en lo que procede de su gozo, que son alabanzas de Dios. Ayudemos a esta alma, hijas mías, todas. ¿Para qué queremos tener más seso? ¿Qué nos puede dar mayor contento? Y ayúdennos todas las criaturas por todos los siglos de los siglos. Amén. Amén. Amén.



CAPÍTULO VII

PARECEROS ha, hermanas, que a estas almas que el Señor se comunica tan particularmente (en especial podrán no pensar esto las que no hubieren llegado a estas mercedes, porque si lo han gozado, y es de Dios, verán lo que yo diré), que estarán ya tan seguras de que han de gozarle para siempre, que no ternán que temer, ni que llorar sus pecados: y será muy gran engaño, porque el dolor de los pecados crece más mientras más se recibe de nuestro Dios: y tengo yo para mí, que hasta que estemos adonde ninguna cosa puede dar pena, que ésta no se quitará. Verdad es que unas veces aprieta más que otras, y también es de diferente manera, porque no se acuerda de la pena que ha de tener por ellos, sino de como fué tan ingrata a quien tanto debe, y a quien tanto merece ser servido; porque en estas grandezas que le comunica, entiende mucho más la de Dios. Espántase como fué tan atrevida: llora su poco respeto, parécele una cosa tan desatinada su desatino, que no acaba de lastimar jamás, cuando se acuerda por las cosas tan bajas que dejaba

una tan gran Majestad. Mucho más se acuerda de esto que de las mercedes que recibe, siendo tan grandes como las dichas, y las que están por decir, parece que las lleva un río caudaloso y las trae a sus tiempos. Esto de los pecados está como un cieno, que siempre parece se avivan en la memoria, y es harto gran cruz.

Yo sé de una persona, que dejado de querer morirse por ver a Dios, lo deseaba por no sentir tan ordinariamente pena de cuán desagradecida había sido a quien tanto debió siempre, y había de deber: y así no le parecía podía llegar maldades de ninguno a las suyas: porque entendía que no le habría a quien tanto hubiese sufrido Dios, y tantas mercedes hubiese hecho. En lo que toca a miedo del infierno, ninguno tienen: de si han de perder a Dios, a veces aprieta mucho, mas es pocas veces. Todo su temor es no las deje Dios de su mano para ofenderle, y se vean en estado tan miserable, como se vieron algún tiempo, que de pena ni gloria suya propia no tienen cuidado: y si desean no estar mucho en purgatorio, es más por no estar ausentes de Dios, lo que allí estuvieren, que por las penas que han de pasar.

Yo no ternía por seguro, por favorecida que un alma esté de Dios, que se olvidase de que en algún tiempo se vió en miserable estado; porque aunque es cosa penosa, aprovecha para muchas. Quizá, como yo he sido tan ruín, me parece esto, y esta es la causa de traerlo siempre en la memoria: las que han sido buenas no ternán que sentir, aunque siempre hay quiebras mientras vivimos en este cuerpo mortal. Para

esta pena ningún alivio es pensar que tiene nuestro Señor ya perdonados los pecados, y olvidados, antes añade a la pena ver tanta bondad, y que se hacen mercedes a quien no merecía sino infierno. Yo pienso que fué este un gran martirio en san Pedro y la Magdalena; porque como tenían el amor tan crecido, y habían recibido tantas mercedes, y tenían entendida la grandeza y majestad de Dios, sería harto recio de sufrir, y con muy tierno sentimiento.

También os parecerá que quien goza de cosas tan altas, no terná meditación en los misterios de la sacratísima Humanidad de nuestro Señor Jesucristo, porque se ejercitará ya toda en amor. Esto es una cosa que escribí largo en otra parte, y aunque me han contradecido en ella, y dicho que no lo entiendo, porque son caminos por donde lleva nuestro Señor, y que cuando ya han pasado de los principios, es mejor tratar en cosas de la Divinidad, y huir de las corpóreas, a mí no me harán confesar que es buen camino. Ya puede ser que me engañen, y que digamos todos una cosa: mas ví yo que me quería engañar el demonio por ahí, y ansí estoy tan escarmentada, que pienso, aunque lo haya dicho más veces, decíroslo otra vez aquí, porque vais en esto con mucha advertencia; y mirad que oso decir que no creáis a quien os dijere otra cosa. Y procuraré darme más a entender, que hice en otra parte; porque por ventura, si alguno lo ha escrito como él lo dijo, si más se alargara en declararlo, decía bien; y decirlo ansí, por junto, a las que no entendemos tanto, puede hacer mucho mal.

También les parecerá a algunas almas que no pueden pensar en la Pasión: pues menos podrán en la sacratísima Virgen, ni en la vida de los Santos, que tan gran provecho y aliento nos da su memoria. Yo no puedo pensar en qué piensan; porque apartados de todo lo corpóreo, para espíritus angélicos es estar siempre abrazados en amor, que no para los que vivimos en cuerpo mortal, que es menester trate y piense, y se acompañe de los que, teniéndole, hicieron tan grandes hazañas por Dios: cuanto más apartarse de industria de todo nuestro bien y remedio, que es la sacratísima Humanidad de nuestro Señor Jesucristo: y no puedo creer que lo hacen, sino que no se entienden, y ansí harán daño a sí y a los otros. Al menos yo les aseguro que no entren a estas dos moradas postreras; porque si pierden la guía, que es el buen Jesús, no acertarán el camino: harto será si se están en las demás con seguridad. Porque el mismo Señor dice que es camino; también dice el Señor que es luz, y que no puede ninguno ir al Padre sino por El: y quien me ve a Mí, ve a mi Padre. Dirán que se da otro sentido a estas palabras. Yo no sé otros sentidos; con este que siempre siente mi alma ser verdad, me ha ido muy bien.

Hay algunas almas, y son hartas las que lo han tratado conmigo, que como nuestro Señor las llega a dar contemplación perfecta, querriánse siempre estar allí, y no puede ser; mas quedan con esta merced del Señor, de manera que después no pueden discurrir en los misterios de la Pasión y de la vida de Cristo como antes. Y no sé qué es la causa, mas es esto muy ordi-

nario, que queda el entendimiento más inhabilitado para la meditación; creo debe ser la causa, que como en la meditación es todo buscar a Dios, como una vez se halla, y queda el alma acostumbrada por obra de la voluntad a tornarle a buscar, no quiere cansarse con el entendimiento. Y también me parece, que como la voluntad esté ya encendida, no quiere esta potencia generosa aprovecharse de estotra, si pudiese: y no hace mal, mas será imposible, en especial hasta que llegue a estas postreras moradas, y perderá tiempo, porque muchas veces ha menester ser ayudada del entendimiento para encender la voluntad.

Y notad, hermanas, este punto que es importante, y ansí le quiero declarar más. Está el alma deseando emplearse toda en amor, y querría no entender en otra cosa, mas no podrá aunque quiera; porque aunque la voluntad no esté muerta, está mortecino el fuego que la suele hacer quemar: y es menester quien le sople, para echar calor de sí. ¿Sería bueno que se estuviese el alma con esta sequedad, esperando fuego del cielo que queme este sacrificio que está haciendo de sí a Dios, como hizo nuestro Padre Elías? No por cierto: ni es bien esperar milagros: el Señor los hace cuando es servido por esta alma, como queda dicho, y se dirá adelante; más quiere su Majestad que nos tengamos por tan ruines, que no merecemos los haga, sino que nos ayudemos en todo lo que pudiéremos. Y tengo para mí, que hasta que muramos, por subida oración que haya, es menester esto.

Verdad es que a quien mete ya el Señor en la séptima morada, es muy pocas veces, o casi nunca, las que ha menester hacer esta diligencia, por la razón que en ella diré, si se me acordare; mas es muy contino no se apartar de andar con Cristo nuestro Señor, por una manera admirable, adonde divino y humano junto, es siempre su compañía. Ansí que cuando no hay encendido el fuego que queda dicho en la voluntad, ni se siente la presencia de Dios, es menester que la busquemos, que esto quiere su Majestad, como lo hacía la Esposa en los *Cantares*, y preguntemos a las criaturas quién las hizo, como dice san Agustín, creo en sus *Meditaciones* o *Confesiones*, y no nos estemos bobos perdiendo tiempo en esperar lo que una vez se nos dió, que a los principios podrá ser que no lo dé el Señor en un año, y aun en muchos; su Majestad sabe el por qué nosotras no hemos de querer saberlo, ni hay para qué: pues sabemos el camino como hemos de contentar a Dios por los mandamientos y consejos, en esto andemos muy diligentes, y en pensar su vida y muerte, y lo mucho que le debemos; lo demás venga cuando el Señor quisiere. Aquí viene el responder que no pueden detenerse en estas cosas; y por lo que queda dicho, quizá ternán razón en alguna manera.

Ya sabéis que discurrir con el entendimiento es uno, y representar la memoria al entendimiento verdades, es otro. Decís quizá que no me entendéis, y verdaderamente podrá ser que no lo entienda yo para saberlo decir; mas dirélo como supiere. Llamo yo meditación a dis-

currir mucho con el entendimiento de esta manera. Comenzamos a pensar en la merced que nos hizo Dios en darnos a su único Hijo, y no paramos allí, sino vamos adelante a los misterios de toda su gloriosa vida, o comenzamos en la oración del huerto, y no para el entendimiento hasta que está puesto en la cruz, o tomamos un paso de la Pasión, digamos como el Prendimiento, y andamos en este misterio considerando por menudo las cosas que hay que pensar en él y que sentir, así de la traición de Judas, como de la huida de los Apóstoles y todo lo demás; y es admirable y muy meritoria oración.

Esta es la que digo, que terná razón, quien ha llegado a llevarla Dios a cosas sobrenaturales, y a perfecta contemplación; porque, como he dicho, no sé la causa: mas lo más ordinario no podrá. Mas no la terná, digo razón, si dice que no se detiene en estos misterios, y los trae presentes muchas veces, en especial cuando los celebra la Iglesia católica: ni es posible que pierda memoria el alma que ha recibido tanto de Dios, de muestras de amor tan preciosas, porque son vivas centellas para encenderla más en el que tiene a nuestro Señor, sino que no se entiende, porque entiende el alma estos misterios por manera más perfecta; y es que se los representa el entendimiento, y estámpanse en la memoria, de manera que de solo ver al Señor caído con aquel espantoso sudor en el huerto, aquello le basta para no sólo una hora, sino muchos días, mirando con una sencilla vista quién es, y cuán ingratos hemos sido a tan gran pena: luego acude la voluntad, aunque no sea

con ternura, a desear servir en algo tan gran merced, y a desear padecer algo por quien tanto padeció, y a otras cosas semejantes en que ocupa la memoria y el entendimiento. Y creo que por esta razón no puede pasar a discurrir más en la Pasión, y esto le hace parecer que no puede pensar en ella. Y si esto no hace, es bien que lo procure hacer, que yo sé que no lo impedirá la muy subida oración: y no tengo por bueno que no se ejercite en esto muchas veces. Si de aquí la suspendiere el Señor, muy enhorabuena, que aunque no quiera, la hará dejar en lo que está; y tengo por muy cierto que no es estorbo esta manera de proceder, sino gran ayuda para todo bien: lo que sería si mucho trabajase en el discurrir, que dije al principio, y tengo para mí que no podrá quien ha llegado a más. Ya puede ser que sí, que por muchos caminos lleva Dios las almas: mas no se condenen las que no pudieren ir por él, ni las juzguen inhabilitadas para gozar de tan grandes bienes como están encerrados en los misterios de nuestro bien Jesucristo; ni nadie me hará entender, sea cuan espiritual quisiere, que irá bien por aquí. Hay unos principios, y aun medios, que tienen algunas almas, que como comienzan a llegar a oración de quietud, y a gustar de los regalos y gustos que da el Señor, paréceles que es muy gran cosa estarse allí siempre gustando. Pues créanme, y no se embeban tanto, como ya he dicho en otra parte, que es larga la vida, y hay en ella muchos trabajos, y hemos menester mirar a nuestro dechado Cristo como los pasó, y aun a sus Apóstoles y Santos, para llevarlos

con perfección. Es muy buena compañía el buen Jesús, para no nos apartar de ella, y su sacratísima Madre, y gusta mucho de que nos dolamos de sus penas, aunque dejemos nuestro contento y gusto algunas veces. Cuanto más, hijas, que no es tan ordinario el regalo en la oración, que no hay tiempo para todo; y la que dijere que es en un ser, terníalo yo por sospechoso, digo que nunca puede hacer lo que queda dicho, y así lo tened, y procurad salir de ese engaño, y desembeberos con todas vuestras fuerzas, y si no bastaren, decirlo a la Priora, para que os dé un oficio de tanto cuidado que se quite ese peligro, que al menos para el seso y cabeza es muy grande si durase mucho tiempo.

Creo queda dado a entender lo que conviene, por espirituales que sean, no huir tanto de cosas corpóreas, que les parezca aún hace daño la Humanidad sacratísima. Alegan lo que el Señor dijo a sus discípulos, que convenía que El se fuese: yo no puedo sufrir esto. A usadas que no lo dijo a su Madre sacratísima, porque estaba firme en la fe, que sabía que era Dios y hombre: y aunque le amaba más que ellos, era con tanta perfección, que antes la ayudaba. No debían estar entonces los Apóstoles tan firmes en la fe, como después estuvieron, y tenemos razón de estar nosotros ahora. Yo os digo, hijas, que le tengo por peligroso camino, y que podría el demonio venir a hacer perder la devoción con el santísimo Sacramento. El engaño que me pareció a mí que llevaba, no llegó a tanto como esto, sino a no gustar de pensar en nuestro Señor Jesucristo tanto, sino andarme en aquel

embebecimiento, aguardando aquel regalo: y ví claramente que iba mal; porque como no podía ser tenerle siempre, andaba el pensamiento de aquí para allí, y el alma me parece como un ave revolando, que no halla adonde parar; y perdiendo harto tiempo, y no aprovechando en las virtudes, ni medrando en la oración. Y no entendía la causa, ni la entendiera a mi parecer, porque me parecía que era aquello muy acertado: hasta que tratando la oración que llevaba, con una persona sierva de Dios, me avisó. Después ví claro cuán errada iba; y nunca me acababa de pesar de que haya habido ningún tiempo que yo careciese de entender que se podía mal ganar con tan gran pérdida: y cuando pudiera, no quiero ningún bien, sino adquirido por quien nos vinieron todos los bienes. Sea para siempre alabado. Amén.

CAPÍTULO VIII



PARA que más claro veáis, hermanas, que es así lo que os he dicho, y que mientras más adelante va un alma, más acompañada es de este buen Jesús, será bien que tratemos de como cuando su Majestad quiere, no podemos, sino andar siempre con El; como se ve claro por las maneras y modos con que su Majestad se nos comunica, y nos muestra el amor que nos tiene, con algunos aparecimientos y visiones tan admirables, que por si alguna merced de estas os hiciere no andéis espantadas; quiero decir, si el Señor fuere servido que acierte en suma algunas cosas de estas, para que le alabemos mucho, aunque no nos las haga a nosotras, de que se quiera así comunicar con una criatura, siendo de tanta majestad y poder.

Acaece estando el alma descuidada de que se le ha de hacer esta merced, ni haber jamás pensado merecerla, que siente cabe sí a Jesucristo nuestro Señor, aunque no le ve ni con los ojos del cuerpo ni del alma. Esta llaman visión intelectual, no sé yo por qué. Ví a esta persona que le hizo Dios esta merced, con otras que diré

adelante, fatigada en los principios harto; porque no podía entender qué cosa era, pues no la vía; y entendía tan cierto ser Jesucristo nuestro Señor el que se le mostraba de aquella suerte, que no lo podía dudar; digo que estaba allí aquella visión, que si era de Dios o no, aunque traía consigo grandes efectos para entender que lo era, todavía andaba con miedo, y ella jamás había oído visión intelectual, ni pensó que la había de tal suerte; mas entendía muy claro que era este Señor el que le hablaba muchas veces, de la manera que queda dicho, porque hasta que le hizo esta merced que digo, nunca sabía quién la hablaba, aunque entendía las palabras.

Sé que estando temerosa de esta visión, porque no es como las imaginarias, que pasan de presto, sino que dura muchos días, y aun más que un año alguna vez, se fué a su confesor harto fatigada; él la dijo que, si no veía nada, ¿cómo sabía que era nuestro Señor? Que le dijese qué rostro tenía. Ella le dijo que no sabía, que lo que sabía era que era El el que la hablaba, ni veía rostro, ni podía decir más de lo dicho; que lo que sabía era que era El el que la hablaba, y no era antojo. Y aunque le ponían hartos temores todavía, muchas veces no podía dudar, en especial cuando la decía: "No hayas miedo, que yo soy." Tenían tanta fuerza estas palabras, que no lo podía dudar por entonces, y quedaba muy esforzada y alegre con tan buena compañía, que veía claro serle gran ayuda para andar con una ordinaria memoria de Dios, y un miramiento grande de no hacer cosa que le desagradase,

porque le parecía la estaba siempre mirando; y cada vez que quería tratar con su Majestad en oración, y aun sin ella, le parecía estar tan cerca, que no la podía dejar de oír: aunque el entender las palabras no era cuando ella quería, sino a deshora, cuando era menester. Sentía que andaba al lado derecho, mas no con estos sentidos que podemos sentir, que está cabe nosotros una persona, porque es por otra vía más delicada, que no se debe de saber decir; mas es tan cierto, y con tanta certidumbre, y aun mucho más; porque acá ya se podría antojar, mas en esto no, que viene con grandes ganancias y efectos interiores, que ni los podría haber, si fuese melancolía, ni tampoco el demonio haría tanto bien, ni andaría el alma con tanta paz y con tan continos deseos de contentar a Dios, y con tanto desprecio de todo lo que no la llega a El, y después entendió claro no ser demonio, porque se iba más y más dando a entender. Con todo sé yo que a ratos andaba harto temerosa: otros con grandísima confusión, que no sabía por dónde le había venido tanto bien. Eramos tan una cosa ella y yo, que no pasaba cosa por su alma que yo estuviese ignorante de ella, y así puedo ser buen testigo, y me podéis creer ser verdad todo lo que en esto dijere.

Es merced del Señor, que trae grandísima confusión consigo y humildad: cuando fuese del demonio, todo sería al contrario. Y como es cosa que notablemente se entiende ser dada de Dios, que no bastaría industria humana para poderse así sentir, en ninguna manera puede pensar quien lo tiene que es bien suyo, sino da-

do de la mano de Dios. Y aunque, a mi parecer, es mayor merced algunas de las que quedan dichas, esta trae consigo un particular conocimiento de Dios, y de esta compañía tan continua nace un amor ternísimo con su Majestad, y unos deseos aún mayores que los que quedan dichos de entregarse toda a su servicio, y una limpieza de conciencia grande, porque hace advertir a todo la presencia que trae cabe sí. Porque aunque ya sabemos que lo está Dios a todo lo que hacemos, es nuestro natural tal, que se descuida en pensarlo, lo que no se puede descuidar acá, que la despierta el Señor que está cabe ella. Y aun para las mercedes que quedan dichas, como anda el alma casi continuo con un actual amor al que ve o entiende estar cabe sí, son muy más ordinarias.

En fin, en la ganancia del alma se ve ser grandísima merced, y muy mucho de preciar y agradecer al Señor, que se la da tan sin poderlo merecer, y por ningún tesoro ni deleite de la tierra la trocaría. Y así cuando el Señor es servido que se le quite, queda con mucha soledad, mas todas las diligencias posibles que pudiese para tornar a tener aquella compañía, aprovechan poco, que lo da el Señor cuando quiere, y no se puede adquirir. Algunas veces también es de algún Santo, y es también de gran provecho. Diréis que, si no se ve, ¿que cómo se entiende que es Cristo, o cuándo es Santo, o su Madre gloriosísima? Eso no sabrá el alma decir, ni puede entender cómo lo entiende, sino que lo sabe con una grandísima certidumbre. Aún ya el Señor cuando habla, más fácil pare-

ce; mas el Santo que no habla, sino que parece le pone el Señor allí por ayuda de aquel alma, y por compañía, es más de maravillar. Ansí son otras cosas espirituales, que no se saben decir: mas entiéndese por ellas cuán bajo es nuestro natural, para entender las grandes grandezas de Dios, pues aun a éstas no somos capaces, sino que con admiración y alabanzas a su Majestad, pase quien se las diere: y ansí le haga particulares gracias por ellas, que pues no es merced que se hace a todos, hase mucho de estimar y procurar hacer mayores servicios, pues por tantas maneras le ayuda Dios a ello.

De aquí viene no se tener por eso en más, y parecerle que es la que menos sirve a Dios de cuantos hay en la tierra; porque le parece está más obligada a ello que ninguno, y cualquier falta que hace le atraviesa las entrañas, y con muy grande razón. Estos efectos con que anda el alma, que quedan dichos, podrá advertir cualquiera de vosotras a quien el Señor llevare por este camino, para entender que no es engaño ni tampoco antojo; porque, como he dicho, no tengo que es posible durar tanto siendo demonio, haciendo tan notable provecho al alma, y trayéndola con tanta paz interior, que no es de su costumbre, ni puede, aunque quiere, cosa tan mala hacer tanto bien, que luego habría unos humos de propia estimación, y pensar era mejor que los otros. Mas este andar siempre el alma tan asida de Dios, y ocupado su pensamiento en El, haríale tanta rabia, que aunque lo intentase, no tornase muchas veces; y es Dios tan fiel, que no permitirá darle tanta mano con alma,

que no pretende otra cosa sino agradar a su Majestad, y poner su vida por su honra y gloria, sino que luego ordenará como sea desengañada.

Mi tema es y será, que como el alma ande de la manera que aquí se ha dicho, la dejan estas mercedes de Dios, que su Majestad la sacará con ganancia, si permite alguna vez se le atreva el demonio, y que él quedará corrido. Por eso, hijas, si alguna fuere por este camino, como he dicho, no andéis asombradas; bien es que haya temor, y andemos con más aviso, ni tampoco confiadas, que por ser tan favorecidas os podéis más descuidar, que esto será señal no ser de Dios, si no os vierdes con los efectos que quedan dichos. Es bien que a los principios lo comunicuéis debajo de confesión con un muy buen letrado, que son los que nos han de dar la luz, o si hubiese alguna persona muy espiritual; y si no lo es, mejor es muy letrado, si le hubiere, con el uno y con el otro; y si os dijere que es antojo, no se os dé nada, que el antojo poco mal ni bien puede hacer a vuestra alma: encomendaos a la divina Majestad, que no consienta seáis engañadas. Si os dijeren es demonio, será más trabajo; aunque no dirá, si es buen letrado y hay los efectos dichos; mas cuando lo diga, yo sé que el mismo Señor, que anda con vos, os consolará, y asegurará, y a él le irá dando luz para que os la dé.

Si es persona que aunque tiene oración, no la ha llevado el Señor por ese camino, luego se espantará y lo condenará; por eso os aconsejo que sea muy letrado; y si se hallare, también espiritual; y la Piora dé licencia para ello,

porque aunque vaya segura el alma por ver su buena vida, estará obligada la Priora a que se comunique, para que anden con seguridad en ambas: y tratado con estas personas, quiétese, y no ande más dando parte de ello, que algunas veces, sin haber de qué temer, pone el demonio unos temores tan demasiados, que fuerzan al alma a no se contentar de una vez; en especial si el confesor es de poca experiencia, y le ve medroso, y él mismo la hace andar comunicando, viénese a publicar lo que había de razón estar muy secreto, y a ser esta alma perseguida y atormentada; porque cuando piensa que está secreto, lo ve público, y de aquí suceden muchas cosas trabajosas para ella, y podrían suceder para la orden, según andan estos tiempos.

Ansí que es menester grande aviso en esto, y a las Prioras lo encomiendo mucho: y que no piense que por tener una hermana cosas semejantes, es mejor que las otras. Lleva el Señor a cada una como ve que es menester. Aparejo es para venir a ser muy sierva de Dios si se ayuda, mas a las veces lleva Dios por este camino a las más flacas; y ansí no hay en esto por qué aprobar ni condenar, sino mirar a las virtudes, y a quien con más mortificación y humildad, y limpieza de conciencia, sirviere a nuestro Señor, que esa será la más santa; aunque la certidumbre poco se puede saber acá, hasta que el verdadero Juez dé a cada uno lo que merece. Allá nos espantaremos de ver cuán diferente es su juicio de lo que acá podemos entender. Sea para siempre alabado. Amén.

CAPÍTULO IX



AHORA vengamos a las visiones imaginarias, que dicen que son adonde puede meterse el demonio más que en las dichas; y así debe de ser: mas cuando son de nuestro Señor, en alguna manera me parecen más provechosas, porque son más conformes a nuestro natural; salvo de las que el Señor da a entender en la postrera morada, que a éstas no llegan ningunas. Pues miremos ahora, como os he dicho en el capítulo pasado, que está este Señor, que es como si en una pieza de oro tuviésemos una piedra preciosa de grandísimo valor y virtudes; sabemos certísimo que está allí, aunque nunca la hemos visto: mas las virtudes de la piedra no nos dejan de aprovechar, si la traemos con nosotras; aunque nunca la hemos visto, no por eso la dejamos de preciar; porque por experiencia hemos visto que nos ha sanado de algunas enfermedades para que es apropiada: mas no la osamos mirar, ni abrir el relicario, ni podemos; porque la manera de abrirle sólo la sabe cuya es la joya, y aunque nos la prestó para que nos aprovechásemos de ella, él se quedó con la llave,

y como cosa suya, abrirá cuando nos la quisiere mostrar, y aun la tomará cuando le parezca, como lo hace.

Pues digamos ahora, que quiere alguna vez abrirla de presto, por hacer bien a quien la ha prestado: claro está que le será después muy mayor contento, cuando se acuerde del admirable resplandor de la piedra, y así quedará más esculpida en su memoria. Pues así acaece acá: cuando nuestro Señor es servido de regalar más a esta alma, muéstrale claramente su sacratísima humanidad de la manera que quiere, o como andaba en el mundo, o después de resucitado; y aunque es con tanta presteza que lo podríamos comparar a la de un relámpago, queda tan esculpida en la imaginación esta imagen gloriosísima, que tengo por imposible quitarse de ella, hasta que la vea adonde para sin fin la pueda gozar. Aunque digo imagen, entiéndese que no es pintada al parecer de quien la ve, sino verdaderamente viva, y algunas veces se está hablando con el alma, y aun mostrándole grandes secretos.

Mas habéis de entender que aunque en esto se detenga algún espacio, no se puede estar mirando más que estar mirando al sol, y así esta vista siempre pasa muy de presto; y no porque su resplandor da pena, como el del sol, a la vista interior, que es la que ve todo esto, que cuando es con la vista exterior, no sabré decir de ello ninguna cosa; porque esta persona que he dicho, de quien tan particularmente yo puedo hablar, no había pasado por ello; y de lo que no hay experiencia, mal se puede dar razón

cierta, porque su resplandor es como una luz infusa, y de un sol cubierto de una cosa tan delgada como un diamante, si se pudiera labrar. Como una Holanda parece la vestidura, y casi todas las veces que Dios hace esta merced al alma, se queda en arrobamiento, que no puede su bajeza sufrir tan espantosa vista. Digo espantosa, porque con ser la más hermosa, y de mayor deleite, que podría una persona imaginar, aunque viviese mil años, y trabajase en pensarlo, porque va muy adelante de cuanto cabe en nuestra imaginación ni entendimiento, es su presencia de tan grandísima Majestad, que hace gran espanto al alma. A usadas que no es menester aquí preguntar cómo sabe quién es, sin que se lo hayan dicho, que se da bien a conocer que es Señor del cielo y de la tierra; lo que no harán los reyes de ella, que por sí mismos bien en poco se ternán, si no va junto con él su acompañamiento, o lo dicen.

¡Oh Señor, cómo os desconocemos los cristianos! ¿Qué será aquel día cuando nos vengáis a juzgar? Pues viniendo aquí tan de amistad a tratar con vuestra esposa, pone miraros tanto temor, oh hijas, ¿y qué será cuando con tan rigurosa voz dijere: "Id, malditos de mi Padre?" Quédenos ahora esto en la memoria de esta merced que hace Dios al alma, que no nos será poco bien: pues san Jerónimo, con ser santo, no la apartaba de la suya, y así no se nos hará nada cuanto aquí padeciéremos en el rigor de la Religión que guardamos; pues cuando mucho durare, es un momento, comparado con aquella eternidad. Yo os digo de verdad que,

con cuan ruín soy, nunca he tenido miedo de los tormentos del infierno, que fuesen nada en comparación de cuando me acordaba que habían los condenados de ver airados estos ojos tan hermosos, y mansos, y benignos del Señor, que no parece lo podía sufrir mi corazón: esto ha sido toda mi vida. ¡Cuánto más lo temerá la persona a quien así se le ha representado, pues es tanto el sentimiento, que la deja sin sentir! Esta debe ser la causa de quedar con suspensión, que ayuda el Señor a su flaqueza, con que se junte con su grandeza en esta tan subida comunicación con Dios.

Quando pudiere el alma estar con mucho espacio mirando este Señor, yo no creo que será visión, sino alguna vehemente consideración, fabricada en la imaginación, alguna figura, será como cosa muerta en estotra comparación. Acaece a algunas personas, y sé que es verdad, que lo han tratado conmigo, y no tres o cuatro, sino muchas, ser de tan flaca imaginación, o el entendimiento tan eficaz, o no sé qué es, que se embeben de manera en la imaginación, que todo lo que piensan, claramente les parece que lo ven: aunque, si hubiesen visto la verdadera visión, entenderían muy sin quedarles duda el engaño; porque van ellas mismas componiendo lo que ven con su imaginación, y no hace después ningún efecto, sino que se quedan frías, mucho más que si viesen una imagen devota. Es cosa muy entendida no ser para hacer caso de ello, y así se olvida mucho más que cosa soñada.

En lo que tratamos no es así, sino que es-

tando el alma muy lejos de que ha de ver cosa, ni pasarle por pensamiento, de presto se le representa muy por junto, y revuelve todas las potencias y sentidos con un gran temor y alboroto, para ponerlas luego en aquella dichosa paz. Ansí como cuando fué derrocado san Pablo, vino aquella tempestad y alboroto en el cielo; ansí acá en este mundo interior se hace gran movimiento, y en un punto, como he dicho, queda todo sosegado, y esta alma tan enseñada de unas tan grandes verdades, que no ha menester otro maestro, que la verdadera sabiduría, sin trabajo suyo, la ha quitado la torpeza, y dura con una certidumbre el alma, de que esta merced es de Dios, algún espacio de tiempo, que aunque más le dijesen lo contrario entonces, no la podrían poner temor de que puede haber engaño. Después, poniéndosele el confesor, la deja Dios, para que ande vacilando en que por sus pecados sería posible: mas no creyendo, sino, como he dicho en estotras cosas, a manera de tentaciones en cosas de la fe, que puede el demonio alborotar, mas no dejar el alma de estar firme en ella; antes mientras más la combate, más queda con certidumbre de que el demonio no la podría dejar con tantos bienes, como ello es ansí; que no puede tanto en lo interior del alma, podrá él representarlo, mas no con esta verdad, y majestad, y operaciones. Como los confesores no pueden ver esto, ni por ventura a quien Dios hace esta merced sabérselo decir, temen, y con mucha razón; y ansí es menester ir con aviso, hasta aguardar tiempo del fruto que hacen estas apariciones, y ir poco a poco

mirando la humildad con que dejan al alma, y la fortaleza en la virtud, que si es de demonio, presto dará señal, y le cogerán en mil mentiras.

Si el confesor tiene experiencia, y ha pasado por estas cosas, poco tiempo ha menester para entenderlo, que luego en la relación verá si es Dios, o imaginación, o demonio: en especial si le ha dado su Majestad don de conocer espíritus; que si éste tiene, y letras, aunque no tenga experiencia, lo conocerá muy bien. Lo que es mucho menester, hermanas, es que andéis con gran llaneza y verdad con el confesor: no digo en decir los pecados, que eso claro está, sino en contar la oración; porque si no hay esto, no aseguro que vais bien, ni que es Dios el que os enseña, que es muy amigo que al que está en su lugar se trate con la verdad y claridad que consigo mismo, deseando entienda todos sus pensamientos, cuanto más las obras, por pequeños que sean: y con esto no andéis turbadas, ni inquietas, que aunque no fuese de Dios, si tenéis humildad y buena conciencia, no os dañará; que sabe su Majestad sacar de los males bienes, y que por el camino que el demonio os quería hacer perder, ganaréis más; pensando que os hace tan grandes mercedes, os esforzaréis a contentarle mejor, y andar siempre ocupada en la memoria su figura; que como decía un gran letrado, que el demonio es gran pintor, y si le mostrase muy al vivo una imagen del Señor, que no le pesaría, para con ella avivar la devoción; y hacer al demonio guerra con sus mismas maldades: que aunque un pintor sea muy malo, no por eso se ha de dejar de reverenciar la imagen

que hace, si es de todo nuestro bien. Parecíale muy mal lo que algunos aconsejan, que den higas cuando así viesen alguna visión; porque decía que adondequiera que veamos pintado a nuestro Rey, le hemos de reverenciar; y veo que tiene razón, porque aun acá se sentiría, si supiese una persona que quiere bien a otra, que hacía semejantes vituperios a su retrato, no gustaría de ello: pues ¿cuánto más es razón que siempre se tenga respeto adonde viéremos un Crucifijo, o cualquier retrato de nuestro Emperador? Aunque he escrito en otra parte esto, me holgué de ponerlo aquí, porque vi que una persona anduvo afligida, que la mandaban tomar este remedio, no sé quién le inventó, tan para atormentar a quien no pudiere hacer menos de obedecer, si el confesor le da este consejo, pareciéndole va perdida si no lo hace. Y el mío es que, aunque os le dé, le digáis esta razón con humildad, y no le toméis. En extremo me cuadró mucho las buenas que me dió quien me lo dijo en este caso.

Una gran ganancia saca el alma de esta merced del Señor, que es cuando piensa en El, o en su vida y Pasión, acordarse de su mansísimo y hermoso rostro, que es grandísimo consuelo, como acá nos le daría mayor haber visto a una persona que nos hace mucho bien, que si nunca la hubiésemos conocido. Yo os digo que hace harto consuelo y provecho tan sabrosa memoria. Otros bienes trae consigo hartos, mas como queda dicho tanto de los efectos que hacen estas cosas, y se ha de decir más, no me quiero cansar, ni cansaros; sino avisaros mucho, que cuando

sabéis u oís que Dios hace estas mercedes a las almas, jamás le supliquéis, ni deseéis que os lleve por este camino, aunque os parezca muy bueno, y se ha de tener en mucho, y reverenciar; no conviene por algunas razones.

La primera, porque es falta de humildad querer vos se os dé lo que nunca habéis merecido; y así creo que no terná mucha quien lo desear: porque así como un bajo labrador está lejos de desear ser rey, pareciéndole imposible, porque no lo merece, así lo está el humilde de cosas semejantes. Y creo yo que nunca se darán, porque primero da el Señor un gran conocimiento propio, que hace estas mercedes. ¿Pues cómo entenderá con verdad, que se la hace muy grande en no tenerla en el infierno, quien tiene tales pensamientos? La segunda, porque está muy cierto ser engañada, o muy a peligro, porque no ha menester el demonio más de ver una puerta pequeña abierta, para hacernos mil trampantojos. La tercera, la misma imaginación, cuando hay un gran deseo, y la misma persona se hace entender, que ve aquello que desea, y lo oye, como los que andan con gana de una cosa entre día, y mucho pensando en ella, que acaece venirla a soñar. La cuarta es muy gran atrevimiento que quiera yo escoger camino, no sabiendo el que me conviene más; sino dejar al Señor que me conoce, que me lleve por el que conviene, para que en todo haga su voluntad. La quinta, ¿pensáis que son pocos los trabajos que padecen los que el Señor hace estas mercedes? No, sino grandísimos y de muchas maneras. ¿Qué sabéis vos si seríades para sufrir-

los? La sexta, si por lo mesmo que pensáis ganar, perderéis, como hizo Saúl por ser rey. En fin, hermanas, sin éstas hay otras, y creedme, que es lo más seguro no querer sino lo que quiere Dios, que nos conoce más que nosotros mismos, y nos ama. Pongámonos en sus manos, para que sea hecha su voluntad en nosotras: y no podremos errar, si con determinada voluntad nos estamos siempre en esto. Y habéis de advertir que por recibir muchas mercedes de estas no se merece más gloria, porque antes quedan más obligadas a servir, pues es recibir más.

En lo que es más merecer, no nos lo quita el Señor, pues está en nuestra mano: y así hay muchas personas santas que jamás supieron qué cosa es recibir una de aquestas mercedes: y otras que las reciben, que no lo son. Y no penséis que es contino, antes por una vez que las hace el Señor, son muy muchos los trabajos, y así el alma no se acuerda si las ha de recibir más; sino como las servir. Verdad es que debe ser grandísima ayuda para tener las virtudes en más subida perfección: mas el que las tuviere, con haberlas ganado a costa de su trabajo, mucho más merecerá. Yo sé de una persona a quien el Señor había hecho algunas de estas mercedes, y aun de dos, la una era hombre, que estaban tan deseosas de servir a su Majestad a su costa, sin estos grandes regalos, y tan ansiosas por padecer, que se quejaban a nuestro Señor, porque se los daba, y si pudieran no recibirlos, los excusaran. Digo regalos, no de estas visiones, que en fin ven la gran ganancia, y son mucho de estimar, sino los que da el Señor en la contem-

plación. Verdad es que también son estos deseos sobrenaturales, a mi parecer, y de almas muy enamoradas, que querrían viese el Señor que no le sirven por sueldo; y ansí, como he dicho, jamás se les acuerda que han de recibir gloria por cosa, para esforzarse más por eso a servir, sino de contentar al amor, que es su natural obrar siempre de mil maneras. Si pudiese, querría buscar invenciones para consumirse el alma en él, y si fuese menester quedar para siempre aniquilada por la mayor honra de Dios, lo haría de muy buena gana. Sea alabado para siempre, amén, que abajándose a comunicar con tan miserables criaturas, quiere mostrar su grandeza.

CAPÍTULO X



DE muchas maneras se comunica el Señor al alma con estas apariciones: algunas cuando está afligida, otras cuando le ha de venir algún trabajo grande, otras por regalarse su Majestad con ella, y regalarla. No hay para qué particularizar más cada cosa; pues el intento es sino dar a entender cada una de las diferencias que hay en este camino, hasta donde yo entendiere, para que entendáis, hermanas, de la manera que son, y los efectos que dejan; porque no se nos antoje que cada imaginación es visión, y porque cuando lo sea, entendiendo que es posible, no andéis alborotadas ni afligidas: que gana mucho el demonio, y gusta en gran manera de ver afligida e inquieta un alma, porque ve que le es estorbo para emplearse toda en amar y alabar a Dios. Por otras maneras se comunica su Majestad, harto más subidas y menos peligrosas, porque el demonio creo no las podrá contrahacer, y así se pueden mal decir, por ser cosa muy oculta, que las imaginarias puédense más dar a entender.

Acaece cuando el Señor es servido, estando

el alma en oración, y muy en sus sentidos, venirle de presto una suspensión, adonde le da el Señor a entender grandes secretos, que parece los ve en el mismo Dios que estas no son visiones de la sacratísima Humanidad, ni aunque digo que ve, no ve nada: porque no es visión imaginaria, sino muy intelectual, adonde se le descubre, como en Dios se ven todas las cosas, y las tiene todas en sí mismo, y es de gran provecho, porque aunque pasa en un momento, quédase muy esculpida, y hace grandísima confusión; y vese más claro la maldad de cuando ofendemos a Dios, porque en el mismo Dios, digo, estando dentro en El, hacemos grandes maldades.

Quiero poner una comparación, si acertare, para dárselo a entender, que aunque esto es ansí, y lo oímos muchas veces, o no reparamos en ello, o no lo queremos entender; porque no parece sería posible, si se entendiese cómo es, ser tan atrevidos. Hagamos ahora cuenta que es Dios como una morada o palacio muy grande y hermoso, y que este palacio, como digo, es el mismo Dios. ¿Por ventura puede el pecador, para hacer sus maldades, apartarse de este palacio? No por cierto; sino que dentro, en el mismo palacio, que es el mismo Dios, pasan las abominaciones, y deshonestidades, y maldades que hacemos los pecadores. ¡Oh cosa temerosa y digna de gran consideración, y muy provechosa para los que sabemos poco, que no acabamos de entender estas verdades, que no sería posible tener atrevimiento tan desatinado!

Consideremos, hermanas, la gran misericor-

dia y sufrimiento de Dios en no nos hundir allí luego: y démosle grandísimas gracias, y hayamos vergüenza de sentirnos de cosa que se haga, ni se diga contra nosotras, que es la mayor maldad del mundo ver que sufre Dios nuestro Criador tantas a sus criaturas dentro en sí mismo, y que nosotras sintamos alguna vez una palabra que se dijo en nuestra ausencia, y quizá con no mala intención. ¡Oh miseria humana! ¿Hasta cuándo, hijas, imitaremos en algo a este gran Dios? ¡O pues no se nos haga ya que hacemos nada en sufrir injurias! Sino que de muy buena gana pasemos por todo, y amemos a quien nos las hace, pues este gran Dios no nos ha dejado de amar a nosotras, aunque le hemos mucho ofendido, y así tiene muy gran razón en querer que todos perdonen, por agravios que les hagan.

Yo os digo, hijas, que aunque pasa de presto esta visión, que es una gran merced que hace nuestro Señor a quien la hace, si se quiere aprovechar de ella, trayéndola presente muy ordinario.

También acaece así muy de presto, y de manera que no se puede decir, mostrar Dios en sí mismo una verdad, que parece deja escurecidas todas las que hay en las criaturas, y muy claro dado a entender, que El solo es verdad que no puede mentir: y dase bien a entender lo que dice David en un salmo, que todo hombre es mentiroso, lo que no se entendiera jamás así, aunque muchas veces se oyera; es verdad que no puede faltar. Acuérdaseme de Pilatos lo mucho que preguntaba a nuestro Señor, cuando en

su Pasión le dijo: ¿qué era verdad?, y lo poco que entendemos acá de esta suma verdad. Yo quisiera poder dar más a entender en este caso, mas no se puede decir. Saquemos de aquí, hermanas, que para conformarnos con nuestro Dios y Esposo en algo, será bien que estudiemos siempre mucho de andar en esta verdad. No digo sólo que no digamos mentira, que en eso, gloria a Dios, ya veo que traéis gran cuenta en estas casas con no decirla por ninguna cosa; sino que andemos en verdad delante de Dios y de las gentes, de cuantas maneras pudiéremos: en especial no queriendo nos tengan por mejores de lo que somos, y en nuestras obras, dando a Dios lo que es suyo, y a nosotras lo que es nuestro, y procurando sacar en todo la verdad, y así ternemos en poco este mundo, que es todo mentira y falsedad, y como tal no es durable.

Una vez estaba yo considerando por qué razón era nuestro Señor tan amigo de esta virtud de la humildad, y púsoseme delante, a mi parecer sin considerarlo, sino de presto, esto, que es porque Dios es suma verdad, y la humildad es andar en verdad, que lo es muy grande no tener cosa buena de nosotros, sino la miseria, y ser nada: y quien esto no entiende, anda en mentira; a quien más lo entiende, agrada más a la suma verdad, porque anda en ella. Plega a Dios, hermanas, nos haga merced de no salir jamás de este propio conocimiento. Amén.

De estas mercedes hace nuestro Señor al alma, porque como a verdadera esposa, que ya está determinada a hacer en todo su voluntad, le quiere dar alguna noticia de en qué la ha de

hacer, y de sus grandezas. No hay para qué tratar de más, que estas dos cosas he dicho por parecerme de gran provecho: que en cosas semejantes no hay que temer, sino que alabar al Señor, porque las da, que el demonio, a mi parecer, ni aun la imaginación propia, tienen aquí poca cabida, y ansí el alma queda con gran satisfacción.

CAPÍTULO XI



I habrán bastado todas estas mercedes que ha hecho el Esposo al alma, para que la palomilla o mariposilla esté satisfecha, no penséis que la tengo olvidada, y haga asiento adonde ha de morir? No por cierto, antes está muy peor: aunque haya muchos años que reciba estos favores, siempre gime y anda llorosa porque de cada uno de ellos le queda mayor dolor. Es la causa, que como va conociendo más y más las grandezas de su Dios, y se ve estar tan ausente y apartada de gozarle, crece mucho más el deseo; porque también crece el amar, mientras más se le descubre lo que merece ser amado este gran Dios y Señor, y viene en estos años creciendo poco a poco este deseo, de manera que la llega a tan gran pena, como ahora diré. He dicho años, conformándome con lo que ha pasado por la persona que he dicho aquí; que bien entiendo que a Dios no hay que poner término, que en un momento puede llegar a un alma a lo más subido que se dice aquí: poderoso es su Majestad para todo lo que quisiere hacer, y ganoso de hacer mucho por nosotros.

Pues vienen veces que estas ansias, y lágrimas, y suspiros, y los grandes ímpetus que

quedan dichos, que todo esto parece procedido de nuestro amor, con gran sentimiento, mas todo no es nada en comparación de estotro, porque esto parece un fuego que está humeando, y puédese sufrir, aunque con pena, andándose así esta alma abrasándose en sí misma, acaece muchas veces, por un pensamiento muy ligero, o por una palabra que oye, de que se tarda el morir, venir de otra parte, no se entiende de dónde ni cómo, un golpe, o como si viniese una saeta de fuego. No digo que es saeta, mas cualquier cosa que sea, se ve claro que no podía proceder de nuestro natural. Tampoco es golpe, aunque digo golpe, más agudamente hiere; y no es adonde se sienten acá las penas, a mi parecer, sino en lo muy hondo e íntimo del alma, adonde este rayo, que de presto pasa, todo cuanto halla de esta tierra de nuestro natural, lo deja hecho polvos, que por el tiempo que dura es imposible tener memoria de cosa de nuestro ser: porque en un punto ata las potencias, de manera que no quedan con ninguna libertad para cosa, sino para las que le han de hacer acrecentar este dolor.

No querría pareciese encarecimiento, porque verdaderamente voy viendo que quedo corta, porque no se puede decir. Ello es un arrobamiento de sentidos y potencias, para todo lo que no es, como he dicho, ayudar a sentir esta aflicción. Porque el entendimiento está muy vivo para entender la razón que hay que sentir de estar aquel alma ausente de Dios; y ayuda su Majestad con una tan viva noticia de sí en aquel tiempo, de manera que hace crecer la pena en

tanto grado, que procede quien la tiene en dar grandes gritos. Con ser persona sufrida y mostrada a padecer grandes dolores, no puede hacer entonces más; porque este sentimiento no es en el cuerpo, como queda dicho, sino en lo interior del alma. Por esto sacó esta persona cuán más recios son los sentimientos de ella que los del cuerpo; y se le representó ser de esta manera los que padecen en purgatorio, que no les impide no tener cuerpo para dejar de padecer mucho más que todos los que acá teniéndole padecen. Yo ví una persona así, que verdaderamente pensé que se moría, y no era mucha maravilla, porque cierto es gran peligro de muerte, y así, aunque dure poco, deja el cuerpo muy descoyuntado, y en aquella sazón los pulsos tienen tan abiertos, como si el alma quisiese ya dar a Dios, que no es menos; porque el calor natural falta, y le abrasa de manera, que con otro poquito más hubiera cumplídole Dios sus deseos. No porque siente poco ni mucho dolor en el cuerpo, aunque se descoyunta, como he dicho, de manera que queda dos o tres días después sin poder aún tener fuerza para escribir, y con grandes dolores, y aun siempre me parece le queda el cuerpo más sin fuerza que de antes. El no sentirlo, debe ser la causa ser tan mayor el sentimiento interior del alma, que en ninguna cosa hace caso del cuerpo; como si acá tenemos un dolor muy agudo en una parte, aunque haya otros muchos, se sienten poco. Esto yo le he bien probado: acá, ni poco ni mucho, ni creo sentiría si la hiciesen pedazos.

Diréisme que es imperfección, que ¿por qué

no se conforma con la voluntad de Dios, pues le está tan rendida? Hasta aquí podía hacer eso, y con eso pasaba la vida: ahora no, porque su razón está de suerte, que no es señora de ella, ni de pensar sino la razón que tiene para penar; pues está ausente de su bien, que ¿para qué quiere la vida? Siente una soledad extraña, porque criatura de toda la tierra no la hace compañía, ni creo se la harían los del cielo, como no fuese el que ama: antes todo la atormenta: mas vese como una persona colgada, que no asienta en cosa de la tierra, ni al cielo puede subir: abrasada con esta sed, y no puede llegar al agua, y no sed que puede sufrir, sino ya en tal término, que con ninguna se le quitaría, ni quiere que se le quite, si no es con la que dijo nuestro Señor a la Samaritana, y eso no se lo dan.

¡Oh, válame Dios, Señor, cómo apretáis a vuestros amadores! Mas todo es poco para lo que les dais después. Bien es que lo mucho cueste mucho: cuanto más, que si es purificar esta alma para que entre en la séptima morada, como los que han de entrar en el cielo se limpian en el Purgatorio, es tan poco este padecer, como sería una gota de agua en la mar: cuanto más, que con todo este tormento y aflicción, que no puede ser mayor, a lo que yo creo, de todas las que hay en la tierra, que esta persona había pasado muchas, ansí corporales como espirituales, mas todo le parece nada en esta comparación. Siente el alma que es de tanto precio esta pena, que entiende muy bien no la podía ella merecer, sino que no es este sentimiento de manera que la alivia ninguna cosa, mas con esto

la sufre de muy buena gana, y sufriría toda su vida, si Dios fuese de ello servido; aunque no sería morir de una vez, sino estar siempre muriendo, que verdaderamente no es menos.

Pues consideremos, hermanas, aquellos que están en el infierno, que no están con esta conformidad, ni con este contento y gusto que pone Dios en el alma, ni viendo ser ganancioso este padecer, sino que siempre padecen más y más (digo más y más, cuanto a las penas accidentales), siendo el tormento del alma tan más recio que los del cuerpo, y los que ellos pasan mayores sin comparación que este que aquí hemos dicho, y éstos ver que han de ser para siempre jamás, ¿qué será de estas desventuradas almas? ¿O qué podemos hacer en vida tan corta, ni padecer, que sea nada para librarnos de tan terribles y eternos tormentos? Yo os digo que será imposible dar a entender cuán sensible cosa es el padecer del alma, y cuán diferente al del cuerpo, si no se pasa por ello; y quiere el mesmo Señor que lo entendamos para que más conozcamos lo mucho que le debemos en traernos a estado que por su misericordia tenemos esperanza de que nos ha de librar y perdonar nuestros pecados.

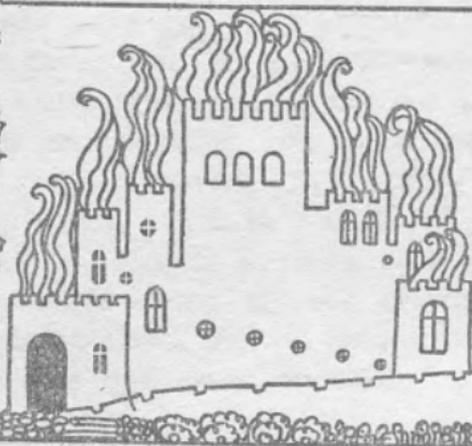
Pues tornando a lo que tratábamos, que dejamos esta alma con mucha pena, en este rigor es poco lo que le dura, será cuando más tres o cuatro horas, a mi parecer, porque si mucho durase, si no fuese por milagro sería imposible sufrirlo la flaqueza natural. Ha acaecido no durar más que un cuarto de hora, y quedar hecha pedazos: verdad es que esta vez de todo perdió

el sentido, según vino con rigor, y estando en conversación, pascua de Resurrección, el postrer día, y habiendo estado toda la Pascua con tanta sequedad, que casi no entendía lo era, de solo oír una palabra de no acabarse la vida. Pues pensar que se puede resistir, no más que si metida en un fuego quisiese hacer a la llama que no tuviese calor para quemarle. No es el sentimiento que se puede pasar en disimulación, sin que las que están presentes entiendan el gran peligro en que está; aunque de lo interior no pueden ser testigos. Es verdad que le son alguna compañía, como si fuesen sombras; y así le parecen todas las cosas de la tierra. Y porque veáis que es posible, si alguna vez os vierdes en esto, acudir aquí nuestra flaqueza y natural, acaece alguna vez que estando el alma, como habéis visto, que se muere por morir, cuando aprieta tanto, que ya parece que para salir del cuerpo no le falta casi nada, verdaderamente teme, y querría aflojase la pena, por no acabar de morir. Bien se deja entender ser este temor de flaqueza natural, que por otra parte no se quita su deseo, ni es posible haber remedio que se quite esta pena, hasta que la quita el mismo Señor, que casi es lo ordinario, con un arrobamiento grande, o con alguna visión, adonde el verdadero Consolador la consuela y fortalece para que quiera vivir todo lo que fuere su voluntad.

Cosa penosa es esta, mas queda el alma con grandísimos efectos, y perdido el miedo a los trabajos que le pueden suceder; porque en comparación del sentimiento tan penoso que sintió su alma, no le parece son nada. De manera que

queda aprovechada, que gustaría padecerle muchas veces; mas tampoco puede eso en ninguna manera, ni hay ningún remedio para tornarle a tener, hasta que quiere el Señor, como no le hay para resistirle, ni quitarle cuando le viene. Queda con muy mayor desprecio del mundo que antes, porque ve que cosa de él no le valió en aquel tormento; y muy más desasida de las criaturas, porque ya ve que sólo el Criador es el que puede consolar y hartar su alma; y con mayor temor y cuidado de no ofenderle, porque ve que también puede atormentar como consolar. Dos cosas me parece a mí que hay en este camino espiritual, que son peligro de muerte. La una esta, que verdaderamente lo es, y no pequeña: la otra, de muy excesivo gozo y deleite, que es en tan grandísimo extremo, que verdaderamente parece que desfallece el alma, de suerte que no le falta tantito para acabar de salir del cuerpo: a la verdad no sería poca dicha la suya. Aquí veréis, hermanas, si he tenido razón en decir que es menester ánimo, y que terná razón el Señor, cuando le pidierdes estas cosas, de deciros lo que respondió a los hijos del Zebedeo, si podrían beber el cáliz. Todas creo, hermanas, que responderemos que sí: y con mucha razón, porque su Majestad da esfuerzo a quien ve que le ha menester, y en todo defiende a estas almas, y responde por ellas en las persecuciones y murmuraciones, como hacía por la Magdalena, aunque no sea por palabras, por obras; y en fin, en fin, antes que se mueran, se lo paga todo junto, como ahora veréis. Sea por siempre bendito, y alábenle todas las criaturas. Amén.

SÉPTIMAS
MORADAS





CAPÍTULO PRIMERO

PARECEROS ha, hermanas, que está dicho tanto en este camino espiritual, que no es posible quedar nada por decir. Harto desatino sería pensar esto, pues la grandeza de Dios no tiene término, tampoco le ternán sus obras. ¿Quién acabará de contar sus misericordias y grandezas? Es imposible, y así no os espantéis de lo que está dicho y se dijere, porque es una cifra de lo que hay que contar de Dios. Harta misericordia nos hace que haya comunicado estas cosas a persona que las podamos venir a saber: para que mientras más supiéremos que se comunica con las criaturas, más alabaremos su grandeza, y nos esforzaremos a no tener en poco almas con quien tanto se deleita el Señor, pues cada una de nosotras la tiene, sino que como no las preciamos como merece criatura hecha a la imagen de Dios, así no entendemos los grandes secretos que están en ella.

Plega a su Majestad, si es servido, menea la pluma, y me dé a entender como yo os diga algo de lo mucho que hay que decir, y da Dios a entender a quien mete en esta morada. Harto lo he suplicado a su Majestad, pues sabe que mi intento es que no estén ocultas sus misericordias, para que más sea alabado y glorificado su nombre. Esperanza tengo, que no por mí, sino por vosotras, hermanas, me ha de hacer esta merced, para que entendáis lo que os importa, que no quede por vosotras el celebrar vuestro Esposo este espiritual matrimonio con vuestras almas, pues trae tantos bienes consigo, como veréis.

¡Oh gran Dios! Parece que tiembla una criatura tan miserable como yo de tratar en cosa tan ajena de lo que merezco entender. Y es verdad, que he estado en gran confusión, pensando si será mejor acabar con pocas palabras esta morada, porque me parece que han de pensar, que yo lo sé por experiencia, y háceme grandísima vergüenza, porque conociéndome la que soy, es terrible cosa. Por otra parte me ha parecido que es tentación y flaqueza, aunque más juicios de estos echéis: sea Dios alabado, y entendido un poquito más, y gríteme todo el mundo; cuanto más que estaré yo quizá muerta cuando se viniere a ver. Sea bendito el que vive para siempre, y vivirá. Amén.

Quando nuestro Señor es servido haber piedad de lo que padece y ha padecido por su deseo esta alma, que ya espiritualmente ha tomado por esposa, primero que se consuma el matrimonio espiritual, métela en su morada, que es esta sép-

tima; porque así como la tiene en el cielo, debe tener en el alma una estancia, adonde sólo su Majestad mora, y digamos otro cielo: porque nos importa mucho, hermanas, que no entendamos es el alma alguna cosa oscura, que como no la vemos, lo más ordinario debe parecer que no hay otra luz interior, sino esta que vemos, y que está dentro de nuestra alma alguna oscuridad. De la que no está en gracia, yo os lo confieso, y no por falta del Sol de justicia, que está en ella dándole ser; sino por no ser ella capaz para recibir la luz, como creo dije en la primera morada, que había entendido una persona, que estas desventuradas almas es así que están como en una cárcel oscura, atadas de pies y manos para hacer ningún bien que les aproveche para merecer, y ciegas y mudas: con razón podemos compadecernos de ellas, y mirar que algún tiempo nos vimos así, y que también puede el Señor haber misericordia de ellas.

Tomemos, hermanas, particular cuidado de suplicárselo, y no nos descuidar, que es grandísima limosna rogar por los que están en pecado mortal, muy mayor que sería si viésemos un cristiano atadas las manos atrás con una fuerte cadena, y él amarrado a un poste, y muriendo de hambre, y no por falta de que coma, que tiene cabe sí muy extremados manjares, sino que no los puede tomar para llevarlos a la boca, y aun está con grande hastío, y ve que va ya a espirar, y no muerte como acá, sino eterna. ¿No sería gran crueldad estarle mirando, y no le llegar a la boca qué comiese? ¿Pues qué, si por vuestra oración le quitasen las cadenas? Ya

lo veis. Por amor de Dios os pido que siempre tengáis acuerdo en vuestras oraciones de almas semejantes.

No hablamos ahora con ellas, sino con las que ya, por la misericordia de Dios, han hecho penitencia por sus pecados, y están en gracia. Que podemos considerar, no una cosa arrinconada y limitada, sino un mundo interior, adonde caben tantas y tan lindas moradas como habéis visto; y así es razón que sea, pues dentro de esta alma hay morada para Dios. Pues cuando su Majestad es servido de hacerle la merced dicha de este divino matrimonio, primero la mete en su morada, y quiere su Majestad que no sea como otras veces que la ha metido en estos arrobamientos, que yo bien creo que la une consigo entonces, y en la oración que queda dicha, de unión, aunque no le parece al alma que está tan llamada para entrar en su centro, como aquí en esta morada, sino a la parte superior; en esto va poco, sea de una manera o de otra, el Señor la junta consigo; mas es haciéndola ciega y muda, como lo quedó san Pablo en su conversión, y quitándola el sentir cómo o de qué manera es aquella merced que goza; porque el gran deleite que entonces siente el alma es de verse cerca de Dios: mas cuando la junta consigo, ninguna cosa entiende, que las potencias todas se pierden. Aquí es de otra manera: quiere ya nuestro buen Dios quitarla las escamas de los ojos, y que vea y entienda algo de la merced que le hace, aunque es por una manera extraña, y metida en aquella morada por visión intelectual; por cierta manera de representación

de la verdad, se le muestra la santísima Trinidad, todas tres Personas, con una inflamación que primero viene a su espíritu, a manera de una nube de grandísima claridad, y estas Personas distintas, y por una noticia admirable que se da al alma, entiende con grandísima verdad ser todas tres Personas una sustancia, y un poder, y un saber, y un solo Dios; de manera que lo que tenemos por fe, allí lo entiende el alma, podemos decir, por vista, aunque no es vista con los ojos del cuerpo ni del alma, porque no es visión imaginaria. Aquí se le comunican todas tres Personas, y la hablan, y la dan a entender aquellas palabras que dice el Evangelio que dijo el Señor, que “vernía El, y el Padre, y el Espíritu Santo, a morar con el alma que le ama y guarda sus mandamientos.”

¡Oh, válame Dios! ¡Cuán diferente cosa es oír estas palabras, y creerlas, a entender por esta manera cuán verdaderas son! Y cada día se espanta más esta alma, porque nunca más le parece se fueron de con ella, sino que notoriamente ve, de la manera que queda dicho, que están en lo interior de su alma, en lo muy interior, en una cosa muy honda, que no sabe decir cómo es porque no tiene letras, siente en sí esta divina compañía. Pareceros ha que, según esto, no andará en sí, sino tan embebida, que no pueda entender en nada: mucho más que antes, en todo lo que es servicio de Dios, y en faltando las ocupaciones, se queda con aquella agradable compañía; y si no falta a Dios el alma, jamás El la faltará, a mi parecer, de darse a conocer tan conocidamente su presencia; y

tiene gran confianza que no la dejará Dios, pues la ha hecho esta merced, para que la pierda, y así se puede pensar; aunque no deja de andar con más cuidado que nunca, para no le desagradar en nada.

El traer esta presencia, entiéndese que no es tan enteramente, digo, tan claramente, como se le manifiesta la primera vez, y otras algunas, que quiere Dios hacerle este regalo; porque si esto fuese, era imposible entender en otra cosa, ni aun vivir entre la gente: mas aunque no es con esta tan clara luz, siempre que advierte se halla con esta compañía. Digamos ahora cómo una persona que estuviese en una muy clara pieza con otras, y cerrasen las ventanas, y se quedase a oscuras, no porque se quitó la luz para verlas, y que hasta tornar la luz no las ve, deja de entender que están allí.

¿Es de preguntar si cuando torna la luz, y las quiere tornar a ver, si puede? Esto no está en su mano, sino cuando quiere nuestro Señor que se abra la ventana del entendimiento: harta misericordia la hace en nunca se ir de con ella, y querer que ella lo entienda tan entendido. Parece que quiere aquí la divina Majestad disponer el alma para más, con esta admirable compañía; porque está claro que será bien ayudada para en todo ir adelante en la perfección, y perder el temor que traía algunas veces de las demás mercedes que la hacía, como queda dicho. Y así fué, que en todo se hallaba mejorada, y le parecía que por trabajos y negocios que tuviese, lo esencial de su alma jamás se movía de aquel aposento, de manera que en

alguna manera le parecía había división en su alma; y andando con grandes trabajos, que poco después que Dios le hizo esta merced tuvo, se quejaba de ella, a manera de Marta cuando se quejó de María, y algunas veces la decía que se estaba ella siempre gozando de aquella quietud a su placer, y la deja a ella en tantos trabajos y ocupaciones, que no la puede tener compañía.

Esto os parecerá, hijas, desatino, mas verdaderamente pasa así, que, aunque se entiende que el alma está toda junta, no es antojo lo que he dicho, que es muy ordinario; por donde decía yo que se ven cosas interiores, de manera que cierto se entiende hay diferencia en alguna manera, y muy conocida, del alma al espíritu, aunque más sea todo uno. Conócese una división tan delicada, que algunas veces parece obra de diferente manera lo uno de lo otro, como el sabor que les quiere dar el Señor. También me parece que el alma es diferente cosa de las potencias, y que no es todo una cosa: hay tantas y tan delicadas en lo interior, que sería atrevimiento ponerme yo a declararlas: allá lo veremos, si el Señor nos hace merced de llevarnos por su misericordia adonde entendamos estos secretos.

CAPÍTULO II

PUES vengamos ahora a tratar del divino y espiritual matrimonio, aunque esta gran merced no debe cumplirse con perfección mientras vivimos; pues si nos apartásemos de Dios, se perdería este tan gran bien. La primera vez que Dios hace esta merced, quiere su Majestad mostrarse al alma por visión imaginaria de su sacratísima Humanidad, para que lo entienda bien, y no esté ignorante de que recibe tan soberano don. A otras personas será por otra forma; a esta de quien hablamos se le representó el Señor, acabando de comulgar, con forma de gran resplandor, y hermosura, y majestad, como después de resucitado, y le dijo que ya era tiempo de que sus cosas tomase ella por suyas, y él ternía cuidado de las suyas, y otras palabras, que son más para sentir que para decir.

Parecerá que no era ésta novedad, pues otras veces se había representado el Señor a esta alma en esta manera; fué tan diferente, que la dejó bien desatinada y espantada: lo uno, porque fué con gran fuerza esta visión; lo otro, porque las palabras que le dijo, y también por-

que en lo interior de su alma, adonde se representó, si no es la visión pasada, no había visto otras. Porque entended que hay grandísima diferencia de todas las pasadas a las de esta morada, y tan grande del desposorio espiritual al matrimonio espiritual, como le hay entre dos desposados, a los que ya no se pueden apartar. Ya he dicho que aunque se ponen estas comparaciones, porque no hay otras más a propósito, que se entienda que aquí no hay memoria de cuerpo, más que si el alma no estuviese en él, sino solo espíritu; y en el matrimonio espiritual muy menos, porque pasa esta secreta unión en el centro muy interior del alma, que debe ser adonde está el mismo Dios; y a mi parecer no ha menester puerta por donde entre; digo que no es menester puerta, porque en todo lo que se ha dicho hasta aquí, parece que va por medio de los sentidos y potencias; y este aparecimiento de la Humanidad del Señor, así debía ser; mas lo que pasa en la unión del matrimonio espiritual es muy diferente. Aparecese el Señor en este centro del alma, sin visión imaginaria, sino intelectual, aunque más delicada que las dichas, como se apareció a los Apóstoles, sin entrar por la puerta, cuando les dijo: *Pax vobis*.

Es un secreto tan grande, y una merced tan subida lo que comunica Dios allí al alma en un instante, y el grandísimo deleite que siente el alma, que no sé a qué lo comparar, sino a que quiere el Señor manifestarle por aquel momento la gloria que hay en el cielo por más subida manera que por ninguna visión ni gusto espi-

ritual. No se puede decir más de que, a cuanto se puede entender, queda el alma, digo, el espíritu de esta alma, hecho una cosa con Dios, que como es también espíritu, ha querido su Majestad mostrar el amor que nos tiene en dar a entender a algunas personas hasta dónde llega, para que alabemos su grandeza; porque de tal manera ha querido juntarse con la criatura, que así como los que ya no se pueden apartar, no se quiere apartar El de ella.

El desposorio espiritual es diferente, que muchas veces se apartan; y la unión también lo es, porque aunque unión es juntarse dos cosas en una, en fin se pueden apartar, y quedar cada cosa por sí, como vemos ordinariamente, que pasa de presto esta merced del Señor, y después se queda el alma sin aquella compañía, digo, de manera que lo entienda. En estotra merced del Señor no, porque siempre queda el alma con su Dios en aquel centro.

Digamos que sea la unión, como si dos velas de cera se juntasen tan en extremo, que toda la luz fuese una, o que el pábilo, y la luz, y la cera es todo uno; mas después bien se puede apartar la una vela de la otra, y quedan en dos velas, o el pábilo de la cera. Acá es como si cayendo agua del cielo en un río o fuente, adonde queda hecho todo agua, que no podrán ya dividir ni apartar cuál es el agua del río, o la que cayó del cielo; o como si un arroyico pequeño entra en la mar, no habrá remedio de apartarse; o como si en una pieza estuviesen dos ventanas por donde entrase gran luz, aunque entra dividida, se hace toda una

luz. Quizá es esto lo que dice san Pablo: "El que se arrima y allega a Dios, hácese un espíritu con El", tocando este soberano matrimonio, que presupone haberse llegado su Majestad al alma por unión. Y también dice: *Mihi vivere Christus est: et mori lucrum*; así me parece puede decir aquí el alma, porque es adonde la mariposilla, que hemos dicho, muere, y con grandísimo gozo, porque su vida es ya Cristo. Y esto se entiende mejor, cuando anda el tiempo, por los efectos, porque se entiende claro, por unas secretas aspiraciones, ser Dios el que da vida a nuestra alma, muy muchas veces tan vivas, que en ninguna manera se puede dudar, porque las siente muy bien el alma, aunque no se saben decir más; que es tanto este sentimiento que producen algunas veces unas palabras regaladas, que parece no se puede excusar de decir. ¡Oh vida de mi vida y sustento que me sustentas! Y cosas de esta manera: porque de aquellos pechos divinos, adonde parece está Dios siempre sustentando al alma, salen unos rayos de leche, que toda la gente del castillo conforta, que parece quiere el Señor que gocen de alguna manera de lo mucho que goza el alma, y que de aquel río caudaloso, adonde se consumió esta fontecita pequeña, salga algunas veces algún golpe de aquel agua para sustentar los que en lo corporal han de servir a estos dos desposados. Y así como sentiría esta agua una persona que está descuidada, si la bañasen de presto en ella, y no lo podía dejar de sentir, de la misma manera, y aun con más certidumbre, se entienden estas operacio-

nes que digo, porque así como no nos podría venir un gran golpe de agua, si no tuviese principio, como he dicho, así se entiende claro que hay en lo interior quien arroje estas saetas, y dé vida a esta vida, y que hay sol de donde procede una gran luz, que se envía a las potencias, de lo interior del alma. Ella, como he dicho, no se muda de aquel centro, ni se le pierde la paz; porque el mismo que la dió a los Apóstoles, cuando estaban juntos, se la puede dar a ella.

Heme acordado que esta salutación del Señor debía ser mucho más de lo que suena: y el decir a la gloriosa Magdalena que se fuese en paz, porque como las palabras del Señor son hechas como obras en nosotros, de tal manera debían hacer la operación en aquellas almas, que estaban ya dispuestas, que apartase en ellas todo lo que es corpóreo en el alma, y la dejase en puro espíritu, para que se pudiese juntar en esta unión celestial con el espíritu increado; que es muy cierto que en vaciando nosotros todo lo que es criatura, y desasiéndonos de ella por amor de Dios, el mismo Señor la ha de henchir de sí. Y así orando una vez Jesucristo nuestro Señor por sus Apóstoles, no sé dónde es, dijo que fuesen una cosa con el Padre y con El, como Jesucristo nuestro Señor está en el Padre y el Padre en El.

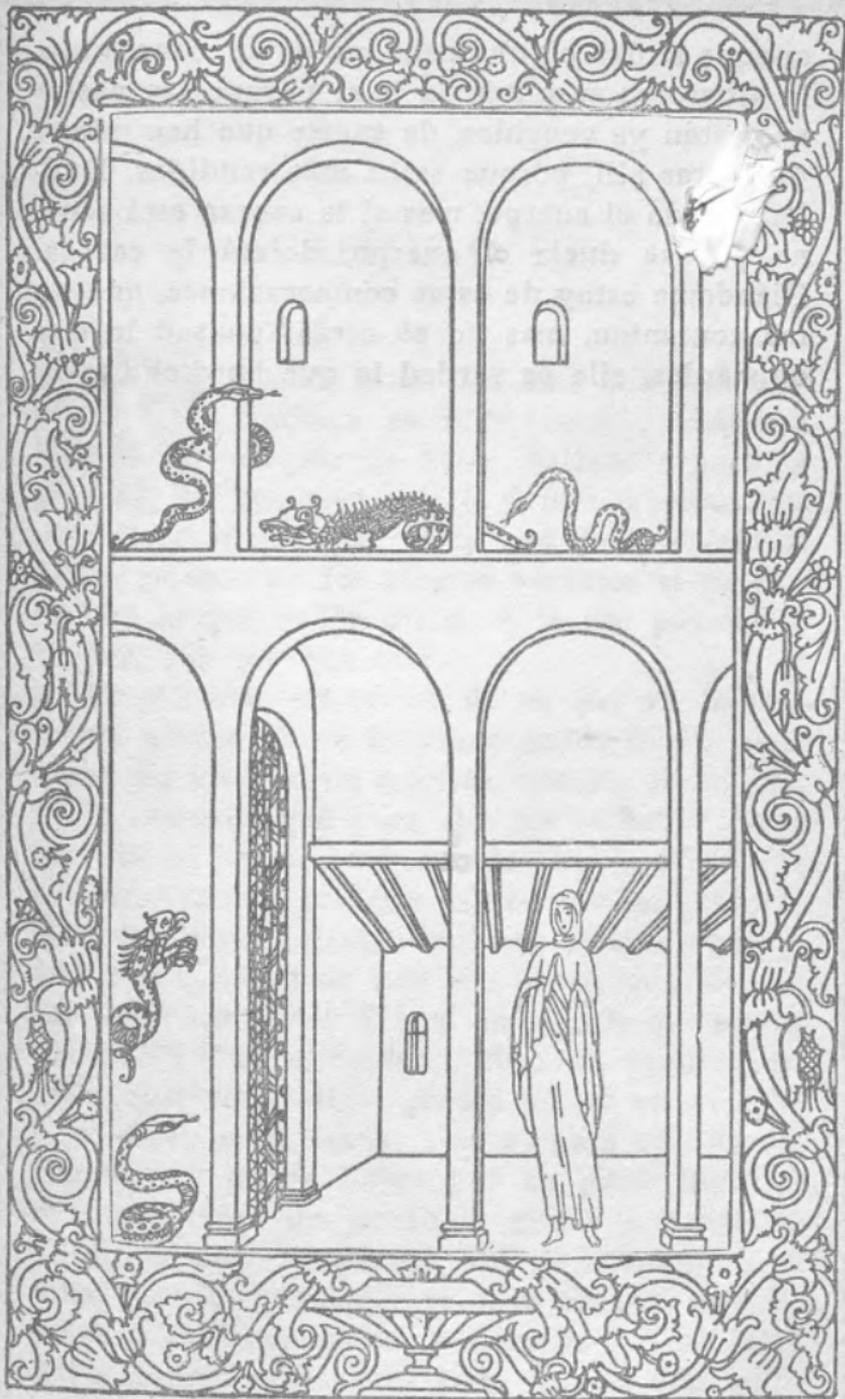
¡No sé qué mayor amor puede ser que este! Y no dejamos de entrar aquí todos, porque así dijo su Majestad: “No sólo ruego por ellos, sino por todos aquellos que han de creer en Mí también”; y dice: “Yo estoy en ellos.” ¡Oh, vá-

lame Dios, qué palabras tan verdaderas! ¡Y cómo las entiende el alma, que en esta oración lo ve por sí! ¡Y cómo lo entenderíamos todas, si no fuese por nuestra culpa! Pues las palabras de Jesucristo nuestro Rey y Señor no pueden faltar; mas como faltamos en no disponernos, y desviarnos de todo lo que puede embarazar esta luz, no nos vemos en este espejo que contemplamos, adonde nuestra imagen está esculpida. Pues tornando a lo que decíamos, en metiendo el Señor al alma en esta morada suya, que es el centro de la misma alma, así como dicen que el cielo empíreo adonde está nuestro Señor no se mueve como los demás, así parece no hay los movimientos en esta alma, en entrando aquí, que suele haber en las potencias e imaginación, de manera que la perjudiquen, ni la quiten su paz.

¿Parece que quiero decir que en llegando el alma a hacerla Dios esta merced, está segura de su salvación, y de tornar a caer? No digo tal, y en cuantas partes tratare de esta manera, que parece está el alma en seguridad, se entienda mientras la divina Majestad la tuviere así de su mano, y ella no le ofendiere; al menos sé cierto, que aunque se ve en este estado, y le ha durado años, que no se tiene por segura, sino que anda con mucho más temor que antes, en guardarse de cualquier pequeña ofensa de Dios, y con tan grandes deseos de servirle, como se dirá adelante, y con ordinaria pena y confusión de ver lo poco que puede hacer, y lo mucho a que está obligada, que no es pequeña cruz, sino harto gran penitencia: porque el ha-

cer penitencia esta alma, mientras más grande, le es mayor deleite. La verdadera penitencia es cuando le quita Dios la salud para poderla hacer, y fuerzas; que aunque en otra parte he dicho la gran pena que esto da, es muy mayor aquí, y todo le debe venir de la raíz adonde está plantada; que así como el árbol que está cabe las corrientes de las aguas está más fresco, y da más fruto, ¿qué hay que maravillar de deseos que tenga esta alma, pues el verdadero espíritu de ella está hecho uno con el agua celestial que dijimos?

Pues tornando a lo que decía, no se entienda que las potencias, y sentidos, y pasiones, están siempre en esta paz, el alma sí: mas en estotras moradas no deja de haber tiempos de guerra, y de trabajos y fatigas, mas son de manera que no se quita de su paz, y esto es lo ordinario. Puesto este centro de nuestra alma, o este espíritu, es una cosa tan dificultosa de decir, y aun de creer, que pienso, hermanas, por no me saber dar a entender, no os dé alguna tentación de no creer lo que digo, porque decir que hay trabajos y penas, y que el alma se está en paz, es cosa dificultosa. Quiéroos poner una comparación o dos: plega a Dios que sean tales, que diga algo; mas si no lo fuere, yo sé que digo verdad en lo dicho. Está el rey en su palacio, y hay muchas guerras en su reino, y muchas cosas penosas, mas no por eso deja de estarse en su puesto: así acá, aunque en estotras moradas anden muchas baraúndas y fieras ponzoñosas, y se oye el ruido, nadie entra en aquella, que la haga quitar de allí, ni las cosas que oye,



aunque le dan alguna pena, no es de manera que la alboroten y quiten la paz; porque las pasiones están ya vencidas, de suerte que han miedo de entrar allí, porque salen más rendidas. Duélenos todo el cuerpo, mas si la cabeza está sana, no porque duela el cuerpo, dolerá la cabeza. Riéndome estoy de estas comparaciones, que no me contentan, mas no sé otras: pensad lo que quisierdes, ello es verdad lo que he dicho.

CAPÍTULO III



AHORA, pues, decimos que esta mariposica ya murió con grandísima alegría de haber hallado reposo, y que vive en ella Cristo. Veamos qué vida hace, o qué diferencia hay de cuando ella vivía; porque en los efectos veremos si es verdadero lo que queda dicho. A lo que puedo entender, son los que diré.

El primero, un olvido de sí, que verdaderamente parece ya no es, como queda dicho; porque toda está de tal manera, que no se conoce, ni se acuerda, que para ella ha de haber cielo, ni vida, ni honra, porque toda está empleada en procurar la de Dios, que parece que las palabras que le dijo su Majestad hicieron efectos de obra, que fué que mirase por sus cosas, que El miraría por las suyas. Y así de todo lo que puede suceder no tiene cuidado, sino un extraño olvido, que, como digo, parece ya no es, ni querría ser en nada, nada; sino es para cuando entiendo que puede haber por su parte algo en que acreciente un punto la gloria y honra de Dios, que por esto pornía muy de buena gana su vida. No entendáis por esto, hijas, que deja de tener cuenta con comer y dormir, que no le es poco tormento, y hacer todo lo que está obli-

gada conforme a su estado, que hablamos en cosas interiores, que de otras exteriores poco hay que decir; que antes esa es su pena, ver que es nada lo que ya pueden sus fuerzas. En todo lo que puede y entiende, que es servicio de nuestro Señor, no lo dejaría de hacer por cosa de la tierra.

Lo segundo, un deseo de padecer grande, mas no de manera que la inquiete, como solía; porque es en tanto extremo el deseo que queda en estas almas de que se haga la voluntad de Dios en ellas, que todo lo que su Majestad hace, tienen por bueno: si quisiere que padezca, enhorabuena; si no, no se mata, como solía.

Tienen también estas almas un gran gozo interior cuando son perseguidas con mucha más paz que lo que queda dicho, y sin ninguna enemistad con los que las hacen mal, o desean hacer, antes les cobran amor particular, de manera que si los ven en algún trabajo, lo sienten tiernamente, y cualquiera tomarían por librarlos de él, y encomiéndanlos a Dios muy de gana, y de las mercedes que les hace su Majestad holgarían perder, porque se las hiciese a ellos, porque no ofendiesen a nuestro Señor.

Lo que más me espanta de todo es que ya habéis visto los trabajos y aflicciones que han tenido por morirse, por gozar de nuestro Señor; ahora es tan grande el deseo que tienen de servirle, y que por ellas sea alabado, y de aprovechar alguna alma si pudiesen, que no sólo no desean morirse, mas vivir muy muchos años padeciendo grandísimos trabajos, por si pudiesen que fuese el Señor alabado por ellas,

aunque fuese en cosa muy poca. Y si supiesen cierto que en saliendo el alma del cuerpo ha de gozar de Dios, no les hace al caso, ni pensar en la gloria que tienen los Santos: no desean por entonces verse en ella. Su gloria tienen puesta en si pudiesen ayudar en algo al Crucificado, en especial cuando ven que es tan ofendido, y los pocos que hay que de veras miren por su honra, desasidos de todo lo demás.

Verdad es que algunas veces que se olvida de esto, tornan con ternura los deseos de gozar de Dios, y desear salir de este destierro, en especial viendo lo poco que le sirve; mas luego torna, y mira en sí mesma con la continuación que le tiene consigo, y con aquello se contenta, y ofrece a su Majestad el querer vivir, como una ofrenda la más costosa para ella, que le puede dar. Temor ninguno tiene de la muerte, más que ternía de un suave arrobamiento. El caso es que el que daba aquellos deseos con tormento tan excesivo, da ahora estotros. Sea por siempre bendito y alabado. El fin es que los deseos de estas almas no son ya de regalos ni de gustos, como tienen consigo al mismo Señor, y su Majestad es el que ahora vive. Claro está que su vida no fué sino continuo tormento, y ansí hace que sea la nuestra, al menos con los deseos, que nos lleva como flacos en lo demás, aunque bien les cabe de su fortaleza, cuando ve que la han menester.

Un desasimiento grande de todo, y deseo de estar siempre, o solas, u ocupadas en cosa que sea provecho de algún alma; no sequedades ni trabajos interiores, sino con una memoria y ter-

nura con nuestro Señor, que nunca querría estar sino dándole alabanzas; y cuando se descuida, el mismo Señor la despierta de la manera que queda dicho, que se ve clarísimamente que procede aquel impulso, o no sé cómo le llame, de lo interior del alma, como se dijo de los ímpetus. Acá es con gran suavidad, mas ni procede del pensamiento, ni de la memoria, ni cosa que se puede entender, que el alma hizo nada de su parte. Esto es tan ordinario, y tantas veces, que se ha mirado bien con advertencia; que así como un fuego no echa la llama hacia abajo, sino hacia arriba, por grande que quieran encender el fuego, así se entiende acá, que este movimiento interior procede del centro del alma, y despierta las potencias.

Por cierto, cuando no hubiera otra cosa de ganancia en este camino de oración, sino entender el particular cuidado que Dios tiene de comunicarse con nosotras, y andarnos rogando, que no parece esto otra cosa, que nos estemos con El, me parece eran bien empleados cuantos trabajos se pasan, por gozar de estos toques de su amor tan suaves y penetrativos. Esto habréis, hermanas, experimentado, porque pienso, en llegando a tener oración de unión, anda el Señor con este cuidado, si nosotros no nos descuidamos de guardar sus mandamientos.

Cuando esto os acaeciére, acordaos que es de esta morada interior, adonde está Dios, en nuestra alma, y alabadle mucho, porque cierto es suyo aquel recaudo o billete escrito con tanto amor, y de manera que sólo vos quiere entendáis aquella letra, y lo que por ella os pide. La di-

ferencia que hay aquí en esta morada es lo dicho, que casi nunca hay sequedad, ni alborotos interiores de los que había en todas las otras a tiempos, sino que está el alma en quietud casi siempre. Y el no temer que esta merced tan subida puede contrahacer el demonio; sino estar en un ser con seguridad que es Dios, porque, como está dicho, no tienen que ver aquí los sentidos ni potencias, que se descubrió su Majestad al alma, y la tiene consigo adonde, a mi parecer, no osará entrar el demonio, ni le dejará el Señor; ni todas las mercedes que hace aquí al alma, como he dicho, son con ninguna ayuda de la misma alma, sino la que ella ya ha hecho de entregarse toda a Dios.

Pasa con tanta quietud y tan sin ruido todo lo que el Señor aprovecha aquí al alma, y la enseña, que me parece es como en la edificación del templo de Salomón, adonde no se había de oír ningún ruido: así en este templo de Dios, en esta morada suya, sólo El y el alma se gozan con grandísimo silencio; no hay para qué bullir, ni buscar nada el entendimiento, que el Señor que le crió, le quiere sosegar aquí, y que por una resquicia pequeña mire lo que pasa; porque, aunque a tiempos se pierde esta vista, y no le dejan mirar, es poquísimo intervalo, porque, a mi parecer, aquí no se pierden las potencias, mas no obran, sino están como espantadas. Yo lo estoy de ver que en llegando aquí el alma, todos los arrobamientos se le quitan, si no es alguna vez, y ésta no con aquellos arrebatamientos y vuelo de espíritu; y son muy raras veces, y esas casi siempre no en público como antes,

que era muy ordinario, ni le hacen al caso grandes ocasiones de devoción, que vea como antes, que si ven una imagen devota, u oyen un sermón, que casi no era oírle, o música, como la pobre mariposilla andaba tan ansiosa, todo la espantaba y hacía volar.

Ahora, o es que halló su reposo, o que el alma ha visto tanto en esta morada, que no se espanta de nada, o que no se halla con aquella soledad que solía, pues goza de tal compañía. En fin, hermanas, yo no sé qué sea la causa que en comenzando el Señor a mostrar lo que hay en esta morada, y metiendo el alma allí, se les quita esta gran flaqueza, que les era harto trabajo, y antes no se quitó. Quizá es que la ha fortalecido el Señor, y ensanchado y habilitado; o puede ser que quería dar a entender en público lo que hacía con estas almas en secreto, por algunos fines que su Majestad sabe, que sus juicios son sobre todo lo que acá podemos imaginar.

Estos efectos, con todos lo demás que hemos dicho, que sean buenos en los grados de oración que quedan dichos, da Dios cuando llega el alma a sí con este ósculo que pedía la Esposa, que yo entiendo aquí se le cumple esta petición. Aquí se dan las aguas, a esta cierva que va herida, en abundancia; aquí se deleita en el tabernáculo de Dios; aquí halla, la paloma que envió Noé a ver si era acabada la tempestad, la oliva, por señal que ha hallado tierra firme dentro en las aguas y tempestades de este mundo.

¡Oh Jesús! ¡Y quién supiera las muchas cosas de la Escritura que debe haber para dar a entender esta paz del alma! Dios mío, pues veis

lo que nos importa, haced que quieran los cristianos buscarla; y a los que la habéis dado, no se la quitéis, por vuestra misericordia; que en fin, hasta que les deis la verdadera, y las llevéis adonde no se pueda acabar, siempre se ha de vivir con temor. Digo la verdadera, no porque entienda esta no lo es, sino porque se podría tornar la guerra primera, si nosotros nos apartásemos de Dios. ¿Mas qué sentirán estas almas de ver que podrían carecer de tan gran bien? Esto les hace andar más cuidadosas, y procurar sacar fuerzas de su flaqueza, para no dejar cosa que se les pueda ofrecer, para más agradar a Dios, por culpa suya. Mientras más favorecidas de su Majestad, andan más acobardadas y temerosas de sí: y como en estas grandezas suyas han conocido más sus miserias, y se les hacen más graves sus pecados, andan muchas veces que no osan alzar los ojos, como el publicano. Otras con deseos de acabar la vida, por verse en seguridad, aunque luego tornan, con el amor que le tienen, a querer vivir para servirle, como queda dicho, y fían todo lo que les toca de su misericordia. Algunas veces, las muchas mercedes las hacen andar más aniquiladas, que temen que como una nao, que va muy demasiado de cargada, se va a lo hondo, no les acaezca así. Yo os digo, hermanas, que no les falta cruz, salvo que no las inquieta, ni hace perder la paz, sino pasan de presto, como una ola, algunas tempestades, y torna bonanza: que la presencia que traen del Señor les hace que luego se les olvide todo. Sea por siempre bendito y alabado de todas sus criaturas. Amén.

CAPÍTULO IV



O habéis de entender, hermanas, que siempre en un ser están estos efectos que he dicho en estas almas, que por eso, adonde se me acuerda, digo lo ordinario, que algunas veces las deja nuestro Señor en su natural; y no parece sino que entonces se juntan todas las cosas ponzoñosas del arrabal y moradas de este castillo, para vengarse de ellas por el tiempo que no las pueden haber a las manos. Verdad es que dura poco, un día lo más, o poco más, y en este gran alboroto, que procede lo ordinario de alguna ocasión, se ve lo que gana el alma en la buena compañía que está, porque la da el Señor una gran entereza, para no torcer en nada de su servicio y buenas determinaciones, sino que parece le crecen, ni por un primer movimiento muy pequeño no tuercen de esta determinación. Como digo, es pocas veces, sino que quiere nuestro Señor que no pierda la memoria de su ser, para que siempre esté humilde lo uno; lo otro, porque entienda más lo que debe a su Majestad, y la grandeza de la merced que recibe, y le alabe.

Tampoco os pase por pensamiento, que por tener estas almas tan grandes deseos y determinación de no hacer una imperfección por co-

s. de la tierra, dejan de hacer muchas, y aun pecados. De advertencia no, que las debe el Señor a estas tales dar muy particular ayuda para esto: digo pecados veniales, que de los mortales, que ellas entiendan están libres (1), aunque no seguras, que ternán algunos que no entienden, que no les será pequeño tormento. También se le dan las almas que ven que se pierden; y aunque en alguna manera tienen gran esperanza que no serán de ellas, cuando se acuerdan de algunos que dice la Escritura, que parecía eran favorecidos del Señor, como un Salomón, que tanto comunicó a su Majestad, no pueden dejar de temer, como tengo dicho. Y la que se viere de vosotras con más seguridad en sí, esa tema más; porque bienaventurado el varón que teme a Dios, dice David. Su Majestad nos ampare siempre; suplicárselo para que no le ofendamos, es la mayor seguridad que podemos tener. Sea por siempre alabado. Amén.

Bien será, hermanas, deciros que es el fin para que hace el Señor tantas mercedes en este mundo. Aunque en los efectos de ellas lo habréis entendido, si advertisteis en ello, os lo quiero tornar a decir aquí; porque no piense alguna que es para solo regalar estas almas, que sería grande yerro, que no nos puede su Majestad hacerle mayor, que es darnos vida, que sea

(1) «En estas palabras demuestra claramente la santa Madre la verdad y limpieza de su doctrina acerca de la certidumbre de la gracia; pues de almas tan perfectas, y favorecidas de Dios, y que gozan de su presencia por manera tan especial como las de este grado y morada, dice que no están seguras de si tienen algunos pecados mortales, que no entiendan que el recelo de esto las atormenta.» *(Nota que figura en varias ediciones de las obras de Santa Teresa)*

imitando a la que vivió su Hijo tan amado; y así tengo yo por cierto, que son estas mercedes para fortalecer nuestra flaqueza, como aquí he dicho alguna vez, para poderle imitar en el mucho padecer. Siempre hemos visto que los que más cercanos anduvieron con Cristo nuestro Señor, fueron los de mayores trabajos: miremos lo que pasó su gloriosa Madre, y los gloriosos Apóstoles.

¿Cómo pensáis que pudiera sufrir san Pablo tan grandísimos trabajos? Por él podemos ver qué efectos hacen las verdaderas visiones y contemplación, cuando es de nuestro Señor, y no imaginación, engaño del demonio. ¿Por ventura escondióse con ellas para gozar de aquellos regalos, y no entender en otra cosa? Ya lo veis, que no tuvo día de descanso, a lo que podemos entender; y tampoco le debía de tener de noche, pues en ella ganaba lo que había de comer. Gusto yo mucho de san Pedro, cuando iba huyendo de la cárcel, y le apareció nuestro Señor, y le dijo que iba a Roma a ser crucificado otra vez. Ninguna rezamos esta fiesta adonde esto está, que no me es particular consuelo. ¿Cómo quedó san Pedro de esta merced del Señor, o qué hizo? Irse luego a la muerte, y no es poca misericordia del Señor hallar quien se la dé.

¡Oh hermanas mías! ¡Qué olvidado debe tener su descanso, y qué poco se le debe de dar de honras, y qué fuera debe estar de querer ser tenida en nada el alma adonde está el Señor tan particularmente! Porque si ella está mucho con El, como es razón, poco se debe acordar de sí: toda la memoria se le va en cómo más conten-

tarle, y en qué o por dónde mostrar el amor que le tiene. Para esto es la oración, hijas mías: de esto sirve este matrimonio espiritual, de que nazcan siempre obras, obras. Esta es la verdadera muestra de ser cosa y merced hecha de Dios, como ya os he dicho; porque poco me aprovecha estar muy recogida a solas, haciendo actos con nuestro Señor, proponiendo y prometiendo de hacer maravillas por su servicio, si en saliendo de allí, que se ofrece la ocasión, lo hago todo al revés. Mal dije que aprovechará poco, que todo lo que se está con Dios aprovecha mucho; y estas determinaciones, aunque seamos flacos en no las cumplir después, alguna vez nos dará su Majestad cómo lo hagamos, y aun quizá, aunque nos pese, como hace muchas veces, que como ve un alma muy cobarde, dale un muy gran trabajo bien contra su voluntad, y sácala con ganancia, y después, como esto entiende el alma, queda más perdido el miedo para ofrecerse más a El.

Quise decir que es poco en comparación de lo mucho más que es, que conformen las obras con los actos y palabras, y que la que no pudiese por junto, sea poco a poco, vaya doblando su voluntad, si quiere que le aproveche la oración, que dentro de estos rincones no faltarán hartas ocasiones en que lo podáis hacer. Mirad que importa esto mucho más que yo os sabré encarecer. Poned los ojos en el Crucificado, y haráseos todo poco. Si su Majestad nos mostró el amor con tan espantables obras y tormentos, ¿cómo queréis contentarle con solo palabras? ¿Sabéis qué es ser espirituales de veras? Hacerse esclavos de Dios, a quien, señalados

con su hierro, que es el de la cruz, porque ya ellos le han dado su libertad, los pueda vender por esclavos de todo el mundo, como El lo fué, que no les hace ningún agravio ni pequeña merced: y si a esto no se determinan, no hayan miedo que aprovechen mucho, porque todo este edificio, como he dicho, es su cimiento humildad, y si no hay ésta muy de veras, aun por vuestro bien no querrá el Señor subirle muy alto, porque no dé todo en el suelo.

Ansí que, hermanas, para que lleve buenos cimientos, procurad ser la menor de todas, y esclava suya, mirando cómo o por dónde las podéis hacer placer y servir: pues lo que hicierdes en este caso, hacéis más por vos que por ellas, poniendo piedras tan firmes, que no se os caiga el castillo. Torno a decir, que para esto es menester no poner vuestro fundamento sólo en rezar y contemplar; porque si no procuráis virtudes, y hay ejercicio de ellas, siempre os quedaréis enanas, y aun plega a Dios que sea sólo no crecer, porque ya sabéis que quien no crece, descrece, porque el amor tengo por imposible contentarse de estar en un ser adonde le hay.

Pareceros ha que hablo con los que comienzan, y que después pueden ya descansar: ya os he dicho que el sosiego que tienen estas almas en lo interior, es para tenerle muy menos, ni querer tenerle en lo exterior. ¿Para qué pensáis que son aquellas inspiraciones que he dicho, o por mejor decir, aspiraciones, y aquellos recaudos que envía el alma del centro interior a la gente de arriba del castillo, y a las moradas que están fuera de donde ella está? ¿Es para

que se echen a dormir? No, no, no; que más guerra les hace desde allí, para que no estén ociosas las potencias y sentidos, y todo lo corporal, que les ha hecho cuando andaba con ellas padeciendo; porque entonces no entendía la ganancia tan grande que son los trabajos, que por ventura han sido medios para traerla Dios allí, y como la compañía que tiene le da fuerzas muy mayores que nunca. Porque si acá, dice David, que con los Santos seremos santos, no hay que dudar sino que estando hecha una cosa con el fuerte, por la unión tan soberana de espíritu con espíritu, se le ha de pegar fortaleza, y así veremos la que han tenido los Santos para padecer y morir. Es muy cierto, que aun de la que a ella allí se le pega, acude a todos los que están en el castillo, y aun al mismo cuerpo, que parece muchas veces no siente, sino, esforzado con el esfuerzo que tiene el alma, bebiendo del vino de esta bodega adonde la ha traído su Esposo, y no la deja salir, redundando en el flaco cuerpo, como acá el manjar que se pone en el estómago, da fuerza a la cabeza y a todo él. Y así tiene harta mala ventura mientras vive, porque, por mucho que haga, es mucho más la fuerza interior, y la guerra que se le da, que todo le parece nonada.

De aquí debían venir las grandes penitencias que hicieron muchos Santos, en especial la gloriosa Magdalena, criada siempre en tanto regalo; y aquella hambre que tuvo nuestro Padre Elías de la honra de su Dios, y tuvieron santo Domingo y san Francisco de allegar almas para que fuese alabado; que yo os digo que no debían

pasar poco olvidados de sí mismos. Esto quiero yo, mis hermanas, que procuremos alcanzar, y no para gozar, sino para tener estas fuerzas para servir, deseemos y nos ocupemos en la oración. No queramos ir por camino no andado, que nos perderemos al mejor tiempo; y sería bien nuevo pensar tener estas mercedes de Dios por otro que el que él fué, y han ido todos sus Santos. No nos pase por pensamiento: creedme que Marta y María han de andar juntas para hospedar al Señor, y tenerle siempre consigo, y no le hacer mal hospedaje, no le dando de comer. ¿Cómo se lo diera María, sentada siempre a los pies, si su hermana no la ayudara? Su manjar es que de todas las maneras que pudiéremos lleguemos almas, para que se salven y siempre le alaben.

Decirme heis dos cosas: la una, que dijo que María había escogido la mejor parte, y es que ya había hecho el oficio de Marta, regalando al Señor en lavarle los pies y limpiarlos con sus cabellos. ¿Y pensáis que le sería poca mortificación a una señora, como ella era, irse por esas calles, y por ventura sola, porque no llevaba hervor para entender cómo iba, y entrar adonde nunca había entrado, y después sufrir la murmuración del Fariseo, y otras muy muchas que debía sufrir? Porque ver en el pueblo una mujer como ella hacer tanta mudanza, y, como sabemos, entre tan mala gente, que bastaba ver que tenía amistad con el Señor, a quien ellos tenían tan aborrecido, para traer a la memoria la vida que había hecho, y que se quería ahora hacer santa; porque está claro

que luego mudaría vestido, y todo lo demás. Pues ahora se dice a personas, que no son tan nombradas, ¿qué sería entonces? Yo os digo, hermanas, que venía la mejor parte sobre hartos trabajos y mortificación, que aunque no fuera sino ver a su Maestro aborrecido, era intolerable trabajo. ¿Pues los muchos que después pasó en la muerte del Señor? Tengo para mí, que el no haber recibido martirio fué por haberle pasado en ver morir al Señor; y en los años que vivió, en verse ausente de El, que serían de terrible tormento, se verá que no estaba siempre con regalo de contemplación a los pies del Señor. La otra, que no podéis vosotras, ni tenéis cómo, allegar almas a Dios, que lo haríades de buena gana; mas que no habiendo de enseñar ni predicar, como hacían los Apóstoles, que no sabéis cómo. A esto he respondido por escrito algunas veces, y aun no sé si en este castillo: mas porque es cosa que creo os pasa por pensamiento, con los deseos que os da el Señor, no dejaré de decirlo aquí.

Ya os dije en otra parte que algunas veces nos pone el demonio deseos grandes, porque no echemos mano de lo que tenemos a mano para servir a nuestro Señor en cosas posibles, y quedemos contentas con haber deseado las imposibles. Dejado que en la oración ayudaréis mucho, no queráis aprovechar a todo el mundo, sino a las que están en vuestra compañía, y así será mayor la obra, porque estáis a ellas más obligadas. ¿Pensáis que es poca ganancia, que sea vuestra humildad tan grande, y mortificación, y el servir a todas, y una gran caridad

con ellas, y un amor del Señor, que ese fuego las encienda a todas, y con las demás virtudes siempre las andéis despertando? No será sino mucha, y muy agradable servicio al Señor, y con esto que ponéis por obra, que podéis, entenderá su Majestad que haríades mucho más, y ansí os dará premio, como si le ganásedes muchas. Diréis que esto no es convertir, porque todas son buenas. ¿Quién os mete en eso? Mientras fueren mejores, más agradables serán sus alabanzas al Señor, y más aprovechará su oración a los prójimos.

En fin, hermanas mías, con lo que concluyo es que no hagamos torres sin fundamento, que el Señor no mira tanto la grandeza de las obras como el amor con que se hacen; y como hagamos lo que pudiéremos, hará su Majestad que vamos pudiendo cada día más y más, como no nos cansemos luego, sino que lo poco que dura esta vida, y quizá será más poco de lo que cada uno piensa, interior y exteriormente ofrezcamos al Señor el sacrificio que pudiéremos, que su Majestad le juntará con el que hizo en la cruz por nosotros al Padre, para que tenga el valor que nuestra voluntad hubiere merecido, aunque sean pequeñas las obras. Plega a su Majestad, hermanas e hijas mías, que nos veamos todas adonde siempre le alabemos, y me dé gracia para que yo obre algo de lo que os digo, por los méritos de su Hijo, que vive y reina por siempre jamás. Amén. Que yo os digo que es harta confusión mía, y ansí os pido por el mismo Señor, que no olvidéis en vuestras oraciones esta pobre miserable.

JHS.

Aunque cuando comencé a escribir esto que aquí va, fué con la contradicción que al principio digo, después de acabado me ha dado mucho contento, y doy por bien empleado el trabajo, aunque confieso que ha sido harto poco. Y considerando el mucho encerramiento, y pocas cosas de entretenimiento que tenéis, mis hermanas, y no cosas tan bastantes como conviene en algunos monasterios de los vuestros, me parece os será consuelo deleitaros en este castillo interior, pues sin licencia de los superiores podéis entraros y pasearos por él a cualquier hora. Verdad es que no en todas las moradas podéis entrar por vuestras fuerzas, aunque os parezca las tenéis grandes, si no os mete el mesmo Señor del castillo: por eso os aviso, que ninguna fuerza pongáis, si hallardes resistencia alguna, porque le enojaréis, de manera que nunca os deje entrar en ellas.

Es muy amigo de humildad: con teneros por tales, que no merezcáis aún entrar en las terceras, le ganaréis más presto la voluntad para llegar a las quintas, y de tal manera le podéis servir desde allí, continuando a ir muchas veces a ellas, que os meta en la mesma morada que tiene para sí, de donde no salgáis más, si no fuerdes llamada de la priora, cuya voluntad quiere tanto este gran Señor que cumpláis, como la suya mesma. Y aunque mucho estéis fuera por su mandado, siempre cuando tornardes, os terná la puerta abierta. Una vez mostradas a gozar de este castillo, en todas las cosas halla-

réis descanso, aunque sean de mucho trabajo, con esperanza de tornar a él, y que no os lo puede quitar nadie. Aunque no se trata de más de siete moradas, en cada una de estas hay muchas, en lo bajo y alto, y a los lados, con lindos jardines, y fuentes, y laberintos, y cosas tan deleitosas, que desearéis deshaceros en alabanzas del gran Dios que lo crió a su imagen y semejanza. Si algo hallardes bueno en la orden de daros noticia de él, creed verdaderamente que lo dijo su Majestad por daros a vosotras contento, y lo malo que hallardes es dicho de mí. Por el gran deseo que tengo de ser alguna parte para ayudaros a servir a este mi Dios y Señor, os pido que en mi nombre, cada vez que leyerdes aquí, alabéis mucho a su Majestad, y le pidáis el aumento de su Iglesia, y luz para los luteranos, y para mí, que me perdone mis pecados, y me saque del purgatorio, que allá estaré quizá, por la misericordia de Dios, cuando esto se os diere a leer, si estuviere para que se vea, después de visto de letrados; y si algo estuviere de error, es por más no lo entender, y en todo me sujeto a lo que tiene la Santa Iglesia Católica Romana, que en esta vivo, y protesto y prometo vivir y morir. Sea Dios nuestro Señor por siempre alabado y bendito. Amén. Amén. Acabóse esto de escribir en el monasterio de San Josef de Avila, año de mil y quinientos y setenta y siete, víspera de san Andrés, para gloria de Dios, que vive y reina por siempre jamás. Amén.

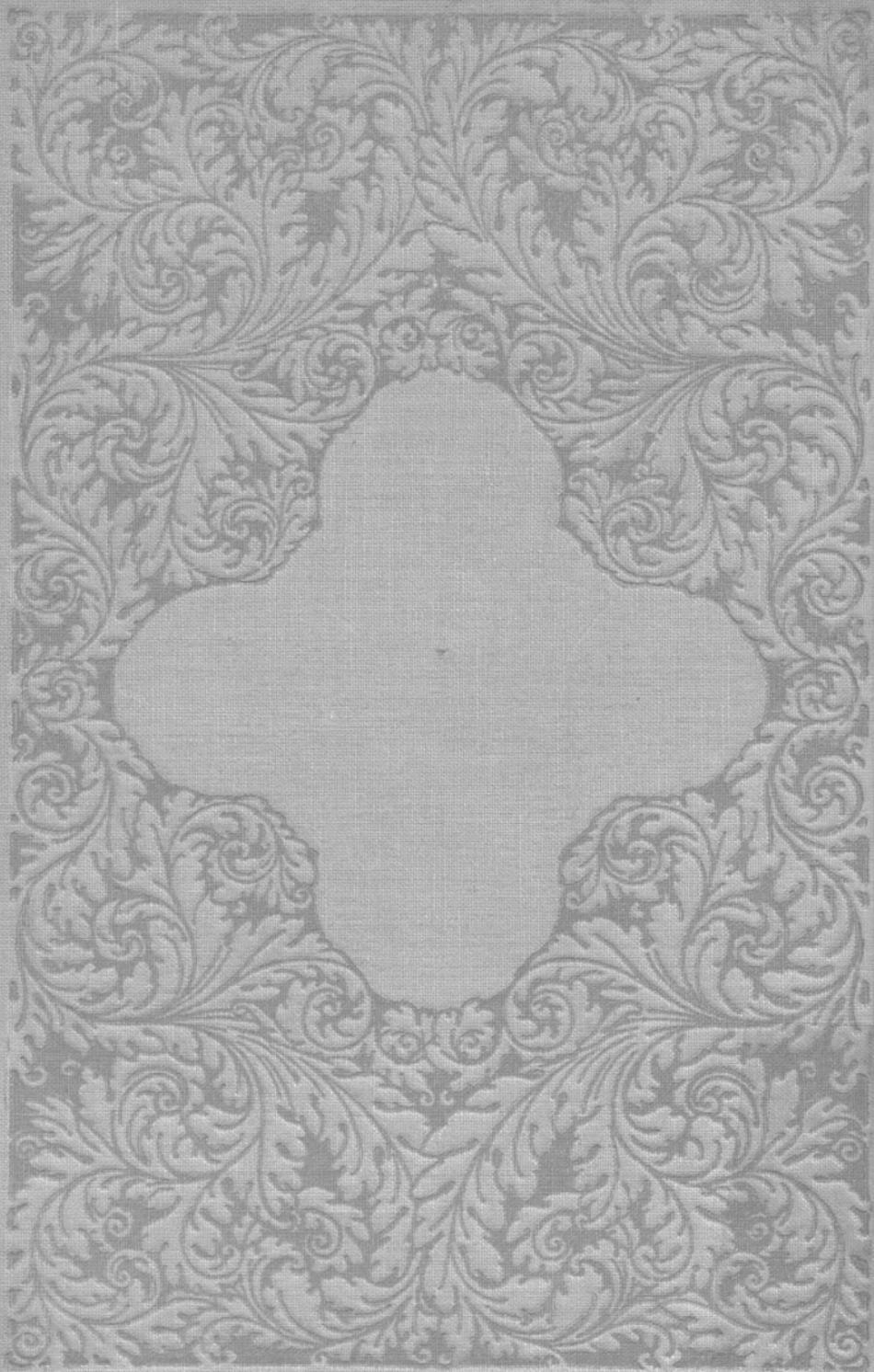
FIN

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
NOTA PRELIMINAR.	5
SANTA TERESA DE JESÚS. Elogio por Miguel S. Oliver.	10
PRÓLOGO DE SANTA TERESA.	30
Moradas primeras	33
Moradas segundas	55
Terceras moradas	67
Cuartas moradas.	87
Moradas quintas	115
Moradas sextas	151
Séptimas moradas	243







G 233472

